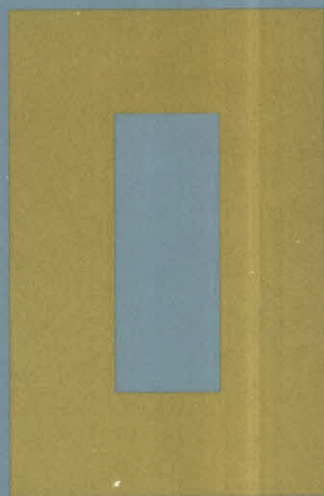
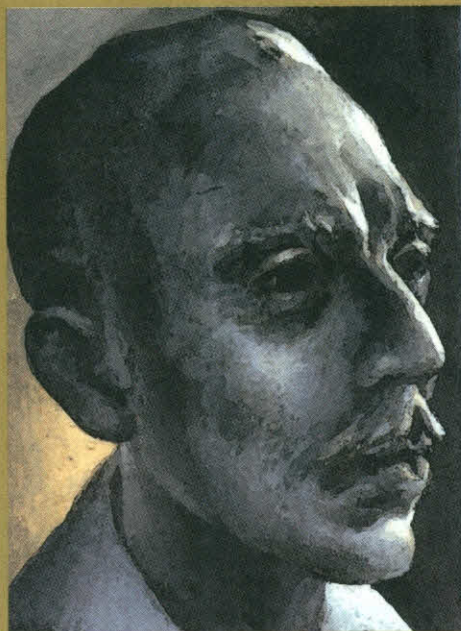


**PABLO  
ANTONIO  
CUADRA  
ENSAYOS I**



COLECCIÓN CULTURAL DE CENTRO AMÉRICA • SERIE PABLO ANTONIO CUADRA NO. 3

**N**  
**306**  
**C961**

Cuadra, Pablo Antonio  
Ensayos 1/ Pablo Antonio Cuadra;  
comp. Pedro Xavier Solís. —1a. ed.—  
Managua: Fundación Vida, 2003  
v.1 — (Colección Cultural de Centro América.  
Serie Pablo Antonio Cuadra N° 3)

ISBN: 99924-53-20-06 (VOL.1)  
99924-53-19-2 (OBRA COMPLETA)

1. CUADRA, PABLO ANTONIO—ENSAYOS
2. IDENTIDAD CULTURAL
3. IDENTIDAD NACIONAL
4. LITERATURA NICARAGÜENSE

**COMPILADOR**

Pedro Xavier Solís

**COORDINADORA DE EDICIÓN**

Marcela Sevilla Sacasa y Pedro Xavier Solís

**DISEÑO DE PORTADA**

Johnny Villares

**IMAGEN DE PORTADA**

Retrato elaborado por J. Villares  
basado en una escultura de Edith Grön

**IMAGEN DE CONTRAPORTADA**

Escultura de Edith Grön

**DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN**

inFORMA (Managua, Nicaragua)

©2003 Colección Cultural de Centro América  
Hecho el Depósito Legal N° 0188 en Managua, 2003

Impreso por: Imprelibros S.A.  
Printed in Colombia

## *Colección Cultural de Centro América*

El *Fondo de Promoción Cultural del Banco de América* editó en calidad y en cantidad la mejor colección de obras arqueológicas e históricas, literarias y artísticas que se haya publicado en Nicaragua. Quedó interrumpida la colección cuando el gobierno nacionalizó los bancos. Al instaurarse de nuevo la democracia y la economía de mercado, **Grupo Uno**, contando con miembros del anterior *Consejo Asesor del Fondo de Promoción Cultural* y con nuevos elementos de gran valor se propone no sólo reanudar la colección interrumpida, sino centroamericanizar su proyecto, haciendo accesibles al lector de las repúblicas del istmo, aquellos libros que definen, sustentan y fortalecen nuestra identidad.

Esta labor editorial que facilitará la enseñanza y la difusión de nuestra cultura en escuelas, institutos, centros culturales y universidades, producirá simultánea y necesariamente una mayor unidad en la cultura del istmo; unidad cultural que es el mejor y más poderoso cimiento del Mercomún y de cualquier otra vinculación política o socioeconómica de la familia de repúblicas centroamericanas.

Este es un momento histórico único del acontecer del Continente: todas las fuerzas tienden a la formación de bloques regionales, pero la base y motor de esas comunidades de naciones es la religión, la lengua y las culturas compartidas.

**Grupo Uno** quiere ser factor activo en esa corriente con la publicación de la *Colección Cultural de Centro América*.

*Pablo Antonio Cuadra*

## *Colección Cultural de Centro América* *Consejo Asesor*

La *Colección Cultural de Centro América*, para desempeñar sus funciones, está formada por un Consejo Asesor que se dedicará a establecer y vigilar el cumplimiento de las políticas directivas y operativas del Fondo.

### MIEMBROS

Dr. Francisco X. Aguirre Sacasa  
Dr. Emilio Álvarez Montalván  
Ing. Adolfo Argüello Lacayo  
Dr. Alejandro Bolaños Geyer  
Dr. Arturo Cruz S.  
Don Pablo Antonio Cuadra (1912–2002)  
Dr. Ernesto Fernández-Holmann  
Dr. Jaime Incer Barquero  
Dr. Francisco J. Laínez  
Ing. René Morales Carazo  
Lic. Ramiro Ortiz M.  
Dr. Gilberto Perezalonso  
Ing. Ricardo Poma  
Lic. Sergio Raskosky Holmann  
Lic. Marcela Sevilla Sacasa  
Lic. Pedro Xavier Solís  
Arq. José Francisco Terán

### MIEMBROS HONORARIOS

Lic. Jorge Canahuati  
Rev. Manuel Ignacio Perezalonso

## *Serie Pablo Antonio Cuadra*

La admiración que siento por Pablo Antonio es profunda. Su vida fue un ejemplo de consecuencia y la obra que nos legó es notable por su dimensión y seriedad. Pablo Antonio es, indudablemente, una de nuestras inspiraciones. Su poesía tocó la fibra más íntima de nuestra Nación y sus ensayos sobre nuestra historia y sociología le ofrecieron sustento conceptual a su aliento poético. Y, cuando la política nicaragüense quedó reducida a los gritos, su voz serena simbolizó la rectitud ciudadana.

Para nosotros, los de la Colección Cultural de Centro América, la publicación de la Serie Pablo Antonio Cuadra es una obligación gustosa. Lo hacemos por uno de los fundadores de esta Colección Cultural y por nuestras nuevas generaciones, las que deben estar expuestas a la voz de este maravilloso nicaragüense, cuyo vasto legado intelectual recogemos parcialmente en las páginas de esta Serie.

*Ernesto Fernández-Holmann*

PRESIDENTE

COLECCIÓN CULTURAL DE CENTRO AMÉRICA • GRUPO UNO



## *Prólogo*

PAC

### *Maestro del pensamiento y la palabra*

Pablo Antonio Cuadra es uno de los más grandes poetas nicaragüenses del siglo xx. Esto ha sido reconocido por todos, y sería un lugar común decir lo que es sabido de sobra, si no fuera porque en su poesía arrancada de las raíces mismas de la tierra e impregnada profundamente de una irrecusable vocación hispana e hispanista, se encuentra no sólo la belleza de sus versos, sino también la palabra que descubre o insinúa, que ilumina esclarecida y esclarecedora o matiza con sombras apropiadas el arte del misterio.

Su prosa es también poesía, raro arte que combina con igual maestría la palabra y el pensamiento que no pierde altura reflexiva ni calidad poética, cuando toca los terrenos de la sociología, la antropología y la política.

Pablo Antonio es un pensador de esta contradictoria realidad, de la ambivalencia de nuestra identidad y del sistema de signos encontrados que prefiguran el alma y la sicología del ser nicaragüense.

Los Ensayos que aquí presentamos en este estupendo Primer Volumen, constan de tres partes. Estos escritos deben ser considerados clásicos de la prosa nicaragüense e hispanoamericana. Ellos son:

- 1 El Nicaragüense
- 2 América o el Tercer Hombre
- 3 Otro Rapto de Europa

En ellos Pablo Antonio, con la singular maestría que le caracteriza, nos presenta la naturaleza del ser nicaragüense, el drama de América y del hombre americano que él denomina El Tercer Hombre y la visión de Europa desde el ojo ágil y penetrante del viajero, el periodista, el poeta y el pensador.

Destaca Pablo Antonio Cuadra en su estupendo libro *El Nicaragüense*, nuestra doble condición en la historia, la geografía y la vida, la que marca dos caminos en la apasionada y contradictoria trama de la nicaraguanidad.

Chorotegas y Nicaraguas, civilistas y guerreros, demócratas y totalitarios, lagos y volcanes y junto a esta bifurcación de la historia y de la vida la voluntad permanente, profunda y radical de querer ser uno mismo en unidad, en medio de esa naturaleza dual. Unidad y dualidad que es desgarramiento y que asume en Rubén Darío, en su poesía y en su vida, la dimensión más elevada en el incierto destino del ser nicaragüense.

Cuando a la altura de sus 88 años el gran escritor venezolano Arturo Uslar Pietri, ya fallecido, se refiere a su más difundido y traducido libro, la novela (novela en la historia) *Las Lanzas Coloradas*, lo hace diciendo que ese libro lo escribió otro, un joven de 25 años. Ciertamente es que a través de los años todos cambiamos y con frecuencia vemos con cariño paternal, entre la niebla del tiempo pasado, la imagen del niño o del joven que fuimos.

No obstante, nuestro otro yo no es consecuencia únicamente de la dualidad que provoca el paso del tiempo (hoy somos diferentes de como fuimos ayer), sino que nuestras contradicciones son de naturaleza simultánea.

Pero si ser otro sin dejar de ser uno mismo es universal condición de lo humano, ser otro sin ser uno mismo es la raíz del drama nicaragüense. No obstante, hay que precisar el concepto y circunscribirlo a la práctica política. Para el nicaragüense es diferente su conducta frente a la vida, de su conducta frente a la historia. En el primer caso el nicaragüense 'es', tiene identidad y referencias básicas sobre las que descansan las condiciones de la existencia. En el segundo, deja de ser el mismo y finge ser otro.

Pablo Antonio de diversas maneras y en diferentes escritos, nos ha recordado con frecuencia esa dualidad entre la creación artística y la acción política. En la primera, el nicaragüense crea y recrea el mundo y en este acto genésico de la naturaleza y la vida se crea a sí mismo. En la segunda, el nicaragüense falsifica su propio ser y traiciona su destino. Son dos visiones, dos conductas y dos niveles en los que transita el ser nicaragüense. Una nueva contradicción que reafirma la conciencia desgarrada, para usar el término de Hegel, de nuestra identidad y ontología.

Es el Güegüence que finge primero para defenderse y que finge después por costumbre y porque ya no puede vivir sin fingir hasta transformarse en su propia mentira. Es el reino de la política. Mientras la forma de ser de la vida cotidiana y de la creación cultural y artística nos confiere identidad, la forma de hacer política nos confisca la autenticidad.

No se trata tanto de que la cultura en sus expresiones clásicas, en el arte, el pensamiento, la literatura, ilumine a la clase política, si así fuere, excelente, sino de que haya una cultura política, de que la política como política sea en ella misma una cultura, con sus valores, objetivos y metas, con sus estrategias y tácticas específicas, con su visión y misión de lo que debe ser el Estado-Nación nicaragüense.

Pablo Antonio tomó al vuelo la política en sus *Escritos a Máquina* y editoriales de La Prensa, y, durante mucho tiempo, con su prosa, aguda y certera, además de bella, penetró el corazón de la vida nacional. Su enfoque hispanista y cristiano, es esencia de su pensamiento y desde esta perspectiva, podríamos decir, objetivo teleológico de su reflexión política.

Pero la política, a pesar de sus numerosos encuentros y desencuentros con ella, de sus preocupaciones y ocupaciones ideológicas, no fue, creo, el tema principal dentro de sus predilecciones intelectuales. En ella puso más su ingenio que su genio, orientado, sobre todo, a la creación poética y al ensayo antropológico. En aquel terreno, su forma de expresión, fue el artículo sobre lo concreto y cotidiano, no exento, por



supuesto, del enfoque ideológico que durante una época le fue propia.

Esta dualidad entre política y cultura, no es, sin embargo, la única que enfrenta el alma del nicaragüense en su compleja naturaleza existencial. El desgarramiento primario, nos lo presenta Pablo Antonio Cuadra en esta obra *El Nicaragüense*, y es el que se produce entre lo español y lo indígena. Por ello, su poesía y su prosa, su tarea de poeta y de pensador, se dirigen a la búsqueda de la integración de lo disperso, de la unidad de los contrarios, que en él es una categoría moral y conceptual: el mestizaje.

En su poema *El Hijo de Septiembre* dice:

*'Yo pelié con don Gil en la primera  
guerra nicaragüense. De muchacho era indio,  
y español y al unísono me herían.  
Tengo el grito bilingüe en las dos fosas  
porque me dieron flechas en el lado blanco y balas  
en mi dolor moreno.'*

Y luego relaciona esa dicotomía antropológica con la dualidad y contradicción de la actitud política:

*'Bicéfalo ataúd llevan mis restos  
pues cuando quiero libertad me mato  
y cuando tengo libertad me muero.'*

'Luego, nos dice, la singular dualidad que dividió a Nicaragua en dos parcialidades localistas, Oriente y Occidente, produciendo el fenómeno bastante original en la historia de América, de un país bajo la rectoría bicéfala de dos ciudades, León y Granada, dualidad que terminó encontrando solución en una nueva capital: Managua.'

Pero no es únicamente la dualidad el rasgo que destaca Pablo Antonio del nicaragüense, también lo es la vocación migratoria

e itinerante y el dramático sentido del humor. 'El nicaragüense del éxodo no hace llorar sus laúdes junto a los ríos de Babilonia. Se ríe.'

Angel Ganivet en *Epistolario*, 1893, primero, y en *Idearium*, 1896, luego, nos relata la historia de Agatón, el nicaragüense de Matagalpa, aunque después en su segunda obra lo refiere como originario de Managua, internado, moribundo, en un hospital de Bélgica que le relata sus aventuras y sus desventuras, su infortunio conyugal y su vida errante en el Canal de Panamá en donde estuvo trabajando, en El Congo y finalmente en Bélgica a donde llegó a morir.

También nos relata Pablo Antonio las aventuras de otro nicaragüense de quien sospecha fue el personaje de Daniel de Foe, consagrado en su inmortal relato, *Robinson Crusoe*. 'Fue en una edición francesa de la enciclopedia Larousse, nos cuenta, donde por primera vez encontré la afirmación de que Daniel de Foe se había inspirado para crear su personaje, en la historia de un marinero nicaragüense, abandonado en una isla deshabitada del Pacífico por el Filibustero Sharp en 1860.'

De esta forma el nicaragüense disputa el modelo en que se inspiró Defoe al marinero escocés Alexander Selkirk, pues, nos dice de nuevo Pablo Antonio: 'Todo nicaragüense, si consulta su corazón, lo sabe. Robinson Crusoe era nicaragüense. El robinsonismo es nuestra tentación y nuestro peligro.'

En el ensayo 'Oriente y Occidente, León, Granada y el Sol,' citando a Alfonso Cortés, resalta no sólo la contradicción entre León y Granada, sino también la paradoja ideológica entre ambas ciudades, la desconcertante contradicción. 'León, vitalmente conservador, hace suyo mental e ideológicamente el Partido Liberal. Granada, vitalmente liberal y progresista, toma el conservatismo. ¿Será esta contradicción la que hace tan similares y al mismo tiempo tan distintos, como un acordeón que sólo suena de este tira y encoge, a los dos partidos históricos?'

La dificultad de hacer de Nicaragua una Nación surge de la ausencia de una verdadera conciencia de nacionalidad. Los loca-



lismos, sobre todo los suscitados entre León y Granada, han dominado la historia nicaragüense.

‘Para mayor ironía, dice Pablo Antonio Cuadra, es Walker el que insiste en usar el nombre que nos unifica como nación: su periódico oficial se llama *El Nicaragüense*. Es el invasor, el usurpador el que nos descubre nuestra totalidad, porque lo que pretende arrebatar nos es precisamente ese todo nacional.’

Todo el libro *El Nicaragüense* es una búsqueda de la identidad, reconociendo, no obstante, las rupturas que dolorosamente han desgarrado el alma nacional. La obra pone el dedo en la llaga, pero no para profundizarla, pues Nicaragua ha sido herida muchas veces y aun respira por sus heridas, sino para sanarla, para buscar la reconciliación de las diferencias, identificando lo que esencialmente somos.

En este sentido, y en muchos otros concernientes a la cultura y al arte, pocas personas han ejercido una influencia tan grande en Nicaragua, como la de este extraordinario poeta y pensador.

Lo esencial en Pablo Antonio, fue la unidad entre la teoría y la práctica. Militante de las ideas, y de las creencias, habitualmente más fuertes que aquellas, siempre asumió una conducta ante el acontecer político, en la que se unieron pensamiento y acción, o mejor, pensamiento y actitud.

Pablo Antonio es un pensador fundamental en la historia de nuestro país, un paradigma de coherencia entre el hombre, el poeta y el pensador, desde su propio lado de la trinchera y con su propia visión de la historia y la cultura jamás desmentida. Es, él solo, sin lugar a duda, toda una época, una especie de hombre símbolo y un referente inexcusable en la historia de la cultura nacional.

Uno de los núcleos de ensayos más sustanciales de Pablo Antonio Cuadra es el que se refiere a *América o el Tercer Hombre*. En estos escritos Pablo Antonio, con la maestría del escritor, la belleza poética de su prosa, y la profundidad del pensador, nos conduce de la mano por el no siempre fácil camino de la identidad americana, que él trata de reafirmar a partir de una visión cristiana y ecuménica de América y España.

Para ello nos sitúa en el CANTO XXVI del Infierno de Dante que descubre 'desde la poesía la existencia de América. El navegante que usa para este profético descubrimiento no pudo ser mejor escogido: es Ulises, símbolo imperecedero de la aventura.'

La idea central de Cuadra se inicia en la reafirmación de la naturaleza misma de la poesía, capaz, más que de profetizar utopías, de descubrir la realidad con una visión anticipada. Más que profeta de un mundo que no es pero que será, que no existe todavía pero que vendrá, el poeta es visionario y misionero de una realidad subyacente y oculta de la cual descubre el velo y la expone a todos con la claridad de su mirada intuitiva y precursora.

Así, Dante se adelanta a Marco Polo y a Colón y presiente en ultramar el mundo que luego encontrarán los navegantes y geógrafos. América es hija del Renacimiento, más de sus poetas que de los almirantes de la mar océano.

La otra idea de Cuadra siguiendo al Dante, es la de la creación del mito del Purgatorio. 'En la concepción de Alighieri el hombre que cruza el océano sufre un cambio fundamental, pasa de un lugar de fe, que se enjuicia por el pasado, a un lugar de esperanza que se enjuicia por el futuro. El Purgatorio es el lugar de la Esperanza, el lugar de la espera...'

América es el lugar de la esperanza, el sitio en el tiempo y en el espacio desde donde se espera 'el alba futura.' Si es la tierra del paraíso perdido, debe ser la tierra del paraíso recobrado. Y es aquí, ante el dilema de cómo recobrar el paraíso, el momento en que se divide el pensamiento americano entre quienes piensan que para alcanzar el futuro debe abolirse el pasado, y quienes, por el contrario piensan que el futuro se construye emergiendo de las entrañas del pasado.

'Recordemos, dice Pablo Antonio, que el primer acto, la primera medida del primer conquistador de América—Hernán Cortés—fue quemar sus naves. Quemar simbólicamente su unión con el pasado para comenzar la nueva historia. En las mitológicas llamas de las naves de Hernán Cortés, comienza a arder el purgatorio de América.'



Ahora bien, las naves se queman o para quedarse con el paraíso en donde será posible la plenitud de la fe cristiana católica, arrinconada en Europa por la Reforma Protestante, paraíso posible para el europeo después de expiar las culpas congénitas de Europa arrastradas consigo a la terra nova; o las naves que arden son el símbolo de esa ruptura con el pasado, para que el poder y el oro no vengan de Europa ni vayan a ella que finalmente son congénitos de estas tierras feraces, ricas, abundantes. América no necesita de Europa para ser lo que es ni para ser lo que será.

O finalmente, el incendio en donde arde el pasado es por ambas cosas a la vez: por conservar el paraíso y por conservar las riquezas que, finalmente, son las que lo hacen paraíso, la unión de la cruz y la espada, de la Iglesia y el Estado, del poder y la fe.

Los movimientos de Independencia influenciados por la Ilustración, primero, y la Generación del Romanticismo, después, coincidieron en la búsqueda y reafirmación de un mundo nuevo, separado radicalmente de la tradición y el pasado.

‘Desde la aurora misma de nuestra libertad, dice Cuadra, el pensamiento americano, casi en su totalidad, reemprende la búsqueda de un paraíso político y vuelve a quemar el pasado, dirigiéndose decididamente hacia el futuro, y ejercitando constantemente el vaticinio.

Desde entonces más parece nuestra América un continente de profetas que de filósofos.

Comencemos por Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar. Como si se colocara incluso ortográficamente en el comienzo del mundo, escribe en 1842: ¿Dónde iremos a buscar modelos?... O inventamos o erramos.’

La misma línea siguen los pensadores americanos, fundadores de la hoy denominada filosofía latinoamericana, Alberdi, Sarmiento, Lastarria, Hostos, González Prada, Vasconcelos, y tantos otros pensadores que dedicaron su vida y lo mejor de su inteligencia a pensar la identidad, naturaleza y destino de América.



Frente a la Utopía de los pensadores americanos, Pablo Antonio Cuadra nos propone la idea de América como confluencia de lo español y lo indígena, a la que se integra la sangre y la cultura negra. Y así nos dice: ‘¿Libertad para qué? Para desarmar—como antes dije—la utopía de ayer y montar la de hoy. Es la libertad como insatisfacción permanente. Cada generación quiere conjugar su futuro sobre borrón y cuenta nueva. Cada generación pide relevo para llevar la angustiada piedra de Sísifo a la cumbre de su tiempo.’

Pablo Antonio recuerda y nos recuerda que América, esta nuestra América como la llamó Martí, tiene una historia y un destino distinto del de la América del Norte, la nuestra arranca de las entrañas de la historia española e indígena, su futuro no puede ser sino la superación del pasado; la historia de los Estados Unidos es una historia sin historia, un comenzar sin antecedentes ni raíces, un hoy que se vuelve mañana al prolongarse hacia delante, hacia la línea del horizonte donde se encuentra el futuro.

En ese nuevo mundo, entre sus fábricas, sirenas, inventos, negocios y eficacias técnicas, se alza la gran voz de su profeta. La voz del barbado Whitman que, con acento de cadencia inaudita llamaba a todas las tribus de la tierra, llamaba a todos los hombres futuros. ‘Poetas del porvenir, clama, es necesario que me justifiquéis.’ ‘El pasado es cadáver,’ sentencia inapelable. ‘El paraíso futuro es aquí,’ dice.

Y el discípulo de Whitman, Carl Sandburg, exclama:

*‘Yo hablo de nuevas ciudades y de nueva gente.  
Te digo que el pasado es un cubo de cenizas.  
Te digo que el ayer es un viento ido.  
Un sol que se ha puesto en el oeste.  
Te digo que en el mundo sólo hay  
un océano de mañanas  
un cielo de mañanas  
Yo soy un hermano de los desgranadores de maíz que dicen:  
Mañana será otro día’*

Es el Ulises del Dante que no regresa, que muere ante las playas de América para reafirmar que en esas playas está el destino final; ese Ulises sin retorno nos recuerda que no hay pasado, no hay patria ni Penélopes que esperan, que el viaje termina al tocar las costas del futuro, a partir de ahí el futuro todo es un presente eterno sin pasado, sin recuerdo, sin nostalgia.

‘¿Podrá decirse, se pregunta Pablo Antonio, que nuestra poesía perdió aquí también, como Ulises, su retorno?. En otras palabras ¿es que cambia en América la esencia de la poesía y es que la edad de oro, los siglos dichosos de que hablaba Cervantes, han sido trasladados de la nostalgia a la esperanza, del recuerdo a la profecía?’

Todo el pensamiento de Pablo Antonio proclama el retorno de Ulises y la integración de lo indígena y español en el crisol del hombre nuevo, del tercer hombre, y como Darío asume que todo se une en la invocación del espíritu de la raza: leche, miel, savia y sangre; la loba romana, los manes antiguos, primitivos abuelos, viejas prosapias. Dioses y hombres unidos en un pretérito anterior a la historia y al tiempo.

Es Darío, en quien nutre Pablo Antonio su vocación integradora, quien nos dio la más profunda visión y el más acendrado sentimiento de universalidad. El futuro que invoca Rubén es el pasado primigenio que nace en un tiempo en que la historia no existía. Con ese pasado alojado en las entrañas del alma, ‘la latina estirpe verá la gran alba futura.’ Aquí Darío, Capitán del Modernismo en la poesía de la lengua española, se opone al concepto lineal del tiempo que se mueve en una progresión ascendente y unidireccional hacia el futuro que construye el hombre del racionalismo mediante la ciencia y la técnica. El futuro existe aquí como regreso a los orígenes.

La esencia del pensamiento de Pablo Antonio Cuadra y de lo que me atrevería en llamar su filosofía de la historia y su ontología del hombre americano, está contenida en la idea del Tercer Hombre, síntesis creadora, génesis de América.

Para Pablo Antonio Cuadra, la superación de Europa y de la

sociedad precolombina en una nueva expresión histórica, en una síntesis que resulta de la confluencia y acción recíproca de ambas, pasa necesariamente por la crítica a la idea de utopía que domina la imaginación y la reflexión del hombre europeo, pero también del hombre precolombino.

Como escribe Arciniegas, dice: 'Cuando Colón enrumba sus tres carabelas hacia Occidente, no va tras lo absolutamente desconocido. Se mueve hacia la realidad mágica. Va al encuentro de otra tierra ya ocupada y poblada por la fábula. El hombre medieval, de cuya sociedad forma parte el Almirante Cristóbal Colón, cree más en lo imaginariamente elaborado que en lo real y tangible...'

'La utopía nos rodea—dice Pablo Antonio—nos tienta, nos impulsa y con excesiva frecuencia nos hecha a perder nuestras realidades.' Entiendo perfectamente las preocupaciones de Arciniegas y de Pablo Antonio, en el sentido de que el imaginario mágico y mítico de la utopía es un velo que impide ver la realidad indo hispana que ellos quieren poner a plena luz en el mestizaje.

No obstante, creo oportuno señalar que América fue posible por la utopía por la imaginación deslumbrada y deslumbrante y por la búsqueda de imposibles del hombre renacentista. Colón, y la idea de América como utopía, fue fruto del Renacimiento y no del medioevo como piensa Arciniegas citado por Cuadra, aunque España y los españoles llegados a América a finales del s. xvi hayan salido no sólo del Puerto de Palos sino de las costas de una Edad Media tardía.

Las utopías fueron griegas, latinas y renacentistas. Las utopías de Platón con la Atlántida, de Homero con la Odisea, de Virgilio con la Eneida, y, en el Renacimiento, la utopía de América de Cristóbal Colón, la de Tomás Moro, La Ciudad del Sol de Tomasso de Campanella... La Edad Media no tuvo utopías, pues tuvo el cielo de la religión, de la teología y de la idea trascendente del alma, mientras que la utopía es la idea del paraíso recobrado, del cielo en la tierra, o del purgatorio como lugar de espera y esperanza que el Dante imaginó en América.



En la idea del Tercer Hombre desemboca, como ya dijimos, lo esencial del pensamiento de Pablo Antonio Cuadra. Poeta ante todo, nos lleva admirablemente a la raíz más honda de su pensamiento a través de la poesía, el símbolo, el mito, la metáfora. Platón, Homero, Hesíodo, Virgilio, Dante, Cervantes, Whitman, Darío, proporcionan las imágenes con las que el poeta construye, en forma plástica, mágica y simbólica las esencias de su pensamiento y reflexión.

Pablo Antonio no sólo demuestra sino que muestra, su palabra no es únicamente conocimiento sino también sabiduría. El Tercer Hombre es América pero es también España que nunca más podrá ser la misma sin América. “Es el dinamismo del descubrir sustancial a América que siglos después expresó Darío en su salutación al Rey Oscar, ‘Mientras haya una imposible hazaña/ una América oculta que hallar, vivirá España,’ verso que lleva oculta su contraparte, pues, también mientras haya una España y un Occidente que descubrir, ¡vivirá América!”

América para él es la tercera salida del Quijote. “Larga salida, difícil aventura de cinco siglos que ha ido formando ese tercer personaje que se desprende de la obra cervantina, ese Tercer Hombre: el Quijote-Sancho; el caballero-escudero; el capital-trabajo; el poesía-prosa; el realismo-mágico; el Quetzalcóatl o pájaro-serpiente de los presagios indios, es decir, el mestizaje radical, como cantaba Joaquín Pasos, de ‘un español todo indio, y de un indio todo español,’ la difícil fusión del pájaro (como metáfora del espíritu) y la serpiente (como símbolo de la materia).”

El fenómeno cultural y antropológico del mestizaje que es esencia de una importante tradición hispanista, es, a mi modo de ver, la percepción de la cultura como síntesis, la que se produce cuando diferentes afluentes que concurren en la historia convergen a un punto común y se entremezclan, dando por resultado una expresión cualitativamente nueva, que no es la sumatoria de sus partes sino la integración de éstas.

La autenticidad del hombre americano pasa por Europa, por esa

mirada necesaria que atraviesa el Atlántico, pues en ella hay también elementos de nuestra génesis. Tesis y antítesis cuyo origen y destino se entrecruzan dialécticamente.

Ser auténtico significa desentrañar lo propio e integrarlo a su tiempo y realidad, es decir, darle universalidad. Por ello el reencontro de nuestra cultura y su ubicación en el tiempo actual exige dos acciones del pensamiento: la una vertical que penetre en profundidad las entrañas del origen, ubicados en el propio suelo; la otra horizontal, que regrese desde donde partió una cultura dominante que se impuso, pero que quíerese o no, forma parte de nuestra realidad histórica.

De todas maneras, la experiencia de América no es una excepción de la dialéctica del conquistado conquistador y, correlativamente, del conquistador conquistado. Visto desde esta óptica, es un poco el regreso de las carabelas de Colón a las costas de España, cargadas con los 'frutos dorados de la palabra,' con el tesoro del idioma que nos identifica con España y nos diferencia de ella.

La visión integradora de Pablo Antonio Cuadra está siempre presente en sus escritos. En su discurso *La América de los Poetas* pronunciado por él en la sede de la Organización de los Estados Americanos (OEA), en Washington en ocasión de recibir el Premio Gabriela Mistral en 1991, reafirma esta característica de su pensamiento.

Para Pablo Antonio la efectiva labor triptolémica, para usar la expresión de Darío, y que consiste en el encuentro del maíz con el trigo que simboliza la fusión de las culturas indias y la cultura occidental, se produce en los poetas y pensadores: 'del viejo Netzahualcoyotl a Octavio Paz; de Andrés Bello a Jorge Luis Borges; de José Martí a José Vasconcelos; de Sor Juana Inés de la Cruz a César Vallejo; de Machado de Asís a Guimaraes Rosa; de Rubén Darío a Gabriela Mistral... ¡y tantos más!. Ellos son las naciones intelectuales, los contenidos del Continente, las repúblicas poéticas, nuestra otra cordillera andina de altas creaciones que vertebra nuestra América.'



*Otro Rapto a Europa, Notas de un Viaje*, es un precioso fresco que la pluma de Pablo Antonio pinta a su paso por las ciudades europeas de las que siempre extrae el mensaje apropiado, la belleza explícita o discreta, y la moraleja oportuna de quien además de viajero y periodista, es sobre todo poeta y pensador. Es un singular ejercicio de un constante buscador de sentidos y significados y de un insaciable creador de belleza.

Como él mismo lo expresa en la advertencia: 'Viajar es un verbo de conjugación cada día más veloz. Como las fotos del turista, las observaciones del viajero tienen que ser superficialmente instantáneas. Pero en este itinerario el viajero es además periodista. Un periodista que llevaba, como exceso de equipaje, los escombros de una ciudad destruida por un terremoto y los escombros de una república destruida por una dictadura dinástica.'

El ojo del poeta, que casi siempre es buen ojo, nos descubre Venecia y sus Corceles, y, cargando como una lápida el peso de la política nicaragüense, nos recuerda que desde el cuatrocento hasta la ilustración fue el sistema veneciano 'el régimen político ideal y el que más tratados y estudios provocó entre humanistas y políticos, sobre todo en los siglos xvi y xvii.'

De San Marino resalta la autenticidad de un pueblo que trabaja con nobleza la tierra que le proporciona frutos y sabiduría existencial y que vive para la libertad.

Florenia es 'fruto de la voluntad de la belleza' y por eso su guía es Boticelli, Simonetta Catanei es la belleza de la mujer junto a la belleza del río, el Arno, y entre ambos, entre el pintor y la mujer el drama de la muerte que fecunda la inspiración de Botticelli quien 'batalló obstinadamente con ella para arrebatarle con sus pinceles el rostro, el cuerpo, las divinas formas que la muerte le robaba... Así llegó el momento en que Boticelli-Orfeo ideó el cuadro de su vida, su obra maestra: *El Nacimiento de Venus*.'

Artista, al fin, Pablo Antonio concluye su reflexión estableciendo al arte y la belleza, que provienen de un espíritu humanista y generoso, como la condición de la vida llevada con nobleza y de la política ejercida con dignidad. Porque ¿qué puede surgir de la

sordidez, de la codicia vulgar y centavera o de la política concebida como rapiña?. El orden externo supone un orden interno, una armonía, afirma el poeta, para luego preguntarse con una pregunta que es más que nada una respuesta ¿se puede crear una sinfonía con disparos de *Garands*?

Y así, como Managua destruida por el terremoto, nos descubre Pompeya. ‘Lo que cubrió el volcán, lo descubrió muchos siglos después la arqueología; y gracias a esa interrupción del tiempo, gracias a ese sueño bajo la lluvia y el tiempo, pudo reconstruirse con datos exactos una enorme porción de la historia del imperio romano.’

Y luego nos lleva a la tumba de Virgilio, a Capri, a Roma, la tierra de todos los espacios y de todos los tiempos, desde donde es posible ver con sólo girar la cabeza las huellas luminosas y trágicas del imperio, la república, la Edad Media, el Renacimiento, la arquitectura del fascismo, grotesca y vulgar, en medio de la casi imposible belleza del tiempo hecho mármol, estatua y piedra. Roma, la ciudad donde se detuvieron los siglos para permitir al caminante continuar su ruta llevando sobre el espíritu la eternidad de otros pasos en el incesante caminar del hombre como especie a través de su destino.

‘Cada viajero—dice Pablo Antonio—lleva una Roma, su Roma dentro y quiere revivirla o desplegarla como calco sobre esta enorme Roma real, relicario de tres o cuatro mil años de historia.’

Luego Niza ‘esplendor del Mediterráneo,’ joven en su antigüedad, sugerente de inquietantes anhelos y como el verso de Alfonso:

*‘Siento bullir locos pretextos  
que estando aquí ¡de allá me llaman!’*

Después vienen El Rin, Hannover; Bonn, la tierra de Beethoven; y ya en España, Mallorca, que el llama Zapatara del Mediterráneo, Madrid, y en Madrid, El Prado; y en El Prado, Velásquez; y en Velásquez Las Meninas en donde el pintor, como



‘el mágico espejo de Alicia ha volteado al revés la realidad.’  
 ‘En Las Meninas hay un último personaje invisible, a quien está mirando Velásquez: es el espectador. Soy yo, o usted. Estamos ya dentro del cuadro.’

Y sigue su itinerario de maravillas, Itálica, Toledo o el Entierro del Conde Orgaz, Zalamea y Segovia o la Cuna de piedra de la política nicaragüense, con lo que Pablo Antonio concluye este singular itinerario de arqueología, historia, cultura, poesía, arte en general.

El poeta de mirada penetrante y melancólica hace de Europa, de su historia, belleza, tragedia y grandeza, su otro yo, el sujeto espejo al otro lado del Atlántico, el interlocutor que habla en el silencio de sus piedras.

Para Pablo Antonio, como él mismo lo dice, ‘Su rapto de Europa ha sido interesado. Ni su ojo ni su corazón estaban libres para ver ni para poseer, sino comprometidos, angustiosamente comprometidos, con Nicaragua: de ahí que en cada nota el objetivo y el tema en contrapunto sea siempre Nicaragua. Europa en este cuaderno de bitácora sólo es la reflexión de los problemas del viajero: el espejo, el múltiple espejo de una todavía no fatigada civilización, que devuelve respuestas a sus interrogaciones y preocupaciones nicaragüenses.’

A través de todas estas páginas se siente, suave y sin ostentación la presencia de la sabiduría.

La sabiduría es una rara confluencia entre la razón y la intuición; la demostración y la revelación; el conocimiento y la inspiración; el logos y el mito. Es el momento en que se tocan casi milagrosamente el ser y el conocer, la naturaleza y la historia, lo humano y lo divino.

Parte de la sabiduría es no sólo la ciencia, sino también y sobre todo, la poesía, el arte. La razón convence, la poesía intuye y profetiza. Pablo Antonio Cuadra nos hace presente en esta obra la belleza de la palabra y la profundidad del pensamiento.

*Alejandro Serrano Caldera*



# EL N I C A R A G Ü E N S E



## Advertencia

Desde que me vi obligado a dejar mi vida campesina y a trabajar como periodista, se estableció dentro de mí una lucha que acabó dividiendo mi labor de escritor en dos formas de escribir como dos ríos de distinta precipitación.

La poesía, la obra creadora—incluso ciertas cartas—no las concibo sino a través de la mano fluyendo su tinta como sangre. Por eso hay una parte mía, de cerebro a corazón, de corazón a mano, que celosamente aparto, que laboro en silencio y solitario, en una lentitud dolorosa con mi puño y letra.

La obra del periodista, en cambio, la del editorialista, la del viajero, la del crítico, la que escribo asediado por la prisa y la prensa, entre ruidos, interrupciones, visitas, diálogos, impresiones inesperadas, lecturas sin sedimentar y teléfonos... va de la mente a la tecla, se concibe en la velocidad, en un apenas corazón y se escribe a máquina.

Por eso la columna editorial que se publica con mi firma la titulé: *Escrito a Máquina*. Es todo aquello que el tiempo no me dejó escribir a mano.

En ese sentido, angustiosamente provisional, tómese este libro que mis amigos y lectores han querido publicar reuniendo esa obra periodística de apuntes y bocetos.

Son mis borradores del tiempo.

PAC

## *Los Hijos de Septiembre*

Hace ya algunos años—cuando nuestro grupo de ‘*Vanguardia*’ lanzaba manifiestos nacionalistas y se sumergía en las fuentes populares buscando las raíces de nuestra cultura mestiza para alimentar y producir una literatura nicaragüense—, escribí un poema en que quise resumir—con una lengua poética todavía insegura—la ironía y el drama de ser nicaragüense. El poema se titula ‘El Hijo de Septiembre’ y dice:

*Yo pelié con don Gil en la primera  
guerra nicaragüense. De muchacho era indio,  
y español y al unísono me herían.  
Tengo el grito bilingüe en las dos fosas  
porque me dieron flechas en el lado blanco y balas  
en mi dolor moreno.*

*Más tarde, en el 21, se batieron  
mis dos mitades fértiles en sueños:  
el ORDEN con el Rey, y fui colgado;  
la AVENTURA—demócrata—a empujones  
de alegre libertad y... ¡fusilado!  
¡Lindo túmulo Septiembre para flores!*

*Pasando a sangres más fáciles la pólvora  
sonó después en funerales bipartitos:  
me fueguí liberal hasta el sepelio  
con discursos en León. Pero en Granada  
me enterraron de verde y con tambores.*

*¡Histórica es mi muerte en dos versiones!*



*Hoy de pobre peleo con el rico:  
me soy patrón o me declaro obrero  
en huelga general mi Sindicato.  
Bicéfalo ataúd llevan mis restos,  
pues cuando quiero libertad me mato  
y cuando tengo libertad me muero!*

En este primer sondeo visceral, el nicaragüense que encontraba dentro de mí, era un ser dual con dos mitades dialogantes y beligerantes.

El poema había sido escrito en mis años escolares. Desde la ventana de mi estudio—en el Colegio Centroamérica—contemplaba día a día una galería de grandes estatuas de piedra esculpidas en remotísimas edades por antepasados indios. Estas estatuas repetían de manera obsesiva el tema del ser humano con un animal adherido a su espalda, formando una unidad escultórica de monstruosa belleza. A veces el animal parece reptar sobre el hombre o la mujer, o bien agobiarlo en un suplicio dantesco. En otras ocasiones, el animal—lagarto, serpiente, águila, coyote, jaguar—está más integrado aún al cuerpo humano, de tal modo que la faz del hombre aparece entre las fauces del animal formando un solo rostro dual. Otras veces el animal repta solamente sobre la cabeza humana como significando una doble mentalidad.

Esas esculturas monumentales me hablaban de una concepción mítica y misteriosa del ‘doble yo’ o ‘alter ego vital’ que significó seguramente todo un movimiento religioso o mágico animista, forjado por una cultura muy antigua, tal vez Mangue-Chorotega, o quizás anterior, que tuvo por foco originario e irradiante—según la mayor parte de los arqueólogos—la región de los lagos de Nicaragua; concepción dualista (del ‘other self’) que extendió su influencia hasta regiones muy distantes del Norte y del Sur de América: hasta México y Guatemala (en las culturas pre-aztecas y pre-mayenses) al Norte, y hasta Colombia (en los chibchas de San Agustín), Ecuador

(en Manabí), Perú, (en Chavín de Huántar), el Amazonas (en la región del Trombetas), por el Sur.

Esta concepción del 'doble yo' que produjo Nicaragua—de la cual sólo nos quedan los textos gráficos de estas esculturas, como también los variadísimos y sorprendentes dibujos de la cerámica de esas edades—, ¿significaría la creencia en propiedades superiores e inferiores del ser humano, las unas adscritas al alma—figurada en el animal protector, especie de ángel guardián inseparable—y adscritas las otras al cuerpo...?

Los arqueólogos tal vez algún día descifren la incógnita. Yo solamente tomaba de aquella dualidad el punto de partida. Y ante mis ojos atónitos de poeta, el 'yo soy otro' de Rimbaud se me hacía estatua dos mil años antes por obra de los primitivos nicaragüenses.

Por otra parte, cuentan en sus tradiciones los chorotegas y los nicaraguas—son las dos culturas superiores que dominaban nuestro país a la llegada de los españoles—que cuando salieron huyendo, exilados de México, sus caciques y sus sacerdotes o 'alfaquíes' consultaron a sus dioses, y éstos les ordenaron partir hacia el Sur, agregándoles que sólo se detuvieran hasta que encontraran en un lago, una isla con dos volcanes gemelos (Ometepe).

La señal dual de los dos volcanes proféticos los hizo ocupar Nicaragua. Allí se establecieron desde el s. VIII de nuestra era. Y es interesante observar—en el misterio de ese vaticinio—que la nueva historia indo-hispana de Nicaragua también comienza, exactamente frente a esos dos volcanes, por un diálogo: la conversación entre el Cacique de Nicaragua y el conquistador Gil González Dávila en 1531.

Allí comienza el choque y la fusión de la nueva dualidad. Dos sangres, dos culturas, junto al símbolo de los dos volcanes y en la tierra que había concebido al ser humano como una dramática dualidad.

¿Sería el nicaragüense un hombre dividido por la duda? ¿un indeciso? Porque en el 'du' de la duda reside el mismo dos de la

dualidad,—dice Ortega y Gasset—. ¿Estaríamos siempre—empujados por ese destino—afrontando disyuntivas desgarradoras? ¿O es el nicaragüense la fusión de antagonismos, la unificación de contrastes?

Hemos sido colocados en un centro mediterráneo: en el ombligo del nuevo mundo.

En Nicaragua se traslapan y se juntan—y conviven—la flora y la fauna propias del Norte de América y la flora y la fauna propias del Sur de América. El primer diálogo lo entabla la naturaleza. En las culturas precolombinas aquí también se anudan las influencias chibchas y pre-incaicas del Sur con las toltecas y nahuas del Norte. Ya un autor hacía notar que hasta en los vicios Nicaragua fue centro umbilical: hasta aquí bajó el tabaco y hasta aquí subió la coca.

La conquista hispana también se efectuó en Nicaragua aunando dos corrientes: una venida del Norte, impulsada por México; y otra venida del Sur, impulsada por Panamá, corrientes que aquí chocan y de cuyo choque precisamente se construyó Nicaragua en sus límites y en su unidad.

Luego, la singular dualidad que dividió a Nicaragua en dos parcialidades localistas—Oriente y Occidente—produciendo el fenómeno bastante original en la historia de América, de un país bajo la rectoría bicéfala de dos ciudades—León y Granada—dualidad que terminó encontrando solución en una nueva capital: Managua.

Somos un país de sólo dos estaciones: invierno—reino del fango—y verano—reino del polvo—. Escenario dual que se agrava por un paisaje de lagos y volcanes. Pero ya Rubén llamó ‘armonía áspera’ a esta fusión antagónica del ardor potente de nuestras tierras con la serena placidez de nuestras aguas.

El nicaragüense nace en el ángulo de una ‘Y’ griega, en un vértice mediterráneo que obliga a la incesante empresa de unir, fusionar y dialogar.

## *Imaginación y sobriedad*

Cita Leo Frobenius un ensayo hecho en Norteamérica: fotografaron una serie de perfiles de cabezas de yanquis—con varias generaciones de permanencia en el suelo americano—y tomando las diversas placas las impresionaron una sobre otra para obtener la resultante o término medio fisonómico. El tipo que dio fue el de un indio piel roja.

Yo no trato de encontrar el término medio fisonómico del nicaragüense, sino su tipo cultural. Pero quizás sea aconsejable seguir un proceso análogo al de Frobenius: tomar placas de su personalidad colectiva, montarlas, y ver al cabo qué rasgos se dibujan de esa fisonomía en la que todos participamos.

Comencemos pues, por montar dos rasgos del nicaragüense que vienen a confirmar su dualidad inmanente y que dibujan su fisonomía por el contraste.

El nicaragüense es un tipo imaginativo, fantasioso, que con mucha frecuencia llega a la extravagancia barroca o a la fanfarronería. Sin embargo, en la mayor parte de las manifestaciones de su psicología social, es decir, de su conducta frente a las condiciones reales de la vida y en no pocas de sus creaciones culturales, contrasta por su sobriedad desconcertante.

Hay que desconfiar, por ejemplo, de ese nicaragüense callado y reservado cuando se pone de pie para decir un discurso: si le dan la palabra o le aproximan el micrófono nos cubrirá con una frondosa y exuberante oratoria.

Los granadinos se han burlado siempre de los leoneses porque acostumbran sazonar sus actos sociales, políticos, culturales

y funerarios con numerosos e interminables discursos. Pero esta es una actitud crítica típica del localismo: atacar los defectos propios endosándoselos al bando opuesto. En realidad, todo nicaragüense lleva entre pecho y espalda a un orador. Basta un poco de licor o cualquier agitación de los sentimientos para que 'la facilidad de palabra' se salga de madre. (Sobre todo, no hay nada más peligroso que un nicaragüense ante un féretro. ¡Abundan en nuestro país los Demóstenes fúnebres!).

En nuestra literatura folklórica—por otra parte—abundan los cuentos de mentirosos, de imaginación desbordada y en cada región hay un héroe fantasioso de la exageración y de la mentira—como el Menocal de los granadinos, el Nachón Gago de los masayas, el maistro Valdez de los rivenses, o el nacional Pedro Urdemales—a quien adjudican las viejas y las nuevas aventuras de esa literatura popular de la exageración tan generalizada en nuestro país.

Nada de lo dicho denota sobriedad. Imaginación creadora tampoco le falta al nicaragüense. Su folklore es rico en teatro, en cuentos, en bailes típicos, en juegos infantiles, en refranes, etcétera; y su lengua abunda en neologismos y modismos regionales que indican un pueblo creador, imaginativo y vital. Su literatura culta también es un testimonio.

Y no es cualquier cosa tampoco, como prueba de buena imaginación y de personalidad cultural, el poseer una cocina rica y desarrollada. Nicaragua, a pesar del 'subdesarrollo' que le achacan los economistas y los técnicos en calorías y en vitaminas, posee una cocina rica, variada, fantasiosa, matizada, fuerte y nutritiva. Remito a mis lectores a las estupendas páginas que le dedica José Coronel Urtecho a la cocina nicaragüense en su obra *Reflexiones sobre la Historia de Nicaragua*.

Sin embargo, en la existencia misma de esa cocina ya nos sale al paso la contradicción. Porque ese pueblo con tan amplio repertorio de cocina propia—lo que implica enraizamiento y tradición—es, como lo veremos más adelante, un desenraizado, vagabundo

y poco tradicionalista. Es un pueblo que come mal y en tránsito. Hay desajuste entre su comer y su imaginar la comida.

¿Será que la cocina corresponde a la mujer, como muchas artes que el hombre parece despreciar? No hay que olvidar que nuestra cerámica indígena, rica en inventiva, en imaginación y en formas, fue obra por lo general de la mujer india.

Hasta hace muy poco, sobre todo en las haciendas, el hombre consideraba como una prueba de masculinidad, no endulzar el café ni el 'tibio' de pinol. En cambio, como contraste con ese alarde de simpleza, repasemos la cantidad de platos que el nicaragüense elabora a base de maíz y nos encontraremos que, en sólo ese renglón, nuestra cocina es tan amplia y tan fantasiosa como la mexicana, a pesar de la gran diferencia entre aquel país y el nuestro en riqueza étnica, en tradiciones aborígenes y en masa de población.

Que 'los niños son muy ingeniosos para inventarse juguetes'—decía Paúl Lévy—en 1873.

Que los artesanos son admirables para solucionar cualquier problema o reparar cualquier artefacto descompuesto con los recursos más inauditos.

Que el nicaragüense nunca se queda con una pregunta sin contestar. Si no la sabe, la inventa. (Algún viajero comenta que 'los primeros españoles que vinieron a Nicaragua eran casi todos originarios de Andalucía').

...De todo esto han hablado los viajeros y de esto y más cuentan los mismos nicaragüenses innumerables anécdotas acentuando la nota con exagerada complacencia provinciana.

Sin embargo, si tenemos inventiva e imaginación, ¿por qué no hay viajero que no anote la simplicidad, 'la sobriedad del nicaragüense'—como dice Bancroff—, incluso 'su poco gusto por el bienestar material y su desdén por las artes y ornamentos del espíritu'?

Como lo veremos detenidamente en capítulos posteriores, la casa del nicaragüense, su vestido, sus instrumentos de trabajo,



los aperos de sus animales, su arte, su forma de vida y la mayor parte de las manifestaciones de su psicología social demuestran una sobriedad, una desnudez tan simple, un rechazo tan total del ornato, que nos regresan de nuevo al desconcierto de una fisonomía que sólo puede dibujarse por contrastes y contradicciones.

## *El traje, los aperos y la carreta*

‘Lo primero que hay que anotar sobre el vestido del nicaragüense, —dice Pablo Lévy— es que no hay traje nacional.’ Copio esta frase escrita en el siglo XIX porque desde hace algún tiempo algunos de nuestros folkloristas han querido ‘inventar’ un traje típico, cosa tan peregrina como inventar una planta nativa.

Pero Lévy no vio nuestro traje nacional por la misma razón por la cual nuestros folkloristas quieren inventar otro: por su simplicidad.

Como el nicaragüense ha rechazado siempre lo pintoresco y como se malentiende por típico un traje pintoresco, ni Lévy ni nuestros folkloristas se dieron cuenta de que el traje típico de la mujer nicaragüense es una saya y un güipil blanco—dos prendas de absoluta sobriedad—(la nota de color violento queda reducida a la bandera del rebozo). Y que el traje nacional del hombre nicaragüense es: un pantalón azul, una cotona blanca y un sombrero de palma. Ese es el traje del campesino, ese es el sobrio y simple traje típico de nuestro país agrario. Y fijémonos en este énfasis que el pueblo pone en su simplicidad: cuando se disfraza, es decir, cuando no quiere ser típico sino al contrario, ‘otro tipo,’ en sus trajes de bailes populares en que el pueblo usa máscaras: en los Toro-venados, Guegüences, Diablitos y demás ‘carteles,’ el traje es superadornado, el sombrero está lleno de chécheres, flores y adornos, se usan cintas de todos los colores: ¡todo un barroquismo exuberante de ornamentación sartorial! Pero ese no es el traje típico, al contrario, es el disfraz, es lo que ‘no es’ nicaragüense, sino su anti-tipo, su concepción de lo ridículo (y lo ridículo para





el nicaragüense es lo recargado), su concepción de la farsa.

Y no creamos que esta simplicidad no tiene una razón de ser. Es una compensación ante la exuberante naturaleza, y una cifra de sano equilibrio ante el calor ambiental. La realidad es que todo nicaragüense tiende siempre, a usar, a volver a usar, ese esquema esencial de vestido. ¡Su traje! Bastó un soplo, un leve permiso de la etiqueta universal—la era en camisa—para que Nicaragua entera se quitara el saco como algo postizo. Era la independencia de un tributo a elegancias foráneas. El saco casi se ha convertido, en escasos años, en un corto abrigo nocturno o en un disfraz social.

En cambio la guayabera es un redescubrimiento—por la vía cubana—de la camisa típica del campista chontaleño. El 'blue-jean' es el permiso de darle elegancia—por firma yanqui—a nuestro humilde pantalón campesino que hace bandera con la cotona, en la figura azul y blanca que cruza nuestros caminos nativos. (Y bien, esa cotona, me decía Francisco Pérez Estrada, no es más que un trasplante de la sobria camisa castellana. Resulta, pues, que nuestra París, nuestro meridiano para fijar la moda de la camisa del nicaragüense tenía que ser Castilla, la esteparia y sobria Castilla).

Pongamos ahora, debajo del traje típico, como una rúbrica de simplicidad: el caite. Es la reducción al mínimo de la idea de zapato. En casi todas partes el zapato popular, la sandalia, tiene taloneras o punteras o algún adorno. Nosotros teníamos la alpargata española, la sandalia mexicana, azteca o maya. ¡Pero nos quedamos con el 'caite,' la 'gutara' chorotega, una suela amarrada al pie y nada más!

Agreguemos otros datos más, demostrativos de la tendencia a la simplicidad en el nicaragüense. En un pueblo ganadero y caballista, podía esperarse que al menos en el apero de la bestia saltáramos hacia la exuberancia ornamental. Pero no es así: jáquima, riendas y albarda típicas son creaciones sobrias.

En la gurupera solemos echar un poco de adorno aunque este ornato no resiste comparación con los usados por otros pueblos.

Nuestra albarda criolla es un simple cobertor de cuero, de tal modo funcional que no tiene un solo agregado más que el necesario para cumplir sus tres misiones: evitar que el caballero monte en pelo, defender al montado del lodo y llevar en el jinetillo un agujero para el amarre del ganado, así como en el faldón unas correas para el amarre de los otros implementos del jinete.

La albarda en su parte de silla es casi una simple reproducción del lomo de la bestia. El acojinamiento trata más de defender al caballo que de acomodar al jinete. Nuestro estribo típico sólo permite la entrada de la punta del pie. Hay como un deseo de unificar—sin las separaciones del confort o del ornato—al caballo y al caballero: como si la albarda hubiera sido creada por un Centauro.

Comparemos nuestra albarda, aun aquella más elaborada y rica (¡ya no digamos nuestra proletaria albarda de cuero crudo!) con la silla mexicana, y nuestros arrees con los arrees del charro. Comparemos la albarda y su simplicidad campal con la silla gaucha recubierta y acolchonada por pellones de piel de oveja. No creo que en materia de desnudez y sobria funcionalidad exista una montura más esquemática que la nicaragüense.

Es cierto que para las fiestas el campista adorna su jáquima y echa afuera su gurupera más recargada. Dicen que el chontaleño, para las fiestas, adorna la cabeza de su mujer y la cabeza y las nalgas de su caballo. Pero en este atuendo de fiesta hay algo que insinúa disfraz: traje extra, adorno fuera de lo común, acento que por inusual más bien recalca la costumbre de simplicidad.

¿Y qué decir de nuestra carreta y de su yugo? La carreta nicaragüense, sin un solo adorno, sin una sola línea que decore su chillante mueble, es más seca y más primitiva que los carros de los filisteos o de los ninivistas ¡Qué golpe de contraste, para comparar el estilo de dos pueblos, es colocar una carreta nicaragüense al lado de una carreta costarricense! Durante cuatro siglos o más ha sido el carro del pueblo, pero jamás ha creído el nicaragüense que sea necesario adornar su casa peregrina y

caminera. En ella va a sus peregrinaciones, en ella traslada a su familia bajo toldo, en ella va a sus paseos y fiestas: y es como el esqueleto, pesado y huesudo de un carro. ¡No en balde de ella, de sus chillantes ruedas y de sus sonoras maderas, nació bajo la noche la leyenda de la 'Carreta nahua' conducida por esqueletos de bueyes!

## *El habla, la risa y la burla del nicaragüense*

Para un mexicano, ‘como México no hay dos.’ Para un costarricense su país es modelo. En cambio, un nicaragüense siempre dedica su crítica más áspera a su pueblo y a su país. Muchas veces he planteado yo mismo, o he oído formular y discutir—entre gentes de diversas categorías, incluso entre peones campesinos—esta pregunta: ‘¿Es el nicaragüense inteligente?’ escuchando en la mayoría de los casos respuestas negativas. Los argumentos que casi siempre resplandecen: ‘Es un pueblo estúpido porque se ha dejado encajar tal o cual gobernante o tal o cual régimen’; ‘es un pueblo estúpido porque no progresa en tal o cual forma, o porque no reacciona contra algo o contra alguien de una manera determinada.’

En el criterio de cada nicaragüense, el ‘yo’ es inteligente. El ‘nosotros’ estúpido. El nica, en singular, es fanfarrón. En plural, autocrítico.

Y su autocritica la realiza, sobre todo, con el arma de la burla o de la ironía.

El gozo del nicaragüense es la agudeza. Irrespetuoso con el genio, se embriaga con el ingenio.

No oculta el grave peligro de una inteligencia chispeante—amiga de la risa—cuando libre de ciertos pesos y acumulaciones morales y culturales, se enamora de la leve chispita que produce el ingenio al roce con el humor, y en nombre de esa chispita es capaz de burlarse de la verdadera llama y mantenerse burlesca-

mente en la superficialidad. ¡Muchas generaciones nicaragüenses se han perdido y muchas ocasiones históricas se han desperdiciado porque el chispero se ha burlado de la hoguera!

Esta imagen de la inteligencia burlándose de la inteligencia —de estropear una situación por lograr una frase— ronda siempre al ‘ingenioso’ nicaragüense. Me gustaría saber cuántos crímenes se cometen al año en Nicaragua a consecuencia de una broma. Quizás exagere. Pero un hombre de Rivas, cantor y juerguero, tenía tres cuchilladas en la cara y al preguntarle el origen, me dijo: ‘Son tres burlas.’

Ortega y Gasset dice que ‘el exceso de agudeza e inquietud intelectual es una sublime inquietud y como una neurastenia maravillosa que deshace fácilmente el organismo.’ ¿Hasta dónde los fracasos sociales y políticos del nicaragüense son el resultado de ‘pasarse de vivo’?

No se ha escrito todavía la historia de Nicaragua en función de la risa. Pero lo cierto es que el tipo nicaragüense llena de risa, empaca en risa, casi toda su actividad vital. Hasta su tragedia, cuando la tiene, la hace girar sutilmente hacia el terreno burlesco. En nuestro folklore, las consejas, cuentos y fábulas más populares son una expresión didáctica de esta tesis. La ‘burla’ es el elemento educador creado por nuestra literatura popular, el arma para dar en el blanco de la moraleja.

Ya escribí una vez sobre nuestra fábula, tan nicaragüense, del *Pájaro del Dulce Encanto*. A nuestro Esopo anónimo no se le ocurrió otra forma para educar al niño en el recelo de lo que ocultan las apariencias bellas, que convertir burlescamente el lindo pájaro del ‘dulce encanto,’ el sueño todo de la niñez, en mierda. Es un golpe de burla brutal con una brutal moraleja de desconfianza en la belleza aparente. El áspero nicaragüense aprende a cuidarse de la temible beldad, desde niño, con una fábula sucia: ¡una caja de Pandora llena de excremento! En el mismo nivel de popularidad y quizás mayor aún podemos colocar nuestra narración nacional de las aventuras de *Tío Coyote* y *Tío Conejo*. El gran héroe animal

del niño nicaragüense—Tío Coyote—es un burlado. Cuando el héroe muere, lo matamos reventado buscando el queso de la luna, engañándose con el peligroso astro, pero buscando sin ideal e ingenuamente una baja satisfacción estomacal, mientras el ingenioso y burlador Tío Conejo, el símbolo de nuestra risa, el Sancho animal, se ríe y se burla, cuento tras cuento, del pobre animal Quijote. Y si tenemos una conseja o una historia de la Novia de Tola es para encarnar la burla de la novia, no en el drama o la tragedia, sino en la simple y llana risa de don Juan. Burla es también el Guegüence con su sordera maliciosa, y burlescos la mayor parte de nuestros refranes típicos.

El lenguaje del pueblo nicaragüense no es el lenguaje cantinflesco elaborado para esconder el 'yo'—que ni afirma ni niega, sino que cubre de palabras el deseo de no comprometerse. Es, por el contrario, un lenguaje directo cuando no hiriente, que tira la piedra y proclama la mano.

El nicaragüense casi nunca elude lo feo, lo asqueroso o lo indecente. Siempre he creído—desde que recorrí América entera y parte de Europa—que el pueblo nicaragüense es el pueblo más mal hablado del mundo. No que hable mal (al contrario, suele hablar con bastante dominio de su lengua, especialmente el campesino); sino que jamás esquiva las asperezas y dice sin eufemismos, las cosas por su nombre, manifestando más bien un goce en 'mentar' la mala-palabra y no en rehuirla. Otros pueblos—aún en sus capas más bajas—han elaborado multitud de giros para nombrar o para ocultar el nombre de las cosas sucias o consideradas indecentes. Nosotros, por el contrario, inventamos con frecuencia palabras más brutales y símiles más obscenos para recalcar lo que otros esconden. Cuando existen dos nombres sinónimos para una misma cosa, el nicaragüense escoge el más áspero.

No voy a citar ejemplos, pero búsquese el refranero comparando las variaciones nicaragüenses del origen español. Léase *El Guegüence* o dígase a un niño nicaragüense que repita los tradicionales cuentos ya citados de *Tío Coyote* y *Tío Conejo*, observando su

maliciosa risa al repetir las rituales malas-palabras en su sucia desnudez. Óigase junto a la guitarra las piezas más populares: *La Mama Ramona, La Pelota, El Zopilote*. Durante muchos años de guerra civil fue casi el himno del ímpetu nicaragüense una pieza cuyo solo nombre es una prueba judicial de mi aserto: ese himno de nuestros campos de batalla y de nuestras plazas de toros en las fiestas titulares se llamaba y se llama: *¡La Puta que te parió!*

Sin embargo, es notable que este pueblo mal hablado sea absolutamente limpio en sus referencias lingüísticas a lo sobrenatural. En Nicaragua no existe la blasfemia. Con Dios la lengua del nica está en constante referencia de respetuosa dependencia. El 'Dios mediante' y el 'Si Dios quiere' no faltan nunca en sus frases. El nicaragüense tiene en su haber una de las expresiones providencialistas más hermosas del castellano: '¡Dios primero!' El nicaragüense guarda la asperidad de su lengua para con el prójimo. En pocos lugares se usa y se abusa tan brutalmente del cervantino y celestinesco 'hijo de p...' como en nuestra Patria. Extraño que un pueblo sentimental y caritativo como es el nica, ponga alrededor de sí mismo, contra su prójimo, tan erizado cerco de adjetivos insultativos... ¡Pero a la realidad me remito!



## *Cuando los dioses ordenaron partir*

Mucha parte de la simplicidad que observamos en el nicaragüense podría quizás adjudicarse a su índole nómada, itinerante o vagabunda que he llamado ‘exódica’—como la israelita—porque responde a inquietudes e impulsos milenarios de su historia transeúnte y de su geografía pontifical.

Leyendo en Torquemada las memorias legendarias de los antiguos ‘indios de Nicaragua y de Nicoya,’ nos encontramos con un pueblo emigrante, pueblo que habita en el desierto de Soconusco, donde, dominado por los Olmecas y ansiando libertad, consultó a sus dioses y los dioses le ordenaron partir. Esa orden es un símbolo que marcará para siempre nuestro destino.

Voces de dioses telúricos ordenaron desde el principio el éxodo de todas las razas que constituyeron la gran amalgama móvil pobladora de nuestro país. Manos de dioses itinerantes y peregrinos construyeron la tierra misma que habitamos con una extraña misión transeúnte...

### EL PUENTE GEOGRÁFICO

Comencemos por la tierra. Dice Oscar Schnieder en su *Geografía de América* que todavía en la Era Terciaria faltaba la conexión terrestre entre las Américas del Norte y del Sur. Lo que hoy es nuestra tierra patria, no existía. Como la *Venus* de Botticelli, Nicaragua surgió del mar—joven ante el resto de América—levantada sobre los hombros de esa línea de volcanes—colosos heráldicos que integran nuestro escudo—y que son los pivotes





de nuestro delgado puente geográfico, tierra que desde entonces servirá de paso y de unión entre las dos Américas. Así, la misma formación geológica de Nicaragua ya nos advierte que el futuro habitante de tal lugar será un hombre transeúnte.

### LA PRIMERA HUELLA DEL ÉXODO

Resulta interesante como signo de destino que la huella más antigua de un pie humano en Nicaragua, sea la huella de un pie que huye. Las huellas de Acahualinca nos hablan de primitivos indígenas que quizás bajaron del Norte persiguiendo al bisonte, cazadores peregrinos que abandonan Managua—¿y desde entonces cuántas veces el nicaragüense deberá partir?—porque otro dios, un volcán iracundo, arrojando fuego y lava, los obligó a emprender la huida.

De las huellas de Acahualinca está llena la prehistoria de esta tierra. No deja de producir vértigo pensar que por el angosto corredor nicaragüense pasó la semilla humana de innumerables razas y conglomerados humanos del continente Sur, que venían del Norte, como también, en contra corrientes que la arqueología percibe, de muchas razas y tribus sureñas que subían al Norte. Hay que imaginar esas tribus antiquísimas de cazadores y recolectores queriendo tal vez estacionar y siendo desalojados a su vez por nuevas oleadas de emigrantes. Sírvanos de punto de partida para concebir esas mareas humanas que la oscuridad de los siglos y milenios recubre, la probable historia de las razas indígenas que encontraron aquí, al parecer fijas, los españoles. Los Maribios o Subtiavas—raza venida desde California—habían ocupado gran parte de Nicaragua robándole tierra a indios al parecer venidos del Sur que, desalojados, pasaron a ocupar el interior y el Norte de nuestro país. Los Subtiavas eran 'Hokanos' y 'establecieron un comercio a lo largo de la costa del Pacífico e introdujeron el uso de los metales y la metalurgia por toda ella y hasta el suroeste de Estados Unidos, desde Panamá o al menos

desde Nicaragua.' Los Chorotegas a su vez empujaron y arrinconaron a los Subtiavas. Y luego llegaron los Nahuas a empujar a los Chorotegas quitándoles parte del territorio. Y todavía Torquemada y Gómara agregan una invasión azteca o mexicana por mar, que derrotó y quitó parte de su tierra a los Nahuas. En el estrecho corredor istmeño todas las razas que encontró España habían peregrinado y se movían, aguijoneadas por un signo transeúnte. Y los desalojados y los desalojadores, y los que vinieron y pasaron, y los que vinieron y se quedaron, todos sembraron la inquietud vagabunda, imprimiéndose en unos y otros la misma psicología 'porteña' del transeúnte, interesado por lo que sucede fuera, ansioso de la noticia que viene de la lejanía, pendiente de lo desconocido y sellado por la nostalgia.

#### EN LA NUEVA HISTORIA SIEMPRE EL DESTINO TRANSEÚNTE

Ya desde entonces el hombre que vive en Nicaragua es un tipo 'mediterráneo': un hombre que está en el cruce de los caminos. Y esta psicología, cincelada por la geografía en el mundo indio, queda grabada con más relieve aún al entrar España a modelar nuestra historia. Porque Nicaragua es descubierta y formada para que sea el puente, ya no entre las dos Américas como en tiempos prehistóricos, sino entre los dos mares. La aguja de la brújula de nuestro destino sólo gira, pero siempre ordena el tránsito. Los principales descubrimientos y la fundación de las más importantes ciudades de Nicaragua fueron el resultado de la búsqueda de una ruta para la navegación. Primero: la búsqueda de un paso hacia las Indias Occidentales. Después (una vez descubierto el Pacífico) la búsqueda de un estrecho imaginario, llamado 'el Estrecho Dudoso.' Y más tarde (hallado ya el Lago de Nicaragua y disipado el mito del Estrecho) la búsqueda del Desaguadero de ese Gran Lago en el Atlántico para el tránsito entre los dos mares. Estas búsquedas forman Nicaragua. Y una vez for-



mada, la Geografía insiste en imponer su ley 'exódica.' De la idea de Tránsito se pasa a la idea de Canal, y toda nuestra política (¿durante cuántos años?) parece estar pendiente de ese destino.

### UN PAÍS DE AGITACIÓN MEDITERRÁNEA

Recorramos nuestra historia movida por las fuerzas de ese 'destino': búsquedas que significaron viajes, inquietudes que significaron contactos con el exterior y nuevos viajes, salidas, regresos, velas al mar y ejércitos que pasan. Ejércitos nicaragüenses al Perú, a Costa Rica, cuando apenas se terminaba la Conquista. Piratas atraídos por ese punto mediterráneo y por ese 'paso' estratégico. Negreros. Walker. Intervenciones extranjeras. ¿Debermos extrañarnos que cuando surja un poeta-genio de esta tierra, también se nos vaya, y sea precisamente por ese viaje y por ese corazón nativo mediterráneo que alcance a ser la voz de todo el Continente y de todas las Españas, cuyo ombligo y centro nervioso es este lugar de tránsito y de encuentros?

### LA LENGUA EXPRESANDO EL DESTINO

Hay una expresión lingüística típica del nicaragüense, tan típica que sólo aquí existe y que fuera de aquí es ininteligible, y que para mí refleja o mejor dicho expresa todo el sentido nómada, itinerante o vagabundo del nicaragüense. Pregúntese a un nica: —'¿Va a volver fulano?' Y con una frase arrancada de su más hondo sentido transeúnte, nos contestará:—'No. Se fue de viaje.' (Es decir, 'no volverá').

En cualquier otro país de lengua castellana el irse de viaje, es, sencillamente, emprender un viaje. Pero para el nicaragüense decir 'de viaje' es del todo. Lo definitivo para el nicaragüense está marcado por la palabra 'viaje.' Lo definitivo es 'partir.' Se fue de viaje el político que cae. Se fue de viaje el hombre que muere. Se fue de viaje el que no vuelve, como si hablara, no el morador

de una patria, sino el tripulante de un barco!

Empujado por esa geografía pontifical y esa historia transeúnte, el nicaragüense no solamente es de hecho un pueblo vagabundo, un pueblo que fácilmente se va, que a la menor incomodidad vital o política se exila o piensa en exilarse y que siempre sueña con rodar fortuna y mejor vida en un lugar que no es en el que vive, sino que se ha formado una psicología social extravertida donde se perfilan características que a veces parecen las de un pueblo nómada—como algunas que ya señalamos—, o a veces las de un pueblo marinerero, pero siempre las de un pueblo de paso.

## *El barco del santo*

En agosto, en Managua, parece que se escenifica, en una inmensa procesión, esa característica transeúnte del nicaragüense cuyas huellas acabamos de seguir a través de la historia.

Es lo que llaman la 'traída' del santo.

Uno contempla el espectáculo pero no se lo explica. A la mayoría le agrada, le divierte. A otros le causa repugnancia. Los que se consideran con 'cultura desarrollada' miran hacia el pueblo despectivamente y dicen: 'al pueblo lo que le gusta es el relajo.' Pero suprimen el relajo, suprimen incluso los licores, y el pueblo no falla. Desde todos los barrios de Managua, desde todos los pueblos y caseríos del Departamento, lo vemos bajar cumplidor y mañanero—fiel a su cita con la tradición como todos los años— a engrosar la indetenible peregrinación. A la hora encendida y cegadora del mediodía la enorme corriente ruga de cabezas humanas.

Pero ¿por qué se mueve, por qué se quema bajo el sol, por qué camina tan largo y mortificante camino esa enorme masa de gente? Sobre el río humano avanza un barco. En el barco viaja una pequeña imagen de Santo Domingo, el patrono rural. Eso es todo.

¡Qué difícil es penetrar lo ingenuo! Pero si uno se reúne con su pueblo, si lo oye, y, sobre todo, si se incorpora a su movimiento—porque estas no son ideas; sino vivencias—intuye una oscura y mágica comunión, como una estrella solitaria que de pronto siente la embriaguez de ser atraída y movida por el ritmo cósmico de una galaxia. A falta de otras solidaridades que la vida moderna,

con su dispersión, le niega, el pueblo tiene fechas para incorporarse al ritmo colmenar del mundo. Y su ritmo es procesional. Por eso el santo es traído y es llevado (¡el santo 'va de viaje'!). Por eso el pueblo se mueve en masa. Porque nuestra historia es procesión. Porque somos—como dijo el poeta—una 'raza procesional.'

La fe nicaragüense es procesional: fe de promesantes camino de Popoyuapa; fe de romeros, en carreta y buses bajo el polvo, en la peregrinación al Cristo de la Conquista; fe de peregrinos que se dirigen de todo el país a Nuestra Señora de El Viejo; fe procesional de Santo Domingo de las Sierritas; procesiones...

Pero este movimiento multitudinario que nos viene por doble vía: por el ancestro español peregrino a Santiago, moviéndose en romerías hacia el Campo de la Estrella, hacia Compostela, como una profecía procesional hacia América; y por el ancestro indio en peregrinaciones Chorotegas a Masaya, a implorar al dios-volcán, adquiere rasgos más acentuadamente transeúntes en algunas costumbres típicas. Por ejemplo, ¿no es Nicaragua el pueblo de 'las enramadas'? A muchos extranjeros les ha llamado la atención que en las grandes fiestas religiosas, en las patronales, en la Semana Santa, saquemos de las iglesias las imágenes veneradas y no solamente las llevamos en procesión—como es general en Hispanoamérica—sino que las hospedemos, en esos días feriados, afuera de los templos, en tiendas vegetales, en enramadas transitorias y pasajeras, donde se les rinde el culto popular de un pueblo en marcha. Israel—pueblo exódico—tenía la famosa fiesta de 'Las Enramadas,' recuerdo de sus días nómadas a través del desierto. ¿Qué viejo recuerdo, qué movimiento de misteriosa tradición ha motivado en el nicaragüense esa costumbre? En Granada, durante las festividades de la Purísima—que son sus fiestas más solemnes—la antigua y bella imagen de la Patrona de la ciudad sale del templo a recibir el culto popular, durante los nueve días de la novena, en 'enramadas' que levantan los barrios para la Virgen. San Juan, San Isidro, Santiago, reciben en su



fecha el culto popular en bellas enramadas frutales en los pueblos de Masaya y de Carazo. Y durante la Semana Santa los tradicionales 'huertos' fuera de las iglesias, para las imágenes de la Pasión, donde venden frutas y se perfuma el ambiente con corozos, ¿no repiten ese rito de un pueblo itinerante que lleva a sus dioses a través de un éxodo?, ¿hacia dónde seguimos 'de viaje'?

Pero también la política nicaragüense es procesional. Más que mítines celebramos procesiones políticas. Lo esencial de nuestras manifestaciones es su movimiento. Las caballerías y los ríos de gente que van a topar 'al hombre.' El desfile en multitud. El ir y el volver en plural.

Y también el trabajo nicaragüense es procesional. Trenes llenos, buses, caminos, donde van ríos de gente hacia los algodones, hacia los cafetales... Movimiento procesional hacia los cortes. Todos los años hay una fecha de inestabilidad y de movimiento en los hogares, en las haciendas, en los pueblos. Y la señora dice a su sirvienta: '¡Si estás bien aquí! ¡Te voy a subir el salario! ¿Por qué me vas a dejar?'... Pero es la hora de la procesión y se va a los cortes. Y el campesino deja su rancho y se va a los cortes. Y el vaquero deja su caballo y su mujer. Y el hijo deja a sus padres. Procesiones... Alma transeúnte que se formó con sentido porteño junto a lagos de navegación, sueño de niños marineros o en llanos y tierras ganaderas, en el trabajo antisententario, móvil, pastoril de tropillas y arreos, venta de novillos, muleros, cabalgatas, jornadas camineras, rebaños que cambian de lugar conforme consumen el pasto... ¡Raza procesional!

## *El extra-vertido*

El mexicano, como Mozart, pregunta a todo el mundo: '¿Le gustó?' '¿Le gusta México?' Nada tiene más éxito ante el mexicano que hablar del 'aquí.' El nicaragüense es el '¡yo-que-pierdo!.' Nada tiene más éxito que hablarle del 'allá.' Un narrador de aventuras y viajes lejanos siempre encuentra en Nicaragua un público boquiabierto.

Si el intravertido es un tipo reservado, apegado a su paisaje, amoroso con su mundo ambiente o enraizado en él; un tipo que construye para permanecer y cuyo carácter suele ser hosco para con el extranjero, localista, tendiente a la impermeabilidad, y poco comunicativo por índole natural; el nicaragüense es el tipo contrario, el extra-vertido-comunicativo, efusivo, que construye y vive de paso o como transeúnte, que fácilmente reacciona con la hosquedad contra lo suyo propio y llega—en extremo—hasta ser un renegado, un antipaisano (ama su Patria contra su Patria, cariño a golpes:—'¡Este país de mierda!'—es la frase, la exclamación corriente en los de arriba y en los de abajo); y, por la misma razón, es naturalmente abierto con el extranjero, a veces hasta exageraciones suicidas que en nuestra historia podemos comprobar.

En cierta ocasión una revista\* publicó una interesante confrontación entre el nicaragüense y el costarricense, escrita en dos partes, la una por un 'nica' y la otra por un 'tico.' El nicaragüense—Roberto Gutiérrez Silva—decía:

Cuando el 'nica' conversador, elocuente, de maneras libres y confanzudo intenta penetrar en el mundo íntimo del 'tico' re-



cibe una amanerada cortesía, una atención 'académica' y mucha retórica de cumplimiento. El 'nica' es provinciano en su trato social, a los cinco minutos de conocerlo, lleva al 'amigo' a la cocina, lo palmorea, lo abraza y le 'cuenta' su vida y milagros; el 'tico' es muy distinto en su vida social, no permite que el visitante entre a su casa sin tocar el timbre y mantiene su puerta cerrada. Y dice cortesías, que traducidas no dicen nada. Y expone muy poco de sí mismo. A un 'nica' lo conoce todo el mundo en un cuarto de hora; a un 'tico' no lo conoce nadie nunca.

Al otro lado de la frontera el costarricense Miguel Ruiz Herrero escribía sobre el mismo tema:

El nica rivense y el del centro, es acogedor, recibe al tipo con los brazos abiertos y le brinda el pan y el calor de su casa sin reticencias de ninguna naturaleza; es alegre, amigo de la fiesta y fanfarrón, inclusive gasta más de lo que tiene para atender a sus amigos. [...] El tico de la meseta central, el josefino o el cartago, es serio y culto, pero frío; carece de esa efusividad nica cuando recibe al tico con un gran abrazo y su sonrisa de hermano. Le gusta que lo atiendan cuando llega a Nicaragua y ofrece atender cuando visiten Costa Rica, pero cuando los nicas llegan, en vez de brindar su casa en la forma en que lo hizo el nica, se esconde un poco, anda muy ocupado trabajando y pone pretextos para corresponder, si acaso, únicamente con alguna atención de protocolo...

Y agrega: 'el nica es poeta, el tico, pintor.'

La costumbre típica nicaragüense que a los extranjeros tanto llama la atención, de sentarnos en las aceras, de hacer la tertulia hogareña—que es la tertulia más íntima—en público y al borde de la calle, nos está señalando esa psicología social extravertida y esa tendencia a salirnos a 'ver pasar,' a ponernos en contacto con el

transeúnte, que responde a la curiosidad de quien también tiene el alma transeúnte.

En la casa nicaragüense la sala, más que el salón para recibir, es la salida: es la calle dentro de la casa o la casa que sale. Y aun cuando nuestra casa típica posee patio interior—que según Frobenius responde a una concepción del ‘mundo caverna’—el nicaragüense, en su dualidad, la compensa y abre su morada al concepto ‘mundo-lontananza,’ edificando su sala abierta a la calle y sacando sus sillas al borde mismo de lo transeúnte. La casa nicaragüense no tiene defensas—no tiene antesalas—para el que entra. Tampoco en el carácter nicaragüense hay reservas o distancias, y en su lengua corriente y popular los verbos se descoyuntan y se distorsionan las concordancias, apenas un fingido respeto le obliga a salirse de su confianzudo e igualitario voseo. Cuando el orador nicaragüense en alguna ocasión solemne usa el vosotros, el os y el vuestro, nunca llega al final de su discurso sin producir un fatal descarrilamiento de la gramática!

Un argentino me hacía notar una vez la franqueza con que el nicaragüense lleva su arma desnuda—el machete—al brazo. (El poeta Fernando Silva dijo en un poema que el indio lleva cargado el machete como una muñeca). Es un arma desenfundada y visible. Es un arma presentada con claridad desnuda, lo que implica una actitud franca de defensa o ataque completamente distinta de la de aquellos pueblos cuya arma va enfundada—como el gaucho con su cuchillo al cinto, con su violencia contenida en la vaina y con su muerte escondida y oculta—como un secreto que sólo se revela en el momento fatal. El machete es el tiro abierto y la abierta intención. Es el arma a la que acompaña el grito y el reto. En cambio al puñal precede el silencio y se desenvaina en la sombra.

Ambas cosas: el machete cargado como una muñeca o la tertulia en la calle, pregonan que el nicaragüense es un pueblo con el almarío abierto.

\*Revista Conservadora, No. 44, Managua, mayo 1964.

## El Robinsón

*...No sé cómo se llamaba aquel hombre de Matagalpa,  
pero sé que ese ignorado compatriota, en su  
modestia representativa, había visto como yo quizás,  
en las constelaciones que contemplaran sus  
ojos de viajero, las clásicas palabras:  
'Navigare necesse est, vivere non est necesse.'*

RUBÉN DARÍO

Como los personajes de sus 'cuentos de camino,' el nicaragüense lleva en la sangre la tentación de 'rodar fortuna.' Nos han llamado 'los chinos de Centro América,' los 'judíos del istmo.' En los lugares más lejanos e inverosímiles hay siempre un viajero que no regresó, un nicaragüense tentado por la aventura y mordido por la nostalgia: en los hielos de Alaska escribiendo las cartas de los cazadores y haciéndoselas pagar con pieles; extrayendo diamantes en África; trabajando de 'extra' en Hollywood; alcalde de una aldea en Escocia; ejerciendo la picaresca en Nueva Orleáns, en Nueva York, en Buenos Aires... Hace algunos años José Coronel Urtecho—viajero también en Norteamérica—decía que el anecdotario de las colonias de nicaragüenses en el extranjero podía dar pie, si se escribiera, a una interesante picaresca del trotamundos. El nicaragüense del éxodo no hace llorar sus laúdes junto a los ríos de Babilonia. Se ríe...

Pero el humor, ¿no es una manifestación de soledad? ¿No se ha dicho que 'humor significa a menudo protección': encubrir la severidad de la vida mediante comedia? El robinsón es un humorista. Y el nicaragüense es un pueblo de robinsones...

Esta índole viajera y vagabunda de nuestro pueblo—que produjo a Rubén Darío, ‘poeta oceánico y navegante’ según lo definió Juan Ramón Jiménez—ha quedado registrada, antes que por mi pluma, en unas páginas y en un personaje que son, o deberían ser, los documentos o testimonios clásicos de nuestra condición humana. Me refiero a las páginas del *Epistolario* del escritor español Ángel Ganivet donde habla de un desventurado Ulises nicaragüense a quien le ‘cayó por banda’ consolar en su agonía; páginas emocionantes que luego repite y amplía en su *Idearium*. Y me refiero también al famoso personaje del novelista inglés Daniel de Foe, encarnación del viajero solitario.

#### GANIVET Y EL AVENTURERO NICARAGÜENSE

En su *Epistolario*, en carta fechada en Amberes el 10 de mayo de 1893, Ángel Ganivet—cónsul entonces de España en Bélgica—cuenta que fue llamado del Hospital Stuyvemberg por un español procedente del Congo que llegaba enfermo, desahuciado y que deseaba hablarle antes de morir. ‘Resultó que el tal individuo —escribe Ganivet—no era español, sino nicaragüense, de Matagalpa.’ Y agrega:

Cualquier poeta de segundo orden podía componer un poema con la conversación que me tuvo el desventurado matagalpino, un infeliz que por ser bueno, según me dijo, se había visto burlado por su mujer, a la que tuvo que abandonar con tres chiquitines, y obligado a buscar el pedazo de pan por todo el mundo, dejando un pedazo de pellejo en cada uno de los infinitos Panamá que explotan por todas partes los negreros de la civilización. La última aventura la ha pasado en el Congo, y después de exprimir allá las últimas gotas de sustancia, ha sido remitido para reposición a la Metrópoli Comercial de Bélgica, a la que llegó atacado por la fiebre amarilla y convertido en esqueleto de ocre. Por cierto que murió a los pocos días de llegar...



La impresión que aquel nicaragüense causó en Ganivet y la lección de universalidad que dejó en su alma la conversación con el moribundo aventurero, debe haber sido muy profunda cuando tres años más tarde, en 1896, en su más famoso libro—el *Idearium Español*—fue él mismo el ‘cualquier poeta de segundo orden’ que quiso recordar y comentar la odisea del nicaragüense. “La gran demarcación espiritual que se llamará más tarde ‘Hispanidad’ y su alcance, tuvo ocasión Ganivet de presentirla” en esa conversación con el aventurero del Hospital Stuyvemberg—dice Fernández Almagro en su prólogo a las obras completas de Ganivet—. Y, efectivamente, en el *Idearium*, repite su encuentro con Agatón, el matagalpino (que, probablemente por olvido, lo hace ahora aparecer como natural de Managua) y agrega datos dramáticos a su odisea y agonía.

—‘Yo no soy español—me dijo—pero aquí no me entienden y al oírme hablar español, han creído que era usted a quien yo deseaba hablar.’

—‘Pues si usted no es español—le contesté yo—lo parece y no tiene por qué apurarse.’

El nicaragüense le explica entonces que es de Managua y que su familia es de origen portugués...

—‘Entonces—interrumpí yo—usted es español por tres veces. Voy a sentarme con usted un rato y vamos a fumarnos un cigarro como buenos amigos. Y mientras tanto usted me dirá qué es lo que desea.’

—‘Yo nada, señor: no me falta nada para lo poco que me queda que vivir, sólo quería hablar con quien me entienda porque hace ya tiempo que no tengo ni con quien hablar...’

‘Y aquí el pobre Agatón—agrega Ganivet—refirió largamente sus aventuras y sus desventuras, su infortunio conyugal que le obligó a huir de su casa porque aunque pobre era hombre de honor, sus trabajos en el Canal de Panamá hasta que sobrevino la paranza de las obras y por último su venida en calidad de colono al estado libre congolés, donde había rematado su aza-

rosa existencia con el desenlace vulgar y trágico que se aproximaba y que llegó aquella misma noche.'

—'Amigo—le dije yo después de escuchar su relación—es usted el hombre más grande que he conocido hasta el día; posee usted un mérito que sólo está al alcance de los hombres verdaderamente grandes; el de haber trabajado en silencio; el de poder abandonar la vida con la satisfacción de no haber recibido el premio que merecían sus trabajos. Si usted se examina ahora por dentro y compara toda la obra de su vida con la recompensa que le ha granjeado, fijese usted en que su única recompensa ha sido una escasa nutrición y a lo último, el lecho de un hospital, donde ni siquiera hablar puede; mientras que su obra ha sido nobilísima, puesto que no sólo ha trabajado para vivir sino que ha acudido como soldado de fila a prestar su concurso a empresas gigantescas, en las que otro había de recoger el provecho y la gloria. Y eso que usted ha hecho revela que el temple de su alma es fortísimo, que lleva usted en sus venas sangre de una raza de luchadores y de triunfadores, postrada hoy y humillada por sus propias culpas, entre las cuales no es la menor la falta de espíritu fraternal, la desunión que nos lleva a ser juguete de poderes extraños y a que muchos como usted anden rodando por el mundo, trabajando como oscuros peones cuando pudieran ser amos con holgura...'

Ningún comentario mejor a estas páginas de Ganivet que el que escribió Rubén Darío en su Viaje a Nicaragua. Dice:

El nicaragüense es emprendedor, y no falta en él el deseo de los viajes y cierto anhelo de aventura y de voluntario esfuerzo fuera de los límites de la patria. En toda la América Central existen ciudadanos de la tierra de los lagos que se distinguen en industrias y profesiones, algunos que han logrado realizar fortunas y no pocos que dan honra al terruño original. No es el único el caso del navegante matagalpense de que hablara Ángel Ganivet; y en Alemania, en Francia, en Rumania, en Inglaterra,

en los Estados Unidos sé de nicaragüenses trasplantados que ocupan buenos puestos y ganan honrosa y provechosamente su vida. Recuerdo que, siendo yo Cónsul de Nicaragua en París, recibí un día la visita de un hombre en quien reconocí por el tipo al nicaragüense del pueblo. Me saludó jovial, con estas palabras, más o menos:—'No le vengo a molestar, ni a pedirle un solo centavo. Vengo a saludarle porque es el Cónsul de mi tierra. Acabo de llegar a Francia en un barco que viene de la China, y en el cual soy marinero. Es probable que pronto me vaya a la India.'—Se despidió contento como entrara y se fue a gastar sus francos en la alegría de París, para luego seguir su destino errante por los mares.

#### EL PERSONAJE DE DANIEL DEFOE

Nuestro otro clásico que desconocemos es un personaje universal: Robinsón Crusoe. Ni su autor ni la novela son nuestros, pero sí el héroe anónimo que inspiró el simpático personaje —aventurero y náufrago—del primer libro de aventuras de la época moderna.

Fue en una edición francesa de la enciclopedia 'Larousse' donde por primera vez encontré la afirmación de que Daniel de Foe se había inspirado, para crear su personaje, en la historia de un marinero nicaragüense, abandonado en una isla deshabitada del Pacífico por el filibustero Sharp en 1860.

La mayor parte de los comentarios y críticos de la obra de Daniel de Foe—británicos por supuesto—suponen que Robinsón Crusoe está inspirado en la historia del marinero escocés Alexander Selkirk, abandonado en la isla de Juan Fernández en 1705 y rescatado cinco años después por el capitán corsario Wood Rogers. Pero el marinero escocés Selkirk fue encontrado en completo estado salvaje. En cambio, es del nicaragüense abandonado por el filibustero Sharp en la misma isla—y del cual se dice que era mosquito o cogido prisionero por el filibustero en un asalto a

nuestra Costa Mosquitia—de quien se narra su habilidad para subsistir solitario durante cuatro años en la citada isla, hasta que fue rescatado por el famoso navegante inglés Guillermo Dampier, quien es el que da testimonio de su genio aventurero.

En la *Historia de los Grandes Viajes y de los Grandes Viajeros* (Editorial Sopena, capítulo ‘Los Filibusteros’) se lee el siguiente párrafo:

Dampier se preguntaba si encontraría a un aborigen de Nicaragua que había dejado allí el Capitán Sharp en 1680. Este individuo vivió solo por espacio de más de tres años en la isla. Se hallaba en los bosques cazando cabras monteses, cuando el capitán mandó reembarcar su gente y se hizo a la vela sin notar su ausencia. El nicaragüense no tenía más que un fusil y su cuchillo, un pequeño cuerno de pólvora y un poco de pólvora. Después de haber gastado las balas y la pólvora encontró el modo de serrar con su cuchillo el cañón de su fusil, haciendo pedazos pequeños y construyendo con ellos: arpones, lanzas, anzuelos y un largo cuchillo. Con aquellos instrumentos se proporcionó todas las provisiones que produce la isla: cabras y pescados. A una media milla del mar había levantado una pequeña choza cubierta de pieles de cabras. Ya no tenía traje ninguno y sólo una simple piel le servía para cubrirse los riñones.

Si nos hemos detenido un tanto hablando de este solitario forzoso, es porque ha servido de tipo a Daniel Defoe para su *Robinsón Crusoe*, esa novela que ha hecho las delicias de todos los niños.

...¿No debería ser integrado a nuestra nativa mitología o levantarse en algún parque de nuestro país (en Bluefields o Puerto Cabezas) la estatua de este ‘soldado desconocido’ de la aventura nicaragüense?

El inteligente aborigen nicaragüense por cuyo paradero se preguntaba el navegante Dampier es ciertamente compatriota del afebrado personaje de Ganivet. La misma sicología, el mismo tipo vagabundo, el mismo solitario cuya familia fue abandonada o vive a la espera del regreso del pródigo rodador de fortuna y soñador de islas.





Todo nicaragüense, si consulta su corazón, lo sabe: Robinsón Crusoe era nicaragüense. El robinsonismo es nuestra tentación y nuestro peligro...

## *¿Cuál es nuestro Ulises? ¿Cuál es nuestra aventura?*

El Ulises de Homero, héroe de la guerra de Troya que luego se lanza a la aventura y al viaje—como protagonista de la *Odisea*—por todo el Mediterráneo y más allá; que vence al Cíclope, rehuye a las Sirenas, cae en manos de Circe y escapa, naufraga, pasa por mil encrucijadas y vuelve, al fin, a su isla donde lo espera su fiel esposa Penélope, ha sido considerado como el prototipo de la mentalidad del hombre occidental que en nuestros días está haciendo crisis.

Ulises es la aventura del hombre, que, por mucho que arriesgue buscando lo nuevo y lo desconocido, siempre retorna a lo humano. Ulises es también la conjunción de la osadía hacia el futuro y de la nostalgia del pasado; el hombre que se aleja, pero que regresa, y cuyo armonioso 'ciclo' simboliza el equilibrio que hizo grande a la Civilización de Occidente. Debajo del personaje creado por Homero se aprecian las raíces de una visión histórica y de una concepción poética que dan vida y esencia a las más grandes creaciones de Occidente. El sueño de conquistar un mejor futuro, combinado y equilibrado con el esfuerzo por restablecer el Paraíso perdido de la infancia, la gracia original. Es Virgilio dándole a Roma, con Eneas, sus orígenes y su porvenir. Es el Quijote 'saliendo' a buscar la aventura (honor, fama y la ínsula soñada) pero llamando 'dichosa edad y siglos dichosos' al ayer perdido. Es Rilke que no encuentra mayor tesoro para el poeta que el tesoro de recuerdos de la infancia, pero que canta

al 'heredero' futuro, el hombre de mañana, último rostro hacia el cual fluyen todas las cosas: 'Tú heredarás los otoños, que están en los recuerdos de los poetas, guardados como vestidos suntuosos y todos los inviernos como países huérfanos acudirán a Ti...'

Es la ciencia, la filosofía en su desarrollo hasta esta época crítica: mito del Ulises de Homero. El hombre que sale y conquista pero no vuelve al Hombre.

Sin embargo, hay otro Ulises. Es el Ulises que nos ofrece Dante Alighieri en su *Divina Comedia*.

Dante—quien desconocía la *Odisea* de Homero—recoge tradiciones muy antiguas que circulaban, desde antes de Homero sobre el urdemales y aventurero Ulises y nos pinta a este héroe, no como al navegante que cierra armoniosamente su ciclo con el retorno, sino al osado y trágico náufrago que se anticipa a Colón entrándose por el Mar Atlántico, y que, al querer forzar las puertas de 'un mundo desconocido,' es castigado y muere sumergido por un huracán frente a las lejanas costas de esta tierra incógnita. En otro trabajo he sostenido que ese mundo nuevo y desconocido—frente a cuyas costas muere Ulises—es América. Aquí lo que nos interesa es el otro símbolo que surge: el del hombre que viola los términos, los límites humanos, el osado que fuerza las puertas de lo nuevo y que, con tal de abrirlas, ya no le importa volver; el Ulises rebelde que sustituye—como dice De Barros—el ideal antiguo de sapientia (de sabiduría) por la suprema meta del porvenir: experientia (la experiencia) y por eso ya no retorna más.

¿Este otro Ulises—que nos ofreced Dante—será el símbolo de la nueva, de la actual mentalidad del Hombre de Occidente? ¿El Ulises inventor de escapatorias y de pecados que Dante coloca en el Infierno y que hoy ya no navega mar adentro sino espacio afuera, ni fabrica engaños o estratagemas sino industrias, técnicas y máquinas?

No propiamente ése, porque en la aventura de la técnica y de la máquina el peligro puede ser controlado o conjurado si el Hombre no renuncia a lo humano. Es algo más hondo. El mito

se refiere más bien al 'espíritu' con que el hombre emprende su aventura. A ese espíritu de Huida; a esa sorprendente propiedad del hombre—nunca tan viva como en nuestro tiempo—a huir de sí mismo, a esa búsqueda del descanso por el enajenamiento, a ese creer que la tranquilidad viene de callar las interrogaciones en vez de responderlas. Huida en la cual Sartre encuentra la raíz de la angustia moderna: 'Yo huyo—dice—para ignorar, pero no puedo ignorar que huyo, y la huida de la angustia no es más que un modo de tomar conciencia de la angustia.'

El hombre tiene el auto-conocimiento de su finitud, y este saber y sabor de muerte es amargo. Entonces trata de recubrir con el olvido lo que esa finitud nos plantea como interrogaciones vitales.

Y huye. Huye por la inhibición. Inventa esta Civilización donde las interrogaciones no resueltas se tapan. El burgués tapa al mendigo, lo prohíbe—porque es el fracaso del paraíso del dinero, como el comunismo coloca un muro o una cortina de hierro y no enseña sus lacras, sus disonancias, sus miserias—porque son también un fracaso del otro paraíso—. Riqueza y Socialismo quieren ocultarse el sufrimiento. Hablan de que no existe el alma, pero tampoco quieren tener conciencia de su cuerpo. Los hospitales aíslan y esconden el dolor. La palabra 'cáncer' se rodea de tabú. Miles de pastillas sepultan la palabra 'dolor.' El cuerpo del muerto cada día debe ocultarse más, incluso pintarse, enmascararse de vida para que la muerte no nos hable en voz muy alta. Los cementerios deben parecer cada vez menos cementerios. Como dice Chesterton: 'el hombre actual, no ama su cuerpo, sino que le teme.'

Y si la angustia persiste, multiplicamos las diversiones. Con diversiones se cubre la mala política; el hambre, la miseria. La diversión nos hace protagonistas de un mundo ficticio, ajeno. Es el mundo del olvido y de la inhibición de la gran ciudad. Todo problema es posible apartarlo. Toda incomodidad hundirla en el confort. Eludir los timbres de alarma del 'Yo.' Huir.

Pero lo más inhumano de esa huida es la despersonalización.



Porque, como dice Benzo Mestre: ‘ocultándonos el sufrimiento, o la muerte, o el problema de ‘los demás,’ intentamos falsear el objeto, mientras que con la despersonalización intentamos falsear el sujeto mismo.’ No pensar por nosotros, sino que otros nos den lo que debemos pensar. Es ‘el hacer lo que todos hacen.’ Eludir la tarea creadora de la propia vida, conformándola a lo que ‘se’ acostumbra. Sumergirse en la masa, diluir el ‘yo’ en la multitud, en el partido, en lo social, en el grupo. Seguir la propaganda. ‘Al individuo ya no le es lícita la crítica, ningún descubrimiento ético, ninguna originalidad. Sólo le resta esforzarse por adaptar en toda su conducta al cauce que le abre la sociedad o el Estado.’ ¿No es éste el ideal de la sociedad moderna del Este o del Oeste?

Ese Ulises que huye de sí mismo, inventándose engaños y estratagemas, ese Ulises que no regresa a lo humano, el del mito de Dante, el Ulises condenado, el ‘Ulises errante, que inquieto viaja sin llegar, ama sin quedar, y funda ciudades sin obtener patria alguna’: ¿será ése el ‘Ulises-Robinsón’ nicaragüense?

¿Cuál será el Ulises de nuestra América Latina y de nuestra Nicaragua? ¿Hacia qué aventura vamos? ¿Moriremos frente a las plazas de América sin realizar América?... ¿O volveremos al Hombre enriquecido por la aventura?...

## *Inestabilidad de las ciudades nicaragüenses*

Las excavaciones emprendidas por la Universidad Nacional, en el lugar donde se suponía fue levantada la primera Capital de Nicaragua, han llegado ya a una etapa en que las ruinas descubiertas demuestran hasta la evidencia que 'allí fue León.'

Siempre conmueve al hombre rescatar del polvo de los siglos y de su ominoso signo de muerte los restos de un pasado. Es como penetrar al oscuro subconsciente de la historia. En las ruinas, como en los sueños, se almacenan las sombras de lo que fue, esa otra alma que las cosas tienen y que se queda en el tiempo: alma de las palabras perdidas, de los sucesos que deshabitó la vida, almas o sombras de las ausencias adheridas a los lugares y que luego se desprenden y se hacen leyenda, o vagan en imaginaciones, en significados, en voces para la poesía.

Cada pared, cada rincón, cada piedra de ese León Viejo revivirá ahora en interrogaciones como la calavera de Yorick en las manos de Hamlet. Y lo que se hace y deshace hoy, qué cerca nos parecerá de sus orígenes: los pleitos de partido, los intereses creados, los crímenes de Estado, las angustias telúricas, el cotidiano transcurrir del nicaragüense ya está allí, en semilla, en germen, acumulado en esas ruinas.

No reviviré las anécdotas. Sólo quiero esta vez llamar la atención sobre el hecho global de la ciudad abandonada. Ese abandono de León—nuestra primera Capital—es un signo trágico que se repite como un obsesionante destino—al estilo griego—en la

historia nicaragüense. ¿Alguien ha meditado sobre la movilidad de las ciudades de Nicaragua?. No se ha estudiado todavía ese fenómeno, esa trágica peculiaridad de nuestra historia geográfica —la inestabilidad de nuestras principales ciudades— que imprimió, que debe haber impreso un complejo especial en el alma transeúnte, desenraizada, exódica, de nuestro pueblo.

### LEÓN Y MANAGUA

Aquella extraña y peregrina procesión de 1610: un pueblo entero que, después de ayunar tres días en penitencia, camina en silencio bajo las banderas de Santiago y de la ciudad, abandonando su población y en busca de un nuevo sitio: esa capital que huye es un suceso único en la historia de América, pero, dentro de la historia de Nicaragua, es solamente un primer signo y un primer símbolo de su raro y dramático destino. Trescientos veintiún años después la otra capital de este mismo país huye también, desolada por un terremoto. Poco faltó para que Managua quedara abandonada en la otra orilla del mismo Lago que presencié la deserción de León.

Pero debajo del arco de esas dos capitales huyendo, pasa todo un cortejo de ciudades que huyen también, que abandonan, que se trasladan. (En las primeras huellas que registra el hombre en Nicaragua—en las huellas de Acahualinca, hace diez mil años— ¡las improntas de esos primitivos pies son huellas de un pueblo que huye! ¿Cuántas veces el pie nicaragüense repetirá esas mismas huellas a través de nuestra historia?).

### BRUSELAS

Ya la suerte fue echada desde la primera ciudad que se fundó con el objeto de conquistar Nicaragua. Francisco Hernández de Córdoba fundó en el Golfo de Nicoya—en tierra que iba a pertenecer, por varios siglos, a nuestra Patria—en la costa oriental,

la ciudad de Bruselas. Era la cabeza de puente para la conquista de nuestro país. Poco después de su fundación en 1524, Bruselas fue desmantelada. En tiempos de Diego López de Salcedo se volvió a fundar, pero poco después fue otra vez abandonada. *'Quien haya sydo la cadsa e porqué no lo sé en verdad,'*—dice Francisco de Castañeda. Lo cierto es que desapareció la ciudad y que luego perdimos la provincia entera de Nicoya.

### NUEVA JAÉN

Igual suerte corrió otra ciudad misteriosa que ni siquiera dejó huellas ciertas de su planta: Nueva Jaén, primera ciudad chontaleña, levantada no muy lejos de la actual San Carlos como base para la conquista de la Taguzgalpa y del Desaguadero. Se atrajo a ella a los indígenas dispersos en la región, la poblaron además algunos españoles, se levantaron edificios. Pero Nueva Jaén no echó raíces. ¿Cuál fue su breve historia de sombras? Hoy sólo queda en esa región una hacienda con el nombre de La Jaén. ¿Habría sido allí su asiento?

### NUEVA SEGOVIA

Pero el destino más doloroso e inestable le corresponde a la legendaria Nueva Segovia, cuatro veces fundada en diversos sitios hasta que se convierte en la actual Ocotal. Cansada de peregrinar perdió su nombre que quedó esparcido nombrando, no una ciudad, sino un departamento.

Su extraña y dramática historia comienza en la incógnita de aquella población llamada Johanna Mostega—nombre bello y sugestivo, como para una novela de una ciudad de misterio—que en los primeros documentos, ya en tiempos de Pedrarias, parece confundirse con la primera Nueva Segovia. ¿No será éste, más bien—me pregunto yo—el primitivo nombre de Jinotega? Lo cierto es que la primera y la segunda Nueva Segovia desaparecieron



por los ataques sorpresivos de los indígenas de esa región norteña que asaltaron la ciudad y mataron a sus pobladores españoles y a sus esclavos negros utilizados en el trabajo de minería. Diego de Castañeda—vecino de Granada—la fundó por tercera vez en 1611—cuenta el obispo Valdivieso—donde hoy es Ciudad Antigua. Los indios llamados Guayapes la asolaron varias veces, pero se resistió. El Gobernador Rodrigo de Contreras, segoviano de España, le puso cariño y la Nueva Segovia (o Ciudad Antigua) floreció como flor de la minería primitiva y bastión fortificado contra una población indígena, levantisca y guerrera que ya desde entonces profetizaba las hazañas guerrilleras de Sandino. Morel de Santa Cruz—en 1751—rememora su iglesia parroquial, su convento de las Mercedes, su Hospicio de San Francisco, sus hermosas casas del ayuntamiento y de particulares, su fortaleza y su muralla. Pero cayeron luego sobre ella dos invasiones de ingleses y filibusteros—en 1765 y 1785—que la dejaron devastada y tras esto ‘sucedieron tales discordias y litigios entre los vecinos que sus caudales se consumieron en papel y estrados,’ hasta que arruinada la ciudad (por los piratas y los abogados) fue abandonada por sus principales pobladores. Algunos engrosaron la población de Estelí. Otros sirvieron de población básica para la fundación de la cuarta Segovia—fundada en 1789—en los terrenos de cierto español llamado José Patricio Marín, adoptando el nombre de Ocotal, probablemente porque así se llamaban las tierras o la hacienda del nuevo asentamiento.

En su peregrina vida de ciudad que huye, Nueva Segovia sólo fue fiel a un amor: al río Coco. Río por donde entraron sus implacables enemigos, los piratas, y por donde bajaban los levantiscos indios que entonces llamaban caribes. Pero amaba aquellas aguas fluyentes y transeúntes como su historia, y en su última estación, Ocotal, fue edificada muy cerca de las fuentes del gran río del Norte.

## EL REALEJO

El mismo destino de huida y de inestabilidad marcó a nuestro principal puerto del Mar del Sur o Pacífico: el llamado Puerto de la Posesión o Realejo. Ya su misma fundación es violenta y dramática. Dice Herrera que en 1532, Pedro de Alvarado, después de una tremenda tempestad en el Golfo de Fonseca—donde perdió dos navíos—entró al Puerto de la Posesión dejando allí doscientos hombres que no podía embarcar, los cuales principiaron la fundación de la ciudad-puerto. Fue el más renombrado puerto de la Colonia. Tuvo una historia de aventura y guerra. Padeció persecución por la piratería hasta que su población también huyó y, con el tiempo, surgió en lugar cercano su sustituto: Corinto.

## SAN JUAN DEL NORTE

¿Y qué decir de nuestro gran puerto del Atlántico: San Juan del Norte, el puerto 'que el viento se llevó,' epítafio de su propio esplendor, ciudad del abandono que la selva estrangula y las arenas lentamente sepultan?

## EL REFUGIO

Pero la inestabilidad y la huida no sólo ha marcado a estas ciudades que parecieron nacer para un gran destino. A su trágica sombra hay una multitud de pequeños poblados y villas que también acusan ese inquietante signo, esa movilidad, esa sed por el cambio que consume al nicaragüense, habitante de una geografía pontifical y transeúnte. En estos días hemos leído la información de la labor del Padre Ernesto Cardenal por fundar un pueblo en el archipiélago de Solentiname. Donde nuestro gran poeta sacerdote está levantando esta obra civilizadora, hace siglos otro gran misionero—Fray Ramón Rojas—fundó también un pueblo,



‘El Refugio,’ uno de cuyos vecinos José Núñez, llegó a ser gobernante de Nicaragua. El pueblo se dispersó. Hoy trata de renacer.

### NUEVOS Y VIEJOS

En otros casos la huida de la población no logra terminar con el poblado. Hay un desdoblamiento. Una parte de los moradores se va y funda una nueva ciudad llevándose el nombre. Otra parte, más apegada y tradicionalista se queda aunque se hunda para siempre en el villorio. Se enfrentan entonces los nombres: Boaco tiene a sus espaldas un Boaco Viejo. Muy-Muy tiene un Muy-Muy Viejo. La Paz tiene su Paz Vieja, etcétera. En todos los departamentos hay esas ciudades en borrador, pueblos corregidos, escritos sobre la geografía y la historia y luego abandonados para una nueva copia de existencia. ¿Qué nos mueve a estas rectificaciones, a estos traslados, a esta eterna inquietud peregrina?

### GRANADA

Otro caso—quizás el más dramático de todos por su paradoja—es el de Granada. Aparentemente Granada, por su enraizamiento en su primitivo solar, es el caso opuesto a León Viejo que deserta y huye. Granada parece la más firme ciudad de Nicaragua y por su perseverancia en el sitio en que fue fundado ha merecido el título de ‘La Ciudad más antigua de Tierra Firme en América.’ Pero, debajo de su permanencia aparente—como en el famoso poema *Le vas brissé*, el ánfora rajada—su población se ha escapado en un continuo irse, en un viaje perpetuo y en un perpetuo desangre.

Su movilidad fue durante siglos fundadora. Su vecindario porteño se metió en cuanto aventura ofreció Nicaragua aquende o allende de sus fronteras. En la conquista del Perú, en la fundación de Costa Rica, en la guerra contra la rebelión de Manco Cápac. En el descubrimiento del Desaguadero. En la fundación de

Nueva Segovia, en la de Chontales, en la de Rivas. Todavía en el s. XIX los granadinos fundaban Ciudad Rama.

Como contraparte fue seis o siete veces asaltada y casi destruida por los piratas. Luego Walker la redujo a cenizas.

Sin embargo, en toda esta historia hay lucha y afirmación. Granada cumple un destino. Su tragedia comienza cuando ese destino se cierra o se interrumpe y la ciudad-puerto ya no recibe y sólo da. Su sangre que se va, ya no vuelve. Ella queda, pero su gente la abandona.

*Granada, lejano puerto  
con el corazón abierto.*

Después del terremoto de Managua comienza su historia de 'Ciudad Deshabitada' como la llamó el poeta Cardenal en su apocalíptico poema. Ya han pasado los tiempos en que las ciudades se mudan. Nicaragua es pequeña, sus comunicaciones se han multiplicado, la explosión demográfica disimula el desangre de Granada, pero el vaso está roto y su pueblo y su destino se filtran por la invisible rasgadura. Lo primero que parte es el capital. (El capital busca la Capital). Los mercaderes abandonan su puerto. Nicaragua ha dado sus espaldas al Gran Lago y al Río Desaguadero de su historia. Y Granada es el Lago y el Río.

*Viajera de monte y llano  
Granada había una mano  
con que tocaba la mar.  
Granada,  
la de la mano cortada  
llora en el río San Juan.*

Gente nueva llena las casas viejas y eso recubre, disimula, el desangre; pero de pronto queda visible una inmensa ruina: su gran colegio, abandonado por los jesuitas, comienza a gritar con

el grito de León Viejo, con el grito de Ciudad Antigua, con el grito de la Nueva Jaén, de Bruselas y del Realejo, la dura y sangrante realidad del abandonado.

Pero Granada, puerto de soledad, no agoniza sola: un inmenso Lago y un lejano río de salida a la Civilización han perdido también su destino.

Entre tanto, como una macabra esperanza, los muertos vuelven. Casi diariamente un rápido coche fúnebre trae de regreso al bello cementerio de la ciudad el cadáver de un granadino que hace su retorno póstumo a su tierra, a su puerto.

# *Oriente y Occidente*

LEÓN, GRANADA Y EL SOL

Leyendo a Alfonso Cortés impresiona, profundamente, su vinculación vital y poética con la hora del 'ocaso.' Es la hora en cuya angustia—como en los viejos sacrificios solares prehispanos—Alfonso se saca el corazón y lo hace canto. Es 'su' hora, a veces 'triste de tiempo,' a veces 'triste de espacio.' Es 'el cruel ángelus' mortal que, sin embargo, lo llena de éxtasis.

*Ocaso, blanco de éxtasis, detén  
otro momento en el azur tu paso,  
no precipites tu tranquilo bien,  
ocaso...*

Alfonso Cortés es el poeta de 'occidente.' La llave de su poesía es solar y abre en el ocaso. Leyendo a Alfonso he vuelto a pensar y a sorprenderme de la peculiar condición de Nicaragua, con su historia bicéfala, dividida siempre en dos, y en ese misterio, sobre todo, de relacionar su división con el sol.

La relación real entre León y Granada es la de Norte y Sur. Los nicaragüenses, sin embargo, hemos situado el antagonismo entre Occidente y Oriente, lo hemos vinculado con el sol. En la cultura de lontananza propia del nicaragüense, a León el sol se le impone, por el mar, en Poneloya como atardecer. A Granada, por el Lago, se le impone como amanecer. Mar y Lago son las bandejas en que se les sirve el sol a los antagonistas y sus sicologías se

cargan y se expresan con la energía propia de esas dos situaciones. ¿Por qué?

Granada ocupó una tierra poco rendidora, la historia la colocó como puerto en la inmediata tentación de un inmenso lago y a ese doble impulso de su posición geográfica—tierra dura y lago abierto—su espíritu comunal se hizo vagabundo, colonizador, viajero de aventuras y fundaciones lejanas. De Granada salió la conquista de Costa Rica, la fundación de Chontales y sus haciendas, el Tránsito, la fundación y colonización de Rama, el Ingenio San Antonio, etcétera. Granada se sabía—se sentía—punto de partida, amanecer y a ese signo de extroversión, la historia agregó incendios de piratas y filibusteros que hicieron más ligera su relación con la ciudad y más fácil el partir.

León buscó (al huir de su primer destino) tierra buena y de pan llevar. Se sentó en el valle más rico y ancho disponiéndose a un destino agrario y metropolitano. Se hizo como pueblo huertero y burocrático. Para el leonés la tierra vale sangre. Es hombre de raíz, se hunde en su tierra, es sicología de ocaso. Hombre de introversión.

En nuestra condición extravertida, el granadino puede marcar el punto extremo de la extraversión, mientras el leonés su inicial, o sea, la medida más conservadora de dicha tendencia. La parte más estable y fincada de nuestra fugitiva población es la leonesa. En la tendencia hacia la simplicidad arquitectónica, es la arquitectura leonesa la que presenta un poco más de aprecio por el ornato. En la riqueza de nuestra cocina—rasgo que contradice un poco la índole transeúnte y simplista del nicaragüense—quien aporta mayor y más elaborada cantidad de platos, es León, capital culinaria de Nicaragua. En la movilidad del pueblo, en su nomadismo campesino, León es también la zona más fincada—más huertera—y con campesinado más permanente sobre su tierra. En la tendencia anti-paisana y anti-localista del nicaragüense, León ha sido el único pueblo que se ha vuelto hacia sí mismo, siquiera por el momento de un grito, inventando el único ‘viva’ local de Nicaragua, el ‘¡Viva León, jodido!’

Esa posibilidad de ensimismarse dio a León su predominio intelectual. Frutos como la Universidad, como Rubén, como Pallais, Salomón de la Selva o el mismo Alfonso, nacieron de una vida 'occidental' propiciamente contemplativa, con capacidad de concentración.

Granada produjo un movimiento intelectual hasta que entró en decadencia su espíritu de empresa, absorbido por las impresiones exteriores. El *Movimiento de Vanguardia* y antes, ciertas figuras de predominio intelectual, como Anselmo Rivas o Carlos Cuadra Pasos, surgieron al replegarse—vencida la ciudad en su comercio y en su puerto—las energías disipadas y conquistadoras de la ciudad. Ernesto Cardenal puso a flor de lo consciente esta inconsciente realidad, cuando escribió *La Ciudad Deshabitada*.

También León ha sufrido y está sufriendo un cambio 'del ensimismamiento a la alteración,'—diría Ortega y Gasset—, al mecanizarse su agricultura y al verse obligado a gobernar en Managua dentro de la órbita, todavía vigente, de la política occidental.

León y Granada tiñeron con su sicología los partidos a que dieron vida con sus antagonismos. Pero aquí surge la desconcertante contradicción de Nicaragua. León, vitalmente conservador, hace suyo mental e ideológicamente el Partido Liberal. Granada, vitalmente liberal y progresista, toma el Conservatismo. ¿Será esta contradicción la que hace tan similares y al mismo tiempo tan distintos—como un acordeón que sólo suena de este tira y encoge—a los dos partidos históricos?

Anotemos finalmente este dato interesante: al desarrollarse Managua, nutrida por las dos ciudades antagónicas, también ha vinculado las señas de su existencia al sol. En el espacio existencial del Managua se llama 'arriba' al lado de Oriente y 'abajo' al de Occidente. Me recuerda la frase del cacique Tazoteyda que recoge Oviedo: Donde el sol sale, llamamos nosotros 'arriba.'

Seguimos atados al sol. Aunque el 'arriba' indique ascenso y la altura de Managua sea 'la Loma' o 'la montaña,' persistió la seña solar equilibrando (tal vez) a Managua entre la Aventura y el Orden, entre Oriente y Occidente.





## *El grito del nicaragüense y otras señales*

En mi escrito anterior sobre León y Granada—que por la prisa apenas llegó a ser un esbozo o apuntamiento de temas sugerentes—terminaba anotando la vinculación solar de las señas o direcciones en Managua: el ‘arriba’ que señala oriente y el ‘abajo’ occidente, coincidiendo con nuestra división localista y política entre oriente y occidente, que si no tuviera capítulos tan prosaicos, con el pasar del tiempo acabaría pareciendo a los historiadores, desde lejos, como una extraña batalla de deidades astronómicas.

Managua—decía—posee una altura dominante—un arriba—que es La Loma de Tiscapa; sin embargo a esa altura se le llama popularmente ‘la Montaña’ y la expresión de ascenso o de descenso, el ‘arriba’ y el ‘abajo’ no se refieren a esa altura geográfica, sino que se vinculan a la salida y a la puesta del sol.

Pero, ¿qué importancia tiene esto?

Para estudiar la sicología y la mentalidad de un pueblo siempre es interesante descubrir cómo ha formulado su posición y sus relaciones con el espacio que ocupa, porque en ellas refleja aspectos profundos de su concepción de la vida y del hombre en el cosmos. Son innumerables los mitos de las antiguas culturas basados en las diferentes concepciones humanas sobre el espacio existencial.

En nuestro caso vemos que en el espacio existencial del Managua: ‘subir’ o ascender es algo que está más relacionado con la luz que con la tierra. No son los pies, al ascender, los que nos marcan

el 'arriba,' sino la mente y los ojos al iluminarse. Viceversa, el 'abajo' no es la bajada material, sino la oscuridad.

La 'dirección'—que es el sentido de realización de un movimiento—la establecemos, no respecto al camino material y rastrero, sino en relación al cosmos, guiados por el sol. Se diría que ésta es la condición de una cultura de lontananza abierta al cielo, tentada por el horizonte, que es lo contrario de una cultura de caverna.

Sin embargo, el 'arriba' y el 'abajo' que usamos como señas espaciales, no tienen casi uso en la esfera vital de nuestros gritos. Ni política ni deportivamente usamos el '¡Arriba!' y el '¡Abajo!' como interjecciones de aplauso o vituperio. Salvo en los gritos escritos en cartelones—en las manifestaciones modernas y urbanas—que ya no reflejan ni captan la expresión espontánea del pueblo sino que copian lo de 'afuera': el grito nicaragüense auténtico es el '¡Viva!' o el '¡Muera!,' la relación directa con los dos polos vitales de la existencia; relación personal y entrañable que salta apasionadamente sobre el juego de las ideas para jugarse la vida.

Durante nuestras abundantes dictaduras las cárceles se llenan de gritos presos. Los tiranos corresponden a esa condición vital de nuestro grito político catalogándolo también, instintivamente, no como palabra que suena al viento, sino como algo viviente y actuante. Es un grito con sangre. ¡Quizás es aquí el lugar del mundo donde más gritos han sido encarcelados!

Al nicaragüense no le sale el '¡Arriba!'—tan usual en España, por ejemplo—ni usa casi el '¡Abajo!.' No es la posición simbólica que pueda ocupar su Causa o su Líder o su Club, lo que espontáneamente le interesa, sino su expresión vital: que sea o no. 'To be or not to be, that is the question.' Y esto se aprecia más todavía en el otro grito, en el más auténtico y típico de nuestro pueblo para dar ánimo, para indicar acción, para insuflar arrojo, para lanzarse a conquistar la meta. Ese grito no es '¡Arriba!,' ni '¡Viva!,' ni '¡Cierra!,' ni '¡Adelante!,' sino '¡Adentro!'

Yo no he oído esa exclamación más que aquí y aún siendo tan nuestra siempre me ha sorprendido y tentado el misterio de su significación.

Es un grito de lanzamiento, detonante de arrojo y sin embargo el rumbo que parece marcar no es lo alto (de ¡arriba!), ni lo avanzado o progresista (de ¡adelante!) sino la tendencia hacia 'lo interior,' hacia la profundidad (hacia ¡adentro!).

Y la profundidad implica en la dirección una metafísica. Entre más profundo es un dolor significa que más penetra hacia el interior del hombre. Un golpe externo duele, pero la muerte de un hijo duele más profundamente, más 'adentro.' Duele en el alma.

La corrupción entre más profunda significa que más hacia la médula espiritual del hombre ha progresado. Porque la existencia del hombre—diría Guardini—está construida desde el interior, o más bien, hacia el interior.

Para el nica la meta es meta vital. La victoria se encuentra adentro, en la esfera más íntima del 'Yo.' ¿Es, por ello, personalista? Cierto. Las ideas sólo lo mueven si encarnan. Pero hay que tener cuidado con eso del personalismo del nica. La prueba es cómo ha aumentado la delincuencia al faltarle al nicaragüense en el mundo político y cívico, ese 'adentro' que busca.

Nunca se me olvida un párrafo de Ortega y Gasset:

'El hombre es el único animal que ha logrado meterse dentro de sí, y cuando el hombre se pone fuera de sí es que aspira a descender, y recae en la animalidad. Tal es la escena, siempre idéntica, de las épocas en que se diviniza la pura acción. El espacio se puebla de crímenes. Pierde valor, pierde precio la vida de los hombres y se practican todas las formas de la violencia y del despojo. Sobre todo el despojo. Por eso, siempre que se observe que asciende sobre el horizonte y llega al predominio la figura del puro hombre de acción, lo primero que uno debe hacer... es abrocharse los bolsillos...'

## *El volcán y el santo*

Siempre que pasaba frente al viejo volcán, con su cráter desarbolado y áspero, color de cuero o como cuello de un ave gigante, la imagen de un gran monstruo decapitado—‘el rugoso pecho vomitando ira’—se me imponía. Era la imagen del gigante sin mente. El dominio de la ciega potencia. Hice entonces un poema. Y mientras más profundizaba, al escribirlo; en el misterioso símbolo de la fuerza bruta, más comprendía que los indios, ‘oyendo el bramido de la fuerza sin rostro,’ lo tuvieran por un dios. Si nosotros, civilizados, endiosamos a los poderosos, amamos la prepotencia mucho más que la inteligencia, y preferimos la fuerza al amor ¿por qué los indios, que creían ver un dios en toda fuerza incontrolable de la naturaleza, no iban a divinizar esa colosal estatua humeante del Poder—la ‘Loma’ mítica—que fue el volcán Masaya durante siglos? Debe haber sido una ‘teología’ sugerente y hasta alucinante la de ese culto chorotega al volcán Masaya. Nos quedan poquísimos datos pero de intenso dramatismo y de pluma muy amena como es la de Fernández de Oviedo.

Tienen los indios por su dios a este infierno (o volcán)—dice el cronista—: e solían allí sacrificar muchos indios e indias e niños chicos e grandes, e los echaban dentro por aquellas peñasabajo...’ Y luego agrega: ‘Y es de notar que si no fueran ciertos viejos que allí tenían a su cuidado los sacrificios, como sacerdotes, los demás, por su gran reverencia e temor, no osaban, ni aún ahora osan, llegar a verlo.

En pocas palabras Oviedo resume en el volcán todos los grados del Poder: la altura donde sólo llegan los grandes que son, siempre, los sacrificadores; los sacrificios humanos exigidos y el temor de los que no osan subir y se quedan abajo. Pero en el culto chorotega había algo más: la figura espantosa de una vieja profetisa y caníbal que moraba en el cráter del Masaya.

Los caciques bajaban donde ella—cuenta Oviedo—a consultarle como oráculo sobre su política y sobre sus guerras y siempre le sacrificaban algún muchacho varón o hembra y le dejaban manjares y comidas en ollas y escudillas para ‘complacerla o agradarla, sobre todo cuando algún terremoto o temblor o recio temporal’ los castigaba pues ‘pensaban que todo su bien o su mal procedía de ella.’

Y la vieja ‘bien vieja era e arrugada, e las tetas hasta el ombligo, e el cabello poco e alzado hacia arriba, e los dientes agudos, como perro, e la color más negra que los indios, e los ojos hundidos, e encendidos...’

He recordado todos estos datos del dios-volcán y de su culto porque esta semana, el día 30, fue la procesión de San Jerónimo de Masaya y yo tengo una teoría que me nació desde que vi hace tiempo, por primera vez el fenómeno de esa masa inmensa de gente que baila durante todo el trayecto de la procesión. Y mi teoría es que ese baile, típicamente volcánico en zona de lengua mangue (como también la gran cantidad de leoneses que llegan a Masaya a pagar promesas y a rendir culto a San Jerónimo), indican que toda esa fiesta pertenecía al culto chorotega al dios-volcán y que fue sustituida y cristianizada por la Iglesia desde los primeros tiempos de la Conquista.

Uno de los métodos de evangelización de la Iglesia, fue, cuando las circunstancias lo permitían, no borrar, sino sustituir y cristianizar las corrientes religiosas anteriores. En América no fue tan usado este método—como se usó en la evangelización de Europa—por dificultades y resistencias que no es del caso enu-

merar aquí. Pero quedan fiestas y peregrinaciones, como la famosa del Altepeihuitl, en Tepoztlán; o la peregrinación de Chalma, también en México, en cuya cueva una imagen de Cristo crucificado sustituyó a un viejo ídolo que atraía multitudes en tiempos prehispanos. Lo interesante, para mí, en el caso del dios-volcán, es no solamente el acierto sino el conjunto de símbolos que se deriva de la sustitución y cristianización del viejo rito chorotega.

Sobre la imagen del Poder cósmico ciego y arbitrario del volcán y sobre el temor pánico que producía ese Poder, la Iglesia colocó la imagen antípoda de la Penitencia y de la Sabiduría.

Contra la figura de la vieja profetisa caníbal, la Iglesia nicaragüense (creo yo) levantó la imagen del viejo Doctor, desnudo, flaco de ayunos, vigiliias y maceraciones, retirado al desierto egipcio de Calcis, donde—como el mismo narra—‘no tenía por compañero más que a los escorpiones y a las fieras en aquella vasta soledad calcinada por los fuegos del sol.’

El culto al ‘monstruo sin mente,’ fue sustituido por el culto al santo ‘doctor,’ al santo intelectual. Contra la vieja sumisión a la fuerza bruta divinizada, la Nicaragua chorotega—renovada en Cristo—comenzó a pagar promesa a la inteligencia pura o purificada, simbolizada en ese gigante de santidad y sabiduría que fue el Doctor Jerónimo. En el ‘¡Viva el Doctor!’ que grita el pueblo en multitud, hay todo un sustrato que todavía no aflora plenamente en nuestra civilización pero que puja por imponerse: el deseo de luz intelectual, de orden humanista, de sabiduría verdadera, contra la opresiva divinización, que también siempre puja por retoñar, del ‘gigante sin mente,’ de la altura que sacrifica al hombre, de la ‘loma’ sin pueblo.

El baile todavía es volcánico, todavía tiembla. Pero va en andas un santo desnudo y penitente, con la piedra en la mano (con la tierra, con la naturaleza nuestra) golpeando sobre su culpa, enseñando humildad, desprendimiento, amor, pero en la figura de un sabio, de uno de los más grandes sabios de la historia cristiana para que no se separen jamás Pueblo y Cultura.



# *Un viejo río de milenios*

LA ESPIRITUALIDAD DEL NICARAGÜENSE

Cuando se estudie el panorama completo del pensamiento indígena prehispano—con la hondura con que lo ha hecho en México Miguel León-Portilla, en su libro *Filosofía Náhuatl*—tendrá que reservársele un capítulo importante al aporte de nuestras dos principales culturas: la Chorotega y la Nicaragua, en la elaboración de un concepto espiritualista del hombre americano.

Nuestros pueblos de cultura ‘Mangue-Chorotega,’ en una época ciertamente muy antigua y anterior al nacimiento de la Cultura Maya, concibieron una interesante teoría religiosa sobre la personalidad, cuya expresión no ha sido conservada—desgraciadamente—más que en un sinnúmero de esculturas en piedra con el motivo del ‘Doble Yo,’ o ‘Alter Ego vital’ expresado por un individuo que soporta o lleva sobre sí la figura de un animal, a la manera que en la religión egipcia descansa protectoramente sobre el hombre el pájaro anímico denominado ‘Ba.’

Como una obsesión, cantidades de estatuas y de dibujos expresan esta idea de un ‘doble’ o de un desdoblamiento del hombre. Una especie de ‘daimón’ griego, o demonio, o espíritu que (indudablemente influido por el totemismo) expresa el ‘otro yo’ de la psiquis humana en sus relaciones con la naturaleza y con el Destino; concepción que puede tener muchas interpretaciones sobre las cuales no podemos extendernos, pero que responde al razonamiento causal-lógico de que ‘algo que es no puede provenir de la nada.’

El otro aporte que también demuestra una superioridad

mental halagadora, es el de los 'Nahuas-Nicaragua' con su concepción del alma humana o 'Yulio,' que sí nos quedó documentada en las encuestas o informaciones que siguió entre los indios de Nicaragua Fray Francisco de Bobadilla (y que se leen en la historia de Oviedo). El brevísimo tratado que puede extraerse de las contestaciones de los caciques y sacerdotes indios sobre el alma, merecería ser destacado como una de las más importantes conquistas del pensamiento indio precolombino en su concepción de la persona humana.

El concepto del alma de los Nicaraguas viene a ser (comparado con el del 'Alter Ego' chorotega) una respuesta al razonamiento lógico causal de que 'algo que es no puede convertirse en nada.'

Selecciono sólo dos contestaciones de los indios a las citadas encuestas de Fray Bobadilla.

'...En muriendo sale por la boca una como persona que se dice Yulio, e van donde está aquel hombre o mujer, e allá está como una persona e no muere allá, y el cuerpo se queda acá,'—dice el cacique Avago-Altegoan.

El sacerdote Tazoteyda sostiene el siguiente diálogo:

—'¿Los que van arriba (al otro mundo) están allá como acá con el mismo cuerpo?'—pregunta el fraile...

—No va más del corazón,—responde el indio.

—Pues si le sacan el corazón, ¿cómo lo llevan?

—No va propiamente el corazón, mas va aquello que los hace a ellos estar vivos, e ido aquello, se queda el cuerpo muerto.'

Es decir: la persona inmortal, la persona misma es eso que se va. Y eso es lo que permanece.

La teoría sobre el espíritu (y su otro yo) de los chorotegas y la concepción del alma de los Nicaraguas encontraron su plena sublimación al llegar al Cristianismo. El Cristianismo dio cauce



ancho y venturoso a una espiritualidad que buscaba entre sombras y ventisqueros primitivos su salida al mar trascendente e infinito de la Divinidad. Tenemos atrás, desde milenios, una fuerza que nos empuja como nicaragüense hacia un ideal humano que salta sobre el grosero obstáculo de la materia o ennoblece la materia haciéndola portadora de un alma inmortal.

Nuestros grandes impulsos nacionales, las grandes fuerzas que nos hicieron saltar a las altas concepciones humanas, aquellas de los primitivos Chorotegas, las de los viejos padres Nicaraguas con su Yulio, la fe de los abuelos castellanos, el verbo de Rubén: aguas son de un río trascendente.

*Alma mía, perdura en tu idea divina,  
todo está bajo el signo de un destino supremo*

canta nuestro poeta...

## *La imagen de Cristo en el nicaragüense*

¿Cuál es la imagen de Cristo que predomina en la mente de los nicaragüenses? En Cesarea de Filipo, Cristo preguntó a sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? —Como en la respuesta de los discípulos, los nicaragüenses pueden presentar muchas imágenes, pero ciertamente hay algunas que predominan y que indican, a su vez, el tipo de relación que existe entre nosotros y Cristo, como también la idea que nos hemos formado de su Persona.

Nuestra cultura religiosa está todavía profundamente influida por el comienzo de nuestra fe: un comienzo de una evangelización muy singular. España proyectó sobre América—al conquistarla—la idea medieval de la cristiandad, o sea la de una unanimidad cristiana en la cual el creyente, no sólo era el miembro de una religión, sino, ante todo, el ciudadano de un país o de un imperio cristiano. De ahí que la herejía fuera considerada subversiva; de ahí también que la tarea fundamental fuera bautizar (se bautizó a todo el continente). Fue una especie de inmenso y rápido reclutamiento que dio por resultado la aparente ‘unanimidad’ cristiana. Todos creían lo mismo, aun cuando muy pocos vivieran lo que creían.

Cuanto más rápida fuera la incorporación visible a la Iglesia, mejor. Por esto muchas etapas que antes se requerían para el ingreso a la Iglesia van a ser saltadas en la Conquista y en la Colonia, quedando, como proceso de evangelización, una prédica muy esquemática de las verdades de la fe (catecismo) y el Bautismo (todavía hoy el ‘bautismo’ es el único sacramento de la mayoría de los nicaragüenses).



De esa pastoral (conquistadora) de Cristiandad nos quedan dos interesantes características religiosas. La primera deviene del gran sentido de masa que esa pastoral tenía. Para unos pueblos de poca cultura religiosa la Iglesia hispana creó métodos de llegar a la multitud lo mismo que formas y encuadramientos masivos de gran eficacia: las procesiones, peregrinaciones, grandes actos de multitudes, devociones cíclicas, fiestas patronales, etc. Nuestra fe, en este aspecto, tiene pues un sello procesional. Nuestra imagen de Cristo tiene mucho de imagen de procesión. El Jesús de la burrita—el Señor casi verdadero que pasa y se toca entre la multitud—es una imagen viva de Cristo en el nicaragüense. Un evangelio fugaz, entusiasta, de ramos, vivido en multitud, pero nada más.

La otra característica que marcó en el nicaragüense la pastoral de Cristiandad habría que estudiarla más a fondo. Sabemos que los primeros misioneros usaron niños y muchachos indios como intérpretes y como adoctrinadores. De hecho nuestro lenguaje religioso más familiar está matizado de expresiones infantiles: ¡la 'Mama-Virgen' o el 'Papa-Chú' de toda la infancia nicaragüense! Esto ha ido trabajando una nota filial muy aguda en nuestra imagen de Cristo. Del 'Papa-Chú' infantil se pasa a 'mi Padre Jesús' que es el más general y reverente nombre que nuestro pueblo da a Cristo. ('Nuestro Padre Jesús de Popoyuapa' es una de las más populares peregrinaciones y devociones de Nicaragua). Debajo del tratamiento de 'Padre' se hospeda un confiado providencialismo. En cierta ocasión y durante algún tiempo estuve recogiendo expresiones de nicaragüenses pobres referentes a Dios. Tengo algunas recogidas en esos difíciles instantes en que la vida aprieta: 'Dios aprieta pero no ahoga,' 'No hay que oponerse a los designios de Dios,' 'Dios proveerá,' 'A mal tiempo, buena cara,' '¡Si Él así lo dispuso...!' El Dios del pobre es también vengativo: 'Todo se paga,' 'Dios tarda pero no olvida,' '¡Déjalo estar... Dios todo lo ve!.' Y siempre providente: 'El siempre es bueno,' 'No hay como el de Arriba, nunca nos falla,' '¡Dios primero!'

En una vela apunté este diálogo a gritos:

—¡No quiero nada con Dios que se la llevó! ¡No quiero nada con Dios!

—No blasfemés, Marcelina.

—¡Déjame desahogarme! Si no me desahogo con Él, ¿entonces con quién?

Sin embargo, aunque la imagen del Padre Jesús sugiera confianza filial, la idea a veces se complica. Yo tuve un gran amigo, mandador de hacienda, hombre de grandes iras y de muchas mujeres, verdadero caudillo del trabajo, revolucionario en su tiempo, que a cualquier prédica de cura o consejo de amigo, se abría la camisa y descubría una imagen que le colgaba del cuello y señalándola, decía: '¡Uh! ¡No hay modo que mi Padre Jesús me joda!' Cuento la expresión porque la he oído repetirse con variantes, numerosas veces. Es un poco el 'Cristo perdonador de injurias' de Rubén Darío. Y un mucho la imagen del Padre de la parábola del Hijo Pródigo.

En los ambientes urbanos donde se ha vuelto tradición mayoritaria la 'entronización' de la imagen del Corazón de Jesús en los hogares (forma también peculiar de la Pastoral de Cristiandad), ha surgido, como fruto de esas imágenes, un nombre de Cristo que tiene su significado. Se le llama 'El Colochón' (es interesante observar en ella una cierta tendencia a eludir el nombre propio y directo del Señor. Eso no es campesino; es urbano. Se prefiere aplicarle un nombre cariñoso y alusivo, como ante una presencia demasiado fuerte y poderosa que hay que disimular). Decir 'El Colochón' es sugerir un tipo de relación. Recuerdo que Alejandro Cuadra, siempre que su madre lo regañaba por su bohemia con el consabido: 'te va a castigar Dios,' él contestaba: 'Yo tengo mi trato con el Colochón.' En su última entrevista, antes de partir al extranjero definitivo, Gabry Rivas habló de la muerte y en una frase dijo: 'Yo he sido de todo en la vida. Ahora lo único que pediría es estar cerca del Colochón, aunque sé que ahí sólo van los buenos. Sin embargo, como yo he hecho cosas malas y bue-

nas como todo el mundo, mi esperanza es que el Colochón me acepte.’

El Colochón es la imagen de un Cristo paterno, providencial y manso. (Algo del Nazareno romántico, del Chú infantil mezclado con el rostro dulzón de las láminas de corazones de Jesús y un sentimentalismo pequeño-burgués). Hay allí—también—un Señor al que se espera encontrar en la muerte pero no en la vida. Un Cristo sin sacramentos—salvo el Bautismo—es decir: sin encuentro, sin choque interno, sin personal conocimiento. Una imagen vaga, diluida, que no conmueve a fondo, que no ilumina decisivamente ni aclara la existencia, pero que no se borra de la esperanza.

Naturalmente que hay muchas otras imágenes de Cristo en el corazón del nicaragüense. Es muy importante conocer y estudiar esas imágenes. Recuerdo aquí lo que escribía Romano Guardini: ‘Muchas objeciones contra Cristo proceden sin duda, en último término, de que su figura no fulge en el espíritu de los creyentes ni toca de manera viva sus corazones. En realidad, para el cristiano todo depende de que la imagen del Señor viva en él con fuerza primigenia, o esté gastada y pálida.’

## *La vivandera*

Como le pagué con un billete alto, sacó de una bolsa oculta en la nagua, debajo del delantal—no sin mirar de reojo, con aire desconfiado a su alrededor—un rollo de billetes. El gesto de la mano, al mantener el fajo y extraer los billetes, fue un gesto versado y rápido como el del jugador con el naípe. Toda una psicología, toda una vida parecía esculpirse en ese gesto de sus manos: la una posesiva, la otra contabilista y veloz con su aritmética al tacto.

Era una mujer recia, de espaldas poderosas, brazos y piernas fuertes y ese cuello ancho y resistente que desarrolla el ejercicio de cargar sobre la cabeza; muchas veces he mirado esa arquitectura femenina en nuestro pueblo—cuerpo donde el trabajo ha vencido al sexo, cuerpo chato como la Iglesia de Subtiava, templo indio, cuerpo asexuado (no como la Iglesia de Xalteva, espigada y con su crinolina que es el cuerpo mestizo cimbreado su ‘turrís aburnea’), cuerpo empresario—y ahora veía a la vivandera atendíendome y atendiendo a todo el negocio simultáneamente, ofreciéndome al que pasaba, regateando al que pedía rebaja, comentando con la vecina, vigilando, locuaz, perspicaz, bromista, bocatera...

Pensé que no se ha hecho una estadística sobre este tipo de mujer sobre cuyos hombros reposa casi todo el inmenso e invisible edificio de nuestro comercio popular: ¡la mujer comerciante! La vivandera, la mercadera, la pulpera... todo ese culto oculto del mercadeo en manos femeninas—temible y minucioso—donde se ejercita con frecuencia la más implacable usura—la usura casi caníbal de la viudas y las sin marido—que ‘volantinean su capita-

lito,' las prestamistas de la cocina, o bien la otra triste mujercita de la canasta, tan activa y empeñosa, que al regresar en la tarde a su hogar y al hacer sus cuentas analfabetas se da cuenta de que en vez de ganar... salió perdiendo.

Pero esta mi vivandera me está contando que es rivense, que posa en Managua, que comercia con lo que trae (frutas, hortalizas), y comercia con lo que lleva (telas, 'artículos'). Sus hijos se quedan con su madre—¡la pobre abuela!—sus maridos ya partieron '¡de viaje!'; pero está educando un hijo en la Universidad y otro ya trabaja en un taller de mecánica. Entonces dice ella—a su vecina—que su hijo va a ser dentista pero que 'los trastes' para instalarlo cuestan un 'chiquipil.'

Ante esta palabra india, ante esta medida antigua de la riqueza ('chiquipil' significa ocho mil granos de cacao, una expresión, como decir ¡millones!), retrocedí cinco o seis siglos y sentí cómo aquella mujer vivandera estaba allí ante mí trayéndome en sus gestos, en su destreza comercial, en su rostro perspicaz, una tradición lejanísima y potente, una antigüedad que se me perdía en el fondo del tiempo o en el fondo de sus ojos vigilantes y casi agresivos como los de un ave de rapiña.

Nadie que yo sepa ha estudiado esa herencia ancestral—ese hilo en la trama de nuestra historia—que nos viene desde las culturas nahuas prehispanas: la mujer comerciante.

Josefana, la vivandera, no viene en realidad, de Rivas. Viene desde hace milenios peregrinando con una raza comercial y guerrera: la que dio nombre a nuestra patria: los Nicaraguas, adoradores de Mixcoa, dios del comercio.

Tanto Oviedo como Bobadilla cuentan que entre los Nicaraguas sólo a las mujeres se les permitía comerciar en el tiangué o mercado. A los hombres—salvo si eran forasteros—ni siquiera los dejaban 'pararse a mirar desde fuera.' El mercadeo era labor exclusivamente femenina. ¿Por qué este pueblo de comerciantes, tenía esa extraña legislación feminista en su comercio? Es un misterio, siempre ha sido un misterio para mí esa costumbre en la que

fueron tan inflexibles los Nicaraguas: ¡al hombre que entraba al mercado 'le daban de palos y lo tenían por bellaco!...' Pero que esa costumbre de la cultura que dominó y que tanto influyó sobre el resto de los indígenas de nuestro país, fue el origen, la escuela inicial de nuestra mujer comerciante, ¡no cabe duda!. Todavía es inmenso el porcentaje femenino en el pequeño comercio y ya no digamos en los mercados nicaragüenses. Josefana—la vivandera—fue hace siglos la infatigable encargada de vender y comprar desde la preciosa olla de barro con un jaguar policromado o el escuintle—¡perrito mudo que engordó en su rancho y que tan apetecido era!—o los humeantes tamales o el pobre esclavo adquirido por su marido en la guerra.

Mujer comerciante de un pueblo comerciante de extraordinaria historia. Porque su pueblo—de lengua náhuatl—huyó de México cuando la caída de Tula y entró a Nicaragua no sabemos exactamente en qué siglo. Pidió posada a los Chorotegas que ocupaban nuestra zona del Pacífico. Se asentó, comenzó a comerciar. Pero con su ojo perspicaz descubrió que en el istmo de Rivas se cultivaba el cacao que era el árbol del dinero. Ya los Chorotegas estaban incómodos con aquellos huéspedes y tramaban destruirlos por sorpresa. Entonces los Nicaraguas—que entre sus comerciantes tenían buenos espías—se adelantaron y pidieron a los Chorotegas que les facilitaran cargadores para transportar sus bienes y salir del país. Felices de salir de ellos los Chorotegas se los facilitaron. Pero los Nicaraguas, aprovechando la noche, degollaron a todos los cargadores—lo que significaba una gran sangría en las fuerzas humanas chorotegas—y acto seguido cayeron sobre sus anfitriones derrotándolos. Así les cogieron el istmo de Rivas y se hicieron dueños del cacao que era el dólar vegetal que les permitió el predominio económico sobre todo el país. Cuando llegó Gil González Dávila, el cacique Nicaragua era el cacique más poderoso. Su poder era en gran parte comercial. Pero su comercio estaba en manos femeninas. La indita que cruza con sus ollas sobre la cabeza los caminos, la vivan-



dera de las góndolas del ferrocarril, la vendedora de las esquinas con su batea, vienen de aquel tiangué imperialista de los dueños del cacao. Todavía ellas, cuando algo no tiene valor económico, recuerdan su antiguo reino y exclaman: '¡eso no vale un cacao!'

La historia nicaragüense de la mujer comerciante está—como digo—por escribirse. Ya José Coronel Urtecho, en sus *Reflexiones sobre la Historia de Nicaragua*, nos sorprende demostrándonos la importancia que tuvo el tiangué o mercado—de raíz indígena—en la formación social, económica y hasta cultural de nuestro pueblo.

Y el tiangué es obra femenina. Como femenina es la pulpería, la venta, el mercado y la economía popular...

Pero esta estampa de la mujer comerciante tiene un final de fábula: Cuando regresé a mi casa y le mostré a mi mujer las frutas que había comprado, me preguntó el precio. Al decírselo, su comentario fue: '¡Te tiraron!'

¡Evidentemente los hijos del inteligente cacique Nicarao sabían bien porqué daban de palos y llamaban bellaco al hombre que se metía en el mercado!

## *La tabla en el naufragio*

El Día de la Madre—que antes no existía sino vinculado a fechas y símbolos religiosos—fue establecido por una hábil explotación comercial y publicitaria del más excitable sentimiento de nuestro pueblo. Hoy se ha convertido ya en una fecha mítica, con sus propios símbolos floridos y es, después de las Fiestas Patrias, la que más provoca esa literatura sentimental típica de las situaciones inestables, ambiguas y angustiosas.

Nuestro patriotismo, con frecuencia exacerbado, está vinculado misteriosa y profundamente a este culto sentimental a la madre mucho más de lo que a primera vista parece. 'En toda Hispanoamérica—escribí una vez—la lucha más honda e ignorada, la más angustiosa y vital, es la lucha por estabilizar la vida familiar.' Nuestro continente indo-hispano, surgido del mestizaje y la bastardía, no ha llegado todavía a darle firmeza y seguridad social y económica a la célula básica de la vida humana: nuestra familia. Teóricamente basada sobre la dualidad Padre-Madre, realmente está desequilibrada y todo el peso carga sobre su componente más débil: la Mujer, que como esposa es solamente una provisional compañera desesperadamente agarrada al corazón inseguro del hombre; y como madre una heroica víctima que soporta todo el peso de la prole de diversos padres, en la más solitaria y desvalida dispersión del sentido matrimonial.

Esa carencia de institucionalidad familiar—porque no le hemos dado institucionalidad ni a la poligamia, ni a la monogamia—esa célula rota imprime un sentimiento agudísimo de inestabilidad en las más profundas capas de nuestra estructura social.

Constantemente tratamos de echar raíces, pero todo el movimiento adquirido por nuestra formación sin hogar, rompe esas incipientes raíces y los hijos se suceden sin padre y los padres vuelven a desparramar su fecundidad sin techo fijo, su fecundidad sin cama estable, sin mesa común, sin diálogo, sin vínculo; quedando como resultado de la convulsa marea solamente un resto de naufragio, la nave rota de la madre, a la cual se agarra hambrientamente la prole, muchas veces para ahogarla en las aguas de la necesidad.

Esto que es general en América se agrava hasta límites pavorosos en ciertas regiones de Nicaragua. En la mayor parte de nuestras regiones campesinas—sobre todo en aquellas donde la pequeña propiedad ha sido barrida—y en los barrios de las ciudades mayores, y sobre todo en Managua, el censo marca una deprimente irresponsabilidad en el hombre nicaragüense. Cuando se le pregunta su estado, el hombre contesta: ‘Soltero.’ Y está lleno de hijos. La mujer no puede sentirse ‘suelta.’ Los hijos la atan a la palabra ‘Madre.’ En cambio el hombre se declara conyugalmente peregrino, viajero que pasa de un hogar a otro, suelto de las amarras de la responsabilidad y aún de las del afecto.

Son millares las madres que tienen que buscarse otro hombre —y llenarse de más hijos—para defender el hogar abandonado. Y así, en el pasar viajero e irresponsable de los machos, sólo va quedando la hembra, purificada en Madre, consagrada en Madre, y reuniendo en su altura heroica y solitaria de Madre, todo el sentimiento, el afecto y los vínculos de los hijos, que entre más inestables y frustrados en su necesidad de padre, más vierten su corazón hacia lo único que les queda.

La madre es la única que carga con la existencia del futuro. El padre en Nicaragua es sólo presente. La madre tiene ya una significación popular de puerto que todo recibe. Cuando la hija trabaja, cuando la hija viaja, los nietos van donde la madre. Cuando la hija muere, los hijos quedan con la madre. Aún en su vejez, débil ya, gastada, aplastada por la vida, la madre-abuela

sigue cargando el peso de la mayor parte de la genealogía nicaragüense.

¡Y en todo este drama general y vasto de los semi-hogares nicaragüenses, el padre brilla por su ausencia!

Es difícil que se elabore un verdadero patriotismo cuando en el sentido de Patria falta ese vínculo inicial del hijo con el padre. El patriotismo toma cauces sentimentales, se desparrama en corazonadas, cuando la célula del hogar no existe y cuando el hijo desconoce el complemento varonil en su amor fundamental de hijo.

¿Hasta dónde influirá la paternidad desenraizada y pasajera en ese sentido vagabundo y viajero del nicaragüense?

Pero hay algo más. La Madre, aunque es la roca sentimental de la vida popular nicaragüense, está fuera de la ley. Es la esposa ilegítima, la madre de hijos ilegítimos, el hogar sin ley. ¿Podrá un país tener un sentido de lo jurídico, podrá un país armonizarse en un Estado de Derecho, si su constitución fundamental—que es la familiar—no es constitución ni fluye dentro de la ley sino fuera de ella?

Un inteligente amigo me decía que el pueblo nicaragüense en su mayoría tiene sentimientos cristianos pero no moral cristiana.

Todo está encerrado en el mismo círculo cuyo centro solitario es la Madre.

Ojalá que este movimiento de culto filial supere el sentimentalismo meloso y poco fecundo que hasta ahora vemos florecer y se hace más efectivo y afectivo por esa Madre dolorosa y heroica del pueblo nicaragüense, restaurando poco a poco el hogar estable y la estable compañía del hombre, del padre, que es lo que ella más puede anhelar en lo más profundo de su sacrificado corazón.



## *La leche y la lengua*

Leyendo esta semana el libro de Francisco Pérez Estrada sobre el héroe de San Jacinto, me llamó la atención su comentario sobre la costumbre familiar nicaragüense—que él cita como una prueba de la poca discriminación racial y social que ha existido en Nicaragua—de hacer amamantar a sus hijos por ‘mamas de leche indias o negras.’ ‘Es posible—agrega Pérez Estrada—que en ese tiempo ignorasen la importante influencia que ello tiene en el niño, pero de cualquier manera que fuese el hecho demuestra poco escrúpulo racial.’

La observación me interesa, sobre todo, en el aspecto de la ‘importante influencia’ que el autor señala. Siempre me ha tentado estudiar la atmósfera infantil y el misterioso aire de niñez que todavía emana—apenas se le remueve un poco—el proceso de mestizaje de nuestra cultura nicaragüense. El hecho de que se usen palabras indias para designar a esas vice-madres del desarrollo familiar nicaragüense: ‘chichigua,’ a la nodriza (voz náhuatl), ‘china,’ a la niñera (voz quechua), presupon una presencia humilde y constante junto a la cuna de nuestra lengua y de nuestra cultura, que oculta transfusiones y aportes difíciles de calcular, sobre todo si las sumamos al hecho tan interesante y característico de nuestra formación religiosa en la cual intervino, de una manera indeleble, el niño indio. Ya Mendieta dedica todo el LIBRO III de su obra al tema: ‘De cómo la conversión de los indios fue obrada por medio de los niños.’ Los misioneros, necesitados de personas que, conociendo las lenguas indias, llevaran la doctrina cristiana al corazón

de los hogares indígenas, formaron niños que se convirtieron en los pequeños pero grandes misioneros de Cristo en nuestra tierra. Y esa frescura infantil con que se abrió paso nuestra fe, todavía vuelve a nuestra lengua en esas expresiones amorosas, confianzudas e infantiles—como ‘Tata Chú,’ ‘Mama-Virgen,’ etc.—, y como algunos felices diminutivos de nuestro trato familiar con el Cielo.

Dentro de esa atmósfera infantil—que es donde moja sus raíces la delicada planta de nuestro mestizaje—¿qué relaciones misteriosas estableceríamos entre la leche y la lengua? Ya Crisipo, hace más de dos milenios, recomendaba a los griegos cultos ‘una nodriza de lenguaje inmaculado.’ La Chichigua puso en la lengua española del niño esas palabras caseras indias que todavía designan, con fidelidad y ternura nativa, nuestras humildes cosas de ‘aquí’: desde la jícara, el huacal o el tiste, hasta el minucioso verbo ‘pepenar’ o la maravillosa palabra ‘camanance’ que indica, con una metáfora frutal el hoyuelo de la mejilla donde cabe un nancite. Pero también entró lo ‘otro’ (lo indio), su ritmo vital, su sueño distinto, en forma de leche. Hubo también una hermandad de leche aparte de la hermandad de sangre. Leche y lengua llegan—como pedía el griego—formando una expresión nueva que Darío hace música eterna.

Porque la leche parece venir desde la tierra y amarrar a ella al hombre como sangre estelar y cósmica del lenguaje. En el folklore hay una creencia sugerente. Dice el pueblo que el niño bautizado que muere sin haber bebido leche de la madre pasa directamente a ser ángel. Y que el niño que ya fue amamantado, se detiene en el Purgatorio a vomitar la leche, para purificarse de los vestigios de su efímero tránsito por la tierra y ser también ángel. La leche amarra a la tierra. ¿Qué leche bebió el héroe de San Jacinto de esa desconocida chichigua que Pérez-Estrada no nombra, pero a la cual dedica un breve recuerdo? ¿No decimos—invocando el poder modelador de esa bebida primigenia—que un hombre tiene buena o mala leche?



Los indios nahuas—los nicaraguas—creían en un árbol celeste. El Chichihuacuaco (el árbol nodriza), que existía en la primera mansión de los muertos. Allí iban los niños muertos y el árbol goteaba leche para ellos de la punta de sus ramas y los amamantaba. Pero además, creían que esos niños criados de la leche del árbol paradisiaco volverían al mundo a probarlo cuando se destruya la raza humana.

Parece como un símbolo del árbol genealógico de nuestro mestizaje—el árbol de ‘los hermanos de leche,’ que no discrimina sino que hermana—y cuyos nombres nuevos del Mundo Nuevo, quizás están destinados a poblar con su sentido cristiano de la fraternidad, ese amenazante futuro mundo despoblado por las luchas sociales, raciales y nacionales...

# *El indio que llevamos adentro*

HERENCIA DE NUESTRAS

DOS CULTURAS INDÍGENAS MADRES

En los cronistas españoles hay, desperdigados, muchos datos que nos permiten rehacer trozos importantes y aleccionadores de nuestra historia indígena prehispánica, en muchos aspectos más cercana y mucho más influyente sobre nuestra historia actual de lo que los historiadores nos han enseñado. Esto no nos debe extrañar. Como piensa el sociólogo Norbert Elias, ‘una sociedad está para siempre marcada, determinada por sus períodos anteriores y no menos fuertemente por sus primeros orígenes.’

Basándonos, pues, sobre tradiciones indias que recogieron los cronistas, sobre todo Oviedo y Torquemada—y que han sido confirmadas por la arqueología—sabemos que ninguna de las dos culturas superiores que aquí encontraron los españoles eran naturales de esta tierra. Habían venido, en grandes migraciones del norte. Sin embargo, una de esas culturas, la Chorotega, era mucho más antigua de estar asentada en nuestro territorio, que la otra. Los Nahuas o Nicaraguas eran ‘gente venediza’ como le dijeron a Oviedo, o sea reciente.

En Nicaragua la interacción y fusión de culturas indias aún no llegaban a forjar una síntesis cuando se produjo la Conquista española; por tanto, el mestizaje que propició España, no sólo mezcló al indio y al español sino elementos culturales indios muy dispares, lenguas y sangres. El caso de los Chorotegas es especialmente fascinante porque, según el criterio del etnólogo



Walter Krickeberg, fueron en su remota antigüedad una de las culturas-fermento de la cultura Maya y luego, desplazados por los mismos Mayas, entraron a Nicaragua expulsando a los Subtiavas, o, según otros, a los Miskitos. Los Chorotegas, de lengua mangue, poseían además elementos culturales sureños. Eran, por tanto, un pueblo con cultura de recia originalidad y poder creador, de tal modo que, mientras militar, económica y lingüísticamente predominaban los Nahuas, en el arte y la cultura el dominio chorotega era creciente y evidente.

Los Chorotegas eran gente valerosa, grandes artífices, gustaban de la vida familiar, amorosos con sus mujeres, tanto que Oviedo escribe que eran 'muy mandados e sujetos a la voluntad e querer de sus mujeres.'

En cambio, los Nahuas o Nicaraguas,—según el mismo Cronista—, 'son muy crudos e natura, e sin misericordia e de ninguna piedad usan... E son muy señores de sus mujeres (eran machistas) e las mandan e tienen sujetas.'

Los Chorotegas eran más civiles. Los Nahuas, militaristas.

Los Chorotegas eran dueños o se habían adueñado—posiblemente desde el s. ix—de casi todo el territorio del Pacífico. Varios siglos después los Nahuas, precedidos por su fama de guerreros, bajaron del Norte buscando territorio. Los Chorotegas, para no exponer a sus pueblos y tierras, salieron a encontrarlos y les dieron batalla derrotando a los invasores. Es la primera batalla de que se tiene noticia, en defensa del territorio y de una primitiva soberanía de lo que hoy se llama Nicaragua. Pero los Nahuas, viendo que no podían vencer con el valor y la fuerza, tramaron un ardid. Fingieron que querían la paz. (¿Cuántas veces desde entonces, la paz ha servido como Caballo de Troya para ocultar guerreros?). Les rogaron a los Chorotegas que los dejaran pasar hacia el sur y alegando que habían perdido muchos hombres en la derrota, imploraron que les facilitaran cargadores o 'tamenes' para aligerar el viaje. Los Chorotegas, felices de salir diplomáticamente de aquella amenaza, les facilitaron todo lo que pedían,

inclusive los tamenes que solían ser los más robustos y forzudos jóvenes. Entonces los Nahuas, en la primera noche de viaje asesinaron en la sombra a todos los cargadores y tras esa tremenda sangría cayeron sobre los confiados Chorotegas, derrotándolos y apoderándose de las dos mejores zonas cacaoateras de nuestro país: la de Chinandega y la de Rivas.

Así comenzó el dominio de los Nicaraguas o Nahuas. Su dios era Mixcoa, que ellos convirtieron en dios del comercio (dios muy agresivo en todos los tiempos) y su objetivo, al apoderarse de tales tierras, era acaparar los árboles de cacao, cuyas almendras servían de moneda. El cacao—dólar vegetal—sirvió pues, de pretexto para un primer boceto de imperialismo militarista en nuestra tierra.

Pero hay algo más: el enfrentamiento de Chorotegas y Nahuas —una cultura ya vieja de ocupar la tierra y por lo tanto, cultura sedentaria, con una cultura que había roto con sus raíces, itinerante, invasora y por lo tanto, nómada—contrapuso elementos y actitudes culturales antagónicas. El Chorotega (sedentario), la actitud de amurallamiento que, como afirma Ricardo Maliandi, es símbolo y signo de la tendencia ‘retrospectiva.’ En cambio, el nómada se especializa, no en construir murallas, sino puentes o actitudes pontificales (un pie en lo suyo y otro pie en lo ajeno), y son por ello expansivos y ‘prospectivos.’ Cuando llegó España los Chorotegas mantenían actitudes e instituciones-murallas destinadas a contener el expansionismo Nahua. Cultivaban un incipiente o larvado ‘nacionalismo.’ Por eso supieron defenderse mejor de la penetración española (todavía apreciamos núcleos subsistentes de ese espíritu como Monimbó). Pero tal actitud debía pagarse con un saldo costoso de provincianismo. En cambio los Nahuas, que apenas enraizaban y apenas comenzaban su proceso sedentario y que mantenían vivos todos los factores de su cultura-puente, expansivo y militar, fueron más fácilmente arrollados por los españoles. El mestizaje hispano-nahua fue mucho menos indio que el hispano-chorotega. El folklore nicaragüense de mayor fuerza

y más poderosas raíces indias es el de la zona chorotega, tanto en Nicaragua como en Costa Rica, en Nicoya.

Penetrando más hondo en nuestra investigación sobre la herencia de nuestras dos culturas indígenas madres, nos encontramos con un legado todavía más vivo y actuante sobre el historial mestizo. Ese legado es el de las estructuras socio-políticas, el de sus formas de gobierno y sociedad o, si se quiere, el de la forma en que cada cultura (la Nahua y la Chorotega) concebía y ejercitaba la autoridad.

Los Chorotegas—dice el Cronista—‘no se gobernaban por cacique o señor único, sino a manera de comunidades (o senados) por cierto número de viejos escogidos por votos.’ En cambio, los Nahuas se gobernaban por Cacique con mando único y dictatorial.

Cuenta Oviedo que los españoles para entenderse con los indios, preferían hacerlo con una sola cabeza y no con muchas y les ‘quebraron’ (a los Chorotegas) ‘esa buena costumbre,’ es decir, los obligaron a abandonar su forma de gobierno democrático y los hicieron gobernarse por Caciques. Yo le cité una vez, en una conversación, a un embajador yanqui este párrafo de Oviedo, para que se diera cuenta que es muy vieja la tendencia de los imperialismos a preferir entenderse con los dictadores que con las democracias, pero me parece que no quiso darse por entendido.

El gobierno de los Chorotegas, repito, era representativo: un senado compuesto por ‘hombres principales o señores de las diversas plazas (o pueblos) que eran electos e concurrían en una voluntad y estado juntos,’—dice Oviedo. Los Nahuas se gobernaban por un Cacique autócrata. Y de la misma manera eran diferentes en la organización y jefatura de sus ejércitos. El Cacique nahua nombraba, asesorado por su monexico o consejo, un capitán general. En cambio los Chorotegas elegían ‘un capitán general para las cosas de la guerra’ (que no tenía autoridad absoluta sino un voto dentro del Senado) y ‘quando moría o le mataban en alguna batalla, elegían otro e a veces ellos mismos le mataban, si lo hallaban que era desconveniente a su república.’ Esta última

frase de Oviedo nos indica hasta dónde eran de exigentes y de vigilantes los Chorotegas en su civilismo democrático.

La llegada del militarismo nahua significó un retroceso en nuestra historia indígena. Introdujeron la crueldad, los sacrificios humanos y el caciquismo. Eran valientes guerreros—¿quién lo duda?—pero sin piedad ni humanismo y a la hora de defender la ‘nacionalidad’ (o la independencia de la tribu), fácilmente se entendieron y pactaron con el conquistador español. Los Chorotegas fueron también heroicos y valientes y representaron durante mucho tiempo la resistencia y la dignidad del indio frente al conquistador hispano. Hay todo un linaje de gallarda soberanía desde Diriangén a Sandino, chorotega de Niquinohomo.

Así pues, en la formación del nicaragüense, quedaron las raíces de esas dos primitivas y ancestrales concepciones del Estado y del Poder. La de los Nahuas, que nos heredaron la tendencia a ser caciquistas y dictatoriales y a formar ejércitos depredadores al servicio de un solo hombre o de un clan (o de un partido diríamos ahora); y la de los Chorotegas, con una concepción más civilizada del Estado y la sociedad y con una idea del ejército al servicio de la comunidad que todavía es un ejemplo para nosotros y para América.

Estas dos tendencias las llevamos en la sangre y constantemente han aflorado en nuestra historia. Son muchos los momentos en que el nicaragüense ha luchado porque Nicaragua vuelva a ser república—ideal por el que dio su sangre Pedro Joaquín Chamorro—y algunas veces, no sin graves imperfecciones, lo ha conseguido, pero casi siempre el obstáculo ha saltado en forma de Caudillo (de cacique), o de clan partidista, o de militarismo. ¡Los Nahuas hacen su regreso cada vez que regresan los Generales!

Una revolución profunda (hasta las raíces) y verdaderamente nicaragüense debería llevarnos, no a un nuevo enfrentamiento de nuestras antítesis, sino a la superación de ellas, es decir, a la síntesis de lo valioso de cada legado histórico. Nos debería llevar a una armonía de lo cosmopolita y lo nacional (un equilibrio en-



tre lejanía y caverna, entre puente y muralla) entre lo creador y lo conservador, lo prospectivo y lo retrospectivo. Y en lo referente al sistema de gobierno, colocar definitivamente el legado chorotega y su republicanismo como antídoto de las herencias caciquistas (nahua) y cideanas (hispanas) que tan fácilmente se salen de madre y nos arrastran al siniestro militarismo. Quiero decir que ninguna causa o situación política justifica el apartamiento o la abolición de la democracia. Pero en ella todo partido debe tener conciencia de que el carro del Estado necesita acelerador y frenos, aportes prospectivos y aportes retrospectivos. El solo freno, paraliza. La sola aceleración, lleva al choque. Porque unos partidos hacen a los otros. Y en una civilización democrática son las buenas izquierdas las que hacen buenas derechas. Y viceversa.

## *El desarrollo de nuestra conciencia de nacionalidad*

El desarrollo de la conciencia de nacionalidad en el nicaragüense presenta un cuadro singular en la historia de América.

En el primer capítulo de nuestra historia mestiza, cuando chocaron y luego se fusionaron las razas y culturas que formaron primero la provincia y luego la nación nicaragüense, ninguna de las dos porciones—ni los indios ni los españoles—conocían el concepto actual de nacionalidad. Para los dominadores hispanos nicaragüenses el sentimiento del ‘nos’—que es la esencia de la nacionalidad—se sumergía y diluía en una vivencia de colectividad tan ancha como el mar: el Imperio, el Reino, o la Cristiandad española. (Todavía nuestro pueblo dice: ‘un cristiano’ al referirse a un nicaragüense o a uno que habla español). Se sentían parte de un todo; provincias o reinos de una inmensa unidad monárquica. En cuanto a los dominados, algunos, quizás muchos (en este punto los historiadores entran en polémica) hicieron suya esta vivencia de la colectividad unida en la cúspide por un rey. Los demás (indios o mestizos) ya sea por inercia o ya por rebeldía o inconformidad, persistieron en el horizonte tribal, horizonte que no era—ni por concepto, ni por territorio—Nicaragua, sino su propia regionalidad: Chorotega, Subtiava, Matagalpa o Náhua... Su sentimiento o su conciencia de nacionalidad estaba encogido, reducido a la tribu. Y esas fueron las dos primeras fronteras o contornos contradictorios de nuestra inicial nacionalidad:

o la ancha de un Imperio, o la estrecha y primitiva de una tribu.

Poco a poco surgió y se impuso un límite nuevo al sentimiento político del 'nos': el sentimiento, de creciente contenido independentista, de 'lo americano.' Es una lenta proclamación de: 'Somos otra cosa.' Ya a finales del s. xvii, y más aún en el s. xviii, predominaba entre criollos y mestizos esa conciencia de americanidad; que quería marcar una distinción frente a los 'gachupines' o 'chapezones'—nombres peyorativos que aplicaban a los peninsulares, sobre todo a los que venían a América con autoridad o como burócratas. La independencia, por eso, no tuvo rasgos nacionalistas sino americanos. Bolívar o San Martín o Sucre libertaron un continente en cuya unidad apenas apuntaban, pálidas e imprecisas, las nacionalidades. Nosotros nos independizamos como 'centroamericanos' y por poco ampliamos la comunidad nacional uniéndonos al imperio mexicano de Iturbide. Éramos provincias que—por influencia de la formación histórica anterior—queríamos sumarnos a una unidad superior aunque independiente de España; los vínculos de los que llamamos Mesoamérica eran todavía muy fuertes. Pero ni México ni Centroamérica supieron activarlos. No tuvieron una política a la altura de las circunstancias y nuestra independencia se hizo limitándose al Istmo y formando la Federación de Centro América que marcó el ámbito de nuestra nacionalidad independiente. Al estudiar nuestros conflictos territoriales muchos aplican al pasado el concepto actual de nacionalidad, pero entonces era más fácil cambiar de país que de partido. Un costarricense, Liendo y Goicoechea, fue en Guatemala el personaje principal de su siglo y sus discípulos fueron los próceres de la Independencia. Así también, un nicaragüense—el bachiller Rafael Francisco Osejo—fue el forjador de las principales características de la nacionalidad costarricense: No nos extrañe, por tanto, que con esas vivencias de la nacionalidad, los nicaragüenses de Liberia y Nicoya, al sufrir Nicaragua recién independizada una guerra tras otra, prefirieran para su tranquilidad entenderse con el gobierno de Costa Rica, más estable y pacífico.

Sin embargo, ya en la Federación Centroamericana y más

todavía al disolverse, el desarrollo de la conciencia de nacionalidad no fue igual en cada país. En Nicaragua se da un fenómeno que va a resultar un grave obstáculo para el cultivo político del sentimiento del 'nos,' y es la bicefalía, es decir, la existencia y lucha por el poder de dos ciudades capitales.

Es la capital de un país el principal centro unificador de la nacionalidad. En Nicaragua no teníamos una urbe-cabeza indiscutida, sino dos en constante antagonismo y guerras. Y esta bicefalía era tanto más desgarradora del sentimiento del 'nos' nicaragüense, cuanto estaba montada sobre profundas raíces indígenas: la lucha secular de dos bandos de nuestra cultura más antigua, la Chorotega. Esa antiquísima guerra civil entre Dirianes y Nagrandanos encontró forma de brotar otra vez en los antagonismos de Granada y León, capitales de Legitimistas y Demócratas, y más tarde de Conservadores y Liberales. De este modo el nicaragüense se formó (o mejor dicho, se deformó), en su conciencia de nacionalidad, sintiéndose granadino o leonés, oriental u occidental, pero no nicaragüense.

Fue la Guerra Nacional contra el invasor filibustero la que produjo la primera vivencia colectiva profunda del 'nos' nacional. Para ser más exactos debemos prolongar esta vivencia con la experiencia que nuestro pueblo vivió durante el Tránsito, es decir, durante el período del s. xix en que Nicaragua, por su Gran Lago, por su río Desaguadero y por el estrecho istmo entre el Mar Pacífico y el Lago, se convirtió en una especie de pre-Canal para los emigrantes y viajeros, sobre todo de Estados Unidos, que viajaban de una costa a otra de América a través de nuestro país. Esa afluencia de extranjeros, sobre todo del Norte, ya había creado en nuestro pueblo un malestar, por no decir un odio que se concretó 'contra el yanqui' (parecido al que despertó en Cuba el turismo anterior a Fidel Castro) porque coincidió con el Tránsito una infección ideológica racista—profundamente prejuiciada contra el mestizo—que penetró mucho entre anglosajones y franceses, basada en teorías pseudo-científicas que sólo sirvieron



para crear una arrogancia ridícula en muchos elementos de la raza blanca. Estas ideas, traducidas en actos de desprecio o de humillación para el pueblo nicaragüense, produjeron una reacción equitativa que ya encontró Walker cuando quiso apoderarse de Nicaragua y que alimentó el coraje popular en su lucha de liberación.

Fue por tanto la invasión filibustera de William Walker, fue el dominio extranjero y sobre todo el decreto de esclavitud lo que hizo brotar con fuego el sentimiento del 'nos' nicaragüense.

El 12 de septiembre de 1856 se unieron las dos regiones, los dos partidos, las dos cabezas. Sin embargo, estábamos frente al enemigo y todavía afloraba, como un brote del subconsciente colectivo, la bicefalía. Estábamos peleando, todos unidos, hombro con hombro y todavía nuestros '¡Vivas!' eran localistas. Son raras las proclamas o los documentos que se dirijan a los nicaragüenses. El famoso himno de Juan Irribarren, no grita '¡nicaragüense!' sino:

*Al arma, granadinos,  
intrépidos pelead  
por vuestra cara patria,  
por vuestra libertad...*

Para mayor ironía es Walker el que insiste en usar el nombre que nos unifica como nación: su periódico oficial se llama El Nicaragüense. Es el invasor, el usurpador el que nos descubre nuestra totalidad, porque lo que pretende arrebatar nos es precisamente ese todo nacional.

Terminada la Guerra Nacional la siembra de fraternidad y de unidad nacionalista produce una primera cosecha patriótica de convivencia. La más liberal de las constituciones y la que más tiempo estuvo vigente es la que se produjo en 1858, en ese período que ha venido llamándose de 'Los Treinta Años.'

Merece que hagamos un paréntesis sobre este período: al con-

trario de lo que acaeció en otros países de Hispanoamérica —que necesitaron para liberalizarse de ‘Reformadores’ brutales y tiránicos—(de ‘hombres-fuertes’ que se convirtieron en monstruos, en ‘Patriarcas’ dueños de vidas y muertes, en ‘Benefactores’ de patrias agachadas), la reforma liberalizadora en Nicaragua fue un proceso oligárquico, de original desarrollo, que sembró el espíritu republicano y que lastimosamente no lo dejamos pasar el puente de la oligarquía hacia la plena democracia. El nuevo gobernante y dictador, Zelaya, quiso continuar, aceleradamente, dictatorialmente, el proceso de ese período, pero cayó en el molde típico hispanoamericano que tan vívidamente nos recrea Alejo Carpentier en *El Recurso del Método*. Los Treinta Años fueron la poco común combinación de una praxis conservadora y de una ideología liberal y progresista.

Sin embargo, en esos mismos ‘Treinta Años,’ el sentimiento tribal de los partidos y localismos sólo está adormecido bajo una capa delgada de legalidad republicana. Nicaragua se medicinaba y se civilizaba recurriendo a la ficción jurídica. El culto a la ley iba adquiriendo espesor. Pero la sola elección de un presidente leonés despertó las suspicacias granadinas y volvió a saltar la chispa de los localismos encendiéndose una guerra civil que llevó al poder, como sucede siempre con las guerras, a un nuevo dictador: el General José Santos Zelaya.

El pueblo es muy realista en sus expresiones y fácilmente revela en ellas su subconsciente colectivo. Cuando se logró el primer gobierno nacional—que hizo posible la liberación nicaragüense—le llamó ‘gobierno chachagua’ (gobierno doble o gemelo). El dos de nuestra dualidad histórica nos andaba por dentro, no se había hecho uno y proseguía montando los dos viejos localismos sobre las paralelas de los dos partidos, el Conservador y el Liberal. Partidos que solamente para muy pequeñas minorías tenían o tienen una significación ideológica, o son instrumentos de una opinión o de un ideario: en Nicaragua la inmensa mayoría nace conservadora o nace liberal. El sentimiento del ‘nos’ popular

está más cerca del clan (e incluso de la nacionalidad parcializada) que del concepto democrático de partido. Con esta mentalidad, encendida por una guerra civil, volvió el Partido Conservador al poder, al derrotar a Zelaya bajo el comando del General Emiliano Chamorro (1909). Con esta mentalidad volvió, tras otra guerra civil, el Partido Liberal al poder bajo el comando del General Moncada (1929). En Nicaragua los Generales son los buitres que se reúnen cada vez que el sentimiento patrio muere.

Las guerras civiles, como ha sucedido siempre, inevitablemente, en nuestra historia, trajeron la intervención extranjera y en la segunda de estas intervenciones (1927) brotó como reacción de un campesino una visión digna, limpia, ancha y fraternal de la nacionalidad. Es una semilla—una bandera que no entendieron entonces los partidos en lucha ni la entendieron después los que la manipularon y aprovecharon en beneficio de otro partidarismo—un germen nuevo, brotado de la tierra y de la cultura nicaragüense. Sandino no sólo es el campesino, el hombre de la tierra, sino que su gesta es la puesta en acción de la oda 'A Roosevelt' de Rubén Darío. (Y el nacimiento de esta semilla es tan nuevo que el mismo Sandino, con frecuencia, tiñe su tosco pensamiento, no por eso menos noble, de prejuicios partidarios, porque él, hasta que rompió con Moncada, fue un liberal, un soldado de la tribu liberal).

La semilla germinó, con diversos resultados, en la juventud que vio caer a Sandino vilmente asesinado. El dictador Somoza—su asesino—había petrificado aún más el concepto de partido convirtiendo el ejército nacional, en partido armado bajo el nombre de Guardia Nacional. Ese ejército era una muralla divisoria—una Muralla China—en el sentimiento del 'nos' nicaragüense. Una nueva guerra civil se impuso contra ese ejército y contra las formas de opresión y explotación que sostenía. La revolución pareció engendrar—¡al fin!—una conciencia plena de la nacionalidad, iluminada por la gesta de Sandino. Sin embargo, antes del primer aniversario del triunfo de la Revolución, otra vez el partido

(la parte) suplantaba al todo (a la Nación) y volvía a identificarse Partido y Patria y otra vez el ejército se convertía en partido armado. Parecía y parece una herencia maldita que aún las más favorables y hermosas coyunturas—por una u otra influencia ideológica—impide al nicaragüense superar el estrecho horizonte del clan, la tribu o el bando. Además y por desgracia, esa mutilación política del sentimiento del ‘nos’ produce, de inmediato, un mal funcionamiento de la democracia y una opresión o represión contra el disidente o el opositor que no tarda en convertirse en guerra civil. Es el dramático circuito que se repite una y otra vez en el acontecer político nicaragüense.\*

Pero, hagamos un alto. Hasta aquí mi enfoque sobre la evolución de la conciencia de nacionalidad ha sido únicamente político. Nuestra literatura no sigue el mismo proceso. Al contrario. Hay un contraste—desde el surgimiento de Rubén Darío hasta hoy—entre la poderosa expresión de nicaraguanidad que ha sido nuestra literatura, y la pobreza y primitivismo de nuestra política.

Los nicaragüenses hemos creado una tradición literaria que expresa y afirma nuestra nacionalidad, pero esa tradición no ha logrado todavía arrastrar o borrar los viejos diques, los viejos obstáculos del cauce político. Esto hace que la nacionalidad tenga en Nicaragua un aura poética (y que el pueblo privilegie a sus poetas porque oye en los poetas la voz del ‘nos’). Por la misma razón la literatura es también uno de los factores principales en la toma de conciencia de la nacionalidad, pero, entiéndase bien, no porque se haya desarrollado al servicio del nacionalismo, sino como consecuencia de su proceso creador que, al buscar y afirmar su propia originalidad artística, descubrió y expresó los rasgos y raíces de la identidad comunal del nicaragüense y creó e hizo visible la realidad poética de su naturaleza, de su tierra, de su historia y de todo lo que nos identifica.

Como dije anteriormente, fue Rubén Darío el primero que produjo un hecho y una obra positivos por encima de la división bicéfala y con sentido nacionalizador (no chauvinista, sino uni-

versalizador de lo provinciano). Fue el primero que le dio voz y canto—de resonancia mundial—a la procesión que nos andaba dentro. El primero que nos señaló líricamente las fuerzas hostiles, de dentro y de fuera, las fuerzas enemigas de nuestra nacionalidad. El primero que puso una gota de orgullo en el sentimiento de ser mestizo y de ser nicaragüense. Su obra y su genio—que trasladó y ocupó el trono de la poesía en lengua española a América—alimentó nuestra fe y confianza en nosotros mismos, en ese ‘nosotros’ escindido, disminuido, invadido, humillado...

Rubén fue el primero. Pero no se debe creer que surgió sin antecedentes, por generación espontánea, como escribí yo en mis primeros estudios darianos cuando desconocía el desarrollo cultural del período que corresponde a Los Treinta Años y que produjo en buena parte de América lo que se llamó ‘Período de Reorganización.’ En Nicaragua, en 1874 comienza un rosario de hechos culturales, educacionales, fundación de Ateneos y tertulias, traducciones de grandes escritores extranjeros, fundación de periódicos, fundación de la Biblioteca Nacional, inclinación por la investigación histórica y por los estudios lingüísticos, etc., que culminan con la aparición de Darío y que hacen posible su preparación inicial extraordinaria.

Darío funda una tradición; le da impulso y movimiento. Una década después de su muerte germina el *Movimiento de Vanguardia* que continúa y desarrolla los presupuestos darianos. Como dice el venezolano Guillermo Yepes Boscán:

‘El Movimiento de Vanguardia introdujo un nuevo modo y con ello una nueva sensibilidad, de percibir la realidad y el paisaje de la propia tierra. El Movimiento de Vanguardia se propuso la búsqueda y la expresión de la propia identidad nicaragüense. En esa empresa recobró y afirmó los valores nacionales—rescatándolos del colonialismo mental—y fundó la literatura nacional como reacción cultural (nutrida en Darío y fortalecida en Sandino) contra la intervención extranjera.’

En resumen: de Darío al *Movimiento de Vanguardia* y a las siguientes generaciones, la literatura repone el vacío político y da expresión literaria—voz y canto—al sentimiento del ‘nos’ nicaragüense.

Posiblemente sea la cultura la que venza a las ideologías y sea el arte el que rescate de las garras del Poder partidario el verdadero sentido de la nacionalidad.

- \* La conciencia de nacionalidad puede mostrarse agresiva, cerrada y chauvinista con el extranjero—expresar hasta la idolización el culto a valores y símbolos nacionales aparentando una gran sensibilidad por las virtualidades de la Nación—pero mantener siempre frente a los hermanos de la misma Patria disidentes en partido o ideología, una actitud fundamentalmente antinacionalista, excluyente, rabiosa y con frecuencia genocida.

## *Las tres etapas del patriotismo nicaragüense*

En la liturgia cívica, Septiembre tiene un cierto aire de Navidad: festejamos la Patria (Patria significa 'lugar de nuestros padres') con el sentimiento que sólo lo da el nacer; ese sentimiento lugareño, especial, de apego a la tierra que vemos y vivimos y nos aprendemos de corazón desde niños, pero que también recibimos con una memoria, con un ayer transmitido, que nos ata en el tiempo y nos da historia.

Espacio y tiempo—lo lugareño y lo histórico—hacen la Patria. Nicaragua como nacionalidad es joven, pero como Patria es un proceso de milenios, un tejido antiquísimo de tierra y sangre que comenzó a gestarse en una gran revolución humana de América: luminosa, seguramente, en su tiempo, pero para nosotros oscura en su lejanía como la oculta formación del niño en el vientre materno. Es la revolución que produjo la invención del Maíz. La segunda gran revolución que transforma la vivencia de la Patria es el advenimiento del Cristianismo que llega a nuestra Patria unido a la Cultura de Occidente. La tercera gran revolución patria—transformación en las relaciones entre el hombre y su lugar y entre el hombre y su tiempo—se está operando ahora y podemos llamarla, para simplificar, la Revolución de la Máquina.

## LA REVOLUCIÓN DEL MAÍZ

Los primeros pobladores de nuestro territorio fueron transeúntes: cazadores o recolectores de frutos. Durante miles de años su tránsito no deja memoria. No tienen todavía historia, ni patria. Sólo necesidad. Las huellas de Acahualinca son quizás el monumento o dramático testimonio que nos queda de su paso errante, apátrida y primitivo. Pero algunos de esos hombres, en un momento estelar de la prehistoria (quizás en el año 2500 A.C.) comenzaron a experimentar en la siembra de semillas, a observar los resultados, y de una minúscula mazorca que crecía selvática, por injertos y cuidados, lograron producir el maíz. Fue el invento de la agricultura. La obtención del alimento estable y cíclico que, junto con la domesticación de algunos animales, les permite garantizar su manutención y arraigarse a la tierra. Nacen las primeras aldeas, gérmenes de ciudades y pueblos. El hombre adquiere el sentido de la propiedad y del valor de la herencia, basamentos de la Cultura. El hombre ya no es sólo presente. Ya tiene pasado (tradición, experiencia capitalizada) y por lo tanto futuro. Comienza a haber Patria. ¡Junto a las raíces de los primeros maíces brotan también las iniciales y todavía débiles raíces del patriotismo nicaragüense!

Digo 'nicaragüense' adelantando un término que aún no existe. Los grupos humanos que van a enraizarse en nuestro actual territorio y otros que han de venir (produciendo desplazamientos, mezclas, nuevos enraizamientos) reducen lo lugareño a horizontes mezquinos. Aún cuando, a través de los siglos, sus culturas evolucionan, sus patrias siguen siendo tribales, comarcas más pequeñas que nuestros departamentos actuales divididos en lenguas rivales y en guerras constantes. Lo externo a esas comarcas no tiene resonancia en ellos. El espíritu no trata de saltar las estrechas fronteras sino que queda prisionero y parcelado por ellas. Y en el otro orden del mismo espíritu, la naturaleza los aplasta: han deificado las fuerzas naturales—la lluvia, el rayo, el



sol, la tierra, etc.—y a su prepotencia incontrolable han terminado por sacrificar sus propias vidas.

El amor al lugar—que es la Naturaleza—está ensombrecido por el terror.

Naturalmente hay reacciones promovidas por la misma vitalidad interna de sus culturas: Tamagastad (el dios-héroe cultural) ha tratado de que lo humano venza a lo terrible. Pero fue derrotado. La Patria era entonces un amor lleno de pánico.

### LA REVOLUCIÓN CRISTIANA

La irrupción de Occidente (Occidente en el siglo xv era España) sobre este panorama espiritual produce una revolución absoluta. El indígena, se bautice o no, recibe al impacto del Cristianismo dos transformaciones fundamentales: en cuanto a sus relaciones con el resto de los hombres, adquiere un sentido ecuménico, conoce la amplitud del mundo y su unidad; y respecto a sus relaciones con la naturaleza se beneficia de una liberación: sabe que está por encima de ella. Ni el rayo, ni la lluvia son dioses. Se anuncia un Dios-Hombre que con su sacrificio ha cancelado el sacrificio humano. La Patria adquiere otras dimensiones espirituales y amplía su horizonte: surge en unidad y se estructura jurídicamente lo que llamamos 'Nicaragua,' el misterioso triángulo que iba a ser la garganta lírica de América. Pero...

...Hay también una irrupción humana. España no sólo es palabra sino sangre. Es otro pueblo que viene a conquistar, a desplazar y también a mezclarse. Es una conmoción en las ligas y estructuras patrias: lo lugareño y lo histórico se rompen, se tejen de nuevo, vuelven a romperse y a tejerse hasta que la sedimentación va creando un nuevo país y una nueva cultura con residuos de la anterior, pero sobre todo con valores nuevos cuyo arraigamiento es lento. Todavía no ha cesado ese mar de fondo convulsivo que ocasionó la conquista y el mestizaje. Pero sobre su vaivén nuestro pueblo fue elaborando un ritmo de vida comu-

nal y un conjunto de formas orgánicas que vinculaban al hombre con la naturaleza pero que, al mismo tiempo, le dotaban de señorío. Las relaciones humanas dibujaban una democracia levemente aristócrata de hacendados, artesanos y caciques. (Y allá lejos un Rey, casi mitológico). La familia—ambivalente entre la legitimidad y la bastardía—no llegaba a consolidar plenamente el régimen de vida patriarcal, pero hacia ella se tendía, apoyada en una economía rural, pobretona pero abiertamente humana (economía de criadores de ganado, de sembradores de milpas, de clientelas familiares y de mercados populares). En lo que se hacía se ponía vida. Y el sentimiento patrio, sin la presión del tiempo ni del espacio, se daba como costumbre.

La independencia zarandéó estas relaciones, pero aparte de los desgarrones de las guerras civiles, la corriente patria no cambió de cauce. Entre Rafaela Herrera y José Dolores Estrada—dos héroes que defienden esa realidad—no se notan los siglos que separan sus figuras. Es la misma dignidad provinciana. Ambos defienden la Patria con la naturalidad con que la vivían.

Hasta que los lejanos cambios de Europa, la Revolución Industrial, el comercio de tipo capitalista, se filtraron en las relaciones humanas de los nicaragüenses, comenzó a sufrir una transformación el sentido o la vivencia de la Patria. En la crisis surgió la crítica y comenzaron a revelarse las deficiencias: la pobreza no tenía defensas ante las nuevas posiciones de la riqueza; el patriarcalismo era un molde de fácil abuso para las nuevas formas de Poder; la estratificación social había levantado barreras y negado oportunidades a los menos favorecidos... etcétera.

### LA REVOLUCIÓN DE LA MÁQUINA

Así fue como los nicaragüenses de las primeras décadas del siglo xx comenzaron a captar esa solicitud ambiental de cambio. El patriotismo pareció manifestarse como escozor. Ya la palabra 'Patria' no se decía sino que se proclamaba—se introdujo la 'jura de

la bandera'—con la exasperada afirmación de una agonía. Una época terminaba y se sentían escapar esencias, mientras aún no se lograban envasar con seguridad las nuevas. Que esta misma época haya sido la que vio surgir una literatura nacional comprueba la hondura de la crisis.

Y comenzó el crecimiento vertiginosamente geométrico de nuestra población, el fenómeno absorbente de la Capital tragándose a Nicaragua, la voraz invasión de la mentalidad comercial, la incipiente industrialización, la entrada revolucionaria de la máquina en el campo. Era (y es) el crucial momento de desajuste de sentimientos y relaciones que definían la vivencia de la Patria. El ritmo vital lento reemplazando por la rapidez. La comunicación cada vez más intensa desplazando grandes masas de un lugar a otro y exterminando la soledad. El trabajo cada vez más sujeto al reloj. La fábrica, la mecanización de la agricultura. El sindicato. El cinematógrafo... etc. Lo lugareño: ampliado, multiplicado e interferido. Lo histórico: perforado por mil críticas y comparado a través del cine, de la radio, de los periódicos... Es un aluvión de elementos nuevos dando dinamía y solicitando vitalmente al nicaragüense mientras subsisten o resisten o reaccionan creadoramente elementos de las anteriores etapas. El indio telúrico—con su apego a la tierra, con su profunda relación 'hombre-tiempo'—exige respeto. (Yanquizar o soviétizar su vida es paralizar su capacidad creadora como pueblo). Y el cristianismo. Hay un cristianismo sustancial en la raíz de todas nuestras normas vitales—un cristianismo que estaba casi intacto en sus posibilidades—pero cuyas adherencias históricas lo sofocan. Y hay que limpiarlas. (Porque apagarlo es dejar al nicaragüense en la absoluta oscuridad moral y castrar su fecundidad espiritual).

En esta etapa estamos.

¿Terminará con nosotros el patriotismo? ¿Surgirá otra relación del hombre nicaragüense con 'el lugar de sus padres'? ¿Se vomitará toda la historia heredada para empezar de nuevo, con presuntuosa deshumanización, un mundo sin herencia, sin

padres, sólo Estado, pura estructura económica?

Creo que ya no cabe ni el sueño pasatista de los que abominan el cambio y se refugian en una estéril añoranza, ni los futurismos que hacen 'tábula rasa' del pasado para terminar haciendo 'tábula rasa' del hombre.

Pero la tercera posición no es tampoco un lecho de rosas. Se han desencadenado fuerzas tan absolutamente imprevistas que, en la misma medida que pueden ser eficaces, pueden ser también devastadoras y ante ellas es decisiva la defensa de lo humano.

Aceptar lo nuevo no es todo el programa. Hay que afrontarlo con señorío. Asimilarlo con toda la ciencia y la técnica que demanda, pero sin ceder en la defensa del hombre y de su dignidad esencial. Crear nuevas formas sociales orgánicas, comunitarias, pero salvar la libertad personal. Afrontar la cantidad, pero nutrir la cualidad. Adoptar la máquina, pero someterla a la vida. Fomentar la solidaridad de la masa, pero sin ahogar al individuo.

La Patria sólo subsiste si subsiste lo humano del Hombre.

Y esta es la tercera etapa, la tercera prueba del patriotismo nicaragüense.



## *Reflexiones sobre la Independencia*

La proclamación de la Independencia le creó a Centro América un problema que todavía no hemos resuelto: el problema de la autoridad.

Durante todo el largo período colonial existía una suprema Autoridad—tanto más alta y respetada cuanto más lejana—: esa autoridad era la del Rey, acatada por encima de toda disputa. Poco se ha estudiado el sentido mítico, casi fabuloso que dio al Rey su lejanía. Muchos dictadores y tiranos de la era Independiente trataron de sustituir esta condición de lejanía con ciertas fórmulas orientales de distanciamiento, como el Doctor Francia de Paraguay, quien obligaba al pueblo a ponerse de espaldas cuando el dictador pasaba por las calles; o las vallas de guardaespaldas que usan otros tiranos; o incluso la construcción de la Casa Presidencial en la cumbre feudal de una colina: son inconscientes sustituciones dictatoriales de la lejanía del Rey. Lejanía que hizo un bien inmediato en cuanto favoreció el gobierno y sobre todo la unidad de América, pero un gran daño posterior porque impidió a nuestros pueblos—una vez independientes—descubrir la fórmula de la autoridad cercana. El recelo y renuncia de España a dar autoridad a los criollos—la imposición de autoridades gachupinas—que fue uno de los motivos principales de la rebelión de América, nos privó del ejercicio de gobierno. No tuvimos escuela de autoridad y cuando la autoridad del Rey fue rechazada, sólo fuimos capaces de sustituir el vacío de la autoridad por el Poder.

Pero el Poder es una caricatura cuando no un cáncer de la Autoridad. El Poder consiste en sojuzgar la libertad humana.

La Autoridad en ordenarla. La Autoridad aspira a ser libremente reconocida. El Poder impone sometimiento.

La Autoridad cuando existe se basa en una escala de autoridades. La Autoridad suprema es el vínculo final de una gran comunidad que descansa sobre pequeñas comunidades con autoridad.

El Poder, en cambio, barre con toda autoridad inferior; sólo admite delegaciones de su mando y, por lo mismo, tiende a impedir y a disolver las comunidades. El Poder sólo admite multitudes sueltas cuyo único vínculo sea, precisamente, el Poder: cada vez más absoluto y centralizador.

Por eso el problema de la autoridad se convierte en el problema de la unidad. No encontraremos la fórmula de nuestra unidad centroamericana, mientras no demos con la fórmula de la Autoridad. La unión centroamericana sólo tiene sentido como una comunidad de comunidades y por el momento lo que tenemos es un vecindario de tiranías. Creer que avanzamos hacia la unión promoviendo, cada vez más las fuerzas de dispersión, no es solamente un engaño sino un atroz retroceso. La llamada 'integración' económica sólo ha venido a revelar que es mucho más fácil negociar con Japón que con Honduras. El Poder es, ante todo: frontera.

Pero hay algo más grave: En la medida en que aumentemos nuestra desunión disminuimos nuestra independencia. La historia nos enseña que la Independencia no la lograron las provincias desunidas, sino las provincias unidas. La Independencia fue un acontecimiento centroamericano, o más exactamente, hispanoamericano. Es decir, no hubiéramos podido ser independientes si no hubiera existido, como base, nuestra unidad. De ahí que al dividirnos—al disolvernó como unidad y como comunidad—lo que promovimos fue nuestra dependencia. Como un aviso providencial la fecha del 15 de Septiembre tiene a su lado la moraleja del 14. En el 15 está la unión. En el vecino 14 las consecuencias de la desunión. Walker es el símbolo permanente de una Centroamérica desunida, así como nuestra victoria sobre Walker—que sólo pudo efectuarse por el esfuerzo unido de toda Centroa-

mérica—es una nueva lección que enfatiza y subraya con sangre la condición fundamental de nuestra Independencia.

Esa condición nos hemos negado a cumplirla. Por eso nuestra Independencia es un acta y no una realidad. Celebramos el Acta pero no hacemos otra cosa que destruir su contenido. Los hombres de 1821 se unieron para terminar con un Imperio que se había convertido en ‘imperialismo.’ ¿Hay algo ahora, en 1971, que nos una de la misma manera contra otras formas imperialistas? Los hombres de ayer se revelaron contra unas autoridades impuestas. Las llamadas ‘autoridades’ que sufren nuestros pueblos de hoy, ¿brotan auténticamente de sus comunidades naturales o nos han sido, de nuevo, impuestas? A los hombres de 1821 les sublevaron las discriminaciones económicas españolas. ¿Nos sublevaran hoy en unidad—o por lo menos promueven nuestra defensa conjunta—las discriminaciones de esos grandes países que—como dice Toynbee—‘han estructurado un imperio económico una de cuyas condiciones es, precisamente, que los países poseedores de materias primas no sean competidores en el mercado industrial’?...

Las interrogaciones pudieran multiplicarse, pero el problema fundamental hay que desenterrarlo debajo de los escombros interrogantes de nuestra unidad centroamericana destruida. Mientras no retomemos el hilo de esa unidad—que viene de abajo—sólo removeremos escombros pero no edificaremos. El mal está en el cimiento. En nuestra carencia de autoridad y en nuestro exceso de poder.

Y carecemos de autoridad porque carecemos de espíritu comunitario. Es en las comunidades naturales donde se forman las autoridades naturales. Son las pequeñas comunidades las que promueven la dinámica comunitaria que ha de rematar en la gran comunidad.

‘La autoridad viene del pueblo,’ dice el axioma democrático. Y esa frase entraña todo el sentido inverso que debemos darle a nuestra historia. Porque también la libertad viene del pueblo

en cuanto no puede una nación ser libre con un pueblo sometido.  
Ni puede ser un país independiente con un pueblo dependiente.  
Ni puede unirse arriba lo que el Poder y la Explotación desunen  
abajo.



## *El santo y seña de los Héroes*

La noche del 13 de septiembre, avisados del inminente ataque filibustero, los oficiales patriotas se reunieron con el coronel José Dolores Estrada en una de las habitaciones de la casa-hacienda San Jacinto, para preparar la defensa. Terminados los planes, los oficiales preguntaron, como era costumbre, el 'santo y seña' de la batalla. Hubo un momento de silencio y Estrada contestó una sola palabra: 'Morir.'

Dentro de la expectación de esa noche cargada de historia, la solitaria y mortal palabra debe haber producido un ansioso suspenso. El 'santo y seña' siempre ha arrojado sobre el azar del combate una moneda de dos caras: 'Libertad o Muerte,' 'Legitimidad o Muerte,' 'Patria o Muerte.' Pero Estrada, al filo de héroe, corta la disyuntiva y arroja sobre el corazón de los que van a luchar, una sola decisión, una sola palabra decisiva y cerrada: '¡Morir!'

Comprendieron entonces que la hora de la Patria no tenía alternativa, ni regreso ni pasado. Estaban de pie sobre la hora cero y todo tenía que comenzar, a partir de la total renuncia.

¡Sublime punto de partida del patriotismo nicaragüense! Sólo el que se dispone a morir—sin alternativa—es capaz de darle toda su plenitud de sentido a la vida. Estrada no se va a las ramas, ni siquiera al tronco, sino a la semilla. 'Y si la semilla no cae en tierra y no muere, no fructifica'

Arrojada al surco de esa hora crucial, pasada de boca a oído de héroe, se siente que un hálito cristiano preña la terrible palabra. En su misma renuncia la semilla cobra vida. En su mismo holo-

causto la semilla se preña de esperanza. ¡Extraño destino! ¡En la palabra 'morir' se encerraba la resurrección: todas las generaciones futuras de la patria estaban encerradas en esa semilla!

Este solo 'santo y seña'—que eleva hasta el rango de gesta la sobriedad del nicaragüense—bastaría para inmortalizar la hazaña de San Jacinto.

¡Tierra grave y doliente—misteriosa Patria—que arrancó a los héroes una promesa mortal: no sea necesaria, una vez más, la consigna de aquella noche sagrada! ¡Produzca todavía libertad la hermosa decisión de nuestros héroes, libertad que es sensatez y justicia y pan y verdad para los hijos de septiembre!

## *Un rancho que edificó el olvido*

Veía como espectador la semana pasada, a 28 años de distancia, mi obra *Por los caminos van los campesinos*. Creí que iba a encontrar un poco rancios—un poco pasados de tiempo y convertidos ya en historia—los elementos ambientales que me inspiraron el drama: la guerra civil, la intervención, la debilidad de indefensión del campesino cuando la violencia se adueña de un país. Pero todos esos factores son fuegos sin apagar. Los vemos medio encendidos entre nosotros o nos llega el resplandor de sus llamas desde el vecindario: Guatemala, Santo Domingo, Bolivia, etc.

Si hubiera escrito un drama sobre la ciudad de hace 28 años, quizás ya se hubiera convertido, en muchos aspectos en documento histórico. Las soluciones sociales y económicas del mundo entero—las teóricas y las prácticas, las buenas y las malas—se han enfocado todas sobre la ciudad. Es el hombre de la ciudad el Hombre del Progreso. Burguesía y proletariado han forjado sus doctrinas y realizado sus avances en función del hombre de la ciudad. En cambio, la esencia del problema campesino no ha variado. No hemos producido, ni siquiera en teoría, ya no digamos una solución agraria... pero ni siquiera una aproximación al conocimiento o al planteamiento del mundo moderno. 'Repartir tierras,' 'Revolución Agraria' (roja o blanca) son solamente frases para cubrir el gran olvido. Ni Marx, ni el Capitalismo saben qué hacer con el campesino. Todas las revoluciones agrarias del mundo han fracasado.\*

Sebastiano sigue todavía vivo. Después de su guerra civil, después de la intervención pudiera haberse realizado también una revolu-

ción agraria como la de México, o una revolución marxista como la de Cuba o la de Bolivia, y Sebastiano seguiría en su rancho, cada vez más pobre y desamparado... Seguiría en su eterno epílogo, esperando el alba...

‘Debes estar desnudo cuando siembras, desnudo cuando labres, desnudo cuando coseches,’ decía Hesíodo, el más grande poeta campesino de Grecia, hace miles de años. Esa era la costumbre de entonces (todavía el campesino nicaragüense desnuda hoy, ‘hesiódicamente’ su torso), pero cito el poema más bien como un símbolo de la sobriedad, del expolio voluntario que implica ‘ser’ campesino. La vida del hombre de campo, sin tomar en cuenta el aspecto económico, está basada fundamentalmente en el espíritu de pobreza y de soledad. Incluso el hombre rico, incluso el terrateniente. Si vive y trabaja en el campo tiene que poseer un gusto por la vida dura, por la libertad interior, por la soledad contemplativa que le hace más sobrio y austero—más pobre en espíritu—comparado con el rico del comercio y de la vida urbana.

El ser campesino no es sólo una profesión, sino algo más como una vocación. El problema agrario (aparte de cuanto pueda decirse en orden a la mala distribución de la tierra, a la explotación, a los despojos y a los salarios inhumanos) tiene una raíz espiritual—es ante todo un problema espiritual—y este problema se ha agravado al chocar y al hacer circuito la vida de la ciudad—que está basada en el espíritu de riqueza—con este otro tipo de vida más desnuda y sacrificada, pero también mucho más libre.

Al acercarse y al invadir la Ciudad al Campo, por la facilidad de transportes y de comunicaciones y por la radio, las débiles defensas de ese tipo de vida han cedido. La tentación de la ciudad: su agitación, su luminosidad, su vértigo ruidoso, su prostitución, atraen. Y si no se tiene un verdadero amor a la tierra, la sobriedad y el espíritu de pobreza, lo mismo que el gusto por la vida de la naturaleza propios del campesino, son arrasados fácilmente. Ni

la religión—de la cual apenas recibe el campesino algún auxilio—, ni la cultura, ni el ejemplo de hombres influyentes, fortalecen la vocación del campesino. Entonces ¿cómo puede resistir a la tentación invasora y avasalladora de la ciudad?

Sucede, sin embargo, que al dejar el campesino el campo y al meterse en el brutal encasillamiento de las capitales, lo único que hace (salvo excepciones) es encender su insatisfacción, sembrar angustia en su alma habituada a una especie de 'gracia natural' y producir en esa alma una anarquía síquica que no pocas veces lo lleva a la delincuencia. Es una reacción parecida a la del clérigo que cuelga la sotana, el cual rara vez puede guardar el equilibrio y se entrega desafortunadamente a la vida del mundo.

Pero también el campesino que se queda en el campo después de ser tentado por la ciudad ya no es el mismo. Hay una 'inocencia' que no se recupera. Cada día es más difícil ser campesino. Y aparte de cuanto se haga por mejorar sus condiciones económicas el éxodo seguirá—sigue en el mundo entero—porque la vocación necesaria para ser hombre de campo y para trabajar la tierra es casi incompatible con el mundo moderno tal como lo han organizado el Capitalismo y el Comunismo.

A veces he llegado a pensar que cuando todos los hombres se hayan encerrado en las ciudades—'digo, es un decir'—aparecerá una gran orden religiosa, unos monjes raros para nuestro medio cada vez más urbano, monjes de cotona y sombrero de palma, que harán voto de regresar a los lugares libres de la naturaleza a sembrar unas plantas también raras, no sintéticas, no enlatadas que volverán a llamarse maíz, o trigo, o frijoles...

Porque el campo se ha ido quedando lejos como el rancho del Sebastiano y ni la Iglesia con su gran corriente de espiritualidad, ni la sociología con sus estructuras defensivas del trabajador, ni la economía (sea la basada en la propiedad privada, sea la colectivista), se han planteado en América, dentro del espíritu campesino, la solución vital y verdadera de su problema, dejándolo al margen, y sólo ocupándolo—como se le ocupa en la



guerra civil—como cordero inmolado al gran ídolo devorador de la Ciudad.

Si hay un reto social para el hombre futuro en la América agraria ¡es el reto del campesinado!

\*Por algunas lecturas y testimonios posteriores a este artículo me creo obligado a hacer una salvedad con la Revolución de Mao en China. (Puede leerse, por ejemplo, China 2001 de Han Suyin, Editorial Suramericana, 1970).



## *El pan del corazón*

A propósito de la aparición de mi libro antológico *Poesía* y como último punto de su cuestionario, un estudiante universitario que me entrevistó en la radio me preguntó: '¿Cree usted que la poesía tiene algún papel que desempeñar en la vida del hombre moderno?'

De momento sólo se me ocurrió apresar la pregunta por sus cuernos, haciendo ver que el hombre moderno es el mismo hombre de ayer y de siempre y que, para el hombre de siempre, la poesía no 'desempeña un papel'—no es farsa—sino que le es esencial para la revelación del 'ser' y para su comunicación. Sin poesía no hay idioma.

Sin embargo, meditando más en la pregunta, me parece advertir detrás de ella el hongo 'activista' que manifiesta su crecimiento en forma de recelo para todo lo que no es inmediatamente útil.

Para burgueses y comunistas hacer un poema no es actividad productiva. Ni una actividad rentable. Pero ellos usan y gastan el material elaborado por los poetas y artistas y no reconocen su deuda, antes bien, creen que aquello que hablan o lo que contemplan y gozan lo inventaron en sus cortas y estériles vidas, cuando es el fruto de siglos o de milenios de poetas que trabajaron en la dura y desolada labor de la palabra para permitirles pronunciar—¡al menos!—algunas frases sospechosamente humanas.

De este falso planteamiento de lo poético en el terreno de la utilidad ha derivado sus consignas la literatura 'comprometida.' Burgueses y comunistas vuelven a unirse contra el escritor cuando enfocan lo social. Cuando la mercancía se hace lágrima. Entonces, a unos les parece que la poesía es un lujo cuando hay

miseria. A otros—y aquí citamos a Albert Camus—‘les parece que escribir ahora un poema sobre la primavera es servir al Capitalismo.’ ‘Yo no soy poeta—agrega Camus—pero no dudaría en firmar una obra así, si fuera bella. Y si el hombre tiene necesidad de pan y de justicia—y si hay que hacer lo necesario para satisfacer esas necesidades—también tiene necesidad de la belleza pura, que es el pan del corazón. *Le reste n’est pas serieux.*’

En la vida del hombre moderno (más todavía que en la vida del hombre antiguo a quien le era permitida una mayor autenticidad) la poesía es también una defensa de la persona. Cuando todo el movimiento general del mundo trata de masificar al hombre, el único modo de lograr que la socialización sea de hombres—de personas—y no el hormiguero mecanizado, es afirmando los límites y robusteciendo las defensas de lo personal. Y la poesía marca lo intransferible y lo individual de cada corazón. La obra de arte es el equilibrio entre lo convencional y lo original.

Pero un país debe comparar el beneficio de sus grandes poetas con los grandes puertos. Un Rubén Darío significa para la pequeña Nicaragua, en el orden de la cultura, como tener un Nueva York en el orden económico-social. La cantidad de relaciones, de conocimientos, de valores éticos y estéticos, que entran por Rubén al pueblo nicaragüense son incalculables. No sólo me refiero a los grandes escritores que escriben sobre Nicaragua y al recorrido de prestigio que esas firmas—como grandes buques—proporcionan a la Patria y la comunican con el mundo; sino a los miles de contactos con la filosofía, la mitología, las literaturas extranjeras, los nombres y los mundos reales o imaginarios que nuestro pueblo hace (lo que conoce y recibe y hasta ‘manosea’) por el hecho de tener a Rubén. Todo esto: la familiaridad con Grecia, con Francia, España y lenguas y autores, ¿andaría hasta en los bancos de los colegios y hasta en las más humildes veladas escolares si Rubén Darío no fuera nicaragüense? ¿No es esa una formidable riqueza cultural, que compensa un poco nuestra



pobreza de monumentos y nuestra sub-desarrollada alfabetización? Y si añadimos al New York de Rubén, un Salomón de la Selva, un Pallais, un Cortés, un Joaquín Pasos, etcétera—puertos mayores y menores de una verdadera gran cultura—¿no agregamos una útil, utilísima y casi inconmensurable suma de riqueza —‘pan del corazón’ y de la mente—en los graneros de nuestra cultura nacional?

Hace poco se discutía sobre la factura de los libros de lectura —libros para enseñar a leer a los nicaragüenses—. Se quería imponer un tipo de libro falsamente ‘técnico,’ general para todo el continente, lectura insípidamente graduada y abstracta, como si la lengua fuera un instrumento mecánico y no la expresión visceral del ser y del existir humanos.

Nicaragua posee una constelación de poetas que han llevado la lengua a sus más altas y hermosas cumbres de expresión. Es inconcebible que se enseñe a leer a los nicaragüenses sobre textos no literarios, cuando poseemos un idioma elaborado por sus verdaderos técnicos, los poetas; un idioma nacido de nuestra propia vida y de nuestras más hondas autenticidades, que nombra nuestro paisaje, que embellece nuestras cosas y que agrega —a esa expresión de nuestra originalidad nacional—una poderosa acumulación de cultura universal. Si el niño, en vez de leer una pobre y seca frase ideada por un profesor ‘técnico,’ lee una página ‘técnicamente’ escogida de Rubén o de cualquiera de nuestros buenos escritores, adquiriría insensiblemente, además de unas palabras, un estilo, una forma bella de expresión, una carga de cultura ¡y un secreto!: ¡la revelación de algo inasible y luminoso, el misterio del ser!

La más alta civilización alcanzada hasta ahora por el hombre —la Griega—se logró enseñando a leer sobre los textos de Homero... ¡Buen papel desempeñado por la poesía!



## Calor y destino

Si nuestros indios hubieran padecido el calor que hoy sufren los nicaragüenses, el calor hubiera adquirido la categoría de dios, como la adquirió el Huracán, como la adquirió la lluvia peligrosamente almacenada, año con año, en divinas porongas de barro hasta que el arbitrario Cocijo—deidad de nuestros arbitrarios inviernos—las quebraba con un palo. Pero nuestros indios no conocieron el macadán, y entre casa y casa dejaron crecer los árboles que nosotros talamos. La Colonia, luego, construyó sus casas con patios y árboles y corredores y aleros domesticando las brisas de los lagos y produciendo así, en cierta manera, una democratización del aire acondicionado. *'El aire suave de pausados giros'* que cantó Rubén era en su origen de fabricación casera y folklórica. Lo promovía el mango del patio, la sombra del corredor o el ritmo siestero de la hamaca. El calor ('calor-pas-pasapán; el ultra, trans-calor,' que decía el padre Azarías Pallais), el sofo-calor es una deidad civilizada, hosca e implacable, e hija del macadán y del cemento. Un diocesillo de la naturaleza que se nos ha crecido cuando ya no creemos en dioses. Como se nos creció el sacrificado soldadito de caite y se nos hizo Guardia Nacional —inesperado Huitzilopochtli—; como se nos creció la Loma de Tiscapa, de humilde cuartel a castillo feudal de una dinastía.

Pero dejemos los mitos. Ciertamente nuestro viejo calor se ha enfurecido con los años y ya que no nos deja casi pensar, abrasándonos con sus 38 grados de ternura, por lo menos permitámonos la pregunta del abrumado marido asediado por la mujerona ¿a qué horas me casé? ¿A qué horas se les ocurrió a nuestros

padres levantar sus ciudades en este purgatorio? ¿Por qué edificaron aquí, se enraizaron aquí, por qué fijaron el corazón del país en tierra caliente? ¿Por qué, si en casi todos los países de América los españoles buscaron las altiplanicies para sus capitales: es decir, la altura y el buen clima, en Nicaragua en cambio se quedaron al encendido nivel del mar? ¿No hubiéramos podido trepar a las sierras, o subir al norte, o sentar nuestros reales en las colinas de Matagalpa?

Los culpables de que estemos aquí donde estamos son esos lagos con los cuales, en la actualidad, apenas tenemos unas incómodas relaciones. La razón por la cual sacrificamos el clima es porque se nos impuso un destino geográfico: el de ser el puerto de Centroamérica, y para mayor drama ese destino lo hemos traicionado.

Si estudiamos la historia de nuestra Patria fácilmente nos damos cuenta de que está tejida por dos fuerzas antagónicas: una profunda, insistente, que nos empuja a cumplir ese destino de puerto; y otra de resistencias, de incapacidades, de aplazamientos, de intervenciones extrañas que, hasta el día de hoy nos mantiene asándonos en la parrilla de nuestro clima y de nuestra pobreza, pero renuentes a cumplir con nuestro destino.

Ya desde el comienzo nos distraíamos en buscar oro, hacer política y luchar por encomiendas, pero lo que realmente nos obligaba a fundar ciudades y a quedarnos junto a los lagos y a hacer Nicaragua lo que es, fue la búsqueda de una ruta de navegación, fue la búsqueda del Estrecho Dudoso, y, una vez descubierto el Lago y el Desaguadero, fue el ser y desarrollar un 'país-puerto' de un Atlántico que, por un don inaudito de la naturaleza, se nos metía en las entrañas a través de ese río y de esos lagos. Todo Centroamérica se configuró tendiendo líneas que convergían en ese futuro centro de tránsito y puerto. Ya Thomas Gage en 1600 dibuja las rutas de mulas (de que también nos habla el Güegüence) viniendo al Gran Lago, antesala del Atlántico a cargar los bergantines. Fue el primer boceto de la 'integración centroamericana'

que no se completará mientras esas mulas, ya mecánicas, no regresen al natural puerto del Istmo.

Sin embargo, apenas comenzó a marcarse el destino comenzó a surgir la fuerza contraria. No hay destino sin esa contraparte hostil de misteriosos imponderables. Ya León, capital de ese boceto de país-puerto, abandona su sitio geográfico antes de cumplir un siglo de vida. Pero ¿qué pasa?, que al perder su signo geográfico pierde su capitania histórica. Desde el momento en que León abandona la orilla del Lago (la futura orilla del Atlántico) ha renunciado a su capitalidad. Granada la reclama y viene la lucha. Y aquí otra vez surge esa fuerza insistente del destino nicaragüense: quien vence es Managua que ocupa el lugar vacante, junto al Lago, de León.

Con Eduardo Chamorro he conversado mucho sobre ese extraño pero claro signo de Managua. Él fue quien me hizo ver cómo sobre el subconsciente histórico de país-puerto, Managua, o mejor dicho, la expansión de la Gran Managua, está formando un largo triángulo: Managua-Tipitapa-Granada. Triángulo porteño, que busca por instinto, las aguas de los dos lagos y del río que los une y que los unirá en el futuro ya canalizado.

Somos la nación de América que puede meterse el Atlántico en el bolsillo. Esa riqueza—con ser tan enorme—constantemente la hemos olvidado o echado a perder. A veces hemos sido nosotros los culpables, a veces la fatalidad y no pocas veces el imperialismo.

La tentación del canal, por ejemplo, fue uno de los grandes tropiezos de nuestro destino porteño. Pero no. No era nuestro destino ser panameños. El sino nicaragüense se marcaba por debajo de la historia. Después el mismo canal nos impuso su tributo. Los norteamericanos ponían un 'No' insolente a todo intento de canalizar nuestro propio río. Veían en ello una competencia y en materia de competencia los yanquis son mezquinos. Todavía el viejo Somoza fue a Washington con un proyecto de canalizar nuestro San Juan. Allá le cambiaron el tema y volvió (encantado) con la carretera al Rama. Pero la carretera al Rama,

como su nombre lo indica, es un camino al Rama. Mejor dicho, un camino del Rama a Managua. Un camino incluso de Bluefields a Managua. No es la salida, no es el puerto de Centroamérica al Atlántico. (¡Los yanquis lo sabían!)

Eso vendrá después. En su oportunidad (recordemos que la palabra oportunidad viene de puerto). Es decir, cuando el espíritu nicaragüense llegue a su madurez y cobre plena conciencia de su destino histórico. Será la empresa de una futura gran revolución que devolverá a Nicaragua todas sus dimensiones, así la geográfica como la social, así su libertad como su justicia, así su desarrollo como su dignidad. Al menos eso sueño en el reverberante calor, excitado por la febril visión futura, imaginando la gran ciudad venidera, al borde de sus lagos canalizados, sabiendo al fin por qué la raza de sus hombres escogió esta tierra y se dispuso a contestar, desde el principio de su historia, al reto del calor y del trópico.

## *Población y tiempos*

*a Jaime Incer, leyendo su Geografía*

No sé si es un poco descubrir el Mediterráneo decir que nuestro país, a pesar de su pequeñez es la suma, o mejor dicho el 'encuentro' de tres países geográfica y poblacionalmente distintos: el país del Pacífico (que ha sido el país rector, el que ha dado su tónica a nuestra nacionalidad), el país del Norte y el país del Atlántico, pero aunque esto sea perogrullescamente evidente es bueno repetirlo, hacer conciencia y reflexionar sobre ello porque tiene una gran importancia para nuestra historia y nuestro desarrollo.

El país del Pacífico es la región fácil. Su mayor fertilidad, salubridad y facilidad de comunicación atrajo, desde la prehistoria, la mayor cantidad de poblaciones y propició el desarrollo de las principales culturas indígenas sobre las cuales creció nuestra cultura nicaragüense mestiza. 'Desde ella, además, irradiaron e irradian las migraciones que paulatinamente poblaron el Centro y el Este del país,' dice Jaime Incer en su *Geografía de Nicaragua*. El País del Norte y el del Atlántico son regiones de topografía difícil: el Norte, montañas y serranías, tierras menos fértiles, frías; el Atlántico: selvas, lluvias incesantes, terrenos anegadizos.

Es decir, el punto de partida de Nicaragua es la facilidad. Esto ha impreso un carácter al nicaragüense, un sentimiento de confianza en el respaldo de la naturaleza que nos lleva, con frecuencia, a las más insensatas improvisaciones. Al contrario de Costa Rica, por ejemplo, que tuvo que crecer sobre una

tierra regateadora y difícil, nosotros crecimos en el 'Paraíso de Mahoma' como decía Gage, explotando una tierra de 'pan-llevar' y, solamente cuando el crecimiento de la población comenzó a dificultar la subsistencia, comenzamos a afrontar las reservas difíciles, es decir, los otros dos países cuyo 'encuentro' apenas se está iniciando en nuestra historia. 'Pues no hay que olvidar —dice Incer— que en estos últimos 70 años es cuando extensamente han sido poblados esos inmensos espacios por sucesivas oleadas de emigrantes del Pacífico, hacia el Norte y Centro en busca de oro, de praderas para la ganadería y condiciones propicias para el cultivo del cafeto; y más al Este, hacia el Atlántico, a fin de explotar las riquezas forestales y cultivar los productos tropicales.'

Aunque es verdad que la expansión de la región del Pacífico ha servido para poblar a las otras dos regiones, también es cierto lo contrario: que las mismas comunicaciones que sirven para la expansión sirven para una afluencia inversa de la población rural y campesina hacia el centro o los centros urbanos del Pacífico. Y es dentro de este movimiento de flujo y reflujo poblacional que me parece interesante rastrear un fenómeno, no por sutil menos perturbador y grave para el proceso de nuestro desarrollo. Yo llamaría a este fenómeno la convivencia de tiempos distintos.

Leyendo un libro sobre Hispanoamérica me encontré con este párrafo acerca de Brasil, que me ayudará a esclarecer mi pensamiento. 'Brasil—dice—no sólo se extiende por millones de kilómetros en el espacio, sino por cuarenta siglos en el tiempo. Esto quiere decir que poblaciones culturalmente separadas en la evolución de Occidente por cuarenta siglos de transformación (lo que va del salvaje con flecha y arco al astronauta), no sólo 'conviven' estáticamente dentro de una unidad nacional sino que están pasando incesantemente de un punto a otro en esa escala temporal que para Europa es únicamente imaginable extendida —por el esfuerzo de los historiadores— hacia un remoto pasado.'

Lo que el autor citado dice de Brasil, con su enorme exten-



sión, lo podemos decir nosotros de Nicaragua a pesar de su pequeñez territorial. En nuestra tierra también ‘conviven’ no sólo culturas tan primitivas como la de los Sumos y sus palenques fluviales, o los Ramaquíes, o culturas un poco más evolucionadas como la de los Misquitos (posiblemente, uno de los restos étnicos más antiguos de América), sino también situaciones culturales diferentes de edad como las del sembrador de milpas de las riberas del San Juan, o las del raicillero, o las del peón campesino de Chontales o de Matagalpa, o las del poblado de nuestras aldeas y caseríos de las regiones incomunicadas del interior, y así en una escala de diferencias no sólo espaciales sino temporales, hasta llegar al hombre de los suburbios de Managua—de reciente inmigración—aglomerado furiosamente alrededor de las conquistas del s. xx, como esas masas de insectos atraídos por algún alimento, de las cuales sólo un grupo pequeño se apelotona y devora, mientras el resto gira marginado y hambriento.

En otras palabras: Nicaragua es también un ‘encuentro’ de edades distintas. No hay sólo distancia, sino siglos de diferencia entre el hombre con posibilidades económicas de Managua y el hombre desposeído de las riberas del Coco, por ejemplo. El subdesarrollo implica, entre otras cosas, ese mosaico de edades; porciones que viven un ‘ayer cultural’ junto a porciones que viven el hoy; gentes desposeídas de los recursos de su tiempo, que tienen que transar, en desventaja, con quienes poseen esos recursos. Un encuentro en el cual el ‘atrasado’ no puede ser sino explotado por el evolucionado.

Casi diariamente leemos en los periódicos informaciones sobre gentes foráneas que al llegar a la Capital caen ingenuamente en las trampas de los estafadores más rudimentarios: paquetazos, loteriazos, etc. No es gente tonta la que es así estafada. Es gente de ‘otra edad.’ Gente que viene—según sea la profundidad de su distancia cultural—del tiempo de la Colonia, o del siglo pasado, a un sistema de vida moderno, tejido



con elementos que les son vitalmente desconocidos. Pero lo que tan claramente se nos manifiesta en la delincuencia, tiene un trasfondo sociológico de vastas dimensiones: esa gente de 'otro tiempo,' hecha a un tipo de vida ingenua y confiada, con un ritmo más lento, se ve obligada a comerciar, transar, trabajar con la 'otra' gente—el vendedor, el empresario, el agente, capitalinos o urbanos—adiestrados en la agresividad comercial moderna, dotados de los recursos avasallantes e incluso devoradores del capitalismo, e inevitablemente se produce la explotación. El subdesarrollo produce paralela a la lucha de clases esta lucha de edades.

En *El Pez y la Serpiente* (NO. 11) que acaba de circular, escribí una novela corta basada en esta realidad desequilibrada de nuestro subdesarrollo. Tomé la persona del Güegüence—que como se sabe es un tipo 'vivo,' un viejo burlón y matrero de nuestro teatro del s. xvii—y, dejándole al personaje todas sus características, lo inserté y lo hice vivir en nuestra Managua del s. xx. ¿Qué resulta?—Que el Güegüence se convierte, sin forzarlo, en un poblano que llega a la Capital y es triturado por una vida que le es ajena, una vida que se le vuelve una trampa permanente por el sólo hecho de las diferencias temporales que son también diferencias culturales.

Esta iniquidad que se produce—casi inevitablemente—en el encuentro de masas de población de diversas edades culturales, nos está diciendo la importancia primordial que tiene, en un país como el nuestro, el problema de la educación y culturización del pueblo: no se trata solamente de dotar al pueblo de un instrumento más para su mejora, sino de hacerle posible la vida —las defensas de la vida—en las condiciones de su tiempo. El 'atrasado' es un indefenso. Un ser-para-la-injusticia. Una víctima.

No tiene—por tanto—ni tendrá nunca justificación, cuando el ritmo poblacional ha adquirido la velocidad moderna, que el Estado mantenga bajo (o bajísimo como en Nicaragua) el presupuesto de enseñanza y culturización, porque con ello no sola-

mente impide progresar a una gran masa de población (aun cuando le abra fuentes de trabajo, aun cuando aumente su renta per cápita) sino que la destina a víctima segura de la otra población dotada de los instrumentos culturales de su tiempo. En otras palabras: lo que hace ese Estado es crear, literalmente, esclavos.

Esclavos que—en nuestro tiempo—no son sumisos, sino que día a día aumentarán su presión marginal para penetrar a ‘su’ tiempo, aunque sea (y esto es lo terrible) para destruirlo.



## *Burbuja y soberanía*

Tengo en mi patio un alcaraván—pájaro entre angelical y relojero—y como le doy de comer me sigue, pero guardando, como los buses, su distancia. Si yo me aproximo más allá del límite que él ha establecido, retrocede. Se ha trazado, en su amistad, un espacio defensivo—de tres o cuatro varas de distancia—que no me permite romper. Leo que todo animal tiene una distancia crítica y que una de las artes del domador es conocer el milímetro justo después del cual el animal reacciona, sea huyendo, sea acometiendo. Pero, lo más interesante es que también el hombre estructura inconscientemente un micro-espacio de privacidad. Dice Edward Hall que ‘el sentido del yo del individuo no está limitado por su piel; se desplaza dentro de una especie de burbuja privada, que representa la cantidad de espacio que siente que debe haber entre él y los otros.’ Esta burbuja varía según el individuo y sus hábitos y también según los pueblos. Según Hall el latinoamericano, por lo general, conversa más de cerca que el norteamericano, y los árabes son todavía mucho más prójimos en su trato. ‘Los árabes mediterráneos—dice—, pertenecen a una cultura de contacto y en su conversación literalmente rodean a la otra persona, le toman la mano, la miran a los ojos y la envuelven en su aliento.’

En nuestros pueblos mestizos la herencia española, recargada por el árabe, se nota en una burbuja menor que la que concede el indio. El español es más cercano, envolvente y gesticulante. Pero se producen sorpresas. El nicaragüense, por ejemplo, reduce distancias. En los templos, si la banca es para cuatro personas, se

sientan o se apretujan siete. En las colas la tendencia es a apretarse hasta la asfixia. Lo mismo en las procesiones y ya no digamos en los viajes colectivos. Pero esta absoluta falta de burbuja la mantiene el nicaragüense hombro con hombro. Frente a frente no la acepta. En su conversación, además de que conversa en voz muy alta (para gozo de los espías y 'orejas'), mantiene generalmente con su interlocutor la distancia de un brazo cuando dialoga de pie. Si reduce esa distancia, o está borracho o está diciendo un secreto.

El venezolano y casi todas las regiones que se asoman al Caribe, no guardan distancias. En una conversación con Fidel Castro me llamó la atención las veces que me tocó el brazo acentuando con el tacto su comunicación o su demanda de atención. En Ecuador es totalmente diferente la burbuja del hombre andino—ceremonioso y distante—y la del guayaquileño—ladino y confanzudo—. El bogotano, en Colombia, necesita una solemne esfera de distinción, que no la requiere en su Macondo el también colombiano, pero de tierras bajas, Gabriel García Márquez. También el costarricense—tan cercano y vecino al nicaragüense—tiene la desconfiada burbuja de un labriego gallego.

En cambio el mexicano pertenece a una cultura de contacto. Observemos su saludo de prolongados abrazos y palmadas, su voz cálida y baja, su frecuente echar el brazo sobre el hombro del interlocutor. Parece como si necesitara del tacto para comunicarse. No así el charro—como tampoco el campista o sabanero nicaragüense; el hombre a caballo requiere una burbuja más amplia. ¿Será por eso que el argentino—bajo la influencia del gaucho—interpone un balcón entre él y su prójimo?

En las regiones caballistas el campesino o el campista cruza su caballo con el otro, se dan la mano (casi nunca la estrechan con fuerza), y conversan a la distancia del saludo, o más lejos. En los caminos no es raro el diálogo del que va y del que viene con el camino de por medio. Casi resulta una contradicción la distancia que el nicaragüense interpone al hablar y la pegazón o contacto

que acostumbra en sus actos sociales o multitudinarios.

Naturalmente que estoy hablando, en estas observaciones excesivamente generalizadoras, de gentes del mismo sexo. La burbuja sigue leyes muy peculiares cuando habla hombre con mujer o enamorado con enamorada. Sería todo un tema para un joven investigador de 'proxémica,' estudiar las distancias del amor y de los sexos en nuestros pueblos. Seguramente se encontrará con que muchas cuchilladas tuvieron por causa que el hombre 'se le arrimó mucho' a la mujer cortejada.

El nicaragüense es tenido por el tipo o carácter más confianzudo e igualado entre los pueblos de Centro América. Esto no significa necesariamente que estemos mejor nivelados que los otros en cuanto a distribución de riqueza o en cuanto a diferencia de clases. Sí puede significar un mestizaje más profundo y unas relaciones de trato más campechanas y llanas entre sus diversos estratos socio-económicos. ¿Se deberá este trato al tipo de sociedad agraria de nuestro pasado o habrá influido también el compañerismo revolucionario de tantas guerras civiles que forjaron nuestra idiosincrasia? De hecho nuestro 'voseo' es un acortador de distancias—es el idioma en camisa o en cotona—que poco se aviene a los 'excelentísimos' y demás tratamientos reverenciales tan del gusto de nuestra cortesanía antidemocrática. 'Cada uno es cada uno y ninguno es más que nadie,' dice nuestro refrán.

Estas reflexiones las he traído a cuentas al recorrer día a día nuestra dispersa y descoyuntada capital, y al preguntarme en qué medida las formas de vida y de trato de esta Managua van a influir o están ya influyendo en el modo de ser del nicaragüense.

En todas nuestras ciudades y pueblos han existido clases y niveles sociales que se identifican en las construcciones urbanas. Sin embargo, la estructura de esas mismas ciudades, la continuidad y las ligas entre los barrios y el centro, las relaciones locales, los parques, la plaza, las fiestas, han mantenido un contacto, una vinculación, una familiaridad municipal que han formado nuestro sentido de vecindario. En estas ciudades y pueblos—uniéndonos

o peleándonos por política—se ha forjado el nicaragüense igualado y próximo.

En cambio en Managua, desde el terremoto del 72, la vecindad no tiene órgano. No sólo no hay un centro que nos reúna, que nos haga encontrarnos o que nos vincule siquiera a través de un apretón de manos, sino que sus barrios y repartos residenciales se están feudalizando conforme categorías económicas: el hijo de un ejecutivo sólo se encontrará y dialogará con el hijo de otro ejecutivo, nunca con el hijo de su empleado y mucho menos con el hijo del mecánico o del carpintero como en las viejas ciudades nicaragüenses; es decir, no sólo estamos ahondando las diferencias socio-económicas, sino, físicamente, aumentando sus distancias.

Debido a esas mismas distancias, mientras la ciudad con recursos todo lo tiene que hacer en automóvil, la otra parte de la ciudad—la sin recursos—todo lo tiene que hacer en bus, y mientras el bus colectiviza, borra fronteras y reduce la burbuja individual, el automóvil, por el contrario, fabrica para el 'yo' una burbuja de lata que enlata y extrema el individualismo y nos convierte en unos extraños anacoretas sin causa.

En otras palabras: la misma ciudad produce dos resultados opuestos—agresivamente opuestos—en la formación o deformación del ciudadano y en su medida del espacio y de la relación social. La ciudad, en vez de servirnos para encuentro, nos sirve para separación.

Y existe también la burbuja de las soberanías. Se basa en un principio fundamental del Derecho de Gentes: la Autodeterminación de los Pueblos. Pero no se ha dado en nuestra América la siguiente afirmación de ese derecho, que es su comprobación. Para nuestras dictaduras, autodeterminación significa manos libres para oprimir a sus pueblos. Con demasiada frecuencia hemos visto autodeterminaciones disfraces de genocidios. ¡Vecinos con la conciencia limpia, mientras de la burbuja del país hermano se escapan los gritos de las víctimas sacrificadas a los

ídolos de derecha o de izquierda!

Pero hay un método efectivo universal para saber si un pueblo se autodetermina o no: es la Democracia. Un método de comprobación que no ultraja a ninguna soberanía y que brota de la esencia libertaria de la tradición latinoamericana.

Si América tiene que dar el paso definitivo para salvar su unidad, para asegurar su verdadera soberanía y para lavar sus vergüenzas, tiene que perfeccionar el principio de la autodeterminación en su Derecho de Gentes continental, haciendo que la democracia sea la transparente burbuja que lo proteja, resguardando las libertades no sólo de las naciones sino de sus pueblos.

## Homero y el Gran Lago

El Mediterráneo comparado con los otros mares, es un ‘mar interior,’ un gran lago. Dentro de esta intimidad, las formas de sus costas encierran—en grandes golfos o bahías—mares más pequeños como el Adriático, el Tirreno, el Jónico y el Egeo, que ofrecen una cierta analogía con el ámbito de nuestro Gran Lago. Aquel paisaje, como un viejo utensilio mariner, está desgastado por el uso. El Cocibolca es todavía lo virgen, pero eso mismo nos empuja a trasladarnos, no al tiempo de Homero, sino más atrás, al tiempo de sus héroes, cuando la navegación del Mediterráneo era costera, las formas de vida rústicas y primigenias y el pueblo que hacía la historia de ese ‘mar interior’ era un pueblo de jinetes que se habían convertido en marineros y combinaban, para vivir, la agricultura y la marinería más o menos como el hombre de nuestro Mar Dulce nicaragüense. Homero nos describe una vida de gran familia dispersa, gente que más o menos se conocía sus naves desde lejos. Gente isleña, como dicen en el Cocibolca. Por eso en nuestro Gran Lago convivimos muchas escenas de la *Odisea*. En nuestras aguas dulces muchas aventuras se actualizan y se nos hacen familiares. Vemos las lanchas que transportan el ganado de Ulises de la isla de Ítaca a tierra firme del CANTO XX, como quien dice, el ganado de Mancarrón a San Carlos. O escuchamos en el muelle de San Miguelito alquilar la nave de Noemón para Telémaco, con la condición de que esté de regreso cuatro días después para hacer el transporte de mulas desde la Elide (CANTO IV). O en un cuadro macabro vemos salir



una lancha que lleva los cadáveres de los Pretendientes a sus respectivas islas (CANTO XXIV), como no pocas veces hemos visto llegar en bote al puerto de Granada tres o cuatro moribundos de un pleito a machete en una parranda de las Isletas...

Yo pasé mi juventud (de agricultor y navegante) navegando en nuestro Gran Lago. Navegando leí por primera vez la *Odisea* de Homero, y nunca he cruzado desde entonces, el Lago—cosa que hago por lo menos una vez cada año—sin volver a saborear las vivencias de esas lecturas homéricas y de encontrar nuevas relaciones poéticas entre el mundo de Ulises y el mundo de nuestra gente lacustre; vivencias y relaciones que quiero exponer y comentar a ustedes en este artículo.

Es de sobra sabido que la cultura griega se levanta sobre los cimientos de dos grandes poetas: uno gigante (enorme, diría Rubén Darío) que es Homero—el Abraham, el gran padre de la poesía de Occidente—. Otro, Hesíodo, grande también pero muy inferior si se le compara al inmortal ciego de la *Iliada*.

Hesíodo dio al griego su veta autóctona, su arraigo en la tierra, las raíces de su pensamiento, 'ctónico,' terrestre, nutriendo su filosofía cosmológica primitiva. Hesíodo es el campesino, de verso lento como el paso de los bueyes agrícolas, que vive, canta y enseña la realidad cotidiana de *Los Trabajos y los Días*. Campesino desconfiado, realista, que teme al mar, que teme a la aventura, que se amarra a la tierra y defiende su seguridad.

Homero dio al griego la veta contraria: es el pensamiento olímpico, la exaltación de lo heroico, el sentido de la aventura. Es el que abre a Occidente lo desconocido como tradición. ¡Homero es el mar!

Grecia fue la fusión de esos dos impulsos contradictorios y complementarios: el hesiódico y el homérico. Impulso autóctono e impulso universalista. Equilibrio del Orden y de la Aventura.

En la breve historia (breve por incipiente) de la literatura nicaragüense, existe también, salvadas las distancias, una fecunda tensión de esos valores que moldearon el alma griega. La poesía nicaragüense se ha ido desarrollando entre el impulso hesiódico

—el reclamo de lo autóctono, la tirantez campesina de la tierra, la voz de la sangre (¡tan dolorosa y exigente en nuestra dramática existencia de país pequeño!)—y el reclamo universalista de nuestra tradición y de nuestra misma posición geográfica—posición mediterránea, en el centro de América—; impulso hacia afuera, impulso viajero y marino que se hizo carne en un verdadero Ulises como lo fue nuestro Rubén Darío.

Todos nuestros poetas tienen—quien más, quien menos—esa dualidad de tierra y agua de campesinos y de marineros. Pero lo que nos mete hasta las entrañas el mar y la tentación de la lontananza es el Lago.

Tener el Gran Lago dentro es tener el mar metido en el cuerpo. Somos posesos del mar. Somos 'odiseicos.'

Yo me pongo a pensar en mi propia poesía. Cuando comenzamos la 'nacionalización' de nuestra poesía en el *Movimiento de Vanguardia*, nuestra primera reacción fue hesiódica. Reaccionamos contra Rubén—que nos sacaba de nosotros mismos (¡eso creíamos!), que nos desencuevaba—y nos afirmamos en nuestra tierra. ¿Por qué mi poesía buscó Chontales? Porque era la esencia de lo campesino. Chontales era lo contrario, lo fincado, lo enraizado. La vinculación con lo más puro y elementalmente 'ctónico' de la vida nicaragüense.

Una vez creadas las raíces, el péndulo volvió a lo complementario. Entonces descubrí el Lago como aventura. Y en su lontananza fui aprendiendo las lecciones de universalidad que necesitaba. Mi primera Universidad—en el sentido lustral de la palabra—fue simultáneamente, el Gran Lago y Homero. Digo mal: el Gran Lago, Homero y Rubén Darío.

De Rubén ya se sabe: fue nuestro trasatlántico para nuestro primer recorrido de la cultura de Occidente.

Hablemos del Lago y de Homero. Para Homero el protagonista de la *Odisea* es el hombre tentado por la aventura, el hombre que viola los términos de lo conocido, que traspasa los límites y abre las puertas de lo Nuevo. A veces voluntariamente, otras—las más

veces—por la voluntad hostil del dios Poseidón—que es el Mar—Odiseo se lanza o se ve lanzado a recorrer todas las zonas del misterio del Mar y a vivir todos los encantamientos y peligros de la vida primordial de las aguas. Odiseo, sin embargo, siempre lleva en su corazón el anhelo del regreso, y el libro todo de la *Odissea* está hecho de ese doble sentimiento marinero—la tentación de la aventura y el reclamo de lo estable y organizado, el llamado a descubrir y el llamado del pasado y del hogar—estructurando el poema un viaje cerrado, un lago con ida y vuelta, que viene a ser el texto inmortal del eterno viaje y del eterno regreso, del partir y volver del alma de Occidente.

El Gran Lago tiene en su grandeza marina de verdadero mar dulce, ese mismo texto homérico dentro de nuestra geografía. Es la tentación de la 'hidrys' (de la desmesura) frente a la tierra campesina que lo rodea. El Lago alimenta el sentido de la aventura, da el impulso para arrastrar el peligro y lo desconocido frente a la timidez y a la rutina del campesino. Contrapone al rancho, la nave. Contrapone a lo seguro, lo temerario. Contrapone a lo conocido, lo extraño. El agua es destierro; exige un abandono de la seguridad, un desasimiento de lo terrestre para vivir la maravilla de la aventura.

El Gran Lago tiene, por eso, una cátedra homérica en la formación del alma nicaragüense. Es el pre-texto de la *Odissea*. Deposita en el alma nuestra las semillas de Ulises, cargándonos con electricidad odiseica.

Si reflexionamos un poco sobre nuestra historia nos daremos cuenta que hemos abandonado el Lago en la medida en que hemos perdido el sentido de la aventura. Ha vencido casi totalmente el temeroso espíritu de Hesíodo, el campesino—recordemos que Hesíodo simpatizaba poco con la navegación—. Usaba el agua con la cautela temerosa del hombre de tierra que advertimos en la mayoría de los nicaragüenses actuales. Decía Hesíodo:



*Cincuenta días después de la conversión de Helios  
al final de la laboriosa estación del estío  
es la época de la navegación de los mortales  
...También es buena la navegación en primavera.*

*Cuando aparecen las primeras hojas de la copa de la higuera,  
tan poco visibles como las huellas de una corneja,  
entonces es practicable el mar... pero su navegación no la apruebo  
ni place a mi espíritu porque es incómoda.*

*Difícilmente evitarás el peligro; pero los hombres  
imprudentemente obran y el dinero  
es el alma de los míseros mortales.*

Contra este temor campesino, el Lago-Odisseo enciende la osadía. En realidad, sin la voluntad que los antiguos llamaban 'nefanda' (nefas: no lícito) sin la voluntad de saltar los límites, de ir siempre 'más allá,' el hombre no logra una vida digna de su libertad. El Lago es una lección geográfica de libertad.

Pero volvamos a Homero. En su geografía poética del Mediterráneo nos presenta Homero las dos partes que siempre tiene la vida del mar para sus pobladores. La parte de donde uno sale (la conocida) y la parte desconocida donde florecen las utopías y las leyendas. La parte de la aventura que es el 'allá.' Y la parte del orden que es el 'aquí.' Ulises sale de su 'aquí' griego hacia el otro lado, el del misterio donde viven los Cíclopes, donde reside Circe en su isla encantada, donde cantan las sirenas, donde viven los Feacios con sus mágicas embarcaciones, donde están las almas de los muertos en el reino de Hades, etc.

El Gran Lago también posee, por su posición geográfica, por la corriente del desarrollo histórico y por el juego de sus vientos, esa división entre el 'aquí' civilizado y el 'allá' legendario y utópico. Los vientos dominantes que por cierto vienen de Grecia —los Alíseos— las 'Brisas' y 'Lestes' que dicen nuestros marinos, coincidiendo con el movimiento de la historia, han construido una orilla de playas arenosas, de separación nítida, civilizada,



entre el agua y la tierra, en las costas que van desde Granada hasta el Sur de Rivas. Es la ribera de la vida urbana. La orilla de la realidad. Enfrente la costa es fangosa; es la orilla donde todavía subsiste lo ilimitado entre tierra y agua, el seno de las formas todavía caóticas y germinales donde pueden brotar todas las imaginaciones. Luego, hacia el Sur, el Lago se sumerge en la selva; se abre paso hacia el mar sin término, transcurriendo por toda esa zona virgen donde acecha la fábula, la leyenda, el misterio. Son las orillas de la irrealidad y del sueño. El sur y el Río.

Leyendo la *Odisea* en el Lago y oyendo a los hombres de nuestro Mar Dulce: escuchando sus mitos y leyendas, sus historias, su léxico de navegación, uno se siente inmerso mágicamente en el mundo Homérico.

Los investigadores que han estudiado las raíces y fuentes de la obra de Homero, demuestran cómo el gran poeta recogió leyendas, tradiciones y temas mitológicos de Mesopotamia, de la India y de otras partes de Oriente y del pasado Indo-Europeo, eliminando sus elementos primitivos (a veces eran fábulas de héroes animales las que él adjudica a sus héroes humanos) humanizando y racionalizando sus motivos.

Debajo de las aventuras de la *Odisea* hay un inmenso yacimiento de folklore antiquísimo. Pero lo interesante es que ese folklore (este conjunto de leyendas, fábulas e invenciones míticas) está regado por todos los lugares de aguas o marineros del mundo: tanto en la Polinesia como en el Mediterráneo, tanto entre los pueblos pescadores del Mar del Norte como en el Lago de Nicaragua. El misterio de las islas y de las aguas, las condiciones del hombre navegando en los peligros de las olas, de los vientos y las distancias, producen en todas partes mitos y temas de literatura popular similares. El mito de Circe, por ejemplo, casi no hay región acuática con islas que no lo posea en una u otra forma. En nuestro Lago tenemos la Isla de la Carmen, que es nuestra Circe vernácula, con su propia y poética leyenda, pero siempre referente a una hermosa mujer que atrae a los hombres y los deja

‘jugados de Cegua.’ Y no es por casualidad que el nombre de ‘Carmen,’ de nuestra Circe lacustre, lleva en su raíz el significado de encanto y de encantamiento.

Nuestra leyenda de Los Tres Barcos Negros, que navegan eternamente en el Lago sin poder ver las orillas, pudriéndose de viejos y con hombres barbudos que llevan siglos de querer llegar a puerto sin poder hacerlo (en las noches ellos gritan a los lancheros que pasan: ¿dónde queda San Jorge?, o bien ¿dónde queda Granada?... y ponen proa hacia el puerto... ¡pero no llegan!) es también una leyenda que hubiera gustado al gran poeta griego que nos narra los barcos de los Feacios, que navegan de noche como en un sueño y que transportan a Ulises dormido.

La leyenda de la Isla de la Mendiga—que yo hice poema—tiene también un parentesco con las Sirenas de Homero... Y hay algo más todavía: en la concepción mítica indígena del Lago, bulle todo un mundo pre-homérico de fuerzas naturales y sobrenaturales en lucha. Según el Dr. Alejandro Dávila Bolaños el nombre de Cocibolca es una corrupción de Coabolco que encierra en su raíz el término ‘Coatl,’ serpiente y ‘co,’ lugar. El Gran Lago para los pueblos nahuas y chorotegas era el nido de la gran serpiente, y la Serpiente era el signo, y el símbolo del dios y héroe cultural principal de Mesoamérica.

Toda la tentación de la ‘hibrys,’ de la desmesura (el llamado de la aventura que incita a saltar sobre el límite), el impulso de la inventiva y de la lucha por la libertad creadora, está encerrado en el nombre indio del Gran Lago que anida a la Serpiente. Y dice mucho a este respecto—según lo ha insinuado, según creo, el mismo Dávila Bolaños—que en la época hispana, la mayor parte de los puertos que rodean a la gran serpiente líquida tienen nombres de santos que combatieron con la Serpiente, como San Miguel, o San Jorge, o bien la Virgen:

*Que aplastó con su pie virginal  
del dragón infernal la cabeza...*

La lucha de Ulises contra el dios Poseidón, la dramática tensión entre la libertad del hombre y las fuerzas ciegas de la naturaleza—que hacen el suspenso de la *Odisea*—están bosquejadas en esta primigenia leyenda mitológica de nuestro Cocibolca y en la contrapartida de sus puertos cristianos...

Hay, pues, en el Gran Lago, todo un arsenal de materiales homéricos. El Lago es como un texto pre-literario para la aventura poética y más aún: una escuela desaprovechada para formar el alma mediterránea del nicaragüense.

En la *Iliada*—que es la epopeya de la Conquista de Troya y un libro guerrero—lo que triunfa es la fuerza y el valor heroico. En cambio, en la *Odisea*—que es la epopeya del hombre y su libertad y un libro de aventuras—lo que triunfa es la astucia y el ingenio heroicos. La lección homérica de nuestro Gran Lago no es para el culto guerrero, sino para el robustecimiento de las virtudes humanas.

En la vida nicaragüense tuvimos un Ulises que volvió a morir a su tierra. El otro Ulises, el colectivo, el que vuelve a su hogar patrio amenazado por los abusivos Pretendientes, y lucha con ellos y los vence con su arco, haciendo triunfar con él lo noble de la humanidad... ¿será gestado por nuestra cultura?

¿Ese hombre duro y abandonado de nuestro Gran Lago, ese navegante, pescador, comerciante, mitad agricultor, mitad marino, será el abono de nuestra futura odisea?

Penélope—que tejiendo su tela que nunca termina es un símbolo de la historia—espera a Ulises.

Mientras tanto yo los invito a leer a Homero, si no navegando en el Gran Lago, al menos pensando en la tragedia del aburguesamiento de Nicaragua que parece haberle dado la espalda al Lago y a la Aventura.

## *En la muerte de un marinero de nuestra Mar Dulce*

La semana pasada falleció en Granada más arriba de los 75 años, Juan de Dios Mora, uno de los últimos y de los mejores ejemplares de la vieja marinería a vela del Gran Lago.

Yo sé lo ajeno, lo exótico que es para el nicaragüense actual ese país acuático, ese Mar Dulce que antaño tuvo funciones de corazón en nuestro cuerpo patrio. Sé que dentro de la clase sin historia—la proletaria—hay una más anónima aún, la campesina (el peón hecho polvo) y detrás de ésta, hay otra, la última, que navega en el olvido mismo: la del campesino de las aguas, el marinero. A la aristocracia de ese anonimato perteneció Juan de Dios Mora, un marino en todo el sentido vital de la palabra: bueno al agua, bueno al trago, bueno a la guitarra. Fue un pre-héroe. Es decir, uno de esos ejemplares humanos (que abundan marginados en América) cargados de potencialidad, llenos de energía vital, pero que quedan—como un gran poema oral que nadie recogió—inéditos para la historia.

La *Odisea* vino a escribirse cuando miles de Ulises habían llenado las islas del Egeo de leyendas anónimas. Entre nosotros, sin embargo, es posible que el pasado no tenga futuro. Que la esperanza para lo auténtico no encuentre al fin—como Ulises encontró a Homero—ni cultura ni historia. Tal vez con Juan de Dios Mora no muere un hombre-semilla sino, simplemente, termina un pasado que jamás pudo germinar. Sea entonces, esta prosa en su memoria, solamente una elegía.



A Juan de Dios lo conocí cuando yo era muchacho y cuando en mi trabajo de cultivar la tierra tenía que navegar con frecuencia. Fue la época también de mis *Poemas Nicaragienses*, cuando no solamente trataba de descubrir a mi propio país y a mi propio pueblo, sino de vivirlo, con pasión nacional, hasta los tuétanos. Juan de Dios fue uno de mis mejores guías, mi iniciador en los misterios del Lago, en su ciencia inútil pero temeraria—en el arte de vivir los elementos y lo elemental—arte perdida, arte posiblemente sospechosa para nuestros actuales ginecólogos de la poesía, pero para mí sustantivamente humana.

Despegar un ancla; tirarse al agua en cualquier lugar del Lago, aun entre tiburones, sumergirse—eternizarse en la profundidad como si llevara un pulmón de repuesto—y aparecer con la risa en los labios y chorreándole agua de sus largos bigotes. Bucear un cadáver un medio día entero, una y otra vez hasta encontrarlo y arrancarlo de los corrales que lo aprisionaban. Clavar, nadando solamente con los pies, un enorme cáncamo de hierro con un pesado mazo de hierro en una obesa y peligrosa tuca desprendida de la balsa, a media noche y en medio lago. Nada de eso era siquiera deporte o hazaña para un lauro. Era la simple y cotidiana hazaña de vivir en el país de las aguas. País que conocía de memoria, con su geografía en los ojos, no sólo en lo visible de sus puertos, islas, playas, ensenadas y acantilados, sino en lo invisible de sus corrales, escollos, profundidades y nidos de peces. En la noche más oscura enfilaba la proa directamente al sitio donde debía atracar. Y no había cambio de tiempo, jugada de viento o señal de la naturaleza que no captara rápido, sin esfuerzo, su instinto marinero ejercitado y alerta. Mi padre, no muy amigo de navegaciones (él se proclamaba, citando a Rafael Alberti, ‘marinero en tierra’) no se sentía seguro si no timoneaba la lancha Juan de Dios.

—¿Y ese chubasco, Juan de Dios?

—Nos va a pegar, don Carlos, pero sólo para empujarnos. No trae pie.

Llevando la caña, el ojo entrecerrado y atento, alegre y osado frente a las marazones, gritando a las olas cuando se crecían en-

furecidas, o silbando, arreando el viento cuando se estancaba en las desesperantes calmuras del verano, es como recuerdo a Juan de Dios—en aquellos días de viajes a vela—cuando el vapor Victoria, al que le decían ‘El Barco’ por antonomasia; cuando doña Ventura Cruz, la viejita del Anono que me contaba los cuentos de la Carmen Aseada, la Circe de la Isla del Guanacaste; cuando la lancha de don Chico Silva—‘El Comandante’—de la cual fue también marinero Juan de Dios; cuando Felipe Potoy, que arponeó un tigre en las aguas cruzando de Zapatera a tierra firme; cuando Cifar; cuando el Pirata.

Esa noche volvíamos a Granada y oímos en aguas altas, en lo oscuro, gritos y guitarras. ¿Serán de tierra?—preguntó Migue-lito, el cuque. Pero vi el bulto negro. Era el Pirata anclado en medio lago, armando parranda. Se habían montado unas mu- jeres y dispuso hacer la fiesta. Cuando nos acercamos estaban en la bailadera. Entre los gritos de los fiesteros oímos los gri- tos de unos pasajeros desgalillándose en la borda—¡Ey! ¡lan- chero! ¡sacanos de aquí!—Estaban desesperados porque tenían compromisos;—¡Juan de Dios!, me gritó uno, ¡te pago lo que querrás! Pero el Pirata estaba en sus trece. Así era el Pirata. Si disponía parranda, echaba el ancla y al que protestaba lo man- daba a la mierda. Cuando me reconoció, mandó a un marine- ro que se echara al agua a amarrarme el moco. ¡No me suelte al bigotudo!

...¡Tuve que quedarme!

Y me miraba de reajo, malicioso, para calibrar mi fe. Como si ne- cesitara de marineros al agua y de cuerdas para quedarse. ¡Y menos con el Pirata! Su guitarra debe haber sonado toda la noche y los pobres pasajeros deben haber acabado aceptando su sino, olvidándose de sus compromisos a pico de botella y baile sobre las olas.

Hace pocos años—ya viejo Juan de Dios—fui a Zapatera con el

poeta español Fernando Quiñones y su esposa Nadia. Juan de Dios vivía en la ensenada de La Perra y llegó a vernos.

Fue una noche estupenda. Estábamos José Coronel, Fernando Silva, Luis Rocha, Xavier Chamorro, Chela Bendaña, mi hermano Carlos y mi esposa. Juan de Dios le cantó a Fernando Quiñones todo su repertorio; las canciones de Cifar su amigo, los corridos vernáculos, los viejos cantos marineros, y Quiñones sacó de su almarío toda su Andalucía y vimos llegar la madrugada en un duelo de cante jondo y cante lacustre bajo una luna recién bañada y ron-ronera.

Seguramente los huesos de Cifar Guevara—a quien la marinería llamaba ‘el pueta del lago’—se estremecieron esa noche en el arenal de Charco Muerto donde está enterrado. Porque Juan de Dios fue su compañero—el amigo del ‘Cachero,’ como él decía—y el único, creo yo, que aún recordaba las improvisadas canciones de este Li Tai Po nicaragüense que murió borracho, ahogado, al volcarse su bote en un chubasco.

A Juan de Dios debo la mayor parte de los datos biográficos de Cifar que me han servido de base para mis poemas, pero más que sus anécdotas, es su reflejo en el propio Juan de Dios, su eco en su guitarra, el sentido marinero de su bohemia errante y navegante, lo que me ha servido para aproximarme a su ya mítica presencia.

Con Juan de Dios se entierra un pedazo de patria erosionado por la pobreza y el olvido. Se hunde una isla antigua de vida, cantos, rebeldías y leyendas. Era uno de los últimos puentes entre una tradición de vida lacustre y marinera—que se abrió con los bergantines españoles pero que ya venía desde antes flotando en los botes chorotegas o nahoas—y otra cosa muy distinta: los que han de atravesar y marinerear en el lago futuro—si ha de tener futuro el Lago—serán hijos de otro concepto del mundo y del tiempo. Gentes veloces, desatadas de la naturaleza y de su misterio en cuyo seno dramático y vital educó su vida Juan de Dios Mora.

Dije de él, líneas arriba, que era un aristócrata del anonimato.



Y así es. Pocas familias cuentan con tantos pergaminos que registren, a través de los siglos, su permanencia y su alianza con un lugar y con un destino nicaragüense como los Mora de Zapatera. Ya habla de ellos Oviedo al referirse a un Diego de Mora que tenía una cría de cerdos en El Menco, frente a Zapatera. Tal vez fue el fundador. Squier habla de un Manuel, que según la tradición era también Mora. Bovalius agradece en su libro las atenciones de la señorita Virginia Mora y de don Jacinto Mora cuando exploró la deshabitada Zapatera (Jacinta Mora se llama la hoy viuda de Juan de Dios).

Allí han permanecido de generación en generación, pero no como propietarios, sino siempre posando en ajeno, siempre exilados por la implacable pobreza marinera ¡ellos, los patricios de la vieja y sagrada isla! Siempre arrojados al agua sin raíces; relacionados con la tierra sólo provisionalmente: una casa, una milpa, una atarraya, un bote; siempre partiendo del hambre a la aventura: marineros, pescadores, labradores de botes, carpinteros de ribera, lancheros, pobladores de las aguas, multiplicando sus nombres, cambiando de sitio, buscando otras playas, pero regresando una y otra vez a su isla—suya y ajena—como si en el escudo de su noble miseria el tiempo no permitiera otros símbolos que una barca y una guitarra.

## *Medio Real*

ESTUDIO DE UN 'TIPO' NICARAGÜENSE  
DESCRITO POR SQUIER

No hay duda que Squier tiene un ojo observador y perspicaz. En su libro sobre Nicaragua quedan atrapados por su pluma numerosos personajes, muchos de ellos anónimos, que siguen vivos en sus páginas gracias a la penetración psicológica y a la fuerza expresiva del escritor. Entre esos personajes hay, sin embargo, algunos que rebasan su propia individualidad para convertirse en 'tipos' del nicaragüense, porque sus rasgos—aunque propios del personaje descrito—caracterizan y expresan una fisonomía colectiva, es decir un modo de ser general y común a una buena parte de nuestro pueblo. Uno de esos tipos típicos que sigue siendo un producto constante de nuestro medio y de nuestro carácter, es 'Medio Real.'

Este hombrecito, marinero del bongo 'La Granadina,' en el cual navegó Squier de San Juan del Norte a Granada, está retratado en el libro del famoso cónsul-cronista con estos sobrios y certeros rasgos:

*Uno de los remeros, un mestizo cenceño y menudito pero bien hecho, se hizo indispensable a los washingtonianos; y le encajamos el apodo de 'Medio Real' por su frecuente pedir de esa pieza. Para pedirla se quitaba solemnemente el sombrero y, adoptando una pose teatral, se llevaba la mano izquierda a su desnudo pecho exclamando: 'Yo soy bueno.' Valía la pena darle el medio real tan sólo por verle pasar de su actitud grave a una de servilismo tan pronto sentía en la mano la moneda.*

Más adelante Squier completa el retrato con esta anécdota:

*Pasaba la erupción de risa, los hombres remararon con pujanza unas dos horas canturreando una especie de rondó que acompañaban al golpe del remo. La canción no carecía de melodía, y más que todo era aceptable porque exigía un rítmico y rápido manejo del remo, propulsor de velocidad. Esto siempre lo aplaudimos, y cuando nos impacientaba el lento avance, recurriamos a nuestro ingenio, repitiendo la cancioncita, como por no dejar, cuantas veces era posible para que los remeros remararan a su ritmo pero tratando de que no sospecharan el ardid. Sin embargo, nuestro amigo 'Medio Real,' más astuto que los demás, lo descubrió, y se dio maña para convertir su perspicacia en tragos extra de aguardiente a cambio de guardarnos el secreto.*

Este es, pues, el retrato de 'Medio Real': un mestizo inteligente, y eficiente que se hace indispensable a los extranjeros que vienen en el barco. Posee, por tanto, cualidades sobresalientes para aprovecharse de las oportunidades y tener éxito en la vida. Sin embargo, todas esas cualidades—incluso su dignidad y su solidaridad con los compañeros—las vende por medio real. Se ha fijado un bajo precio desdénando su propio valor.

Squier comprende que 'Medio Real' más que un personaje, es un 'tipo.' Por eso agrega este comentario:

*'Medio Real' no se daba cuenta de cuán estrecho era el paralelo existente entre él y otros hombres de otros países y de esferas más elevadas. Su precio era medio real, y eso que había sido sargento de las fuerzas del Gobierno, entre cuyos veteranos se había distinguido.*

Pero lo grave es que ese 'tipo' que vio Squier no se ha extinguido sino que ha proliferado. Lo seguimos viendo en todos los niveles y

a todos los medios precios. Desde el bajo empleado que cobra la mitad de la comisión, hasta el alto empleado que cobra medio millar, o hasta el Ministro o el Gerente o el Comandante que cobran medio millón. Siempre es ‘medio-algo’ lo que pide el que vende su servicio, el que cobra ilegalmente su influencia, el que abusa de su autoridad, el que comercia con su posición; siempre la mitad, porque hay una relación mágica, misteriosa, entre la cantidad ‘medio’ (el mita-mita, el jafanajaf, el serrucho, etc.) y la prevaricación.

Subconscientemente se trata de vender sólo la mitad de la honradez, sólo la mitad de la dignidad, para que la otra mitad sirva de fachada y de ocultamiento moral. Por eso, en una sociedad donde priva el tipo ‘Medio Real,’ la diferencia entre el político y el delincuente, es que el delincuente roba entero—el ladrón es el que roba el ‘todo’—mientras el político o el policía deja una mitad para la honradez. Pero el matiz característico nicaragüense de ‘Medio Real’—personaje universal, según afirma Squier con razón—se advierte en el gesto cómico y burlesco del personaje ‘quitándose el sombrero solemnemente y adoptando una pose teatral mientras se lleva la mano izquierda a su desnudo pecho.’ El nicaragüense sabe que está vendiendo su dignidad y entonces hace una burla cómico-caballeresca de su misma dignidad. Busca empacar en risa su servilismo para disfrazar su humillación. En Nicaragua el servilismo se hace ‘gracia.’ Su drama lo convierte en comedia.

El gesto cómico teatral de ‘Medio Real’ no se queda en el bongo de Squier. Sube las gradas de los Bancos y de los Ministerios y de las Casas Presidenciales y de las Embajadas extranjeras. Se viste de frac o de uniforme. Se ha convertido en el gesto oficial de aquella política que hace dictadores, promueve reelecciones y cosecha, astutamente, privilegios.

Queda, sin embargo, una reflexión. En la caracterología humana, cuando se da un tipo con valores negativos, siempre hay que buscar cuáles son los valores positivos que se degradaron en él, porque sólo se tienen defectos de las propias cualidades. Así por ejemplo, el desarraigo de los nicaragüenses es el defecto o la forma degenerada



de una virtud que es su sentido universalista y cosmopolita, fruto de su geografía y de su historia. Rubén Darío le sacó provecho a esa virtud. William Walker especuló con el defecto de esa virtud. De la misma manera, el valor negativo de 'Medio Real'—que es el servilismo—nos indica un valor positivo, una generosidad del alma, que se ha degenerado. 'Medio Real' exclama: 'Yo soy bueno' y seguramente su frase arranca de un fondo de verdad. Su inclinación a ser complaciente y útil a los demás ha sufrido un proceso de distorsión: ha visto, seguramente, el pago que recibe la generosidad, ha experimentado que el ser servicial sólo recibe, en compensación, la extorsión y el abuso. Ha sufrido—como hombre del pueblo—el trato humillante de la autoridad: (ha sido sargento de un ejército en guerra civil, ¡terrible experiencia!) conoce la brutal respuesta del 'mandamás' (se llame Patrón, Policía, General, Juez o Ministro) y entonces, instintivamente, ha desviado su valor positivo hacia el aspecto negativo de ese mismo valor, encontrando que tal inversión de valores le produce más beneficios. Así 'Medio Real,' que poseía una virtud eminentemente social, acaba cultivando un defecto anti-social: vende su solidaridad con sus compañeros de oficio por un trago.

La autoridad y la sociedad que tratan al hombre como si no tuviera dignidad, no sólo hieren esa dignidad, sino que la van eliminando. Y cuando se pierde la consideración de la dignidad de la persona, cuando el hombre se 'cosifica,' cuando el hombre se hace cosa, se pierde también la solidaridad. Por eso 'Medio Real'—si es líder sindical—se desentiende de su sindicato (y lo vende). Y si es trabajador se desentiende de sus compañeros. Y si es diputado, de su región. Y si es militar, de su pueblo. Y si es gobernante... bien sabe el extranjero lo que cobra 'a cambio de guardarles el secreto,' como dice Squier.

'Medio Real' sigue reproduciéndose.

Porque es de 'arriba'—de la cátedra del Poder, de la cátedra de la Autoridad, de la cátedra de los dirigentes—de donde el pueblo recibe el ejemplo y la lección que lo hace cambiar sus virtudes en defectos.



## *Nuestro obsceno símbolo del engaño*

‘Somos un pueblo mentiroso,’ me decía mi viejo amigo Zapata (Q.E.P.D.), uno de esos ‘pastores de hombres’—como les llamaban los griegos—‘caudillos de mesnada,’ en sus momentos de desengaño y despecho de sus compañeros.

Muchas veces, con el tiempo y la experiencia, he recordado su frase. ¿Será la mentira uno de nuestros pecados nacionales? ¿Por qué el nicaragüense desconfía cada día más del nicaragüense? ¿Por qué hemos instituido, como una especie de animal totémico y de signo mágico en la heráldica de nuestros gestos, la Guatusa? La ‘higa’ es un gesto universal injurioso o burlesco o despreciativo de probable abolengo fetichista. Sin embargo, entre nosotros ha adquirido una excesiva y sospechosa preeminencia y popularidad sobre el resto de nuestros gestos típicos. Le hemos dado nombre y oficio, y con un sentido mágico muy indio, hemos encarnado el gesto en un animal roedor, huidizo y equívoco. La Guatusa es una indecente letra de mano (es interesante que sustituye a la palabra) para expresar, esencialmente el engaño. Es una expresión de falsedad y no hay hora del día ni conversación un poco agitada en que no aparezca el animalito como duende mimado de un pueblo mentiroso.

Así se ha creado todo un lenguaje gestual: la señal se tiene en la bolsa—se esconde—en el rito del que engaña o miente. La señal se saca y vulgarmente se dice ‘¡tomá!’ como rito del que no se deja engañar o del que no se traga la mentira. Hemos inventado el verbo ‘guatusear.’ En fin, lo extraordinario es la amplitud del ámbito de significados que tiene este signo, este jeroglífico del

engaño o de la falsedad, entre nosotros los nicaragüenses: en la política, en la economía, en el juego, en las relaciones sexuales, etc. Esto mismo nos revela que responde a un vicio generalizado, que somos guatuseros y que nos llamamos mutuamente 'guatuseros' para eludir llamarnos mentirosos. Hemos inventado la guatusa para disfrazar una fea realidad: la mentira, contra la cual siempre reacciona, desde lo más íntimo, la naturaleza del hombre.

Y el mal, parece, que nos viene de largo. Hablando de nuestros indios, dice Gómara: 'Son animosos, astutos y falsos en la guerra.'

Oviedo agrega: *'e son muy crudos a natura e muy mentirosos.'*

El injerto de nuestros 'guatuseros' indios (¿no comienza nuestra historia—después del sorprendente diálogo del Cacique filósofo y del Conquistador—con dos guatusas: la de Nicarao que dice sí y después ataca; y la de Diriangén con su fastuosa embajada y su regalo de quinientos chompipes y tejas de oro que no son más que engañosos preparativos de su violento ataque guerre-ro?), el injerto de la mentira (solapada) del indio, con la mentira (exagerada) del andaluz, es lo que ha dado este matiz especial al mentir nicaragüense—mentira casi siempre inclinada a la burla, como si la risa nos rescatara de la hipocresía—mentira como las mentiras del Güegüence, como las del ingenioso tío Conejo, como las de Chon Gago, como las de Menocal...

'Pueblo mentiroso,'—decía Zapata. ¡Y con qué razón! Somos mentirosos hasta con la mentira. La ocultamos, la mentimos bajo figura de animal: chompipe o guatusa. Y si es pequeña; la hacemos frutal: guayaba.

Pero, ¿cómo en tierras de poetas se rinde un culto cada vez más intenso al socavamiento de la Palabra? ¿Cómo puede ser la mentira, vicio de un pueblo tan directo, tan franco en su hablar? ¿No hemos dicho que el nicaragüense rehuye los eufemismos, dice al pan, pan, y al vino, vino, e incluso es mal hablado por no ocultar la cruda realidad?

Cierto. Pero es que la Palabra posee dos cualidades intrínsecas.

Una, su relación con la realidad: en la Palabra existe, se da, se expresa la realidad. Dos, su relación con el 'otro,' con el prójimo, como signo dirigido a alguien. La palabra es también información, diálogo.

Yo creo que el nicaragüense es leal con la primera cualidad de la palabra. En su relación con la realidad no engaña ni se engaña. Pero en cuanto la palabra informa—en cuento la palabra trasmite al 'otro' algo—¡cuidado!... es allí donde salta no la liebre sino la guatusa. Hemos corrompido la palabra como vínculo, como comunicación.

Si profundizáramos lo que significa esta corrupción de la palabra como relación humana, si nos metiéramos en la cueva de la guatusa, viéramos cómo ha socavado la mentira nicaragüense todo nuestro edificio social y político.

'Aquí nadie se entiende,' me decía, como síntesis de la situación actual, un joven político. ¿Se terminó el crédito de la palabra?

Esta semana leí en la Biblia la historia de Babel. ¿Por qué se dispersaron los que construían la orgullosa torre? Porque no se entendían. Al dispersarse y con el tiempo, nacieron las diversas lenguas, pero el hecho dispersador fue la corrupción de la palabra como diálogo.

Babel es una torre de guatusas.

## *Los juegos del nicaragüense*

Hoy se inaugura en México—después de una sangrienta competencia entre el Poder y la Juventud—LA XIX OLIMPIADA MUNDIAL. Hojeando periódicos y publicaciones sobre los eventos, recordé unas frases de Roger Caillois comentando a Huizinga (el famoso autor de *El juego y la cultura*). Decía el escritor francés que si es verdad que el espíritu de juego es esencial a la cultura, no es menos cierto que, en el curso de la historia, los juegos se hacen con los residuos de la cultura. El niño que salta en la 'Rayuela' revive—en juego—la aventura de los iniciados que tenían que abrirse paso entre las celdas del Laberinto en los antiquísimos ritos de la primitiva Europa. Los jugadores de fútbol o de básquetbol están persuadidos de que su triunfo es hacer pasar por el arco un balón de cuero. Pero el balón es el Sol de unas antiguas ceremonias sagradas degradadas luego a diversión. Junger observa la función del Rey en el juego de ajedrez, función—dice—que atestigua el origen oriental de este juego. Porque el Rey, aun sin poder, es la única pieza irremplazable del tablero. El juego termina cuando hay mate al Rey. Así en los campos de batalla de Asia, la muerte del Rey significa la derrota de todas las armas y un cambio completo del destino, mientras que en Occidente basta con reemplazar al Rey muerto con su segundo o con su sucesor y la lucha sigue, decidiéndose por otros factores.

Si Caillois y Junger tienen razón en sus penetrantes observaciones ¿cuáles son—pensaba yo—los residuos culturales que ha recogido el nicaragüense en sus juegos? Pero ¿es que tiene juegos propios

el nicaragüense? Y, en aquellos juegos ajenos que ha incorporado a su vida, ¿qué características, qué peculiaridades suyas ha impreso o por qué razón los ha hecho suyos?

Tenemos, sobre este último punto, el caso del béisbol. A nuestro lado, en la vecina Costa Rica predomina el fútbol como afición popular. Los dos son juegos extranjeros asimilados. ¿Por qué los nicaragüenses dieron preferencia al béisbol? El fútbol se juega más en España (Europa) y Suramérica. El béisbol es el gran juego yanqui. ¿Puede más en Costa Rica la influencia europea y suramericana? ¿Tiene más fuerza en nosotros (víctimas de una intervención), la influencia norteamericana? (Es interesante observar que las culturas indígenas de Costa Rica estaban vinculadas con el sur, en cambio nuestras culturas indígenas predominantes venían del Norte. ¿Persisten esas vinculaciones y tendencias como residuos culturales?). ¿O es que ha influido el clima y exige menos gasto de calorías el béisbol—más estático—que el agitado fútbol? ¿O será que el fútbol es más un juego de equipo, mientras que en el béisbol puede destacarse más el juego personal, y nosotros somos más amigos de las individualidades fuertes (los jonroneros, los pitcheos de brazo potente) que del esfuerzo solidario? ¿Habrà alguna relación entre nuestra política y el béisbol como la que nos señala Junger en el ajedrez? El tico juega su política con más sentido de equipo. Nosotros rendimos ‘culto a la personalidad’ en el gran batazo o en el gran lanzamiento... o en el robo de base...

Corrigiendo las pruebas de este capítulo, leo en la revista mexicana *Vuelta* un ensayo de Juan Nuño: ‘Razón y Pasión del Fútbol’ donde diferencia este deporte del béisbol por las distintas concepciones y distinto empleo que cada uno de estos juegos hace del factor ‘tiempo.’

‘En el fútbol—dice Nuño—el factor tiempo, además de existir para el juego, se toma en cuenta de la misma forma que se hace en la realidad cotidiana: el tiempo transcurre para el juego de fútbol de la misma manera como transcurre en y para la vida

de los espectadores. Coincide, entonces, el tiempo interno del juego de fútbol con el externo o tiempo real.'

'En contraste, el tiempo ni siquiera existe en el béisbol; ahí ha sido eliminado, al no tomársele en cuenta, de tal modo que el béisbol es un juego atemporal, un deporte para el cual el tiempo no transcurre: es algo que queda del otro lado del estadio, creándose entonces una suerte de espacio mágico en el que tan sólo existe juego puro, situado fuera del tiempo.'

Pudiéramos preguntarnos ante esta interesante teoría: ¿Será que el nica prefiere escamotear artificialmente el tiempo, perder el tiempo o salirse poéticamente de su dominio, a esa tensión del fútbol que, según Nuño, genera una pasión cuyas raíces se hunden en la oculta presencia de la muerte, porque la muerte es la que preside un juego donde todos los actos se miden con el tiempo?

En el béisbol el juego es más juego. Es una ficción (aunque esa ficción lo que juega y representa es una guerra; pero su metáfora es más inteligente, o más poética). En el fútbol también se juega a la guerra, pero es más real, a patadas y hay un reducto sagrado—dice Nuño—que se defiende y se ataca a ultranza. En el béisbol el héroe sale de casa (del 'home') a la que debe regresar como Ulises, tras una carrera por el mundo exterior, recorriendo etapas obligadas como quien recorre países extraños o sorteando dificultades sin cuento.

Aunque el equipo es decisivo, en el béisbol la ficción nos ofrece un héroe más solitario. Cada vez que el héroe sale de casa, el nicaragüense siente repetirse su éxodo y la tentación de la aventura.

Pero abordemos los otros puntos. ¿Tiene juegos propios el nicaragüense? Los cronistas describen algunos juegos muy originales propios de nuestras culturas indígenas. El juego de la pelota—por ejemplo—que nos llegó por influencia tolteca o maya: era una especie de básquetbol que consistía en impulsar—con los codos y con las caderas—una pelota de hule a través de un aro colocado en alto, lateralmente. No sabemos cómo



se jugaba en Nicaragua. De este juego sólo nos quedó como resto y recuerdo la pelota de hule—la ‘burrucha’—una bola loca, dura y tremendamente saltarina que todavía fue usada por nuestro pueblo, en los comienzos del béisbol. Otro juego, lleno de sentido religioso, era El Volador, minuciosamente descrito y dibujado por Oviedo: un altísimo mástil en cuya punta giraba un malacate horizontal con dos cuerdas. A la punta de cada una se amarraba un muchacho y, dando vueltas, cada vez más anchas, iban descendiendo a medida que se desenrollaban las cuerdas, mientras abajo, un coro de gente daba vueltas danzando y cantando en rueda. Era el juego religioso y ritual del cacao, que se perdió. Lo mismo el peligroso deporte del ‘Molinete’: un subibaja que daba vueltas circulares con un hombre en cada punta. Otro juego indígena perdido—pero que subsistió hasta hace muy poco tiempo—es el de ‘Las Cuepas’: especie de ‘ladrillete’ con monedas hechas de cera. Sólo nos queda un refrán como recuerdo. ‘Te conozco desde las cuepas.’

Los juegos indios han desaparecido. A veces un niño campesino—como un lejano eco de un pasado perdido—hace sonar su ‘ron-ron’ de semilla de zapote, o juega todavía la simplísima rayuela chorotega de los ‘chonetes.’ Quizás los residuos indígenas debieran rastrearse más bien en los juegos infantiles mestizos (aunque la mayor parte de ellos están también rápidamente desapareciendo), y allí mismo buscar las peculiaridades del nicaragüense comparando sus formas y modos de jugarlos con las de otros países.\* Siempre me ha llamado la atención, por ejemplo, el lenguaje erótico, típico del despertar de la pubertad, que ha adquirido el juego del trompo en Nicaragua. Toda la mezcla de desfachatez y misterio que tiene el descubrimiento sexual para el muchacho nica; brota mágicamente en este juego con su ‘mancha brava,’ su trompo ‘en cama,’ su ‘miado y al bote,’ sus ‘secos,’ etcétera.

Creo sin embargo, que el juego más enraizado en el alma rural del nicaragüense, es el juego de toros; juego que ha producido su

propia música y su propio ritual campesino. Evidenciando nuestro proceso histórico agrario y provinciano, nuestro juego de toros no evolucionó, como en los centros virreinales de América, a la par de España, hacia el toreo actual de capa y espada; antes bien se hizo más primitivo (casi regresó a los orígenes milenarios del toreo de Creta o de Tesalia), con sus suertes campistas de toro montado, de capeo con la chamarra o el pellón o el curtido, o su fálico y brutal bramadero (el poder cósmico del árbol), con su magia alcohólica, y el estilo de burla de todo el juego (muy nicaragüense) reemplazando o recubriendo lo dramático del encuentro entre el hombre y la fiera. El escenario de este juego nacional es la reproducción lúdica de la hacienda ganadera: la barrera es el corral, no el coso. E incluso aparece allí un signo sociológico de la clasificación campesina de patronos y peones, cuando vemos el tosco palco con techo de madera (la casa/hacienda) para el patrón, mientras la peonada mira sentada en las reglas del corral 'a rejo pelado.'

Todo el juego—desde su lucha primitiva y áspera por dominar y burlarse del toro—hasta la forma en que reúne a sus espectadores es la metáfora de una cultura agraria detenida; sin desarrollo. Su revolución sigue atada al bramadero.

En la misma medida tenemos también en otros juegos la metáfora de nuestra vida jurídica. Me refiero a los juegos de azar que conocemos bajo el hipócrita nombre de 'Juegos Prohibidos.' Es doblemente interesante y perturbador el fenómeno: porque el azar es la gran tentación de aquellos pueblos que no tienen plena seguridad en el fruto o en el rendimiento de su trabajo. Nuestro Estado conoce perfectamente este atractivo, sin embargo, en vez de disminuirlo favoreciendo la seguridad laboral del pueblo, prohíbe los juegos, pero—¡y aquí entra nuestra refinada perversión jurídica!—la prohibición no es para eliminarlos, sino para que el Estado (o sus paniaguados) entren en el juego. El Gobierno sustituye al Azar.

En vez de significar la Ley, el Gobierno se convierte en la Suerte (o mala suerte), es decir, en esa fuerza ciega que arrebató al pobre





sus salarios o sus ahorros en vez de protegérselos.

En otras palabras, con los Juegos Prohibidos lo que se juega es con la ley y lo que se enseña al pueblo—desde el Estado—es a convertir en juego lo prohibido.

- \* Naturalmente que estos apuntes pudieran prolongarse estudiando muchos otros juegos. Recomiendo a mis lectores y sobre todo al magisterio nacional, el libro de María Berrios Mayorga: *Juegos Nicaragüenses*, juegos que están desapareciendo y que hay que recuperar. El juego refleja la personalidad de un pueblo, pero también la forma. El primer paso para entrar a la cultura se da jugando.

## Vos la andás

Presentando el libro de Carlos Mántica y César Ramírez *Cantares Nicaragüenses*, decía que nuestro folklore nos revela el resultado de dos operaciones aparentemente incompatibles: captar por una parte lo universal (regirse por la ley de ‘todo lo que es de todos es nuestro’), pero simultáneamente imponer la ley de la originalidad, marcar lo ajeno con sello propio. O sea, universalizar lo nicaragüense y nicaraguanizar lo universal.

Releyendo viejos apuntes de mis estudios sobre folklore, me encuentro con el oportuno ejemplo del juego popular nacional ‘Vos la andás,’ que en algunas regiones llaman también ‘Pegue-pegue.’ Un grupo de muchachos se rifa y uno obtiene a la suerte el poder de ‘andarla’ o de ‘pegarla,’ ya sea que se juegue traspasando ese poder con sólo tocar con la mano, o con pelota pegando con ella a alguien del grupo. El juego tiene un sitio que se establece de antemano (generalmente un poste del alumbrado o un árbol) que el que va perseguido toca, diciendo ‘pido paz’; y la regla del juego lo protege de inmediato.

El juego viene probablemente desde Grecia. Se juega en casi toda Europa y en toda América, con diversos nombres: en inglés se llama *tag*, en Brasil *tempo sera*, en Argentina *la mancha*, en Colombia *gamveta*, etc. Vemos así que uno de los juegos de chavalos más populares en Nicaragua, es uno de los más universales.

Pero en el juego del niño no sólo debe verse el acto lúdico, sino la expresión mítica de lo que serán luego las reglas de su vida política. Aquí tendríamos un interesante capítulo que agregar al luminoso ensayo de José Ortega y Gasset sobre ‘El origen deportivo del Estado.’

El niño primero convierte en juego los instintos sagrados del orden social. Así la transmisión del Poder. Algo mágico permite que una persona transmita, con sólo tocar o con sólo pegar un pelotazo, el poder del Poder. 'Vos la andás' significa 'vos tenés ahora la autoridad'; pero esa autoridad no tiene ni transmite poder si el otro se acoge al 'pido paz,' o si el que 'la anda' hace maraña o fraude. El juego son sus reglas o no hay juego.

En otras palabras: el juego institucionaliza la transmisión del poder por medio de unas reglas que nadie puede romper, porque entonces el juego se convierte en bochinche; reglas que tampoco nadie puede usar contra la libertad del hombre, irrespetando el 'pido paz' que es el derecho humano en su forma mítica más primaria.

Un alegre juego en las calles nocturnas de nuestras ciudades y aldeas, los alegatos y las griterías cuando la transmisión mágica no ha cumplido con las reglas, incluso la disolución del juego cuando algún prepotente hace fraude, debiera servirnos como espejo de Rayos X para mirar al interior de nuestra política y tomar lección los viejos (sobre todo los dirigentes) del niño que llevamos siempre legislando en el corazón.

Hay actos que en el hombre tienen profundas raíces. Cada historia nos dice lo que un pueblo—por sus experiencias, desventuras y sufrimientos—marca con mayor énfasis en su voluntad colectiva. Nosotros los nicaragüenses hemos jugado ¿cuántas veces?, el 'Vos la andás' de la transmisión de poder, y siempre que se han quebrantado las reglas del juego ha habido guerras civiles o atentados mortales.

## *El charral*

Al borde de los caminos, al borde de los campos de labranza y de las milpas, allí donde el hombre deja, por un momento, de transitar o de labrar—acechando su descanso o aprovechándose de su pereza—está el charral. Todos lo conocemos. Es parte del paisaje, la parte rebelde, desordenada, sucia, hirsuta de nuestra vegetación tropical.

‘Charral’ es aporte de la lengua matagalpa, según Valle. Viene de ‘Yurra’ o ‘Churra.’ De ahí ‘churral’ o charral que es tanto como matorral. Designa la ‘burra de monte’ salvaje de nuestra naturaleza donde se dan cita—listas a saltar, al menor descuido del caminante o del campesino—todas las fuerzas vegetales hostiles al hombre y a cualquier forma y orden de cultivo. Allí la ‘cola de iguana,’ la ‘zarza negra,’ los ‘mozotes,’ las ‘ortigas,’ las ‘aristides,’ la ‘cola de alacrán,’ la ‘cola de zorro,’ la ‘escoba amarilla,’ el ‘ojo de buey,’ el ‘bledo’ espinoso, la ‘yerba de cabro,’ la ‘pata de gallina,’ la ‘yerba mora,’ la ‘comida de culebra,’ la ‘lengua de vaca,’ el ‘carrizo amargo,’ la ‘espuela de caballero,’ la ‘pica-pica,’ el ‘chichicaste,’ etc... El campesino sabe el suplicio que es caer en ese breñal implacable. Tiene un verbo para expresarlo: ‘encharralarse.’ Y por metáfora del charral llama al desgreñado y melenuado: ‘charraludo.’

El charral no es selva, ni es montaña, que son dominios del árbol, sino un contraataque vegetal en el dominio del hombre.

Pero el charral, a las primeras lluvias, se cubre de verde, se disfraza con un manto de príncipe y produce las florecillas más maravillosas del trópico: margaritas amarillas, celedonias moradas,

campánulas cárdenas, flores lilas de la zarza, flores amarillas de la 'espina de pescado,' gallitos, la filigrana blanca y lila de la 'calala,' sangrientos malinches enanos, blancos estoraques... El desorden se oculta y se recubre de un tejido de verdes infinitos de trepadoras y enredaderas. El harapo de la espina se hace seda y terciopelo de pétalos y ramos. La suciedad amarillenta y polvosa del verano se transforma en un lujoso escenario de ópera para cantos de pájaros.

¡Es un engaño! Un embozo o disfraz de nuestra peligrosa belleza. Debajo del velo verde incuba sus sueños de escorpión el chichicaste, prepara la avispa su panal, duerme la cascabel, se refugia el puerco-espín, elabora sus químicas la ortiga, y miles de espinas afilan sus breves puñales y miles de vainas y semillas preparan sus polvos brujos picantes e irritantes aliándose a los hormigueros, comejenes y zomperas.

En el charral se repliega y esconde toda la maleza que es el Mal vegetal. El charral es la vegetación insociable.

Frente al charral el hombre contrapone tres órdenes: el de la utilidad, de la milpa; el de la comunicación, del camino; el de la belleza, del jardín. Obras del hombre, porque el hombre no da paso ni piensa un pensamiento sin orden. Está tan unido el orden al ser humano, que la raíz 'or' de orden, significa simultáneamente urdir y comenzar (de allí: origen, de allí: Oriente) y como el urdir lleva implícito el concierto, con la misma raíz 'or' el lenguaje formó las palabras 'ornamentación' y 'adorno.' El orden debe regir el nacimiento de la semilla si es siembra, como la palabra si es discurso o poema, como el paso si es danza, o marcha, o simple andar. ¿Acaso el movimiento del pie que va cubriendo la semilla en el surco no es un paso de danza? El hombre ordena la naturaleza para el alimento—escribe las sílabas del pan en líneas concertadas—y la ornamenta en el jardín o la huerta. Por el peine en la melena comienza el hombre esa urdimbre de la naturaleza que acaba en civilización.

(Quizás por esos los jipis—al reaccionar contra la civilización, también lo primero que hacen es no peinarse).

Pero allí está el problema: ¿cuándo la civilización deja de ser orden, cuándo deja de ser milpa, cultivo—comunidad—para convertirse en la 'yurra' o 'churra' de los matagalpas, churral de invierno con manto verde 'statuquoficado,' con flores de neón, pero debajo—espina y ortiga—la miseria, el diente agresivo y el homicidio?

Cada civilización tiene sus urdimbres. En la metáfora de la naturaleza, la nuestra exhibe sus límites entre el charral y la huerta. El jardín indio (el patio nuestro, el solar, el huerto) no será el jardín de Versalles. Sus métodos y reglas—su sino diría Séneca—son versos más libres y conjuntos más barrocos. El jardín europeo está regido por la rosa y por la lógica. El patio o solar indio por el 'palo-de-hoja-de-color,' y por palos florales y frutales—la reseda, el sacuanjoche, el marañón, el capulín, el limón, el jocote, etc.—con una concepción más caótica pero más edénica. Está más cerca de Adán que de Luis XIV; más cerca de la intuición que de la lógica, más 'sentimental, sensible, sensitiva'—como dice el verso de Rubén—que racional. Nuestro jardín es la huerta, nuestros jardines son los solares de Nindirí que inspiran las páginas de canto y admiración de Squier. Encanto de libertad, de contacto más directo con la naturaleza original, pero, por lo mismo, más fronteriza al charral, más próxima a la barbarie.

Muchas veces me he preguntado cómo serían los jardines Mayas. ¿Cómo ordenarían la vegetación alrededor de sus templos, palacios y plazas, esos matemáticos y arquitectos de las misteriosas ciudades blancas? ¿Cuál sería su 'mester,' su orden, su concepción del ornato vegetal? ¿Dejarían muy próxima, apenas rozada por la obsidiana, pero no sustituida por el jardín, la amenaza del charral, su solapada acechanza que a fin de cuentas se les echó encima, como vanguardia de la selva, devorando sus prodigiosos edificios?

Nosotros hemos conocido como ciudad, el acecho del charral. Apenas cayó Managua cuando el terremoto, el charral—como una manada de tigres verdes—la invadió, reproduciendo en la vegetación lo que sucedió con el hombre.

El riesgo de los mayas sigue siendo nuestro riesgo. Junto a la polis (que es ciudad y es política) se avecina la selva.

Yo recuerdo una eterna discusión con Manolo Cuadra, que siempre defendía y proclamaba a ultranza la virtud de lo natural y de lo espontáneo. Lo sostenía (por llevar la contraria) contra Joaquín Pasos y contra mí cada vez que abríamos ante sus ojos un libro extranjero. Pudiéramos haberle dicho como el pintor Raúl Dufi: 'La naturaleza, Señor, después de todo, no es más que una hipótesis.' Porque el hombre no es natural sino histórico. El hombre es cultura. El hombre—si vamos al fondo de las cosas—es más cultura que biología. Biológica y antropológicamente inacabado, el hombre pasa del vientre de la madre al vientre de la cultura. Y se hace en el seno de su comunidad en un aprendizaje social. El hombre es cultivo. Es el fruto de una educación comunal: la comunidad lo forma o lo deforma.

En un cambio social, en una revolución y hasta en un golpe de Estado o Cuartelazo, el nicaragüense sufre el peligro de que su cultivo, es decir su civilización, sea agredida por el semillero del charral y crezca en su revuelta sociedad, además del odio—que es mortal—la jayanería, la profanación, el gusto vulgar por la destrucción y el rebajamiento.

En un proceso de mestizaje tan amplio y profundo como el de Nicaragua, mientras se llega a la difícil síntesis de un orden propio, las antítesis libran su batalla y la barbarie acecha. Tenemos todavía una capa muy delgada de civilización. Por cualquier anarquía salta el salvaje y... destruir es fácil. En pocos años se puede echar abajo un siglo de ganancias para el espíritu y para la civilización.

No es malo—por tanto—que aprendamos en la parábola del charral, que no basta la obsidiana de los mayas, ni el machete



de los nicas, para suprimir el charral. Los márgenes de rebeldía, anarquía o insociabilidad no son suprimibles por la represión, sino por la educación. Más todavía: la educación no suprime; orienta. El charral es una fuerza virgen, es la fecundidad sin ordenamiento y sin cultivo que, por frustración, se arma de espinas o lanza al aire sus polvos urticantes.

‘En tierra de charral se da a veces el mejor maíz,’ dice el refrán campesino.





# AMÉRICA O EL TERCER HOMBRE



COLECCION CULTURAL  
BANCO DE AMERICA  
NICARAGUA, C.A.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS  
FUNDACIÓN  
[www.enriquebolanos.org](http://www.enriquebolanos.org)

## Nota

'*América o el Purgatorio*' salió publicado en *El Pez y la Serpiente* # 7-8 (MAYO 1965-MARZO 1966). Una versión fragmentada apareció en la revista *Américas* de la Organización de Estados Americanos (OEA), en marzo de 1967.

'*La América de los poetas*' fue el discurso de PAC en la sede de la OEA, en Washington D.C., en la recepción del Premio Gabriela Mistral 1991.

El breve ensayo '*La utopía americana*' ha sido tomado y adaptado de la primera edición del diccionario filosófico *El hombre: un Dios en exilio* (Fundación Internacional Rubén Darío, Managua, 1991).

'*América o el Tercer Hombre*' es la conferencia que PAC dictó en la Universidad Católica de Santo Domingo, República Dominicana, en 1992, con ocasión del v Centenario del Descubrimiento de América.



## *América o el Purgatorio*

En el CANTO XXVI del *Infierno*, Dante descubre desde la poesía la existencia de América. El navegante que usa para este profético descubrimiento, no pudo ser mejor escogido: es Ulises, símbolo impercedero de la aventura.

Desde su condena infernal, Odiseo el urde-males, cuenta al Alighieri su último viaje y, moviendo la temblorosa llama de su lengua

*...disse: Quando  
mi diparti, da Circe...*

‘Cuando me separé de Circe,’ me lancé de nuevo hacia el mar abierto, crucé el Mediterráneo y dejando atrás Sevilla y Ceuta, pasé a través del ‘angosto paso’ donde Hércules erigió sus columnas terminales. Allí, al cortar con la quilla de mi negra nave las primeras aguas atlánticas, arengué a mis compañeros:

*O frati—dissi—che per cento milia  
perigli siete giunti a l’occidente,  
a questa tanto picciola vigilia  
de vostri sensi, che del rimanente  
non vogliate negar l’esperienza  
diretro al sol, del mondo sanza gente.*

*‘Oh, hermanos—dije—que por cien mil  
peligros habéis llegado al Occidente,  
ya que os queda un poco de tiempo*

*en vuestra vida, aprovechad lo que falta  
y no os neguéis a conocer  
ese mundo sin gente  
que se encuentra siguiendo al sol.'*

Adelantándose a Marco Polo y a Colón, Dante concibe en este canto un mundo post-atlántico e imagina o presente, en sus misteriosas lontananzas, un continente desconocido y despoblado.

El Almirante bien hubiera podido guiarse por las poéticas pero seguras señales de la *Divina Comedia*. Pasando el ecuador, hubiera mirado las estrellas del hemisferio norte mojándose en el mar, y, luego, cuando la luna apareciera y desapareciera cinco veces

*Cinque volte raccesso, e tante casso  
lo lume era di sotto da la luna*

observaría hacia el sur—con el asombro de Ulises—‘la montaña brumosa,’ la futura América, en sus costas brasileñas, colombianas o centroamericanas, ‘oscurecidas por la distancia.’ Mas el ingenioso ‘Odiseo’ no logra arribar al nuevo litoral, porque un violento turbión caribe lo sepulta en el seno de su implacable antagonista, el mar. Ulises muere frente a las playas de América.

El vaticinio geográfico adquiere, sin embargo, una inquietante derivación hacia el mito, cuando Dante abre su segundo libro y convierte la tierra descubierta por Ulises en la isla continental del Purgatorio.

En los primeros versos de su divino amanecer sobre estas tierras inéditas del *Purgatorio* (CANTO I, LIBRO II), Dante canta:

*Lo mi volsi a man destra, e possi mente  
all'altro polo, e vidi quattro stelle  
non viste mai fuor che alla prima gente.*

*'Me volví a mi derecha y paré mientes  
en el otro polo (el sur), y vi cuatro estrellas  
no vistas mas que por los primeros hombres.'*

Rubén Darío, en su 'Salutación al Águila,' anota con sorpresa esta intuición dantesca 'cuyos bajeles'—dice—'antes que los del sumo Cristóbal supieron nuestro cielo.' En realidad resulta un misterio cómo pudo el Alighieri saber o adivinar la existencia de la Cruz del Sur, cuando el primer europeo que contempló la refulgente constelación—reservada para guiar al 'mundo nuevo'—fue Américo Vespucio.

*¡O settentrional vedovo sito  
poiché privato se'di mirar quelle!'*

*'¡Oh, septentrión, sitio verdaderamente  
viudo, porque te ves privado de mirarlas!'*

grita el Dante a Europa, arrebatado por la maravillosa visión estelar.

Nuestro asombro crece cuando, al llegar al último terceto del primer canto, no sólo vemos adivinado el cielo, sino también la fecunda naturaleza de la nuova terra.

*O meraviglia! Che cual egli scelse  
l'umile pianta, cotal si renacque  
subitamente lá onde la svelse.*

*'Oh, maravilla cuando al arrancar  
una humilde planta crecida en la exuberante tierra  
otra planta súbitamente renace en el mismo sitio  
donde había arrancado aquélla.'*

Este dato de la fecundidad americana—que nunca desmentirán las feraces tierras de mi patria o las fecundas riberas del Magdalena o del Amazonas—agregado a las señales que el Dante ha dibujado

en su mapa de geografía profética, bastaría a cualquier navegante o viajero con imaginación para encontrar de nuevo a América.

Sin disipar el milagro de la poesía, nos parece natural, sin embargo, que la imaginación de Alighieri—como la de muchos poetas, incluso la de Colón—se volviera para soñar mundos hacia el lado donde aún existía lo desconocido. Las Columnas de Hércules tenían que ser, para el mundo antiguo mediterráneo, las jambas de las puertas del sueño. Pudiéramos decir que para los antiguos allí comenzaba el ‘surrealismo.’ Pero el vaticinio de América lo completa el Dante con otro informe inesperado: en esa tierra está el sitio del Purgatorio. Y algo más: su topografía remata en un altísimo monte (probablemente una visión anticipada de las estelares elevaciones andinas), en cuya inaccesible cumbre coloca el Paraíso Terrenal. Y dice:

*Quelli ch'anticamente poetaro  
l'età dell'oro e su stato felice  
force in Parnaso este loco sognaro.*

*'Los que antiguamente poetizaron  
la Edad de Oro y su estado feliz  
quizás el Parnaso en este lugar soñaron.'*

Los exilados del Parnaso probablemente pensaron y aún piensan, que al recargar el Dante su adivinación del Nuevo Mundo con estos dos elementos imaginarios y ultra-reales (Purgatorio y Paraíso), destruyó su vaticinio de América en el mismo momento en que lo elaboraba. Pero resulta lo contrario.

Purgatorio y Paraíso son dos características míticas que completan su descubrimiento poético de América: ellas confirman la fisonomía de América, tanto como la luz del ‘Crucero’ que signa nuestro cielo y como la fecundidad que sigue emborrachando de vegetación nuestro suelo.

En efecto: al colocar el Purgatorio en América, Dante concibe nuestro ‘nuevo mundo’ como ‘otro mundo,’ pero vinculado



geográficamente con el antiguo. Es un mundo 'futuro' al cual, sin embargo, se puede llegar por el mar. En la concepción de Alighieri, el hombre que cruza el océano sufre un cambio fundamental, pasa de un lugar de fe—que se enjuicia por el pasado—a un lugar de esperanza—que se enjuicia por el futuro—. El Purgatorio es el lugar de la esperanza, el lugar de la espera, y el único objeto o finalidad del que solamente espera es el porvenir.

*E vei jausen lo jorn, qu'esper, denan*

*'Veo contento el día que, en adelante, me espera'*

canta Arnaut, en provenzal, en uno de los últimos círculos del Purgatorio. No es por coincidencia que a ese lugar en el que Dante colocó el Purgatorio, la historia haya querido llamarle 'El Continente de la Esperanza.'

En su famosa carta de Jamaica, en el purgatorio de la espera de su gran empresa libertadora, Bolívar escribía en 1815:

*Toda idea relativa al porvenir del Nuevo Mundo me parece aventurada. ¿Se pudo prever, cuando el género humano se hallaba en su infancia, cuál sería el régimen que abrazaría para su conservación?. En mi concepto esta es la imagen de nuestra situación: nosotros somos un pequeño género humano, poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias...*

Notemos que Bolívar usa casi el mismo concepto de Dante Alighieri: 'Somos un mundo aparte.' Bolívar se siente en otro mundo que es nuevo. Bolívar consagra sacerdotalmente—una vez más—la palabra nuevo (lo nuevo), como la palabra sagrada y talismánica del continente. Bolívar mira a su pueblo como un pequeño género humano que comienza. La historia, para el Bolívar que escribe desde Jamaica, va a comenzar con él. No hay pasado. Sólo hay futuro.

Se me dirá que esta concepción futurista de América y esta conciencia de lo nuevo en Bolívar y en los pensadores independentistas o liberales americanos, es el producto de la mentalidad revolucionaria en todas partes del mundo. Es verdad pero sólo hasta cierto punto. Un revolucionario francés podía creer que empezaba una nueva época, un nuevo tiempo, pero conservando la experiencia del pasado como una etapa anterior dialéctica, necesaria—por lo menos—para no volver a repetirla. Para el revolucionario europeo, dice Leopoldo Zea, ‘el pasado sigue formando parte del presente y es una función del futuro; pero no lo es en forma tal que signifique un estorbo, un impedimento o un obstáculo; todo lo contrario, es la experiencia que ha permitido el presente y ha de permitir el futuro y que por tal razón no tiene porqué seguir siendo en otra forma que esa de haber sido.’ El europeo revolucionario le niega vigencia al pasado. El hispanoamericano lo destruye. O, como agrega Zea: ‘El iberoamericano no entiende la negación del pasado en forma de asimilar o de conservar, sino en forma de amputar.’ Corta con él. Lo abona a cuenta del viejo mundo, porque su Nuevo Mundo es futuro.

Recordemos que el primer acto, la primera medida, del primer conquistador de América—Hernán Cortés—fue quemar sus naves. Quemar simbólicamente su unión con el pasado para comenzar la nueva historia. En las mitológicas llamas de las naves de Hernán Cortés comienza a arder el purgatorio de América.

Cada conquistador quiere fundar algo nuevo, algo distinto: una nueva España, una nueva Granada, una nueva Segovia, una nueva Jaén. Un mundo donde puedan realizarse los sueños de grandeza, o de poderío, o de privilegios, o de organización social, o de vida paradisíaca, que en Europa ya no eran posibles. A veces se proyecta o se piensa en un nuevo imperio superior al romano, o en un nuevo gran imperio cristiano universal, o en un nuevo imperio cristiano indígena sobre el trono de los incas. A veces en un nuevo feudalismo. A veces en algo impreciso e inusitado como en los proyectos del Padre Las Casas, o como en las reducciones de los jesuitas en Paraguay.



Este sentido purgatorial dispuesto para la utopía, se agrava por la forma en que fue poblada América de europeos, no de una sola vez, sino en oleadas incesantes de colonizadores y emigrantes. Son oleadas que van formando o conformando una psicología continental. Porque el emigrante europeo casi siempre llega a América como quien viene—en el más exacto sentido dantesco— a ‘otro mundo.’

Aunque jugando con la palabra (y con el amor) ningún europeo ha expresado mejor este concepto que Lope de Vega en su carta-poema a la bella Amarilis, su enamorada poetisa del Perú, donde le dice:

*Agora creo, y en razón lo fundo  
Amarilis indiana, que estoy muerto  
pues vos me escribís del otro mundo.*

El europeo vino y viene de un mundo hecho—donde los cánones del pasado tienen la fuerza del cimiento que soporta el presente— y llega a un mundo por hacer, a un mundo que todavía actualmente tiene un cierto aire de mundo virgen o inocente, o que se hace el inocente, a un mundo inicial y con una sola dimensión conjugable: la de su futuro.

Atravesar el mar va perdiendo así su sentido de viaje geográfico, para convertirse en cambio de vida. La idea del barco ‘trasatlántico’ nació para acunar este sueño. El ‘trasatlántico,’ como transporte casi edénico, fue el fruto de un mito. Es un poco el diseño dantesco sofisticado del barco que nos lleva al Paraíso.

Pero el europeo no sólo llega a América, sino que la descubre. Cada inmigrante es un Cristóbal Colón que descubre a América como su nueva vida, como su nuevo mundo. Entra en ella a su futuro y quema su pasado, porque para vivir a América su pasado no le sirve. Viene buscando futuro y el futuro del hombre es siempre un proyecto de Paraíso. Aquí se cumple la segunda característica que Dante adjudica a América. La de ser la tierra, el lugar de la tierra donde existe el Edén.

Durante los primeros años del descubrimiento y la colonización de América, el mito de Dante es historia al pie de la letra. Colón mismo asegura con toda firmeza que ha descubierto el Paraíso Terrenal, y cree localizar su emplazamiento en la desembocadura del Orinoco. Luego vienen los innumerables capitanes —los grandes capitanes del sueño de América— que van en busca de El Dorado, de la Fuente de la Juventud, de Las Siete Ciudades Encantadas y tantas otras utopías a las que hay que agregar, siglo tras siglo, año con año, los íntimos sueños personales de pequeños Dorados, ilusiones y edenes menores, que cada soldado, cada poblador, cada tendero, cada inmigrante acarició al acercarse a las playas de este mágico desconocido nuevo mundo.

Si abandonamos el punto de vista europeo o inmigrante para tomar el indígena, nos encontramos con la extraña sorpresa de que también la mayor parte de las grandes culturas prehispanas de América poseían ideas cósmicas que vienen a ser como la contraparte o el complemento de la pre-visión del Dante.

Tanto los mayas como los aztecas, los pipiles, los nicaraguas y chorotegas—es decir, las principales culturas de Mesoamérica—creían que la tierra estaba rodeada por un anillo de agua y que esa inmensa masa de agua circundante era en náhuatl: Teoatl, agua divina, o Ilhuica-atl, agua celeste, porque se juntaba en el horizonte con el cielo. Por ese mar vertical—bajada líquida del cielo—creían que habían arribado, en el remoto pasado, los divinos fundadores de sus pueblos. Por ese mar se había ido y por ese mismo mar divino esperaban que regresara, la apasionante figura mítica de Quetzalcóatl, creencia de la que tanto provecho sacó Hernán Cortés para poder introducirse—por cuanto venía del mar—en el corazón del poderoso imperio azteca, y dominar a Moctezuma.

También el cacique filósofo de Nicaragua, en sus famosas preguntas al conquistador Gil González Dávila, deja entrever la misma concepción cosmológica del mar como camino del cielo, al interrogarle cómo había descendido, si en zigzag o directamente por el líquido espacio vertical.

Pero por otra parte, según Seler, ellos creían también que los muertos en su viaje al infierno tenían que cruzar un amplio mar, que se decía Chicunauh-apan—‘el extendido nueve veces’—. Todo pueblo ultramarino—que venía de fuera—era, por tanto, para ellos, de ‘origen divino.’ El mar, también para ellos, comunicaba con ‘otro mundo’ y ofrecía así una correspondencia pasiva al mito dantesco.

Agreguemos a esta interesante coincidencia la concepción cíclica de las edades en estos mismos pueblos mesoamericanos, para los cuales cada 52 años terminaba el mundo antiguo, terminaba—como traduce Miguel León Portilla—‘una atadura de años’ y se encendía el fuego nuevo, destruyéndose o sepultándose el pasado de tal modo que las inmensas pirámides eran recubiertas de otras nuevas. George C. Vaillant, al estudiar la vieja pirámide de Tenayuca, señala pormenorizadamente las fechas de varias reconstrucciones (muertes y resurrecciones cíclicas) en 1507, 1455, 1403, 1351, 1299... y así el inmenso monumento pudiera haber seguido siendo el calendario de la historia hispanoamericana que en cada siglo amputa su pasado—o quema sus naves—para conjugar el futuro.

¿No se encuentra ya escrita la Carta de Jamaica o la obstinada vocación purgatorial de América en las estelas de esas alucinantes ciudades mayas, abandonadas en su esplendor en el secreto de la selva para crear nuevas ciudades, ciudades deshabitadas por apocalipsis cíclicos, donde el fuego verde de la selva es también un Purgatorio que quema el pasado para producir ‘lo nuevo’?

(La ciudad mítica de la nostalgia del Paraíso, por otra coincidencia, tenía el mismo nombre para el mundo latino que para el mundo náhuatl de Mesoamérica: Thule o Tula; Tola para los nicaragüenses. Dice George Uscatescu en su libro *Utopía y plenitud histórica*: “La prueba que entre la nostalgia paradisiaca y la nostalgia utópica existe un parentesco esencial, nos lo ofrece el hecho de que una palabra como Thule, eterno símbolo de las evasiones hacia un mundo de utopía, parece ser—según Guenon—

más antigua que la palabra 'Paradesha'. Además, se trata de un símbolo que en las más diversas fabulaciones míticas presenta idénticas designaciones. Como tantas veces, la utopía ha sido como una especie de horizonte indefinido de la realidad. Para la imaginación de los pueblos, desde los indios precolombinos que soñaban con islas misteriosas, 'tierras en medio de las aguas,' hasta el mundo greco-latino que añoraba la misteriosa, lejana, última Thule—*nec sunt terris ultima Thule*—, hasta la confusión de Thule con la Atlántida o con otros Continentes desaparecidos, Thule o Tula era como una especie de orilla donde el mundo de la utopía se une al mundo de la geografía concreta. Bajo el mismo nombre se ha designado unas veces Isla Blanca, afortunada, una montaña, hiperbórea, igualmente blanca, montaña del sol, lugar de supremas bienaventuranzas, la Tierra Pura, imagen concreta de una absoluta 'anamnesis,' de la utopía platónica”).

Pero volvamos a la América ya anexada a la cultura occidental. A Hispanoamérica. En su configuración Hernández Sánchez Barba observa dos factores decisivos que yo llamaría el sanchesco y el quijotesco.

El primer factor de la empresa española en América lo marca la necesidad, el deseo y la esperanza de mejorar en el orden material. Para estas gentes 'las Indias se revelaron entre las brumas del mito áureo, a través de la propaganda colombina y las posteriores realidades de las perlas, el oro y la plata, una oleada de maravilloso recorrió las conciencias de todas aquellas gentes social y económicamente desposeídas. Para ellas—como para los hidalgos—aquellas tierras que emergían en el lejano horizonte atlántico se presentaban como una indudable solución para sus graves problemas vitales.' Para los Sanchos, América era el lugar de la fácil solución.

El segundo factor, el quijotesco, es el que delinea una misión sagrada de España en América. El ideal humanista y cristiano que veía en América el centro expansivo de la *Philosophia Christi*.

Son dos vertientes. 'Indias de la Tierra e Indias del Cielo,' dijo

Mariano Picón Salas al constatar esta doble escarpa. Doble finalidad que, con la rudeza propia del soldado, confiesa Bernal Díaz del Castillo: venimos 'por servir a Dios, a Su Majestad y dar luz a los que estaban en tinieblas, y también por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente buscamos.'

Pero ambos factores—el sanchesco y el quijotesco, que ya los une Bernal—acaban fundiéndose, como en el libro de Cervantes, en un tercer factor: cuando se enfría la fe y se desacralizan los ideales y cuando, por otra parte, el oro y las perlas se agotan, entonces los Quijotes y Sanchos americanos se unen para una nueva empresa: la utopía política. Ya no se trata de encontrar El Dorado, sino de construirlo. Si el Paraíso no estaba en la desembocadura del Orinoco, podíamos intentar hacerlo como empresa política.

El estallido de la Independencia fue, sobre todo, la violenta irrupción de este tercer personaje sancho-quijotesco. Personaje que ya había ido conformándose en una lucha sorda desde el primer momento histórico de la Conquista.

Sería interesante una historia de esa lucha mítica. En Nicaragua se escribe su primer capítulo en plena fundación, cuando utopía y realidad chocan en la rebelión de los hermanos Contreras—que asesinaron al Obispo de León—y se alzan proclamando un nuevo imperio incaico. En México con la conspiración de Gil González y Alonso de Ávila. Luego en Panamá con la ejecución de Vasco Núñez de Balboa, que es la realidad decapitada por la utopía. Luego la lucha entre 'gachupines' (o recién llegados) y criollos (o colonos viejos, hijos y nietos de conquistadores): topía contra utopía, etcétera. Corrientes encontradas que al cabo se funden hasta formar el grueso caudal heterogéneo—donde se mezclan Purgatorio y Paraíso—de la América independiente.

En esta nueva etapa sería también interesante analizar las extrañas mezclas y sumas que se verifican de las nuevas utopías europeas con las utopías que pudiéramos llamar autóctonas de América. Sólo señalamos, como ejemplo, la influencia profunda

de Juan Jacobo Rousseau en nuestros próceres, cuyo mito del buen salvaje encuentra tan sólidos asideros en los escritos del Padre Las Casas. Pero lo importante para el punto de vista de este ensayo es la vuelta al principio, la nueva fundación de un Nuevo Mundo, la pirámide que recubre la pirámide, verificada en el pensamiento del hombre de la Independencia.

Desde la aurora misma de nuestra Libertad, el pensamiento americano, casi en su totalidad, reemprende la búsqueda de un Paraíso político y vuelve a quemar el pasado, dirigiéndose decididamente hacia el futuro, y ejercitando constantemente el vaticinio. Desde entonces más parece nuestra América un continente de profetas que de filósofos.

Comencemos por Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar. Como si se colocara incluso ortográficamente en el comienzo del mundo, escribe en 1842: 'Dónde iremos a buscar modelos? La América española es orijinal = orijinales han de ser sus instituciones y su gobierno = i orijinales los medios de fundar uno i otro. O Inventamos o Erramos.'

De no menos extraño modo lo dice Juan Bautista Alberdi, el argentino: 'La filosofía americana debe ser esencialmente política y social en su objeto, ardiente y profética en sus instintos.' Y Lartarria, enarbolando la bandera de una revolución permanente contra 'el despotismo del pasado,' predica que toda relación y todo vínculo entre Europa y América debe evitarse, porque América 'va a crear' una vida nueva.

Para Justo Sierra, el educador mexicano, la enseñanza de América 'no tiene abuelos'; no debe tener historia, sino comenzar nueva y original en América. Eugenio María de Hostos pide también una enseñanza nueva, una especie de 'suma' de todas las verdades que el hombre ha alcanzado, una 'cultura cósmica' para 'formar hombres en toda la extensión de la palabra, en toda la fuerza de la razón, en toda la energía de la virtud, en toda la plenitud de la conciencia.'

Todos ellos son filósofos y educadores que sueñan en una plenitud de perfección utópica que sólo se puede dar—con

características casi edénicas—en América. Es la idea paradisiaca que hace exclamar, con toda la retórica del s. XIX, a otro gran ideólogo americano, Manuel González Prada: 'Una vieja Atlántida se hunde poco a poco bajo las aguas del Océano; pero un hermoso y nuevo Continente surge del mar ostentando su flora sin espinos y su fauna sin tigres.'

Casi todo el pensamiento de América es una exploración de 'lo nuevo.' Y lo nuevo al menor circuito provoca la profecía. Ningún ejemplo mejor que José Vasconcelos, uno de los más orientadores maestros de América: 'Hispanoamérica está formando una raza nueva. Una raza de síntesis que aspira a englobar y expresar todo lo humano en maneras de constante superación. Es en esta fusión de estirpes donde debemos buscar el rasgo fundamental de la idiosincrasia iberoamericana.' E inmediatamente agrega, entrando ya al vaticinio: 'El negro, el mongol, el blanco, el judío y tantos que han venido y otros más que vendrán... ¡así se nos ha de ir haciendo un corazón sensible y ancho que todo lo abarca y contiene y se conmueve, pero, henchido de vigor, impone leyes nuevas al mundo. Y presentimos como otra cabeza que dispondrá de todos los ángulos para cumplir el prodigio de superar la esfera. La predestinación del continente nuevo es construir la cuna de una quinta raza en la que se fundirán todos los pueblos, para remplazar a las cuatro que aisladamente han venido forjando historia.'

Como Vasconcelos, o como Eugenio María de Hostos, Carlos Vaz Ferreira sueña también con una 'síntesis moral futura' y sus 'cristos oscuros' los vemos en un viacrucis utópico avanzando 'en progreso hacia el paraíso de la conducta humana.' Y José Ingenieros nos sorprenderá con sus 'proposiciones relativas al porvenir de la filosofía.' Y José Enrique Rodó, aunque ya no quema el pasado, siempre se lanza a conjugar el vaticinio, anunciando a América una síntesis del sentimiento de igualdad, herencia del cristianismo; con el sentido de orden y jerarquía, herencia de las civilizaciones clásicas. Y profetiza: 'El porvenir sintetizará am-

bas sugerencias del pasado en una fórmula inmortal. La democracia, entonces, habrá triunfado definitivamente.’

Es decir: apenas nuestros pensadores abandonan las llamas del Purgatorio americano—la quemante sala de espera del futuro—ascienden al otro lugar que Dante radicó también en América. Suben a la conciencia de un Edén, de ‘un paraíso de la conducta humana’—según Vaz Ferreira—, de un mundo nuevo que estará poblado—según Vasconcelos—por una especie de Adán cuya cabeza dispondrá de todos los ángulos para mirar la historia, y donde—según Rodó—reinará en eterna primavera la Democracia.

Hay, pues, una corriente en América que rehuye detenerse en el presente. La historia que hace o quiere hacer es siempre proyecto. Ni Egipto, ni Grecia, ni Roma, ni ninguna otra cultura—excepto Israel—se ha hecho como esperanza o profecía. Nuestros pensadores se han encargado de imprimir velocidad (e incluso mayor fugacidad) a la historia de proyectos y de promesas de nuestros políticos, y así nuestra historia rara vez ha sido verdadera historia, sino preparación y esperanza de una realidad venidera. América ha sido siempre posible, pero sólo raras veces se ha detenido para serlo.

Me impresiona siempre, en este respecto, ese máximo fenómeno purgatorial de nuestra cultura americana y el intenso drama que significa para ella: me refiero al hecho de que somos la única cultura con una historia que no sólo se hace, sino que se escribe—desde el comienzo—en absoluta polémica; me refiero al hecho de poseer paralela a nuestra historia, una permanente, fiscalizante y acusativa Leyenda Negra.

La Leyenda Negra no es la obra de nuestros enemigos aunque ellos la han usado. Es el fruto más auténtico de nuestra propia actitud purgatorial y crítica del pasado, la expresión de una constante inconformidad con el pasado de parte de aquél que, atraído por la Esperanza, tiene siempre como meta—que naturalmente nunca alcanza—un Paraíso.

Sin embargo los americanos lo mismo que los europeos, cuando hablan de Leyenda Negra se refieren únicamente a la que



cubre parasitariamente la obra de España en América. No nos hemos dado cuenta que en la historia de América todo capítulo de la lucha por la libertad tiene una parte de historia y otra de leyenda negra. Que nuestra fabricación de leyenda negra no solamente cubre el pasado hispano, sino todo pasado. Lo que más cuesta a un héroe hispanoamericano no es pasar a la historia, sino sacudirse la leyenda que inmediatamente trata de sofocar su figura, porque nuestra visión política del mundo es utópica y con esa visión todo acontecimiento histórico se realiza contra una topía (el orden existente en el pasado) para que surja una nueva utopía; y, por lo tanto, lo que queda atrás, con sus héroes y próceres, debe ser quemado en holocausto a 'lo nuevo.' Todo período superado o derrotado pasa a ser cubierto por el dicitario, el desprecio y la leyenda negra. Todo partido que cae es culpable. Toda revolución que nace— aunque sea un cuartelazo— es un 'mundo nuevo.'

Nada ha cooperado tanto en ese cultivo tropical de leyendas negras como el exilado. Cada capítulo o proceso de la libertad en América— porque cada revolución propone un aspecto de la libertad todavía no conseguido— tiene como contra-réplica un capítulo de exilio. A los hombres que triunfan y llegan al poder, corresponde un desplazamiento de hombres que pasan al destierro. Y el exilado, al perder la realidad, regresa al sueño. A todos los sueños irrealizados del americano el exilado suma el suyo. Suma su esperanza desesperada de desterrado. Agrega su fuego al purgatorio de América.

Es apasionante encontrar de nuevo al Dante en este recodo imprevisto de la historia política de la libertad en América. La figura que Alighieri coloca como 'baile' o custodio del Purgatorio es Catón— el repúblico epónimo de nuestros libertadores— el cual, no queriendo sobrevivir a la pérdida de la libertad romana, se suicidó en Utica, ciudad de África, último baluarte de los defensores de la república. Las palabras que sobre Catón dice Virgilio a Dante en la *Divina Comedia*, pudieran grabarse en cual-



quier pedestal de cualquiera de las abundantes estatuas a la Libertad que se levantan en las plazas de América.

*Or ti piaccia gradir la sua venuta:  
 Libertá va cercando, che é si cara,  
 Come sa chi per lei vita rifiuta.  
 Tu il sai, che mon ti fu per ley amara  
 In Utica la morte, ove lasciasti  
 La veste che al gran dí sará si chiara.*

*'Que te sea grata, pues, su llegada:  
 va buscando libertad, que es tan amada,  
 como lo sabe el que por ella desprecia la vida.  
 Tú lo sabes, tú, a quien no le fue por ella amarga  
 la muerte en Utica, donde dejaste el traje  
 de la vida, que tan hermosamente brillará en el gran día.'*

No puedo resistir la tentación de subrayar el acento emigrante, o si se prefiere exilado, tan hondamente americano—de gente de pasa-mar o de destierro—del citado verso en que Dante explica la razón del viaje: Libertá va cercando (Va buscando libertad). ¿Libertad para qué?, se preguntará el historiador. Para desarmar, como antes dije, la utopía de ayer y montar la de hoy. Es la libertad como insatisfacción permanente. Cada generación quiere conjugar su futuro sobre borrón y cuenta nueva. Cada generación pide relevo para llevar la angustiada piedra de Sísifo a la cumbre de 'su' tiempo.

En este mítico caer y levantar de la esperanza latinoamericana es donde se deben buscar las raíces del hondo daño causado sobre nuestro destino por el imperialismo norteamericano. No trato de disminuir sus brutales torpezas de crecimiento, pero es que en ese crecimiento devorador, nosotros colaboramos con el 'imperialismo al revés' de la imitación. Hastiados de buscar el Paraíso en nosotros mismos, lo buscamos fuera. El político hispanoamericano al ver que la historia se le escapa, se desengaña

de sí mismo; pero, movido por la inercia de su esperanza paradisiaca, pasa a buscar fuera de sí ese Paraíso.

En ninguna etapa se aprecia esto con más paradójal virulencia que durante el predominio de la filosofía positivista. Aquella ‘emancipación mental’ que todos los dirigentes de América creyeron los llevaría a ‘un nuevo orden’ realista y material —al ‘sendero florido del progreso,’ que decía Barreda—al ‘nuevo hombre, despojado de prejuicios metafísicos y de la mentalidad forjada por España y su escolástica’; desembocó en el más agudo pesimismo: se llegó a considerar irredento al indígena; un error irreparable el mestizaje o ‘acholamiento’ de nuestra raza; hostil e indomable nuestra naturaleza (‘pueblo enfermo’ el de América, fue el inapelable diagnóstico de Alcides Arguedas). Y de ideólogo en ideólogo, desde Sarmiento a Arguedas, pasando por Bunge (aunque no sin reacciones clarividentes de otros que sería largo de citar), la filosofía que se creyó más segura de apresar la realidad americana y de afirmarla, renegó de esa realidad, quiso hasta cambiar la sangre misma de las venas de América, y acabó promoviendo—en un desorientado complejo de inferioridad—la sajonización de Hispanoamérica, la ‘nordomanía’ de que hablara luego José Enrique Rodó.

Nada más ajeno a nuestros pensadores y políticos que permanecer fieles a nuestros orígenes. Debíamos transformarnos. ¿En quiénes? En otro; no en nosotros. Así, negando nuestras realidades, dimos a los Estados Unidos, como réplica, nuestra debilidad imitativa. Así, pues, cuando Norteamérica levantó los primeros éxitos de su organización política y económica, nuestra América Latina miró hacia ella encandilada. Era una hermosa erupción de rascacielos y de máquinas, una nueva edición ya no fantástica sino científica, de ‘Las 7 ciudades encantadas’ y eléctricas.

Ante ese encantamiento de lo práctico, ante esa magia nueva de lo pragmático, todos los viejos ideales y todo resto de tradición debían arder. Había que reeducar al hispanoamericano, sacarlo de sí mismo para sacarlo de su fracaso, ‘dotarlo de los



hábitos y costumbres de los hombres que verdaderamente estaban haciendo el nuevo mundo.’

En ese nuevo mundo, entre sus fábricas, sirenas, inventos, negocios y eficacias técnicas, se alza la gran voz de su profeta. La voz del barbado Walt Whitman que, con acento de cadencia inaudita llamaba a todas las tribus de la tierra, llamaba a todos los hombres futuros:

*Poetas del porvenir: ¡oradores, cantantes, músicos del porvenir!  
No es el día de hoy el que debe justificarme y expresar porqué estoy aquí.  
Sois vosotros los de la raza nueva, autóctona, atlética,  
del Continente más grande que los de todas las razas conocidas  
/hasta la fecha,  
¡levantaos! ¡es necesario que me justifiqueis!*

El profeta yanqui condena el pasado (‘el pasado es cadáver’) y, alentado por el fabuloso optimismo de su pueblo, ‘proyecta la historia del futuro,’ ‘esboza lo que aún está por nacer,’ ejerce la profecía tan grata a los latinoamericanos, ofrece la cosmópolis futura, la herencia final del hombre por venir...

Y la corriente caudalosa de la utopía comienza a moverse en el sur hacia el norte. Ha surgido un nuevo guía dantesco en el Purgatorio de América. ‘El paraíso futuro es aquí,’ dice. Y Carl Sandburg, el discípulo más fiel del barbado profeta, vuelve a repetir:

*Yo hablo de nuevas ciudades y de nueva gente.  
Te digo que el pasado es un cubo de cenizas.  
Te digo que el ayer es un viento ido.  
Un sol que se ha puesto en el oeste.  
Te digo que en el mundo sólo hay  
un océano de mañanas  
un cielo de mañanas.  
Yo soy un hermano de los desgranadores de maíz que dicen:  
‘Mañana será otro día.’*

Esa es la voz del Norte que nuestra América escucha y comprende con el gozo de la reincidencia. 'El pasado es un cubo de cenizas' y es allí, en ese futuro naciente, donde se abre el Paraíso nuevo, el Paraíso de la eficacia y del confort, el tiempo nuevo donde el tiempo es oro—time is money—. Y nuestra América vuelve a despojarse de su historia para llegar a ese Paraíso. Constituciones imitan. Políticos imitan. Pensadores piensan imitando. ¡Otra vez en busca del Dorado!

Entre el pasado que nuevamente quema, Iberoamérica olvida el consejo de su más grande hombre: Simón Bolívar, uno de los pocos políticos que luchó con la utopía como Jacob con el Ángel. Bolívar había dicho: 'Se quiere imitar a los Estados Unidos sin considerar la diferencia de elementos, de hombres y de cosas.' 'Yo pienso—agrega—que mejor sería para nuestra América adoptar el Corán que el gobierno de los Estados Unidos, aunque es el mejor del mundo.' 'Son pueblos distintos que persiguen una meta común, pero a la cual tendrán que llegar por sus propios caminos.' Pero, ¿cuáles son nuestros propios caminos?

Será hora de preguntarse aquí—en este círculo o etapa de nuestro Purgatorio—si el encandilamiento utópico, si el 'mañanismo' proyectista y profético que abunda entre nuestros políticos, ideólogos y pensadores, ha contagiado con igual fuerza a otras zonas de nuestra cultura. ¿Cuál ha sido la actitud del poeta hispanoamericano? ¿Qué América habita el hombre creador, y qué América nutre sus creaciones?, ¿la de Arnaut? ('E vei jaussen lo jorn, qu'esper, denan,' ¿o cuál?).

Recordemos que el Dante hace morir a Ulises frente a las playas de América. Lo digo porque, según Danielou, Ulises simboliza el sentido de la poesía de Occidente.

La nostalgia de los orígenes, lo que Proust llamaba 'la recherche du temps perdu,' es la dirección vital de la poesía. "Esto es verdad—dice Danielou—para la poesía individual, que definiré como un esfuerzo por encontrar el Paraíso perdido de la infancia, la inocencia original, pero una inocencia menos ética que estética,

la frescura de las primeras sensaciones, de las primeras emociones del corazón. Por esta razón, los recuerdos de la infancia forman el tesoro inagotable de los poetas, tesoro al cual se refería Rilke en su carta a un joven poeta: ‘Nos queda nuestra infancia, esa preciosa, esa real riqueza, ese tesoro de recuerdos...’ Y esto, que es verdad referido a la infancia del hombre, lo es también acerca de la infancia de las naciones y de la infancia de la humanidad. No es sin razón que el sujeto del gran poema de Homero es el retorno de Ulises. Aquello que Homero ha cambiado es la nostalgia, el *sehnsucht*, el deseo doloroso del retorno después de las vicisitudes de un viaje que no ha conducido a ninguna parte. Virgilio y Beroald se han inclinado también sobre los orígenes de Roma y de Francia. Más directamente todavía, el primer Paraíso de la infancia de la humanidad—sujeto de la obra de Milton—‘el secreto de la descendencia de las cosas,’ es el que Maurice de Guerin buscaba siguiendo a Ballance. El gusto de lo primigenio, de lo original, es la esencia de la poesía. Y esto está ligado a la experiencia de la acción destructiva del tiempo. Son los elementos que vienen a formar el mito—que nos definieron Van dee Leeuw y Eliade—de los tiempos primordiales donde las energías del hombre y del cosmos, amenazadas por la degradación de los tiempos, ‘renuevan su vigor por la virtud de los ritos.’

Sin embargo, hay que hacer notar que Dante—quien desconocía la *Odisea* de Homero—desarrolla el mito de Ulises como la figura que atraviesa el límite puesto al ímpetu del saber y del conocer del hombre, ‘y por eso lo hace morir a la vista nel mondo senza gente’ (cito a Miguel de Ferdinandy). No es el Ulises de Homero que vuelve, no el que cierra armoniosamente su ciclo con el retorno; sino el trágico de los otros mitos más antiguos que el de Homero (del cual nos hablan Hesíodo, Cicerón, las leyendas etruscas o La Eneida de Virgilio, etc.), el Ulises errante que inquieto viaja sin llegar, ama sin quedar y funda ciudades sin obtener patria alguna. Este Ulises muere castigado a causa de su *hybris* que fuerza las puertas del secreto mundo y es sumergido

y perece en el océano—com' altrui piacque—antes de poder llegar a la nueva prohibida tierra.

Delfin Santos, el pensador portugués, refunde este mito en El hombre de Occidente cuando dice: 'O homem occidental perdeu-se, na sua ansia de conquista, pelos caminhos que descobriu, e esqueceu-se de voltar a si mesmo.' ¿Podrá decirse, por tanto, que nuestra poesía perdió aquí también, como Ulises, su retorno? En otras palabras, ¿es que cambia en América la esencia de la poesía y es que la Edad de Oro—los 'siglos dichosos'—de que hablaba Cervantes, han sido trasladados de la nostalgia a la esperanza, del recuerdo a la profecía? ¿Cuál ha sido—repetimos—la actitud del poeta, del creador hispanoamericano?

Nuestra historia literaria tiene una dramática trayectoria dual. No el antagonismo que observamos entre historia y leyenda, sino una lucha de dos tiempos contrapuestos que sólo muy lentamente llegan a fusionarse. Yo la definiría como una lucha de ojos: ojos que sólo ven lo que conocen, es decir, ojos que no ven a América ni captan su realidad, sino que anteponen a la realidad la visión literaria de Europa ('el mirar se hereda,' dice Luis Rosales), y ojos que descubren, que conocen lo que ven. Ambos ojos, o si se quiere, ambos modos de ver, producen dos tradiciones literarias que se contradicen (pero que se influyen), dos ritmos estilísticos que se oponen (pero que a veces se fusionan), dos tiempos simultáneos hostiles: el de un Nacimiento (que es el tiempo de América) y el de un Renacimiento (que es el tiempo de Europa, cuando América inicia su historia). Colón es, literalmente, nuestro primer encubridor. Aquellas 'huertas de árboles las más hermosas que yo vi, é tan verdes y con sus hojas como las de Castilla en el mes de abril a mayo...' aquella naturaleza idílica 'y el cantar de los pajaritos que parece que el hombre nunca querría partir de aquí,' etcétera, nos indican—como observa agudamente Leonardo Olschki, que 'la óptica del Almirante estaba, en realidad, predeterminada por una tradición que es la del paisaje literario provenzal.' Colón no cita, como ha apuntado Palm

(citados ambos por Mario Sánchez-Barba en su libro *Historia Universal de América*) los esteros pantanosos de los ríos, ni sus colores nada idílicos, ni el fango brutal, ni el pavor de las selvas, ni las asfixiantes polvaredas. 'Reconoce lo que la imaginación daba por existente.' Lo otro no lo ve.

Los siguientes cronistas abren la otra corriente: Bernal Díaz, Hernán Cortés, Cieza de León, etc., 'ven' a América. La crónica sí da el cronos, el tiempo de América. Es la más poderosa y vital arteria del americanismo literario. América, dijimos, no ha tenido historia; sí ha tenido crónica. La primera expresión de América—su verdadero descubrimiento—halló cabida en ese molde medioeval y popular (no renacentista) de la crónica, más de acuerdo con el 'tiempo' real de América. Y la autenticidad expresiva de la crónica fue tal, que en ella está la vertiente de la novela americana, en ella la fuente y caudal de nuestra épica: crónica es nuestra mejor literatura indígena, crónica el Inca Garcilaso y lo verdaderamente épico de *La Araucana*; o del *Arauco* de Oña y *El Carnero* de Rodríguez Freile, y Sigüenza y Núñez de Pinedo y Concolorcorvo, y lo fecundo de *Facundo* y *Martín Fierro* y toda una vasta ramificación del cronismo —en prosa y poesía—en cuya retina queda dibujada la realidad auténtica de América.

En cambio nuestra poesía culta, que parece iniciarse con ojo descubridor como en el citado Alonso de Ercilla (en el cual ya lucha la visión del cronista con la anacrónica inserción de la mitología grecolatina que anula o enajena la percepción de la naturaleza); la poesía, digo, pronto se desentiende del mundo que ve. Lo recubre, como Colón, con un paisaje literario importado o cae en lo afectado encubriendo o fingiendo su paisaje interior, propiciando la utopía. Con frecuencia la lengua de esa poesía no es propiamente española—está tan alejada del habla cotidiana y del dramático proceso interno, tan apasionante, del castellano en América—que parece una traducción del latín. Cuando describe: es 'la descripción cifrada' de que nos habla



Bernardo de Balbuena (¡tan pretencioso y paradisíaco, como buen criollo!):

*Al fin, aqueste humano paraíso  
tan celebrado en la elocuencia griega  
con menos causa que primor y aviso,  
es el valle de Tempe en cuya vega  
se cree que sin morir nació el verano  
y que otro ni le iguala ni le llega.  
Bellísimo sin duda es este llano  
y aunque lo es mucho, es cifra, es suma,  
es tilde del florido contorno mexicano...*

Poesía culta que cuando cultiva lo popular no es espontánea, sino artificiosa, como dice Anderson Imbert: los negros serán 'azabaches del alma.'

Poesía donde no habita ni tiene palabra el indio ni el indiano, sino el modelo peninsular. 'Arcadia Americana,' como aquella Academia de Fray Navarrete, cuyos miembros se llamaban con nombres de pastores virgilianos. Literatura que donde mejor resalta la condición enajenada de su ojo es en su ceguera ante la selva, porque después del registro auroral de los primeros cronistas que ven y hacen sentir la terrible hostilidad de la selva, pasa cuatrocientos años desapercibida por el escritor americano. Y peor aún, cuando se refiere a ella, la metamorfosea en la selva imaginada por la Europa renacentista, la convierte en un mundo vegetal edénico que cubre y ampara la felicidad del buen salvaje, árboles de fábula—'sombrió bosque, selva de frescura'—y música de églogas. Y esos que así cantan y escriben, tienen la selva al alcance de sus ojos, pueden percibir su poderío salvaje, su vértigo voraz, su infierno verde que hasta siglos después revela su opresiva realidad, como en las páginas de *La Vorágine* de José Eustaquio Rivera, donde es tan voraz que devora a la misma novela.

El 'americanismo' cobra impulso en el s. XVIII, pero como

movimiento científico, defensivo e independentista, tratando de probar—contra las calumnias europeas—que la fauna, la flora y las razas aborígenes americanas no son degeneradas o inmaduras. Es un reverdecer de la crónica primitiva mezclada con historia natural. Pero este movimiento, precursor del político, tarda mucho en producir verdaderos frutos literarios. Todavía Olmedo, con la retórica humanitaria de su *Huayna-Cápac* en el *Canto a Bolívar*, es un extranjero, un inmigrante, en su lenguaje poético. Todavía Andrés Bello, en su *Silva a la agricultura en la zona tórrida*, es un Padre Acosta en verso; hay allí un elegante inventario científico de la naturaleza americana, pero no su visión ni su expresión poética.

Los historiadores literarios se empeñan en presentar nuestra literatura siguiendo el movimiento y desarrollo de nuestra historia política, y el hilo se les enreda. Nuestra dualidad—en su tira y encoge—produce ocultamientos, anacronismos y saltos atrás, que desconciertan y que sería apasionante seguir para tejer la verdadera trama de nuestra historia literaria. Por ejemplo, la ya citada corriente de la crónica; o la desgarradura del culteranismo en un alma tan apasionadamente americana como la de Sor Juana Inés de la Cruz; o la biografía secreta de la humillación del criollo en los entretelones del teatro de Ruiz de Alarcón; o el fenómeno de nuestro romanticismo anti-pasatista de Occidente; o el salto atrás formidable, hasta colindar con el romancero medioeval, de la literatura gauchesca con su Martín Fierro y su Santos Vega, en el momento—como dice Guillermo de Torre—en que las letras europeas más que maduras, alcanzaban la meta del naturalismo y se llegaba en poesía a los mayores refinamientos de la sensibilidad y el estilo; o, en fin, la sacudida del Modernismo que, huyendo una vez más de América hacia Europa y hacia lo exótico, produce en simultánea contradicción, la clarinada continental de atención sobre América y, detrás de esa diana, el primer gran movimiento literario de América y de su expresión original.

Hasta que se escriben los *Cantos de Vida y Esperanza* de Rubén Darío, y el *Ariel* de José Enrique Rodó, es que se unen todas las aguas y corrientes de nuestro americanismo y se hace río caudal la aventura de nuestra originalidad. Es entonces cuando embarca Ulises. Pero, ¿cuál Ulises?, ¿aquél sin pasado y sin retorno que oímos cantar en los labios de Walt Whitman y de Carl Sandburg?

No. En el nuevo canto de Rubén nos encontramos con un equilibrio inesperado. Su corazón recibe la doble circulación de nuestra dualidad: el lado atlántico de su corazón está lleno de Europa, y sus latidos lo llevan hasta los más dulces y lejanos límites de la luz greco-romana; el lado pacífico de su corazón está lleno de procesiones indígenas, que lo transportan hasta las más hondas antigüedades de su América.

*Abominad las manos que apedrean  
las ruinas ilustres o que la tea empuñan...*

Y cuando la esperanza—‘la divina reina de luz, la celeste esperanza’—llega a su poesía con toda la presión mitológica de América, el poeta—el más vate de los poetas americanos—ejerce el vaticinio pero no pronuncia la utopía, sino el optimismo.

¿Cuál es, pues, la actitud del poeta, del creador hispanoamericano?. Es esa actitud integradora y equilibrada. Frente al Tiempo—que es el adversario del poeta—su labor es rescatar lo humano de su destrucción, de su descenso al caos. No el pasado ‘cubo de cenizas’ del verso de Sandburg, sino el del antagónico y genial verso de Novalis: ‘toda ceniza es polen.’ Por eso, al vaticinar lo nuevo, al desentrañar el futuro, el poeta no es un soñador sino un vidente. Ve hacia delante, pero no merma la maravilla de la creación dándole un carácter provisorio y precario. No prefiere lo que no es a lo que es, porque la esencia de la poesía es sustraer a las cosas de su condición efímera y convertirlas en el es para siempre, en el *a joy forever* de Keats.

Esta es la visión integradora y armoniosa que Rubén Darío aporta a la esperanza americana. Y a su voz (¿es que se ha escrito la historia de esa batalla de Ayacucho de nuestra cultura, que fue la oda A Roosevelt?) a su voz de presente indicativo (“Tened cuidado ¡Vive la América española!”) brota en Hispanoamérica un movimiento de fecundidad sin antecedente: se abre el período más rico de nuestra cultura, rico de la propia riqueza redescubierta en el cuento, en la novela, en el teatro, en la pintura, en la música, en la poesía...

Parecería lógico que este reencuentro con el propio hombre de América y este retorno a la realidad de nuestra vida y naturaleza operado en el terreno de la literatura y las artes, fuera acompañado de un movimiento similar y paralelo en el orden político y social.

La mayor parte de nuestros ideólogos y de nuestros tratadistas políticos actuales así lo creen. Una a una han aparecido soluciones—desde la Revolución Mexicana hasta la Revolución Cubana—que se consideran auténticamente populares y por tanto surgidas y nutridas de la realidad americana. Ciertamente, la mayor parte de nuestras ‘revoluciones’—incluso las que han producido las más peregrinas aberraciones y las más deprimentes tiranías—surgen de un movimiento auténticamente americano y popular. Pero todas ellas llegan a ese momento crítico en que la humilde y dura realidad se les hace inmoldeable y... saltan a la utopía. Es el momento—¡la menopausia precoz de nuestra política!—en que la incapacidad creadora recurre a la receta y a la teoría. Fórmulas que van vaciándose. Cuando nuestras revoluciones comienzan a fusilar a los propios revolucionarios es la señal de que la realidad (y la historia) han sido puestas contra el paredón. Es entonces cuando la utopía inicia—una vez más—su mítico relevo.

¿Significará esto que nuestra América—la de la Esperanza—está en la lista de ‘las civilizaciones que se han mantenido vivientes, pero no han logrado crecer’ que Toynbee equipara a las utopías?

En su *Study of History* Toynbee dice: 'Inmovilizar un descenso es el fin supremo al cual aspiran las utopías que son concebidas sólo cuando en una sociedad cualquiera se ha perdido la esperanza de progreso futuro.' De tener razón el historiador británico, la esperanza de América no sería más que un disfraz de su desesperación. Su Purgatorio el disimulo de un Infierno.

Lo que sí debemos anotar es que ha coincidido con el movimiento 'americanista' de nuestra cultura, el punto máximo de aceleración del utopismo en Occidente. La vida actual en el mundo entero, decía Bardiev antes de la II GUERRA MUNDIAL, 'camina hacia la utopía.' La gran revolución técnica y científica, la revolución incluso biológica que sufre hoy—como nunca en la historia—el hombre, ha soltado todas las amarras del sueño. Ante esta tentación, ¿se perderá en América, también en esta etapa, el sentido del límite y la conciencia de las propias posibilidades, y seguiremos quemándonos en el fuego del Dante?

Si puedo sugerir una respuesta, digamos que nuestra poesía una vez más se aferra a la incendiada, quemante, pero subsistente realidad. Como canta el poeta cubano Cintio Vitier en su poema 'El Rostro':

*Pero ¿es posible de veras reconstruir el alba? ¿No era yo mismo el mayor obstáculo? ¿Aquella conciencia que tenía de una pérdida, de una caída, de un imposible, no era lo que me impediría siempre alcanzar tu realidad?*

*Te he buscado sin tregua, toda mi vida te he buscado, y cada vez te enmascarabas más y dejabas que pusieran en tu sitio un mascarón grotesco, imagen del deshonor y del vacío.*

La verdadera gran poesía americana actual, la que recibió su impulso de César Vallejo—ese otro mojón que marca época en nuestra historia literaria—puede ser definida por el nombre del libro



del mismo Vallejo: *Poemas Humanos*, porque es la expresión de un nuevo humanismo que, desde las profundidades del dolor del americano, da testimonio de su condición humana, pero se abre, con angustiosa voluntad de salvarle, a un amor pleno de solidaridad y compasión, a una 'gana ubérrima, política, de querer.' (Es interesante observar el puente tendido desde el poema de Rubén: *Únanse, brillen, secúndense...*—petición de unión, desde arriba, de las razas 'ubérrimas—a esta gana 'ubérrima' o unión por abajo o por dentro de Vallejo).

Esta corriente donde navegan Jorge Luis Borges, Ricardo Molinari, Salomón de la Selva, Alfonso Cortés, Díaz Casanueva, Cintio Vitier, Juan Lizcano, Eliseo Diego, Juan Ramón Medina, Joaquín Pasos, y aun los más jóvenes como Ernesto Cardenal, Carlos Martínez Rivas, etcétera, es la que transporta a Pablo Neruda—a pesar de su filiación comunista—a *Las alturas de Machu Picchu*, uno de los poemas de más sustancia humanista del s. xx, el cual, por su enfrentamiento al Poder en defensa del Amor, resulta también uno de los más hermosos poemas anti-comunistas de América. Neruda, tras recorrer las ruinas del tiempo y de las civilizaciones ('no tuve sitio donde descansar la mano'), asciende a la altura andina y cree, por fin, encontrar en la fabulosa e inmortal ciudad de los Incas, la morada de lo indestructible, 'la cuna del relámpago y del hombre.' La grandiosa maravilla de este 'alto arrecife de la aurora humana' le inspira una liturgia riquísima de tesoros expresivos, como si reuniera en un museo toda la civilización del adjetivo. Pero interrumpiendo su exaltación, se enfrenta al imponente símbolo del imperio socialista de los Incas—'arquitectura de águilas perdidas'—y le interroga por el hombre:

*Machu Picchu* persiste  
 piedra en la piedra, y en la base, ¿harapo?  
 carbón sobre carbón, y en el fondo ¿lágrima?

El poeta pregunta, exige:

*Devuélveme el esclavo que enterraste!  
Sacude de las tierras el pan duro  
del miserable, muéstrame los vestidos  
del siervo y su ventana!*

Y sublevándose por el precio del dolor humano que ha costado la grandeza estatal de la piedra, termina:

*¡Veo el antiguo ser, servidor, el dormido en los campos,  
veo un cuerpo, mil cuerpos, un hombre, mil mujeres,  
bajo la racha negra, negros de lluvia y noche  
con la piedra pesada de la estatua:  
Juan Cortapiedras, hijo de Wiracocha,  
Juan Comefrío, hijo de Estrella Verde,  
Juan Piesdescalzos, nieto de la turquesa,  
sube a nacer conmigo, hermano!*

En la más alta poesía de América se percibe la misma sorda resistencia que impregna el alma del campesino americano. Hay una honda alianza entre la poesía y la tierra del Nuevo Mundo: la poesía es también un problema agrario, tanto como la tierra es, en su más honda raíz, un problema poético, un problema espiritual para el americano.

Ya lo dice—ya lo decía en 1959—el mismo Vitier al descubrir en el campesino el misterioso Rostro que buscaba:

*¡Pero hoy, al fin, te he visto, rostro de mi patria! Y ha sido tan sencillo como abrir los ojos.*

*Sé que pronto la visión va a cesar, que ya se está desvaneciendo, que la costumbre amenaza invadirlo todo otra vez con sus vastas oleadas.  
Por eso me apresuro a decir:*

*Yo los miro como quien bebe y come lo único que puede saciarlo. Yo los miro para llenar mi alma de verdad. Porque ellos son la verdad.*

*Porque en estos campesinos, y no en ningún libro, ni poema, ni paisaje, ni conciencia, ni memoria, se verifica la sustancia de la patria como en el día de su resurrección.*

Tierra y Poesía son los reductos de la originalidad que no aceptan la solución del plagio. Los esquemas ideológicos del hombre de la ciudad y de la fábrica, se disuelven en la gigantesca terquedad de la tierra. América es tierra: su utopía es ser tierra. Y el resistente misterio del indio no es más que eso: la expresión humana de una tierra que no ha dicho su propia palabra. El dolor humano de haber perdido el nombre, el soterrado pero indeleble nombre propio de América.





## *La América de los poetas*

*'Un artista se lleva mucho tiempo para tornarse joven,'* decía Picasso. Y en realidad para el poeta, después de salir de su infancia—que por horrible que sea es su Edén—su lucha es arrebatarse al tiempo, que es vejez, trozos de juventud. Una obra de arte, un buen poema, es un momento de juventud detenido. Y en esta lucha, un premio literario—sobre todo de la calidad y nombre del Gabriela Mistral—es una gentil ayuda, si no para vencer, por lo menos para detener un poco al inexorable olvido.

Sin embargo, lo singular y lo más valioso de este premio sería injusto medirlo por el grado de fama o de prestigio que me regala. Gabriela Mistral es uno de los nombres de América.

Refiriéndose al General De Gaulle, el historiador británico Paul Jonson decía que cuando este gobernante hablaba de Europa, no se refería a sus hechos guerreros o a las victorias militares, sino a los poetas: Europa era Dante, Cervantes, Shakespeare, Goethe, Chateaubriand. De América puede decirse lo mismo. Las realizaciones de la espada, cuando han sido gloriosas, sólo han significado en el cultivo de la cultura, la preparación de la tierra (limpiar y demarcar el campo); pero la efectiva labor triptolémica que diría Rubén Darío (el encuentro del maíz y el trigo, la fusión de las culturas indias y la cultura occidental, esa civilización nueva todavía constituyente), la siembran y la definen sus poetas y pensadores: del viejo Netzahualcoyotl a Octavio Paz; de Andrés Bello a Jorge Luis Borges; de José Martí a José Vasconcelos; de Sor Juana Inés de la Cruz a César Vallejo; de Machado de Assis a Guimaraes Rosa; de Rubén Darío a Gabriela Mistral... ¡y tantos

más! Ellos son las naciones intelectuales, los contenidos del Continente, las repúblicas poéticas, nuestra otra cordillera andina de altas creaciones que vertebró nuestra América.

A esa geografía humana me refería cuando dije que Gabriela Mistral es uno de los nombres de América. Quise decir que ella—su obra y su personalidad—aporta esencias insustituibles, de fecunda originalidad, en la constitución de nuestra identidad latinoamericana.

No podemos dibujarnos el rostro de América sin un poco de la terquedad y la dulzura de esta gran mujer. No podemos pensar en el camino de nuestra utopía americana (la propia nuestra, la engendrada por el sueño de nuestro pueblo), sin los pies pobres y sus toscos zapatos que recorrieron el Continente preparando la dialéctica del amor para la gran batalla contra la pobreza que marca nuestro destino.

Me llega al corazón este gozoso encuentro con Gabriela Mistral, a quien yo escribí una carta a la altura de mis veinte años, pidiéndole el poder moral de su apoyo para que el gesto davídico de Sandino contra Goliath impactara en el hombre democrático del Norte, y retirara sus fuerzas de Nicaragua evitando muertes a nuestro pobre pueblo; y ella, a pesar de estar enferma de la vista, me envió una linda carta contrastando el gesto de dignidad de Sandino, con las tristes dedicaciones de América ‘vivero de dictadorcitos y creadora de ejércitos ociosos.’

Desde entonces ese adjetivo ‘ocioso’—exacto y magistral de la gran poetisa—alertó para siempre mi entendimiento ante ‘el patriotismo de orfeones y escarapelas’—como ella decía—del militarismo. ‘Es necesario decir algo a favor de la desgraciada Nicaragua, cuya gente desventurada y heroica padece por la justicia,’ escribió en 1930. Ahora, en 1992, un hijo de esa Nicaragua de la dignidad, recoge en su corazón esas palabras que se hicieron historia patria, y aprovecha esta solemne oportunidad para expresar ante América un emocionado agradecimiento a Gabriela que cargo desde muy joven como una bandera de gloria.



Gabriela es uno de los nombres de América en su dramática pero creadora concepción del mestizaje. Después de Darío (que rompió el peligroso y desgarrador complejo de inferioridad de un hispanismo anti-indígena y de un indigenismo anti-hispano, proclamándose con orgullo tanto español como chorotega e incluso con unas gotas de sangre negra), fue la Mistral la que más profunda y femeninamente expresó la empresa humanista del mestizaje. “No una mestiza alegre, con las sangres ya equilibradas—según Melisa Kazabián—, sino como ella se define: ‘soy de los que llevan entrañas, rostro y expresión conturbados e irregulares a causa del injerto.’” Y sin embargo, en esa medida ella es y se siente América, una América cuyo ‘primer cuerpo’ es el indio, esa raza que sólo fue dominada a medias, pero permitió la creación de un pueblo nuevo en el que debía insuflar su terquedad con el destino y su tentativa contra lo imposible. ¡Pocas veces nuestra América mestiza ha sido definida en forma tan luminosa!

Pero esta mujer-América que arrancaba su pensamiento latinoamericano del propio filón de su historia, esta mujer que fue más severa que Darío en concebir nuestra América como potencia, como Poder (Darío había dicho: ‘Águila, existe el Cóndor!’; y ella: ‘Menos Cóndor y más Huemul’—menos Cóndor y más Quetzal, diríamos los centroamericanos—, menos buitres y más libertad y su palabra, porque nuestro ágape es la palabra en diálogo y nuestra creación continental no es obra del poder sino del amor), esta mujer, digo, formó parte del cuadro dirigente intelectual antes de la gran crisis. Ella y los Alfonso Reyes, los José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Salomón de la Selva, Rómulo Gallegos, José Eustaquio Rivera, Guiraldes, Pellicer, Asturias... ¡y tantos otros de la brillante galaxia!, no traicionaron la invención de América.

Luego vino la crisis y fue la siguiente generación intelectual—con pocas excepciones—la que dio su fianza: no a la utopía del pueblo y sus poetas, no a la utopía de América que nos viene

de Quetzalcóatl a Tata Vasco, de Bolívar a Darío y a Vasconcelos, utopía donde la justicia no hipoteca la libertad; sino por el contrario, dieron su fianza a la utopía del poder, la utopía impuesta desde arriba por un Estado prepotente, omnisciente e infalible; utopía que disuelve la ética para sustituirla por la política, que amordaza el diálogo para sustituirlo por la violencia, que estrangula la libertad para sustituirla por la sumisión; que decapita la trascendencia para sustituirla por la inmanencia. Dieron su firma (repito que con honrosas excepciones) a esa utopía del poder que costaba, día a día, miles de cadáveres, cárceles, exilios; y en el orden estético y literario, la belleza fue colocada entre la propaganda y la censura, entre la espada y el silencio.

Dichosamente esa costosa anestesia intelectual de América ha sufrido una conmoción: un salir sorpresivo a la realidad.

Yo vengo de un país que, venciendo miedos y halagos de un poder desmesurado, fue a las urnas y dio su voto a la libertad y la democracia, los dos requisitos fundamentales para la invención de América. (Ya nuestra Gabriela Mistral había profetizado que ‘nuestro socialismo futuro no sería internacionalista, sino americanista criollo’; y por esta misteriosa y herética profecía fue marginada por muchos pensadores del fanatismo. Era el mandato de crear, en colisión con la imitación y el plagio).

Pero hemos asistido, repito, y estamos todavía asistiendo a una dramática aurora: ‘Vuelven los tiempos en sordo río y se le oye la arribada a la meseta de los cuzcos que es la peña de la gracia,’ canta la chilena ‘con nombre de ángel y apellido de viento.’

Y como creía De Gaulle de Europa, nosotros creemos de América que no son los ‘hombres fuertes’ de la política, ni sables, ni ‘tiranos banderas,’ los que nos descubren las dimensiones de nuestra esperanza americana; sino los poetas, los de ayer—los Darío, los Vallejo, los Borges, las Mistral—y los nuevos, los que han forjado su libertad en la bienaventuranza del desencanto.

## *La utopía americana*

En la cosmogonía de la Edad de Oro, cuando sólo existían tres continentes—Asia (Asu: por donde sale el sol, es decir Oriente); Europa (Ereb: por donde el sol se pone u Occidente); y África (Afar o Afriké: a, sin; y friké, frío)—América se presentía como una gran isla o un archipiélago en los confines del mar tenebroso y lugar de todas las fantasías: cualquier cosa utópica o fabulosa tenía patria en ese supuesto, lejano y desconocido mundo nuevo.

Sin embargo, según escribe Fernando Aínsa—en un estudio dedicado a la memoria del conocido americanista Paul Verdevoye—ese encuentro de todas las fantasías, aunque presentado, fue contradictoriamente un lugar de maldición para el hombre antiguo. Para ese hombre—como Hesíodo, por ejemplo—la felicidad de la Edad de Oro consistía en no aventurarse a lejanos lugares. Albio Tibulo llama a la Edad de Oro ‘época sin igual, cuando la tierra no abría largas rutas.’ Navegar para Hesíodo era maldición. La ‘perversa nave’ la llama Séneca. América sería, entonces, la pesadilla. El horror de salir del lugar, salir del ‘aquí,’ del grato y autosuficiente sitio de lo conocido para viajar a lo desconocido, al ‘allá’ que desconocemos. En otras palabras, dejar el eu-topos o lugar feliz, por el u-topos o ‘sin lugar’ de la utopía.

Pero el pensamiento gira, da vueltas, y cuando despierta la Edad Moderna, y Colón va hacia América, navega precisamente en busca de esa tierra ayer maldita, que ofrece una Edad de Oro, o El Dorado, o simplemente el Oro, sueño que se hizo metal.

Dice Aínsa: ‘Los tesoros que guiaron el inicio del viaje americano cambiaron de naturaleza.’ Y Ernst Bloch agrega: ‘Las utopías

geográficas llevan en sí esta mezcla ambigua de la búsqueda de oro como metal y de Edad de Oro como paraíso perdido.' Los que vienen a América vienen soñando con esos dos fantasmas dorados, 'dualismo que marcó la historia y la utopía de América,' según Aínsa.

No sólo en el Descubrimiento y Conquista de América, sino siempre, hasta hoy, cada europeo que se traslada al Nuevo Mundo trae entre pecho y espalda su propia utopía. Y tuvo tal fuerza esta esperanza utópica, que el americano fue marcado en su esencia por ella, de tal modo que buena parte de la América real, se hizo y se sigue haciendo por la fuerza fabulosa de la América imaginada.

Occidente descubre Asia por el viajero y cronista italiano Marco Polo. Es *El Millón* de Marco Polo, son las noticias de Marco Polo las que desatan el impulso viajero y comercial de Europa, primero con Enrique El Navegante—que se lanza sobre el misterioso continente africano—y luego, dos siglos y medio después, con Cristóbal Colón, que mueve a España hacia el Asia de Marco Polo para encontrarse con el inesperado mundo que altera todas las medidas e imágenes anteriores del universo.

El ojo de un veneciano y el ojo de un genovés le descubren a Occidente los caminos de lo exótico. Pero me interesa destacar cómo el viaje de Marco Polo, que es el promotor de los grandes viajes descubridores que van a conformar la geografía y la historia de la Edad Moderna, debe su fuerza impulsiva a que se vertió en un reportaje alucinante. Hablo aquí de periodismo, sobre lo que es la noticia senza esperiencia. Pues bien, el reportaje de Marco Polo es la noticia en su valor primordial: la noticia demostrando su carga dinámica impulsora de civilización. Los periodistas, sin embargo, no le han dado a *El Millón* de Marco Polo el debido lugar que ocupa como precursor del gran periodismo contemporáneo.

Hay un aspecto digno de ser señalado, tal como lo hace magistralmente Germán Arciniegas, sobre la forma en que influyen sobre América las crónicas anteriores a Colón. Marco Polo albo-

rota la imaginación del Occidente viajero y comercial. Brota un turismo osado, viajero y gastronómico. (Hay que ver cuánto le debe la geografía, la política y la historia del hombre moderno a la pimienta, ese polvo que significó una cumbre de refinamiento y que hoy es, con la sal, una humilde acólita en el altar de nuestras gastronomías). Y una crónica hace nacer la otra. Y se vuelven a leer con encanto los cronistas de la antigüedad. Casi contemporáneo con Marco Polo, otro italiano, Fray Giovanni de Mont-Corbin, visita Persia, India y China. Otro italiano, el franciscano Odorico de Persenone, llega hasta Pekín. Pero los viajeros de entonces—como los periodistas de hoy—no sólo cuentan lo que ven, sino lo que les dicen. Y a veces dicen que han visto lo que solamente han oído. Y Europa se llena de fábulas. Como escribe Arciniegas: ‘Cuando Colón enrumba sus tres carabelas hacia Occidente, no va tras lo absolutamente desconocido. Se mueve hacia la realidad mágica. Va al encuentro de otra tierra ya ocupada y poblada por la fábula. El hombre medioeval, de cuya sociedad forma parte el Almirante Cristóbal Colón, cree más en lo imaginariamente elaborado que en lo real y tangible. Los gigantes y los pigmeos de la selva novelada existen para sabios e ignorantes con la misma certeza que la gente que se codea con ellos en el mercado, la plaza o la iglesia... En las islas o en tierra firme del Nuevo Mundo han de existir cíclopes, hombres orejones, caras de perros, Amazonas.’

América fue, desde antes de descubrirse, el recipiente de la mayor parte de las fabulaciones de Occidente—desde Platón a Dante—, tanto así que Colón, al atracar su nao en la realidad de América, no la vio, sino que atracó en la fábula de sus lecturas—en Antillas, Cipangos y Paraísos Terrenales—y aún hoy nuestros ‘indios’ cargan un nombre utópico, fuera de lugar. Colón descubre América, pero su ímago mundi no es real: su ojo no ve la realidad, sino la fábula que trae en la cabeza. En cambio el florentino Américo Vesputi—un hombre de segunda importancia en la historia del Descubrimiento—hace dos cosas muy realistas: fija la posición



real del Nuevo Mundo en el mapa, y, en vez de Cipango o de las Indias, descubre que América es un nuevo continente. Y por ese tocar la realidad, por ese poner las cosas en su lugar, el Nuevo Mundo no se llama Colombia, sino América.

Todos los mitos desembocan en América: desde las Amazonas de Herodoto hasta el Paraíso Terrenal, que Dante vio en las alturas andinas bajo la luz de la Cruz del Sur y Colón en la boca del Orinoco. Ese contacto imposible, pero constante, del americano con el mito, tuvo que influir en su modo de ser. La utopía nos rodea, nos tienta, nos impulsa y con excesiva frecuencia nos echa a perder nuestras realidades.

La historia de América nos enseña que ese impulso de querer realizar, generación tras generación, la utopía, se divide en esas dos corrientes: una, la que busca realizar la utopía a favor del hombre, 'para' el hombre. Esa corriente viene desde el principio de nuestra historia hispanoamericana y su tradición nos conecta con los planes de reforma de Fray Bartolomé de Las Casas, con Juan Maldonado, con tata Vasco de Quiroga, con Zumárraga, con las Misiones de San Antonio de Bexar y de Nuevo México, o con las reducciones jesuíticas en Paraguay. En cambio hay otra tendencia a realizar una suerte de utopía desde el Poder o desde el Estado, imponiendo sobre el hombre o contra el hombre, sobre la realidad o contra la realidad, un esquema ideológico o ideocrático, o una solución planificada e impuesta por un partido o por un grupo de poder.

Esto no quiere decir que América rechace la utopía: al contrario, gran parte del movimiento de su historia ha sido impulsado por la utopía. Significa que la esperanza de América ya no son las grandes construcciones imperiales—eso es lo viejo del mundo—sino las realizaciones a la medida del hombre, grandes realizaciones como es grande su dignidad. Significa que 'lo nuevo' del Nuevo Mundo, no son los esquemas pretenciosos del súper-hombre (que terminan devorando al hombre), sino la utopía del hombre común, en la humanidad de su finitud, pero también en la infinita altura de su trascendencia.



## *América o el Tercer Hombre*

Un exceso de pudor histórico—un extremismo en nuestro juicio del pasado, que, como todo extremismo, nos oculta la realidad—ha querido poner fuera de circulación la palabra *Descubrimiento* al designar el acontecimiento del 12 de octubre de 1492.

Pero la hazaña de Colón no solamente inició una serie de descubrimientos paralelos: el descubrimiento de América por España y Europa; el descubrimiento de América por América. Como dice David Vela, escritor guatemalteco, cuya reciente muerte tanto nos ha afectado: 'El descubrimiento de América dio al hombre una conciencia planetaria.' Además, con el descubrimiento de América comienza el desarrollo de las ciencias humanas: etnografía, antropología, arqueología, etcétera; y así la identidad del hombre americano—en la medida en que integraba razas y culturas—se iba formando y perfilando teniendo como dinámica interior el descubrir constante de sus raíces y de su pasado.

Ya desde el comienzo los mayas nos sorprenden, cuando sus sabios aprenden y escriben en el alfabeto español su Popol-Vuh y sus Chilanes Balanes, con la genial recreación que hacen de sus tradiciones y de sus formas literarias al descubrir la Biblia y la cultura occidental: es un caso inaudito reinventar la memoria, promover como defensa un mestizaje contra el mestizaje. Esto poco se ha profundizado. Pero es el dinamismo del descubrir sustancial a América, que siglos después expresó Darío en su salutación 'Al rey Oscar': 'Mientras haya una imposible hazaña/ una América oculta que hallar, vivirá España,' verso que lleva oculta su contraparte, pues, también mientras haya una España

y un Occidente que descubrir, ¡vivirá América!

Sólo contando con la dinámica de ambos descubrimientos se comprenden movimientos tan profundamente americanos como el levantamiento en cadena de los municipios para la Independencia, o el Barroco, o el Modernismo, o las Vanguardias.

### DESCUBRIR: VERBO AMERICANO

Descubrir a Occidente y asimilarlo, descubrirse a sí misma e ir cobrando conciencia lentamente de la propia identidad mestiza—suma de culturas—ha sido, en esencia, nuestra empresa histórica; pero nunca se hubiera llegado a la cosmovisión y al singular humanismo hispanoamericano, si a los dos descubrimientos citados no se agrega el más importante que fue y es el descubrimiento de Cristo por el indio de América.

Mostrando una gran superficialidad o un cegador prejuicio, la mayoría de los historiadores no cristianos pasan sobre brasas o no le conceden importancia al extraordinario fenómeno de la conversión de todo un continente. ‘Por la forma en que se llevó a cabo y la amplitud de sus resultados—dice el historiador chileno Bravo Lira—esta evangelización en América, que se completa en los siglos siguientes, no tiene paralelo. Es hasta ahora el más vasto y fructuoso esfuerzo misional en la historia de la Iglesia.’ Posiblemente, quienes guardan silencio ante este hecho sin paralelo, no han conversado en confianza con un indio boliviano, o con un ecuatoriano, o un indio náhuatl mexicano. Su profundidad religiosa—que ha maravillado a poetas como Thomas Merton—me hizo pensar una vez que el indio es naturalmente santo y cuando se lo dije al gran poeta senegalés Sedar Senghor, me contestó: ‘Es la capacidad que también tiene el africano de descubrir lo sobrenatural en lo natural.’ ¿Han visto ustedes las multitudes que se reúnen alrededor de Juan Pablo II en sus visitas a América?. No es el número—aunque el número es también una señal—sino esa cercanía de sus ojos con el misterio. Parece que nos llevan siglos adelante en el acercamiento a lo inefable.

## LA CONVERSIÓN ES HISTORIA

La mayoría de los historiadores eluden presentar la función protagónica de la religión en la formación de América. Olvidan que los dos grandes momentos expansivos de la civilización europea—las Cruzadas y la Conquista de América—fueron de motivación religiosa y que, al encenderse esta fuerza motora, produce transformaciones medulares en los pueblos. Podemos dividir en tres grandes etapas la historia religiosa de América. Esas tres grandes revoluciones:

1. La primera etapa corresponde al período más antiguo de la prehistoria indígena, llamado 'período arcaico' que cubre desde el comienzo de las poblaciones primitivas hasta el nacimiento de las altas culturas. La religión de este período la simboliza el Jaguar, que es el culto a las fuerzas de la naturaleza.
2. El siguiente es el período de las grandes culturas clásicas: Olmecas, Mayas, Toltecas, etcétera, que puede ser simbolizado por la Serpiente, el culto de los astros, sus leyes e influencias, a través del calendario; y la terrible teología de que el hombre debe alimentar y mantener a los dioses con su sangre.
3. La siguiente etapa es la decadencia o desaparición de esas culturas clásicas, el desarrollo de imperios elementales y militaristas, y, de pronto, la tercera gran revolución religiosa, la del Pez: que significa la llegada del Cristianismo y la victoria de Cristo sobre las fuerzas de la naturaleza, sobre los secretos siderales e incluso sobre la concepción de la muerte. La teología del Amor muestra un Dios-Hombre que no pide sangre sino que la da por la redención humana.

El Jaguar nos acerca a los egipcios, la Serpiente a los caldeos; el tercer paso nos incorpora a la Biblia, es decir, al libro del desti-

no universal. América se abre geográficamente, racialmente, políticamente, teológicamente.

### LA RELIGIÓN INMÓVIL

En este punto el espectro de América nos ofrece innumerables sugerencias para la reflexión. Por ejemplo ésta: las culturas indias de Meso y Sur América tienen en su arte algo en común: una acusada voluntad de perseverancia. *“Para esas culturas ‘Dios no es nuevo,’ la novedad no es interesante. Dios es Viejo y Eterno: plasmar esta representación vieja, tradicional y sacra de lo divino, es la misión del arte para el indio”*—nos dice Paul Westheim. La misión del hombre precolombino no es cambiar al mundo, ni crear un nuevo orden del mundo, sino conservar rigurosamente el orden viejo y eterno.

Estas civilizaciones de profundas raíces conservadoras se ven de pronto y generalmente en forma violenta, mezcladas, fusionadas en una civilización de signo contrario en sus raíces. Con una religión de la Buena Nueva. Como dice el filósofo polaco Kolakowski:

La civilización de la conjunción de raíces griegas, latinas, judaicas y cristianas, ha sido una civilización que se ha mostrado capaz de promover cambios rápidos y tumultuosos en la ciencia, la tecnología, el arte y el orden social.

América fue, pues, el choque de una herencia inmovilista con la contraria.

Para conocer más a fondo el peso de esa inmovilidad tomemos en cuenta este dato: la falta de animales de tiro como el caballo y el buey, que le daban función civilizadora a la rueda, fue decisivo para la formación de Hispanoamérica. Esa falta de rueda fue la presión mayor para que se produjera el mestizaje, porque las culturas indias—que conocieron la rueda pero no pudieron nunca

utilizarla—estaban impedidas en su desarrollo y les era imposible (a pesar de sus extraordinarias capacidades de inventiva y creación) saltar de la Edad de Piedra y de los Metales, a la siguiente etapa. Estaban impedidas de romper el círculo de una repetición sin futuro. Cualquier mayor avance exigía esclavitud, una dosis de esclavitud cada vez mayor cuanto mayor fuera su progreso, o sea una esclavitud tal que los devolvería al punto de partida. Ya no podían por sí solas (y no por su culpa) emparejarse con el proceso evolutivo del hombre histórico universal. La llegada de España, aunque produjo con frecuencia choques brutales—más brutales cuanto mayor era la disparidad de técnicas y culturas—llenó este vacío con una dinámica nueva y transformadora. Pero lo que se produjo no podía menos que producirse; y yo creo que ese hecho—esa fusión postergada de un pedazo de humanidad retrasada en su proceso con el dinamismo occidental—estaba y está cargada de futuro. No hemos sabido todavía—a través de una educación espiritual y científica—desarrollar todas sus posibilidades. Todavía llevamos dentro esta mezcla de opuestos, esta dualidad contradictoria: ¿cuál será su síntesis?, ¿cuál será el resultado final al fusionarse los dos ritmos y sus dos valoraciones del tiempo y de la eternidad, de la actividad como medio y como fin, del ocio y del negocio?

### EL MITO DE QUETZALCÓATL

Hay otro punto que merece también nuestra reflexión. En Mesoamérica, Cristo tuvo una especie de profecía profana—como lo fue para la Europa naciente la ÉGLOGA IV de Virgilio—y esa profecía es el mito de Quetzalcóatl, el mito de mayor contenido humanista de la América prehispana, tanto así que algunos misioneros creyeron que Quetzalcóatl no era otro que el apóstol Santo Tomás.

Quetzalcóatl fue un héroe cultural, creador y fundador de cultura. Su doctrina religiosa estructura un humanismo trascen-

dente: aspira a que el hombre sea el soberano de sus propias decisiones y los medios que propone para alcanzar este humanismo son el ascetismo y la sabiduría de la contemplación. Su nombre Quetzalcóatl: pájaro-serpiente o serpiente emplumada, simboliza el equilibrio entre materia y espíritu, entre fuerza y razón. Y entre sus mandatos morales destaca su no rotundo a los sacrificios humanos y su antimilitarismo. Mientras predominó su doctrina, la arqueología comprueba—como dice Covarrubias—, la ausencia de vestigios de guerra y de sistemas defensivos.

Estas ideas no podían satisfacer a los nacientes impulsores de un primario imperialismo militarista. El mito nos narra la forma en que Tezcatlipoca engaña y traiciona a Quetzalcóatl. Lo emborracha con pulque y lo hace caer en pecado; entonces, avergonzado, se exilia voluntariamente y promete volver. Parte al exilio por el mar en una balsa de serpientes.

La imagen es de impresionante belleza. Pero para mí lo más importante de este mito es que, a pesar de la derrota y fracaso de Quetzalcóatl, el militarismo vencedor, que impone los sacrificios humanos y la guerra, se ve obligado a incorporar su memoria y sus principios morales a la nueva religión y a la nueva cultura militarista. La memoria del pueblo es fiel a sus ideales. Pero entonces, el militarismo, así como lo incorpora, a la vez lo traiciona. Y esta contradicción farisea hace que Quetzalcóatl se convierta en el remordimiento de nuestra historia indígena. Quetzalcóatl es un mea-culpa cultural, tan profundo y mordiente que ya todos sabemos lo que significó Quetzalcóatl y lo que ayudó el mito de su regreso a la victoria de Hernán Cortés sobre el militarismo azteca y su emperador Moctezuma.

## EL OTRO REMORDIMIENTO

Pues bien, esta original característica de la historia del indio mesoamericano—de llevar dentro de sí una figura dinámica y subversiva que hace veces de conciencia crítica y de remordimiento huma-

nista contra los poderes opresivos—vuelve a repetirse en la historia de la conquista y colonización, cuando España impone la religión cristiana, pero suscita con ella desde los primeros misioneros y desde la conciencia de sus reyes y de muchos de sus hombres de espada, una autocrítica interna y permanente a la conquista, al dominio y a la explotación.

Lo que se ha llamado la *Leyenda Negra*, nace de esa autocrítica que produce el cristianismo—en forma parecida a lo que sucedió con Quetzalcóatl—al contrastar la doctrina y la práctica. Las denuncias del Padre Las Casas, de los frailes, de los teólogos, se convierten en tablas de valores morales, y de este modo la *Leyenda Negra*, acumulándose en el subsuelo de nuestra historia, se convierte en remordimiento. ¡Es el remordimiento de nuestra historia contra nuestra historia!, remordimiento que no cesa, que no se apacigua en razón de esos valores espirituales y morales, exigentes y perfeccionistas, que cuestionaron a nuestra política ayer y la siguen cuestionando hoy. Salvo el pueblo israelita, ¡nuestra América es la única cultura que posee el remordimiento como elemento dinámico de su identidad!

Sin embargo, el remordimiento, ese elemento bíblico inserto en nuestra historia, funciona porque somos un pueblo mestizo, es decir, el producto—a veces violento—de la dialéctica del amor. Hispanoamérica no es la civilización de transplante de Estados Unidos—que se desarrolla con éxito, según sus propias leyes, en tierra nueva—sino la creación de un Mundo Nuevo por una serie de descubrimientos, encuentros, choques y fusiones. El resultado todavía en proceso lo definió lapidariamente Bolívar: *'No somos españoles, no somos indios; somos otra cosa.'*

Hispanoamérica es el lecho erótico de un tercer hombre. Y ese tercer hombre es, fundamentalmente, la fusión de lo indio y lo hispano (o más ampliamente de lo americano y lo europeo) con un aporte poderoso de lo africano. En América se vuelve a comprobar la virtud creadora de ese aporte negro que contribuyó a forjar el Mediterráneo. El mestizaje fue así un proceso de



integración y el tipo nuevo que produjo es la consecuencia del ideal de misión y del concepto del hombre del catolicismo español, pero no sin pasar por la prueba y contradicción, con las ideas guerreras y del trato al vencido que prevalecían entonces, no sólo entre europeos sino también entre los mismos indios.

### PASATISMO VS. FUTURISMO

En la dramática formación de nuestra América mestiza hay un movimiento doble y contradictorio en su dirección; fuerzas que tienden a mantener la mentalidad medioeval y fuerzas que quieren crear una historia nueva. Un pasatismo en lucha con un futurismo.

Por ejemplo: cuando Colón descubre América, dentro de su mentalidad visionaria prevalecen algunas creencias y algunas imágenes del mundo medioeval; está descubriendo lo Nuevo, pero se le interponen las teorías y fabulaciones antiguas. Cree que América es Cipango o que somos la India y por esa medioevalidad todavía se llaman indios nuestros indios. Pero contra esa resistencia del pasado, la corona, los reyes y sus navegantes imponen el verdadero rostro de la realidad: somos un Nuevo Mundo y eso nuevo funda no sólo una nueva geografía universal, sino una nueva edad.

Luego, cuando los descubrimientos dan paso fatalmente a las conquistas, la tradición medioeval, todavía viva, vuelve a imponerse en la empresa española y lusitana, y se establece la esclavitud o el servicio forzado o la 'encomienda' sobre el vencido. Y otra vez la fuerza nueva, motivada por el cristianismo y sostenida y alentada por la Iglesia misionera y por los reyes, se enfrenta con esa medioevalidad exigiendo otro trato para el indio, decretando las Leyes Nuevas y empeñándose en una larga lucha por lo que hoy llamaríamos Justicia Social con el vencido. Actitud que nos revela la fuerza dinámica de la fe y los principios cristianos—que los historiadores no suelen tomar en cuenta—principios capaces, en



este caso, de crear una situación completamente nueva, una ética nueva que establecía una ruptura con todo el pasado de la historia humana, ya que el sistema de esclavitud y de trabajo forzado del vencido, no sólo era uso y costumbre de Occidente y Oriente, sino también, como acabo de decirlo, de los mismos indios en todas sus culturas. Así, pues, el 'remordimiento' funciona, pero también algo más positivo engendrado por la dialéctica del amor del mestizaje. David Brading, en su libro *The First America*, señala con agudeza la originalidad con que el franciscano Juan de Torquemada y el inca Garcilaso de la Vega, desarrollan sus interpretaciones del pasado indígena de México y de Perú, sembrando la semilla de la primera forma de patriotismo criollo que se desarrollaría en los siglos siguientes—encendiéndose en el culto mexicano a la Virgen de Guadalupe y en el culto peruano a Santa Rosa de Lima—hasta adquirir su mayor esplendor a finales del s. XVIII. Patriotismo que quiere realizar, ya en el s. XIX, la singular fusión de un republicanismo católico con un nacionalismo insurgente; aunque—como veremos adelante—algo detiene entonces la dinámica creadora del mestizaje y comenzamos a perder identidad imitando los esquemas y fórmulas ajenas.

### VIGENCIA DEL PRÓJIMO

Pero, volvamos atrás: paralelamente al mestizaje en América y el pensamiento misionero de teólogos y misioneros—de un Bartolomé de las Casas, de un Motolinía, de un Tata Vasco—, en España se produce el desarrollo de un pensamiento nuevo sobre la relación entre naciones. Surge el pensamiento de Suárez y de Vitoria. Suárez influyó en la mayoría de los filósofos que crearon el pensamiento moderno como Descartes, Espinosa, Leibniz, etc.; y Vitoria es el Padre del Derecho Internacional o Derecho de Gentes moderno, uno de los integrantes de la Edad Moderna y de su estructura pluralista.

Es decir, fue el descubrimiento doctrinario y práctico de la

Otredad. El concepto cristiano de prójimo se hace sustancia social de América. En Estados Unidos al indio se le extermina o se le reduce a reservas, excluido del mundo nuevo que quería crear el anglosajón. En Hispanoamérica el indio con frecuencia fue obligado a servidumbre y explotado, pero no excluido del mundo nuevo y al final de esa no exclusión y gracias al cruce que dio lugar entre dominadores y dominados, surgió el nuevo hombre americano.

Naturalmente que el mestizaje no fue siempre un idilio o un beatífico matrimonio. Es el segundo acto de un choque guerrero de culturas y razas. Ni siquiera podemos decir que al principio —salvo excepciones—funcionara muy cristianamente, pero sí podemos decir que obedecía a una falta de prejuicios que se derivan del humanismo católico. Comenzó produciendo no legitimidad sino bastardía. La familia que lamentablemente se estableció sobre el mestizaje, fue una familia con frecuencia desequilibrada y problemática. El tercer hombre—el mestizo—fue por mucho tiempo un desclasificado. No se sabía qué hacer con él: nacía en tierra de nadie; ni lo apreciaba la raza dominadora española, ni la dominada indígena. Pero, poco a poco, ese Tercer Hombre fue el hombre paradigmático de América: sumaba dos culturas y, sobre todo, resolvía el conflicto de razas por la dialéctica del amor. Llevaba en sí mismo la tarjeta genética del Nuevo Mundo. El despreciado fue la piedra angular. El mestizo fue América.

Yo agregaría: en la medida que nuestro Tercer Hombre ha sido fiel a su empresa integradora, y ha sido creador de sus soluciones históricas y no imitador; en la medida que el dinamismo de su historia ha sido el amor y no el odio o la indiferencia, América ha construido futuro. En cambio, la traición a ese signo ha dado como resultado inmediato la cultura de la Muerte y del Terror, guerras civiles y dictaduras.

## LOS TRES TIPOS QUE HICIERON AMÉRICA

Pero todavía cabe otro enfoque sobre nuestro Tercer Hombre. Si estudiamos sus realizaciones históricas, vemos que el mestizo es heredero de los tres factores humanos que hicieron América: el hombre de espada, el hombre de la cruz y el hombre de toga. Cada hombre de esos forma su réplica en el indio y de esas tres tesis y antítesis se ha ido formando la síntesis americana todavía en proceso. Sin embargo, de esos tres factores hay uno que ha ido perdiendo (y que debe seguir perdiendo) su primogenitura hasta ser absorbido por la civilidad: es el hombre de espada. La civilización de América avanza hacia la eliminación del hombre de espada y a darle una significación civilizadora cada vez mayor al hombre religioso y al hombre jurídico. No es que vayamos a sacar del museo, con ímpetus mesiánicos, una teocracia, pero sí una revalorización, una puesta en su lugar real del valor trascendente del hombre. Para América—si sigue el camino emprendido de fidelidad a sí misma—tiene un valor decisivo y fundamental lo sagrado.

Pero estudiemos no sólo nuestra tradición, sino también nuestra traición. En una conferencia reciente hacía ver la desviación histórica de Iberoamérica comparando las dos revoluciones de la Independencia, la de Estados Unidos y la de los países del Sur.

Norteamérica al realizar su revolución rompe con Inglaterra, pero no con el espíritu ni con el impulso histórico que llevó a su pueblo a la tierra americana; tampoco renuncia a la teología protestante, ni cuestiona su moral, sino que la revolución estadounidense es un despliegue, hasta hoy, de las fuerzas impulsoras, de aquella primera semilla cuyo brote en 1750 fue llamado 'El gran despertar.'

En cambio, nuestra revolución iberoamericana de la Independencia lo que primero hizo, después de exiliar o maltratar a sus libertadores, fue un corte radical anti-histórico en el conducto mismo de su ética social. La revolución perdió así los valores

éticos para legitimar su autoridad, perdiendo su fluidez en una sangrienta intermitencia de guerras y dictaduras, en las que se sucedían en relevo ideas importadas y utopías, generalmente deletéreas, mientras la Iglesia Católica, forjadora del alma mestiza y último eslabón de unidad popular, se insertaba en esos antagonismos o era perseguida por los gobiernos, no quedando, de los elementos que formaron América, más que una contienda perpetua.

De esta manera nuestra alma colectiva, nuestra identidad, sufrió la distorsión de una nefasta hipocresía: la de creer en privado una cosa y renegar de ella—o bien ocultarla como delito—en público.

Nuestros ideólogos democráticos del tiempo de la Independencia—según observa Octavio Paz—no tuvieron la imaginación ni el realismo de los misioneros del s. xvi, cuando mestizaron el cristianismo con las costumbres y mitologías precolombinas. No supieron salvar la ruptura de la Independencia continuando el proceso integrador mestizante. (No hubo, por ejemplo, un Jacques Maritain que rejuveneciera el Tomismo en que había sido formada Hispanoamérica). Al contrario: cortaron la comunicación entre Tradición y Modernidad, y nos dejaron de herencia esa ‘deslealtad’ que nos ha costado tantas incertidumbres, ese ‘doble juego’—de que habla Romano Guardini—que, por un lado rechaza la doctrina y el ordenamiento cristiano de la vida, por otro reivindica para sí las consecuencias humanas de esa misma doctrina. ¡Hemos abundado, para desgracia nuestra, en machetones y bárbaros tiranos ‘defensores de la civilización cristiana’!

Sin embargo, el s. xx—siglo sangriento de revoluciones—ya en su crepúsculo, alumbró de pronto la más profunda e inesperada revolución: la del desengaño. Se le había dicho al hombre que podía recuperar el Paraíso en la tierra. Pero el Paraíso debía ser custodiado por los más feroces policías y estar rodeado por una cortina de hierro. Y el hombre experimentó las leyes terribles

de la nueva felicidad. Y comprendió, como dice el poema, que 'el infierno es un paraíso amurallado.' ¡Por eso el símbolo del desengaño es la caída de un muro!

Pero el hombre se dio cuenta también, tal vez un poco tarde, de que la utopía del Paraíso no sólo era un engaño, sino un peligroso virus paralizante que entumía los principales estímulos e impulsos que mantienen activo el desarrollo, sobre todo el económico, de una civilización. La idea de Paraíso se alimenta de la idea en reposo de que ya se llegó a la meta. Y esa pretenciosa idea redujo la producción y la creación; entumió la iniciativa y el progreso, matando el sueño del hombre. Económicamente la abundancia se quitó su gran túnica de propaganda y vimos la flaqueza de su miseria.

#### ESTA ES LA NUEVA HORA DE LA BUENA NUEVA

¡Este es el momento en que cobra toda su fuerza retenida el sustancial aporte del Cristianismo al desarrollo de Iberoamérica!

La ley dinámica del Cristianismo nunca fue construir Paraísos en la tierra. Para el cristiano no hay utopía sino resurrección. Pero hay un mandato: 'Sed perfectos como mi Padre Celestial es perfecto.' Tremendo mandato que sirve para que nuestra aspiración a mejorar—en nuestro desarrollo personal lo mismo que en el político y social—nunca pueda detenerse (¡Cristo no deja al hombre estancarse en ningún logro!). El 'remordimiento' y el espíritu crítico han sido inoculados por el cristianismo en nuestra historia para perfeccionamiento de esa misma historia. El cristianismo participa y hace suya la lucha por la justicia, por el bienestar, y por la liberación de los pueblos, pero no puede sustituir con ella la superior y trascendente empresa de la Redención. El reino de Cristo impregna y atraviesa las liberaciones humanas, manifestándose en ellas, pero sin identificarse con ellas. Por eso el mandato de perfección también significa, para beneficio del hombre, que nunca debe confundirse política

y religión, economía y religión, sociología y religión: ¡al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios!

Ahora, en el ocaso de las ideologías, después de un largo siglo de desengaños, el Tercer Hombre americano se da cuenta—al repasar sus cinco siglos de historia—que la única fuerza moral que le ha permitido mantener la dignidad humana, que ha mantenido encendida la idea de Derecho y de justicia en nuestros pueblos y le ha dado resistencia contra el Poder para no bajar en el corazón la bandera de la libertad; que la única llama que ha mantenido encendido el sentido crítico, inclusive en el orden estético, para que el escritor enfrente y lance sus anatemas y sátiras contra los vicios sociales y políticos, es la fuerza y la llama interior que contenía la semilla cristiana, sembrada en la evangelización de América. ¡Gran poder remordiente el de esa semilla!

Hemos tenido en América la experiencia terrible de ver germinar en el vacío del amor—en el vacío de la negación del amor—la mística del terror; y sin embargo, al mismo tiempo y al borde de tanto campesino sacrificado por sus liberadores, América es el único continente que ha debatido—como primer mandamiento de su destino histórico—la preocupación y, más aún, la opción por el pobre. ¡Lástima que una teología tan profundamente vinculada con las raíces americanas—con la obra de sus misioneros y con los ideales jurídicos iniciales—haya sido desviada sin originalidad y empobrecida por teólogos mediocres, que no pasaron de ser sociólogos utópicos, que rindieron tributo al marxismo y a la violencia!... ¡la violencia, que no es otra cosa que la falta de fe en el amor!

A los 500 años el Tercer Hombre hace el descubrimiento de la dirección de su historia. Es de suma importancia conocer y respetar esa dirección, es decir, el sentido en que se mueve una historia impulsada por la masa dinámica de su pasado; y esa dirección no es otra que la que nos ha llevado y nos sigue impulsando—no a la cerrazón y al rechazo nacionalista, ni al odio

racial, regional o de clase—sino al Encuentro, a la fusión de los tres mundos que componen la historia universal que son: el mundo Oriental del indio, el Occidental del español y el aporte Africano. Encuentro vivo y activo que nos indica que América es la convergencia de las civilizaciones (Vasconcelos vio en ese ‘encuentro’ la formación de una ‘raza cósmica’).

América y su Tercer Hombre quiere superar (y está superando) en su literatura, en su pensamiento más entrañable y en su cultura, la tiranía del Logos heredada de Occidente (no hablo del Logos del Evangelio de San Juan, sino del racionalismo cerrado, de esa razón pretenciosa cuyos sueños son monstruos, según Goya) y para superarlo quiere aportar la otra gran potencialidad, el Amor (nuestro Eros mestizo) ‘sobre cuya realización y florecimiento—dice el escritor venezolano Guillermo Yepes Boscán—es posible pensar la cristalización de la idea de Ágape como comunidad no sólo biológica sino fundamentalmente espiritual.’

La dirección de la historia de América es el ‘Otro,’ es el prójimo, la superación del egoísmo. ¡Sigue pues, Quetzalcóatl, prohibiéndonos los sacrificios humanos; sigue Fray Bartolomé de las Casas recordándonos—frente al renacimiento del Capitalismo—que no ha perdido sus peligros la riqueza, ni se pueden olvidar los derechos de la pobreza!

### LA TERCERA SALIDA DEL QUIJOTE

Considerando cuánto ha tenido de sueño y de realidad —de utopía y de historia—nuestra historia, una vez afirmé en un poema que América era ‘la tercera salida del Quijote.’ Larga salida, difícil aventura de cinco siglos que ha ido formando ese tercer personaje que se desprende de la obra cervantina—ese Tercer Hombre—: el Quijote-Sancho; el caballero-escudero; el capital-trabajo; el poesía-prosa; el realismo-mágico; el Quetzalcóatl o pájaro-serpiente de los presagios indios, es decir, el mestizaje

radical—como cantaba Joaquín Pasos—de ‘un español todo indio, y de un indio todo español,’ la difícil fusión del pájaro (como metáfora del espíritu) y la serpiente (como símbolo de la materia).

Lo que ha estado formando nuestra historia en quinientos años de fusiones y confusiones, de experiencias fallidas, de imitaciones costosas y de creaciones vitales; en quinientos años de caer y levantarnos, lo que se ha formado es ese Tercer Hombre: el cristiano-americano.

En su humanismo integral, en su equilibrio del Logos y del Eros, en su valoración de la Democracia después de tantas frustraciones, en sus exigencias de justicia después de tanta pobreza, hay una inmensa reserva de porvenir. Yo creo como Rubén Darío que la civilización del tercer milenio será su obra. Y repito su verso:

*‘La Latina stirpe verá la gran alba futura!’*



OTRO RAPTO  
DE EUROPA  
—NOTAS DE UN VIAJE—



*A mi mujer: la casa  
con el amor de su  
marido: el camino*



## Advertencia

Estas *Notas de un Viaje* fueron escritas como editoriales en el diario La Prensa de Managua durante los meses de julio a noviembre de 1974. Viajar es un verbo de conjugación cada día más veloz. Como las fotos del turista, las observaciones del viajero tienen que ser superficialmente instantáneas. Pero en este itinerario el viajero es además periodista. Un periodista que llevaba, como exceso de equipaje, los escombros de una ciudad destruida por un terremoto y los escombros de una República destruida por una dictadura dinástica. La visión de Europa del periodista-viajero estaba condicionada por esta preocupación. Su rapto de Europa ha sido interesado. Ni su ojo ni su corazón estaban libres para ver ni para poseer, sino comprometidos —angustiosamente comprometidos— con Nicaragua: de ahí que en cada nota el objetivo y el tema en contrapunto sea siempre Nicaragua. Europa en este cuaderno de bitácora sólo es la reflexión de los problemas del viajero: el espejo—el múltiple espejo de una todavía no fatigada civilización—que devuelve respuestas a sus interrogaciones y preocupaciones nicaragüenses. Sea, pues, el lector, benévolo con estas notas y tome en cuenta su velocidad y circunstancias. Al reunirse en libro, el periodista-viajero desconfía que pueda tener permanencia lo que fue escrito como pasajero.

PAC

# Venecia

## Y SUS CORCELES

Cuando cayó Roma, dividida primero e invadida luego por los bárbaros, el emperador Justiniano, admirablemente secundado por su esposa Teodora, se propuso continuar el esplendor de su imperio en el límite de Europa, en el Bósforo. Constantinopla pasó a ser el centro del mundo civilizado. La nueva Roma de Oriente. La Roma que llegó hasta nosotros en su tradición jurídica, la del Digesto, la de los Pandectas y de la Instituta: la Roma del 'Derecho Romano' no fue la de Augusto, sino la Roma bizantina que también levantó—en un mestizaje incomparable de Oriente y Occidente—una arquitectura como la de la Basílica de Santa Sofía, y un arte, como el de sus mosaicos, jamás igualados. Símbolo del poder de esa Roma eran cuatro enormes caballos de bronce, hechos en Alejandría, tres siglos antes de Cristo, robados luego por Roma y trasladados después frente al Bósforo por Justiniano.

Frente a esos corceles estoy ahora, pero no en Constantinopla, sino en Venecia, su heredera. Los potros de bronce integran la fachada de la Basílica de San Marcos, basílica de típico estilo veneciano que mezcla lo bizantino, lo románico y lo gótico, en una fascinante armonía de culturas y edades. ¡Larga historia ha tirado esa cuadriga de caballos para llevarla, desde la Alejandría griega hasta la Venecia italiana: hermosa continuidad de herencias que hizo posible esta ciudad única cuya originalidad está basada en la promoción de lo propio y en el aprovechamiento de lo ajeno!

Venecia es uno de los más altos y hermosos ejemplos de respuesta a lo que Toynbee llama *'la incitación al reto de un medio adverso.'* Huyendo de los bárbaros sus primitivos pobladores se refugiaron (como los mexicanos en Tenochtitlán) en unas isletas de canales fangosos de una laguna o ensenada del Mar Adriático, edificando ahí un caserío como nuestro San Carlos, de casas en zancos, de madera.

Unos siglos después Venecia (o Rialto, como entonces se llamaba) ha sobrepasado en poder y riqueza a todas las ciudades del Mediterráneo y es la reina indiscutida de este mar latino. Para las medidas del mundo actual, Venecia en su esplendor, sigue siendo una ciudad pequeña, pero unida por el mar y por el mar abierta, ha sabido ser ella misma (con voluntad isleña) pero también asimilar lo foráneo (con voluntad navegante), estructurando una Ciudad-Estado con tal sentido y sistema de gobierno que pronto se convirtió en el modelo ideal del arte de gobernar de toda Europa.

Otro día hablaré de la magia de esta Ciudad-Esposa de Neptuno. Me interesa ahora limitar mis reflexiones a la lección política de Venecia. Porque así como en nuestra edad contemporánea fue el sistema de gobierno de Estados Unidos el paradigma de los sistemas, y el mundo—hasta la Revolución Rusa—imitó (a veces estúpida y servilmente) su entonces revolucionaria Constitución; así, en tiempos anteriores—desde el 'Cuatrocientos' hasta la 'Ilustración'—fue el sistema veneciano el régimen político ideal y el que más tratados y estudios provocó entre humanistas y políticos, sobre todo en los s. xvi y xvii.

¿Por qué esa admiración por Venecia? Porque acertó con un sistema de equilibrio de poderes que hacía posible, la Eficacia, la Participación, la Libertad y la Justicia. Los cuatro caballos de bronce, con su cuádruple fuerza y perfección, parecen simbolizar estas cuatro virtudes del buen gobierno que rara vez se dan juntas.

El poder del Dux o 'Doge,' como dicen los venecianos, que por unipersonal tenía el peligro de convertirse en tiranía o en

absolutismo, era contrarrestado por el Gran Consejo de los 500—que llegó a tener hasta 1.200 representantes—poder legislativo que elegía de su seno los correctores y fiscales encargados de vigilar al Dux y demás políticos para que, como dice un viejo documento, ‘no se convirtieran en amos.’

El peligro de demagogia de esta gran asamblea, era a su vez compensado por el pequeño Consejo de los Pregadi, de diez miembros elegidos—como dice otro documento de la época—‘no entre los más ricos y poderosos, sino entre los de mayor mérito y más sabios.’ Contarini dice que estaba compuesto por ‘los sabios de tierra firme y los sabios del mar’; consejo de carácter ejecutivo sin cuyo consenso el Dux no podía tomar ninguna decisión. Y, finalmente, como cuarto poder moderador de los anteriores, el Colegio de los Magistrados, funcionarios independientes cuya justicia no se detenía ante nadie.

Que su equilibrio de poderes no era una farsa, como entre nosotros, nos lo testimonia—entre otros—Jerónimo Román, historiador español de aquel tiempo: *‘Son los venecianos gravísimos en sus consejos y severos en castigar los delitos, no perdonando ni al Duque... De este modo las consecuencias resultan favorables a la libertad... Cada uno dice libremente lo que quiere y sin respeto a nadie acusan al que pretende ser más que un ciudadano libre.’*

Que no era una farsa el celo y aun el orgullo que el veneciano desplegaba y sentía por su sistema político, lo ven mis ojos, no sin sorpresa, cuando entro al ‘enorme y delicado’ Palacio Ducal y en la inmensa sala donde se reunía el Gran Consejo—alarde de arquitectura con sus 50 metros de largo y 25 de ancho sin una sola columna que sostenga el pesado y lujoso artesanado del cielo—recorro los retratos de los Duces que en lo alto de las paredes circundan todo el salón, y al llegar el año 1925, en vez de retrato veo la pintura de una siniestra tela negra y al pie esta inscripción: *‘Hic est locus Marini Faletri, decapitati pro criminibus.’* Con el título de ‘criminal,’ no sólo fue decapitado, sino excluida su efigie porque trató de convertirse en dictador. Igual suerte



corrió en 1310 el Dux Bajamonte Tiépolo, a quien por buscar el auxilio extranjero para organizar una tiranía, la implacable Venecia lo llevó al patíbulo y le dio para siempre en su historia el nombre de 'Traidor.'

La Europa de aquel tiempo y la del Renacimiento, sumida en señoríos y reinos absolutos, miraba aquel régimen con encandilados ojos de admiración. 'Los venecianos han llegado a alcanzar muy gran potencia porque su manera de gobierno es de los mejores del mundo,' dice un cronista español del s. xiv. 'Venecia es el orden ideal que consiste en el equilibrio—dice Giannotti, en el s. xvi—. Y ante la dificultad de mantener ese equilibrio, cuando hay que inclinarse hacia alguien, Venecia lo hace hacia el pueblo.' Y el francés Cormines, consejero de Luis xi, dice: *es la ciudad 'que plus saigement se gouverne,' que más sabiamente se gobierna.* Y otro cronista anota admirado que el Dux sale a la calle, llevando la espada envainada y acompañado de algunos gentil-hombres. Y el citado Román—español del s. xvi—comenta: *'La causa de haber crecido esta república no fue en los principios la mucha riqueza que tuvieron sus fundadores, ni los tratos por mar con sus mercancías, sino un gobernarse entre sí con gran consejo y prudencia, no pretendiendo cada uno más interés que el común.'* (¡Hermosa lección humanista para nuestros negociantes del desarrollo!).

Pero Venecia no sólo inspiró tratados políticos, sino también revoluciones. En Florencia, el sistema de gobierno que propuso Savonarola en su famoso levantamiento popular, fue un calco del de Venecia. Y los comuneros castellanos, levantados contra el absolutismo, proclamaban un sistema de gobierno donde 'todos fuesen iguales, todos pechasen a manera de la señoría de Venecia.'

En realidad la historia del régimen de Venecia no fue siempre ejemplar. Tuvo, como todo lo humano, sus períodos negros, no de equilibrio, sino de lucha de poderes. En ocasiones la nobleza desequilibró en su provecho el poder. En otras ocasiones los 'Doges.' El Dux Gradenigno, por ejemplo, hizo pasar una ley que

excluía al pueblo del gobierno, pero estallaron revueltas y el equilibrio se repuso.

Lo que admiraba a Europa eran esos retornos a la continuidad: *'su constitución ha durado mil ciento setenta y cinco años y todavía muestra que puede durar hasta el infinito'*—dijo Sansovini en el s. xvi. Sí, ciertamente, Venecia tuvo sus lacras y sus 'Watergates' y quizá por esa experiencia de las ambiciones que promueve la política, Venecia tuvo que ser muy severa para conservar su sistema de gobierno. Cruzando por un puente, se atraviesa un canal que separa el Palacio Ducal de las prisiones, se pasa del esplendor a la lobredez. ¡Nunca vi tantas celdas tan rigurosamente embarrotadas! Eran el contrapeso de un régimen que el mundo admiró por siglos. En la humedad de su penumbra sentí la sublevación romántica que sintió el pintor Delacroix cuando inventó el retrato del Dux decapitado a quien la historia de Venecia negó su efigie. Era una víctima. ¿Y quién puede fiarse de la justicia humana? Delacroix era un artista reaccionando contra la política.

Pero pasada la emoción, repuse mi pensamiento. Severo y vigilante tiene que ser el hombre para preservar su libertad. Todo pueblo que ha tomado en broma la tiranía, ha tenido después que llorar en serio su esclavitud. Si hubiera triunfado el Dux tirano, las prisiones que hoy me conmueven y duelen se hubieran ampliado infinitamente hasta encerrar a toda la ciudad. Porque la tiranía es una cárcel que todos los días se amplía. Primero te arrebató el derecho de opinar, después te impone la opinión que debes tener. Primero te obliga a darle participación en tu negocio, después te quita el negocio. Primero te niega tu libertad de votar, después te obliga a votar por la tiranía...

Con estos pensamientos atravesé de nuevo el puente que une las prisiones con el Palacio Ducal. Los venecianos, con su admirable sentido poético le llaman 'El Puente de los Suspiros.' Se suspira camino de la cárcel, allí donde la libertad llena los pulmones. Seguramente en mi patria, de existir ese puente, llevaría otro nombre más prosaico. Se llamaría tal vez el puente de los





culatazos, porque nuestras exquisitas autoridades cuando aprisionan no dan lugar a suspiros.

## *San Marino*

‘IN PICOLEZZA, LIBERTÁ’

Viajando por Italia, cuando atravesábamos la provincia Emilia, cerca de Forli, nuestro autobús, con el consenso de todos, desvió hacia un territorio que muy pocos hispanoamericanos visitan, el de la pequeña República de San Marino, el Estado más pequeño de Europa y uno de los paisajes más bellos del mundo. Nunca sospeché la riqueza de sugerencias históricas que me proporcionaría—además de la belleza del lugar—mi descubrimiento de San Marino!

Su geografía es sorpresiva y altanera. Las mansas llanuras de Forli ascienden de pronto en una precipitada elevación—el Monte Titano, a más de 700 metros sobre el nivel del mar—, y arriba, como un nido de águilas prendido a la roca, aparece la ciudad capital coronada por un desafiante castillo de tres torres que integran su escudo.

A medida que subíamos en espiral sobre una espléndida carretera, la vista abría horizontes, abarcando hasta las Marcas de Ancona, Rávena (la tumba de Dante), Rímimi y el añil veneciano del Adriático. Por el otro lado: valles, colinas y las difusas cumbres celestes y nieve de los Apeninos.

San Marino apenas mide 61 kilómetros cuadrados de territorio. Sus nueve parroquias o municipios reúnen una población en su mayoría campesina, pero también hábil en artesanías.

El autobús, casi convertido en avión, penetró a San Marino por una puerta de la antiquísima muralla que rodea la ciudad

y se detuvo junto a la plaza. El guía nos dijo: 'Hemos llegado al paraíso de los exiliados.' Como en todo nicaragüense hay un exiliado en potencia, la frase fue una feliz tarjeta de presentación. Bajamos y me llamó inmediatamente la atención, en el aire purísimo de la mañana, el orden, la limpieza y pulimento de la ciudad. (¡Un verdadero antídoto para el viajero que llegaba de la región del polvo y los escombros!). Al final de la Plaza, entre una valla de casas y comercios de toldos azules, se empinaba el Palacio Comunal, casa del gobierno de dos pisos y un airoso campanil, humilde réplica de los poderosos palacios del medioevo italiano.

Frente al palacio, una estatua: de la libertad; y en el asta del castillo una bandera azul y blanca. Me sentí cordialmente aludido. El guía nos había dicho que la historia de esa 'pequeña república' (¿la gracia y el drama de lo pequeño no es, acaso, un elemento de nuestra nacionalidad?) era un ejemplo de apego a la libertad y de conciencia y responsabilidad colectiva. Y esa historia la cubría una bandera con los mismos colores ideales de mi Patria. Quise conocerla.

San Marino lleva el nombre de su fundador—'Ave, Marino, Libertatis fundator,' dice una milenaria inscripción al pie de su escultura—. En el s. iv, Marino, un picapedrero cristiano del Adriático trabajaba en la construcción del Puerto de Rímíni. Para obtener piedras para su trabajo, tuvo muchas veces que hacer largos viajes a las canteras del Monte Titano. Su condición de cristiano y la de algunos de sus compañeros le atrajo malos tratos y luego persecuciones, hasta que un día, asediado y cansado, se retiró con su grupo al Titano formando una colonia de ermitaños. La dueña de aquel monte salvaje era una dama noble llamada Felícita a quien Marino convirtió al cristianismo y Felícita le donó sus tierras a la comunidad para que las trabajara.

Así comenzó la futura república: como una especie de monasterio campesino de monjes labradores a cuyo alrededor se agrupó, con sus viviendas, el pueblo, llevando todos una vida comu-

nitaria y fraterna. Nunca más perdió el pueblo de Marino este inicial sentido comunal. Durante las primeras invasiones de los Bárbaros, el escarpado y pobre caserío del Titano no les llamó la atención. Pero las oleadas de magiares, sarracenos y normandos seguían llegando y la comunidad tuvo que fortificarse y comenzar la lucha por su independencia. De entonces datan las tres impresionantes torres que coronan el monte y la ciudad, erguidas sobre el abismo.

En el s. xi el primitivo poblado se expande: la vida patriarcal se organiza, se da leyes y se llama a sí mismo 'Libertad' y luego República. Ya tienen un muy simple y envidiable sistema de gobierno. El pueblo elige una Asamblea de 60 representantes que a su vez eligen un Consejo de 9 miembros. Cada seis meses, en la Catedral, un niño saca a la suerte dos nombres de esos nueve que pasan a ser los regentes o presidentes del país por un período de medio año. San Marino aún conserva ese sistema constitucional y cuenta la tradición que en los comienzos de la República, cada vez que terminaba el corto período de los regentes, la Asamblea, ante el pueblo, hacía una revisión de sus aciertos y desaciertos en el mando, y si eran mayores los desaciertos, decapitaban al mal gobernante.

Agrega la tradición que sólo una vez en la historia rodó la cabeza de un regente que buscó alianzas extranjeras para favorecer su poder personal. (¿Qué dirán los colores azul y blanco de mi país, con sus violadas constituciones, ante esta historia? ¿Se destañarán de sorpresa o de envidia ante la severa y limpia democracia de esta otra pequeña pero verdadera República?).

Pero la decisión—sostenida a través de los siglos—de conservar el gobierno comunal, no es la sola virtud de este pueblo. Su pequeñez le ha costado, como a nosotros, una historia de asedios, intervenciones, luchas y dramas, pero ¡con qué distintos resultados! Ya desde la misma Edad Media los grandes señores feudales y, más tarde los Papas-Reyes, en los tiempos poco ejemplares de su poderío temporal, quisieron anexarse o arrastrar a sus

conflictos a la indomable republiquita. Unas veces la prudencia, o la habilidad que da la misma pequeñez, permitió a los hijos de San Marino salvarse de las presiones e incluso echar a pelear a sus peligrosos vecinos para desgastarlos; otras veces, cuando la fuerza ya no entendía diplomacias, sacaron heroísmo de su flaqueza y, unidos como un solo hombre, rechazaron invasiones e intervenciones. Nunca llamaron a extranjeros para que los defendieran. Cuando en 1503 el Duque Valentino quiso hacer a la fuerza de Italia un solo Estado, San Marino fue invadido y anexo. Los ‘Sesenta’ de la Asamblea Comunal juraron recuperar su independencia. Aunque perseguidos, su juramento pasó de boca en boca y un día todo el pueblo unido, en un acto de sorpresa y de fuerza, recuperó lo suyo.

Veinte veces más San Marino repitió esta historia y ratificó su independencia contra las Ciudades-Repúblicas de Italia, contra España, contra Francia. Al coronarse emperador Napoleón se creyó que su vida independiente había terminado. Bonaparte organizaba a su gusto Italia como jugando una partida de ajedrez. Y cuenta un historiador que uno de sus ministros le preguntó: ‘Majestad ¿qué se hace con la República de San Marino enclavada en uno de estos reinos?’ Y Napoleón, después de meditarlo, contestó: ‘Conservémosla como un modelo de república.’ Pero la anécdota no termina aquí. El Emperador, llevado por sus simpatías, ofrece a San Marino aumentar el territorio, le ofrece armas y municiones (¡San Marino sólo tiene un ejército de sesenta soldados!). Entonces, Antonio Onofre, un prócer de los ‘Sesenta’ se pone de pie y pide a la Asamblea rechazar la oferta napoleónica. ‘Debemos ser fieles a nuestra divisa—exclama—: IN PICCOLEZZA LIBERTÁ,’ ‘En la pequeñez, libertad.’ Onofre sabía lo que atan y comprometen las dádivas y préstamos de los grandes. (¿Encontraremos esa sobriedad, encontraremos ese sentido de dignidad, nosotros los endeudados hasta el tope, los sobregirados, los que hemos montado un Estado millonario sobre un pueblo en miseria?, ¿nosotros, los de la otra bandera azul y blanca, qué le contestamos a los napoleones de hoy?).



En 1868, en 1879, en 1910 y hace poco, al terminar la II GUERRA MUNDIAL, San Marino ha rechazado también las ofertas de especuladores internacionales de convertir su territorio libre en un Montecarlo, y montar en su altivo Titano un lujoso centro de juegos con pingües ganancias. La libertad y su contenido humanista tiene que defenderse no sólo contra el Poder sino contra el Dinero. La corrupción es también esclavitud. San Marino dijo: '¡No!—In piccolezza, libertà.'

Es admirable y ejemplar que una pequeña comunidad de mayoría campesina, sostenga con tantos vientos adversos, los colores de la libertad y de la dignidad tan altos. En la misma medida en que ha sido amenazada su independencia, lo ha sido también su soberanía. El hecho de ser una república libre, el hecho de que su pueblo tenga tan enraizado el amor a la libertad, la ha convertido en atrayente refugio para perseguidos políticos y exilados, a quienes ha acogido con los brazos abiertos. Nada menos que Garibaldi, el creador de la unidad italiana, se asiló en su nido de águilas. Pero esto mismo le ha creado difícilísimos problemas y situaciones que San Marino siempre resolvió con ejemplar dignidad. En el s. XVIII un refugiado político que la república se negó a entregar, le ocasionó una guerra y una invasión de las tropas pontificias. En tiempos del fascismo tuvo de nuevo serios choques. No entregó, no canjeó con la muerte—como nuestras indecorosas repúblicas—las vidas humanas que buscaron asilo bajo su bandera azul y blanca.

Para sostener, en la pequeñez, en la 'piccolezza,' esta difícil historia de humanismo y libertad, se necesita un ejercicio constante del espíritu republicano y de las virtudes cívicas. Se necesita saber vivir la vida que se tiene. El pueblo de San Marino es, como el nuestro, mayoritariamente campesino. No se trata de una cultura superior, de grandes medios, sino de la cultura auténtica de quien vive con profundidad la libertad del noble trabajo de la tierra y le extrae no sólo frutos y ganancias, sino sabiduría existencial.



San Marino es una republiquitita mucho más pobre que la muestra; pero desde el alto mirador del restaurante donde bebo un fresco vino del país y medito, veo la plaza, el 'Pianello' y en ella una única estatua. Esa estatua es a la libertad.

...En cambio entre nosotros—serviles—la única gran estatua que queda en pie es la estatua a un tirano.

# *Florenxia*

UNA ENTREVISTA CON VENUS

He llamado siempre a Florenxia la ‘ciudad novia’ (y he ido a ella cada vez que he llegado a Europa) porque en su historia, en su belleza y en su arte es la promesa, o la prometida, la ciudad que pudieran ser nuestras pequeñas ciudades si nosotros, en vez de creer que el hombre ha sido hecho para el dinero, nos convenciéramos de que el dinero ha sido hecho para el hombre.

París es demasiado para novia (aunque Rubén Darío la llamó ‘su querida’). Roma es abuela. Y otras ciudades, aunque bellas, son el fruto de la voluntad de poder o fruto de la riqueza o de motivaciones demasiado ajenas o inasequibles. En cambio Florenxia, pequeña, hija de sí misma y no de fuerzas imperiales, mediterránea como hoy lo somos nosotros en este conmovido corazón caribe del Nuevo Mundo, levantada entre guerras civiles, surgida de una política tan confusa como la nuestra (de güelfos y gibelinos—conservadores y liberales en salsa medieval—de tiranos, de intervenciones extranjeras, Sandinos muertos y poetas exilados), coordinó de pronto una serie de factores que pudieran estar a nuestro alcance y logró eso que fue y es: el fruto de la voluntad de la Belleza.

El florentino que recorría su ciudad en el s. xi (y nosotros sólo tenemos cuatro siglos de edad) no recorría una ciudad mayor que Granada y seguramente menos bella y más pobre. Dos siglos después había surgido en Florenxia un Dante y comenzaba a pintar iglesias la maravilla de un Giotto. El infierno del Dante



está lleno de Emilianos Chamorros y de Somozas, y aun de Obispos. La política no era menos política que hoy. Pero un Cosme de Médicis y la familia Médicis cuyo gran capital inicial se calcula en cincuenta mil dólares (¡nunca la administración de 50 mil dólares ha producido tanto fruto de arte!) y los buenos burgueses y los laboriosos artesanos quisieron una cosa: lo bello. Y llamaron y protegieron a los autores de lo bello. Y un pastor de ovejas que llega a ser un gran pintor, el Giotto, hace el Campanile, la incansablemente bella torre de la Catedral de Santa María de las Flores. Y Miguel Ángel las estatuas de la lonja—que era el lugar donde los comerciantes vendían y compraban—y Brunelleschi hace templos y edificios: y se fomenta su existencia y los poderosos no creen que con el poder se tiene todo, sino que quieren el poder con belleza. Y los ricos no creen que son ricos si la riqueza no les hace asequible la belleza. Y los artesanos no creen que con la utilidad se tiene todo, sino que añaden a la utilidad la belleza.

Esto se llamaría 'urbanidad' en su más prístino significado, o sea cuando la cultura—toda nobleza—que se convive comunitariamente llega a saturar de tal manera la conducta humana que la expresa con naturalidad, como los buenos modales el individuo educado, sin mostrar tener conciencia de ello. Usando las palabras de Romano Guardini: 'Una cultura que, por tanto, se ha convertido en natural. Como una atmósfera que abarca todo, un ritmo que vibra sobre todo; un modo de ser que dignifica a la humanidad.' Es la viva urbanidad, esa palabra que significa un modo de ciudadanía donde el hombre no ha perdido su 'personalidad' y donde la ciudad sigue en relación con la naturaleza aun cuando la sublime, la espiritualice y la sature de formas.

Y, repito, la política no era menos endiabladamente 'centroamericana.' Pero subsistía un culto, respetuoso y creciente, por lo que he llamado Belleza y que puede llamarse Cultura pero que es algo más—en espíritu y verdad—y así, entre cuartelazos, guerras civiles y tiranías, como surgió un Cimabue, un Masacio, un Piero

della Francesca, un Boticelli, un Beato Angélico, o atraía del vecindario toscano a un Leonardo o a un Miguel Ángel, o daba un Donatello, o un Dante Alighieri, o un Petrarca (de familia florentina aunque nacido en Arezzo) o acogía a Bocaccio, producía también el vino ‘Chianti’—la Florencia de las bebidas—, o el aceite de oliva de Lucchesia—óleo imaginado por pintores—o la cocina toscana y aun los mármoles de Carrara que daban al Arte la materia prima terrestre más cercana al celeste mundo de los sueños. Ellos, los florentinos, se afirmaron en lo que nosotros los nicaragüenses pudiéramos afirmarnos a pesar de nuestra pequeñez, de nuestra indecorosa política, de nuestro llamado ‘subdesarrollo.’

En una voluntad de cultura, que puede llamarse también voluntad de Belleza, pero que es algo más: es el anhelo de Verdad que va inseparablemente unido al de su formulación. No sólo la Verdad enunciada, sino la verdad que ha adquirido forma. Porque (cito los versos de Salomón de la Selva):

*Nada es intelectual si no es belleza:  
proporción que deleita a la mente, luz que alumbra,  
única verdad satisfactoria que a sí misma se prueba...*

### BOTICELLI, MI GUÍA EN FLORENCIA

Sandro, el enfermizo que se apartaba de la bulliciosa muchachada florentina para mirar por horas enteras el color de Venus sobre las aguas transeúntes del Arno; Sandro (o Alessandro) el que cargaba, encogiendo los hombros, con el apodo de su alegre abuelo, a quien, por su boca de bebedor le decían Botice-llo o boca de botella; Boticelli, sí, el solitario amigo del poeta Agnolo Poliziano y del fulminante Savonarola, el confidente de Giuliano de Médicis—a quien asesinaron los políticos—, el retratista de la bella Simonetta Cattaneo, la más linda mujer de su



siglo (del Quattrocento) de quien toda Florencia, incluso Boti-  
celli, estaba enamorado; Sandro Boticelli puede ser nuestro  
guía para arrancar a Florencia (la ciudad-novia) debajo de su  
velo, la frase, la sola y breve frase que necesita el viajero para  
que su mirada de turista se convierta en mirada posesiva  
de enamorado y para que el VER se ahonde y profundice en  
CONOCER.

Pero Boticelli es el pintor. El Arno que pasa bajo el Puente  
Viejo—donde el Dante conoció a Beatriz—es para Boticelli un  
río de nostalgia, de olivos y álamos disueltos, de verdes fluidos  
donde se refleja el lacrimoso brillo de las estrellas. En ese divino  
reflejo, que es como llanto al atardecer, Boticelli mojó sus  
pinceles y nos dejó las pinturas más hondamente empapadas del  
espíritu de su tiempo, del espíritu de su ciudad. Boticelli es la  
expresión más atormentada, pero al mismo tiempo más diáfana  
y fiel del Renacimiento; y el Renacimiento es la puerta de entra-  
da a nuestro tiempo, a nuestra edad, tiempo que comenzó  
canonizando la nostalgia y que se está cerrando, en un crepúscu-  
lo nuclear, canonizando la angustia.

### UNA MUJER PASA JUNTO AL ARNO

Boticelli como buen artista que era (que es, ¿acaso mueren los  
artistas?) centraría todo lo que hoy nos resulta símbolo  
y signo de una época en el simple pero complejísimo hecho  
de su amor (amor silencioso, platónico, pero en su intensidad  
casi fabuloso) por Simonetta Cattaneo. Nos diría cómo esta  
linda jovencita fue electa una vez Reina del Torneo o de  
las Justas de Primavera, y cómo su aparición en la carroza de los  
juegos trastornó, enloqueció a Florencia. El joven Juliano  
de Médicis, el futuro mártir de la política, ya no tuvo otro pen-  
samiento que la 'bella Simonetta'; la juventud florentina ya no  
tendría otro tema para sus serenatas, ni los poetas para sus  
versos, ni los pintores para sus cuadros. Era—dice Piero

Bargellini—la ‘sans par.’ La sin par. En la ciudad democrática de Florencia, donde todos debían ser iguales, se tenía un culto por lo ‘sin par.’ Lorenzo de Médicis, el magnífico, era ‘el sin par’ y así, detrás, o a la sombra de la democracia era el Poder, y mandaba sin par. Y la ‘bella Simonetta,’ era la sin par, y gobernaba sin cetro ni corona a la ciudad rendida. Pero Simonetta era casta y retraída. Era la inasequible (la revivencia de Beatriz, la encarnación de Laura). Y se casó como cualquier doncella florentina y fue fiel y amante esposa del joven Marco Vespuci. Eso no obstaba para que Florencia prosiguiera enamorada. Para que la música llegara a sus ventanas, y su nombre fuera siempre el tema de los cantos y el modelo de los artistas. Hasta que un día, negro para Florencia, ¡la muerte arrebató a la bella Simonetta en plena juventud!

#### ORFEO SE HACE PINTOR

¡Nadie es capaz de adivinar lo que el corazón silencioso de un artista guarda en sus abismos! El solitario Sandro Boticelli, el pintor que nos sirve de guía, aquél que sólo veía y guardaba en silencio lo que veía, ardía en callado amor por la bella Simonetta, pero al golpe de la muerte el fuego ya no tuvo contención y se hizo llama y quemó las paredes de su sagrario y consumió todo.

El pintor se arrojó contra la muerte, batalló obstinadamente con ella para arrebatarle con sus pinceles el rostro, el cuerpo, las divinas formas que la muerte le robaba. Y ya no hay otra mujer en sus mujeres que Simonetta, reconstruida recuerdo a recuerdo y detalle a detalle en cada Madona, en cada dama, en cada maravilla del más delicado pintor de la feminidad Florentina. ‘*Es el Orfeo de esta Eurídice que dejó en llanto a una ciudad entera,*’ dice Bergellini.

## NACE VENUS

Así llegó el momento en que Boticelli-Orfeo ideó el cuadro de su vida, su obra maestra: 'El Nacimiento de Venus.' Iba a ser el cuadro revelación de la nueva época, de la nueva edad que se abría, y quien iba a presidir ese cuadro, desnuda, deslumbrante de desnudez pero intacta, intacta como un estrella intocable y encendida, era la amada muerta, la bella Simonetta. ¡Nunca imaginaría el Renacimiento ni Florencia, que es el Renacimiento hecho ciudad, que esta joven dueña del prodigio—la dulce, la reservada esposa de Marco Vespucci—llevaba en sus ojos un poco tristes y en su cuerpo resguardado y musical, la desnudez de muchos siglos y su símbolo!

### DEJEMOS QUE BOTICELLI NOS LA MUESTRE:

Ella (¡ya sabemos quien es ella cuando el pincel de Boticelli pinta!) es Venus. Surge del mar y está de pie en la flotante concha de nácar, desnuda—'privada dogni vestido, manon del suo pudore'—despojada de todo vestido, mas no de su pudor, con una mano tímida sobre los senos y otra cubriendo su sexo con el final de sus largos cabellos, ramo de serpientes mansas que aún no saben su peligroso oficio. A su derecha Céfito y Clori avivan el viento sobre un mediterráneo suavemente encrespado y cano, y se supone una primavera de flores visitando el esplendor de la desnudez naciente. A la izquierda esperando en tierra a la hija del mar, Flora con su ritmo de estaciones, con su danza creciendo y moviéndose desde el pie—la planta—llega a cubrirla con su manto mortal.

Boticelli ha elevado—sobre un fondo inefable color de lágrima, azul de aves antiguas y fábulas marineras—el rostro de una tristeza jamás conocida. Venus va a llorar. Lloro en la humedad de sus ojos, como una estrella. Venus es triste.

¿Por qué?

‘Una época que agoniza crea siempre un sentimiento de tristeza,’ pero el nacimiento de Venus es el nacimiento de una época y no su crepúsculo. Sin embargo, ese nacimiento se llama Renacimiento. Y en ese renacer ¿no hay acaso presu- puesta, y también quizá proyectada, una muerte? ¿Es que el Amor, al sentirse nacer o renacer en una forma pagana, dejó aflorar hasta su rostro su conciencia de que ya no puede asu- mir la forma de Venus sin angustia o que esa forma pagana ya no puede ser suya, sino a costa de un inmenso e infinito Bien perdido? ¿Encierra acaso en su tristeza todo el drama del hom- bre cristiano en nuestro tiempo? ¿O es que Venus, en su desnu- dez, sabe que ya no la ven y que ya no la verán los ojos anti- guos, los ojos contemplativos, sino el ojo nuevo de una edad nueva, el ojo que ya no contempla sino que analiza, el ojo im- placable y científico que no se sumerge en las cosas, sino que se apodera de ellas, el ojo que ha abandonado el cristal—limpio y natural—de la poesía, para calarse el lente de una técnica fría, subyugante y ya muy pronto inhumana?

O peor aún ¿es que Venus se siente mirada por el ojo financie- ro, que ve su belleza con el solo criterio de negociarla, de vender- la, de convertirla en dinero? ¿Vislumbraban, acaso, sus ojos en la lejanía el horrible mundo de nuestra civilización de compraven- ta, donde no sólo la belleza, sino la justicia y el amor se venden, y donde la ciudad sólo se concibe como una suma de centros comerciales, sin relación humana, sin goce por la vida, sin piedad con el que fracasa, sin alegría ni aliciente para el pobre?

...Yo siento que los ojos de Venus—que son los ojos de Florencia— miran hacia mi desolada ciudad de Managua y me reprochan: si hubieran aprovechado la destrucción (¿no dice un aviso com-ercial: ‘Managua, como la Venus de Boticelli, renacerá de sus ruinas... etc.?’), si hubieran aunado, con pobreza pero con digni- dad, los medios de que disponían ¡que hermoso legado hubieran podido dejar, arrancado de la desgracia, a las futuras generaciones!



Pero, para crear formas bellas materiales, se necesita que dentro del hombre esté encendido un espíritu humanista y generoso. ¿Qué puede surgir de la sordidez, de la codicia vulgar y centavera o de la política concebida como rapiña? El orden externo supone un orden interno, una armonía. ¿Se puede crear una sinfonía con disparos de *Garands*?



# *Pompeya*

## LA HERMANA DE MANAGUA

Mi abuelo, el viajero, nos contaba su visita a Pompeya y nos prestaba a los nietos, con muchas recomendaciones, su mágico estereoscopio que nos permitía ver en su relieve, como si la fotografía nos transportara al propio sitio, las famosas ruinas de la ciudad que destruyó el Vesubio. Cuando trato de recordar mi visita a Managua destruida por el terremoto de 1971, se me entrecruzan esas fotografías del abuelo, y mis lecturas a escondidas de *Los últimos días de Pompeya* de Bulwer Litton, cuando me enamoré imaginariamente de Nidia, la dulce cieguita pompeyana, atrapada por la doble oscuridad de sus ojos y de la ceniza de aquel Apocalipsis.

Ahora cae una tenaz llovizna sobre la ciudad desenterrada y en este ambiente gris de sueño otra vez me confundo, y no sé si soy el niño que mira Pompeya a través del estereoscopio de su abuelo, o el viajero de 1974 que, traumatizado por los escombros de Managua, hubiera preferido pasar de largo este melancólico paisaje italiano rescatado a la muerte. Durante siglos se acumuló ceniza y tierra sobre esta ciudad sepultada; se olvidó su existencia, y los campesinos que sembraban año tras año sus granos, ignoraban que debajo de las raíces del pan dormían foros y anfiteatros, termas, casas, tiendas con sus bodegas llenas, mercados, templos, frescos y pinturas de intensos colores y sorprendente estilo, cuerpos conservados por la lava en la posición íntima en que los sorprendió el gas letal del volcán: centinelas de



pie, amantes haciendo el amor en sus lechos, familias huyendo, niños llorando. Lo que cubrió el Volcán, como si fuera el dios del olvido, lo descubrió muchos siglos después la Arqueología; y gracias a esa interrupción del tiempo, gracias a ese sueño bajo la lava y el tiempo, pudo reconstruirse con datos exactos una enorme porción de la historia del Imperio Romano. En la memoria del hombre sucede algo parecido: hay recuerdos a los cuales nos aferramos, recuerdos que queremos conservar en nuestra conciencia y que, sin embargo, se nos esfuman, se nos gastan (a veces hasta los rostros de seres queridos nos cuesta evocarlos y cada día se tornan más borrosos); en cambio, recuerdos que quedaron sepultados durante años en el subconsciente surgen de pronto nítidos, indelebles, al conjuro de un olor, de un sabor o de cualquier toque inesperado.

El arqueólogo es como el siquiatra de la historia: nos descubre su subconsciente. (Cuando se descubrió León Viejo—la ciudad de Pedrarias—, ¿quién no sintió que la piqueta del arqueólogo, como la investigación de un psiquiatra, había llegado al subconsciente del somocismo? ¿Qué es el poema *El Estrecho Dudoso* de Cardenal y el prólogo de Coronel Urtecho, sino la expresión de ese subconsciente histórico que vincula dos tiranías, en cuyo ocaso sucumbieron nuestras dos capitales?..)

Con estos pensamientos voy recorriendo la ciudad vacía y silenciosa. Mi imaginación trata de colocar—en el escenario de esta función suspendida—los personajes de la obra. En las treinta y cinco graderías del hermoso anfiteatro, imagino la rugiente plebe, agitando pañuelos para pedir la vida (¡Mitte! ¡Mitte! ¡déspídelo!) de un gladiador pompeyano vencido por un foráneo. (Por ahí queda un epitafio en la tumba de un gladiador que, muerto por un rival a quien él había perdonado la vida en un combate anterior, envía de ultratumba, a sus colegas, este consejo práctico y atroz: 'Que mi suerte os sirva de enseñanza. ¡No deis cuartel al vencido, sea quien sea!': moneo ut quis quem vicerit occidat. Más allá imagino a los nobles y ricos

burgueses, precedidos por un ostentoso cortejo de esclavos, encaminándose a las termas. ¡Sólo en la actual civilización americana, con su pasión colectiva por las piscinas, ha vuelto a establecerse un culto social alrededor del agua y del baño como en los tiempos de Roma y sus termas! Entro luego a la casa llamada 'del Banquero' y me imagino a Lucio Cecilio Jocundo, con su rostro entre receloso y bonachón, mirada oblicua, fiscalizando al esclavo que anota en la tableta un préstamo; al liberto que hace un cálculo con el ábaco; a los esclavos que cuentan y clasifican monedas; al otro liberto que ajusta cuentas a un pobre deudor en mora. Al fondo de la amplia sala, llena de ruidos y movimientos como en un banco de hoy, está el gran nicho de gruesas puertas donde guarda, en un arca de bronce, las innumerables tabletas de sus operaciones.

Nunca sospeché Lucio Cecilio Jocundo, que estas 'tabulae' o tablillas serían conservadas por la lava, a través de los siglos, para revelar al futuro sus negocios. Allí quedó, resumida su historia: recibos, pagarés. ¡Triste cosa cuando de la memoria de un hombre sólo quedan números!

Cruzo varias cuadras, me alejo hacia el Foro y me encuentro en un dédalo de calles estrechas y de pequeñas casas o tugurios—las 'tabernas' de los romanos—donde trabajaban, exponían sus productos y vivían apiñados, pequeños comerciantes, artesanos con sus talleres, pulperías, coyotes, revendedores, etc. Podemos imaginar—por algunas pinturas que conserva Pompeya—el trajín de esta calle, su bullicio, el sofocante apretujamiento de las familias reducidas a un cubículo en la trastienda, el humo de las cocinas, los compradores pidiendo rebaja y, como temibles abejas madres de aquel panal, los tábanos, los cobradores, que para apremiar a los deudores morosos 'percludere inquilinum,' sitiaban al inquilino enlavrándolo con su familia en la 'taberna' hasta que el hambre o la desesperación los obligaba a pagar.

La lava protectora del Vesubio nos permite también leer—como si los hubieran escrito ayer—los famosos 'graffiti' de la

plebe romana: los letreros con que marcaban en las paredes sus odios políticos, los ¡Mueras! al César o a su Comandante, los epigramas de algún famoso satírico que así encontraban publicidad; la frase pornográfica del estudiante obsesionado por el sexo, y hasta la resuelta declaración femenina de una admiradora del gladiador de moda.

Ahora entro a la pequeña casa de un poeta llena de estatuas y bellas pinturas. ¡En su sobriedad y belleza la casita del olvidado cantor no deja mal parado al gremio de los poetas! En cambio, cuando unas cuadras más allá, entro a la acicalada mansión de los Vestii—dos hermanos solterones, ricachos y homosexuales—respiro un aire de decadencia. Las mejores pinturas murales de Pompeya se admiran aquí: pinturas de un sorprendente estilo ‘impresionista,’ pero nos asedian los ‘amorcitos,’ niños efebos desnudos jugando a oficios domésticos, amorcitos con ánforas, amorcitos con delfines, amorcitos imitando a Venus en su concha marina... Y al fondo de la casa, la habitación reservada al vicio nefando, decorada toda ella con procaces escenas pornográficas. Salgo a la calle y entonces me fijo que en el portal, como una enseña, los hermanos Vestii han colocado un falo. Por allí salían, depilados y perfumados, los hermanos maricones. Y el poeta de la otra calle escribiría: ‘Sospechoso es para mí / lo bien que sueles oler / Vestii, pues huele mal / el que siempre huele bien.’

En Puerta Marina, la primera casa pompeyana ha sido convertida en un pequeño pero rico museo (lo mejor de lo encontrado en Pompeya se encuentra en el Museo de Nápoles). Me entretengo en mirar la infinita cantidad de cosas que usaban en su vida diaria el hombre y la mujer romanos en el primer siglo de nuestra era. Desde las agujas de marfil y las toscas navajas de rasurar importadas de España, hasta los braceros, cipos, ánforas, balanzas, tenazas o armas. El hombre es un incesante creador de instrumentos. De pronto, en un rincón descubro una presencia angustiada. Es el cuerpo de un hombre en cuclillas que aprieta

desesperadamente a su nariz un pañuelo. La garganta tensa, los ojos desorbitados dicen, sin palabras, que ese hombre murió (y sigue muriendo) de asfixia. En esa posición lo envolvió la lava. En esa posición lo recuperó la arqueología. ¿Será éste Plubio Próculo, el panadero, cuyo humilde retrato estaba pintado en una pared de su casa?

No puedo quitar los ojos de su impresionante suplicio y sobre su posición arrinconada y, sobre sus rasgos desesperados, mi memoria coloca la fotografía de Braulio Carrillo, el zapatero de Managua, encontrado muerto bajo los escombros en análoga posición con un trapo apretado a la nariz, asfixiado no por el gas letal sino por el polvo. Plubio o Braulio, la muerte borra los nombres para entregarnos la 'eterna historia' del hombre. Me imagino su diálogo:

**PLUBIO.**—Hermano, supongo que al progresar el mundo, tú no tuviste mis dificultades. Que no viste llegar con angustia el vencimiento de los plazos y la figura del tábano cobrador, ni el descaro del rico ofreciéndote perdonar si le dabas a tu hija; ni te humilló el esclavo del millonario llevándote al tribunal porque estabas en mora. Aquí los 'humiliores' (los pobres) tenemos un refrán: 'Vale más ser esclavo de rico, que ciudadano libre pobre.'

**BRAULIO.**—Como tus plazos, mis plazos; y como tus tábanos, mis tábanos. También entre nosotros vale más ser criado de un Coronel que jefe de un taller.

**PLUBIO.**—¿Los cobradores del alquiler de tu casa te encerraban y te sitiaban por hambre?

**BRAULIO.**—Usaban otra técnica, me lanzaban del cuarto los muebles en la calle.

**PLUBIO.**—¿Y los 'honestiores' especuladores te subían el precio del trigo y de los alimentos?

**BRAULIO.**—Encontraron el nombre de 'inflación' para encubrir ese robo colectivo de los de arriba que nunca permite al trabajador, por más que trabaje, que su salario cubra su presupuesto.

**PLUBIO.**—¡Pues no ha pasado el tiempo! Y dime ¿viste pasar por



tu calle a los Vestii, perfumados, cubiertos con túnicas de finísimo lino de oriente, transportados en literas por docenas de esclavos tan lujosos como sus amos? ¿Sabes de dónde sacan su dinero? De la usura, de la amistad con los políticos y de las lágrimas del pobre.

**BRAULIO.**—No vi pasar a los Vestii pero sí el flamante carrazo de otros que viven de la usura, de la amistad con los políticos y de las lágrimas del pobre.

**PLUBIO.**—¿Escribiste desesperado en la pared, en la noche, ‘Abajo la tiranía,’ y el ojo del espía te vio y te cargaron de grillos en la cárcel?

**BRAULIO.**—Escribí en la pared ¡Muera Somoza! y un oreja me delató y me llevaron a culatazos a la chirona.

**PLUBIO.**—Y en tu tierra ¿conocieron la República que nosotros añoramos?

**BRAULIO.**—En mi tierra conocimos la República, pero ahora se ha instalado el cesarismo pretoriano.

**PLUBIO.**—¡Por Júpiter, hermano Braulio! ¡Pues no ha pasado el tiempo!

Oigo entonces la voz de un empleado:—‘Señor, su grupo y su guía hace rato se fueron.’ Salgo rápido y me encuentro con un sol napolitano (¡oh, sole mío!) brillante y jubiloso ¡Como en Managua: un sol que ordena vivir y unas piedras que decretan muerte! Aquí, sin embargo, las piedras conservan un pasado, las ruinas aprisionan historia. Allá, en Managua ¿era historia lo que se hizo polvo, o más bien carencia de historia? ¿Qué hacíamos nosotros, en un pequeño país agrario, ganadero, agricultor—en un país, además, con una geología loca e inestable—calcando modelos ajenos de ‘Gran Ciudad’ industrial, levantando fanfarrones rascacielos, centralizando contra natura la vida nacional, creándonos necesidades falsas y desatendiendo las verdaderas, enfermos ya de megalópolis y todavía descalzos? ¿Qué historia edificábamos traicionando nuestra vocación rural,

olvidando que nuestra tierra sísmica prohíbe las concentraciones, creando una espesa miseria suburbana mientras miles de hectáreas de tierras—algunas de las mejores del mundo—esperan baldías brazos e inversión económica para rendir sus frutos y hacer de los nicaragüenses un pueblo sin hambre, dueño de su tierra y de su destino, con cultura (original) y con historia (propia)?

El 'sí' y el 'no' de nuestra tierra—es decir, su fecundidad agraria y su inestabilidad geológica—pedían y piden un urbanismo humilde (la humildad no significa falta de belleza, ni tampoco deshumanización); el urbanismo propio de una civilización rural, descentralizado, regionalizado, fruto de un auténtico vivir y no del plagio.

Pompeya murió en su ley. Sus ruinas son las de su historia. En cambio, los futuros arqueólogos no encontrarán en nuestros escombros historia, sino alienación.



## *La tumba de Virgilio*

En Pozzuoli, orillas de Nápoles, puede el viajero detenerse frente a una sencilla tumba romana en forma de templete y leer este epitafio: 'Mantua me genuit; Calabri, rapuete; tenec nunc Parthenope; Cecini pasqua, rura, duces.' (Mántua me engendró; me retuvieron los de Calabria; ahora me posee Nápoles. Canté los pastores, los campesinos y los caudillos).

Es la tumba de Virgilio.

Aún no he valorado lo que pueda deber a este poeta latino, finquero y agricultor, en el derrotero que siguió mi poesía. Las cosas que suceden en la infancia tienen repercusiones inconmensurables. De niño, posiblemente incitado por mis primeras clases de latín, o tal vez aconsejado por mi padre, leí a saltos como un juego, entre aburrimiento y sorpresas, las 'Geórgicas.' Aún conservo ese viejo libro con señales a lápiz en los versos que deben haber gustado a mis ojos de pequeño finquero: 'los chivos adversarios topando sus cuernos,' las 'grietas bostezantes,' la ternera que 'con abierta nariz sorbe los vientos...' etc. Eran referencias poéticas a la vida del campo, que sin duda me empararon, desde entonces en la mística relación de amor con la naturaleza que brota de Virgilio (aunque no dudo que, en este caso, llovía sobre mojado, porque la comunión con la naturaleza es una de las características de nuestro pueblo agrario y se manifiesta a través de toda la poesía nicaragüense). Además Virgilio, me enseñó en su lectura, no sé en qué medida, las tres que yo juzgo principales lecciones humanistas del gran poeta mantuano:

- 1 Su pasión por las cosas, es decir, la valoración de las cosas en sí mismas por insignificantes que sean, la observación de sus detalles, y la inquietud por sus causas: 'Felix qui potuit rerum cognoscere causas!', dice su verso: ¡feliz el que puede conocer la causa de las cosas!
- 2 Su culto por el lugar; es decir, el sentimiento de vinculación con esa dulce cápsula del ser que es el lugar, el sentimiento de que las fronteras de la persona no terminan en la piel, sino que se expanden en comunión con ciertos sitios y paisajes, sobre todo aquellos que se asocian a los recuerdos de la infancia o a ciertas intensas vivencias del hombre. El solo nombre de ciertos lugares—el lago Lario, las riberas del Mela, Capua, Mántua la sin ventura—tiene una vibración poética casi religiosa en Virgilio.
- 3 Su capacidad de compasión, virtud cristiana antes del cristianismo que le permite, en los crueles tiempos de un cruel imperio, incorporar a su poesía el sentimiento de simpatía hacia el dolor humano y percibir la entonces inaudible queja del humilde.

Atravesando los campos que Virgilio cantó—en cuyo fondo se yergue, como en los horizontes nicaragüenses, la amenazante silueta azul de un volcán: el Vesubio—puede el aire, que mueve las mieses y las encinas, repetir viejos exámetros. Casi se oyen: 'Salve, magna parens frugum, Saturnia tierra, madre fecunda en mieses...!' Tal vez se inventarán mañana aparatos electrónicos de una arqueología acústica que recojan, debajo de capas y capas de palabras, las más nobles voces que llenaron la historia. Porque, como se preguntaba Alfonso Cortés: ¿existe el tiempo?... El tiempo de Virgilio tiene una profunda analogía con la nuestra. El tiempo de Virgilio—'al filo del nacimiento de Cristo'—marca uno de los momentos de cambio de mayor angustia en la historia de Occidente. No sólo en Roma, sino en toda su zona de influencias, se sentía





materialmente (basta leer a cualquier historiador de esa época) el crujido de un mundo viejo que se hundía deshecho a discordias, mientras se abría paso, entre dolores de parto y sangre, lo nuevo. Surge, entonces, la paz de Augusto y se alza el edificio, al parecer imperecedero, del Imperio de Roma. Virgilio, arrebatado por la profecía, augura en su ÉGLOGA IV: 'Última Cumaevi venit iam carminis aetas'...

*'ya es llegada la edad postrera del oráculo de Cumas,  
ya comienza una nueva gran serie de siglos,  
ya la Virgen regresa y torna el reinado de Saturno  
ya descende una nueva generación de la celeste altura,  
este niño que nace, verá terminar la Edad del Hierro  
y surgir por el mundo una Edad de Oro...'*

¿Quién es ese niño? ¿El hijo de Octavio, sobrino del Emperador? ¿El hijo del Procónsul? ¿Quién? Veinte siglos lleva el mundo discutiendo la respuesta. Lo cierto es que cuando el poeta escribía en Italia su poema, un niño pobre, hijo de un carpintero (de un tal José, diría Carlos Mejía Godoy), pero perseguido por reyes desde su nacimiento, nacía en un establo en un pueblito marginado de Israel. Magos de Oriente ven entonces una estrella... Algo flota en el ambiente que le hace sentir al hombre—en Roma, en Asiria, o en Jerusalén—la llegada de un tiempo nuevo. Como hoy. Como en el clima angustioso de nuestro tiempo, en que todo empuja al cambio, aunque son pocos (y algunos poetas) los que ven estrellas de esperanza.

Pero hay algo que acerca todavía más al poeta mantuario a nuestro tiempo y a nuestro pueblo. Dentro de la crisis de su época, Virgilio sufrió en carne propia el drama del campesinado de Italia, drama que nos deja percibir a través de sus 'Bucólicas,' sobre todo en la ÉGLOGA I.

Dos pastores dialogan. El uno, Títilo, suena su flauta bajo un árbol pensando en Amarilis, la muchacha que ama. Entonces

Melibeo, su amigo, al oír la música llora, porque va a perder sus tierras despojado por la soldadesca. La alegría de los dos amigos se ve turbada por el despojo y el próximo exilio. Y dice Melibeo:

*¿Volveré a ver mi choza de techo de paja?  
 ¿Pasarán estos campos tan cuidados a un impío soldado?  
 ¿Estos siembros pasarán a un extraño? ¡Mira  
 la miseria que produjo la discordia!  
 ¡Mira para quién sembramos estos campos!*

Detrás de la queja de Melibeo hay toda una amarga historia. Copio un texto:

‘El triunviro Octavio César, en el año 713 de Roma, dio orden de despojar de sus tierras a los campesinos de la región de Mántua para repartirlas entre los soldados que habían luchado por él en la guerra civil. La hacienda paterna de Virgilio tocó en suerte al centurión llamado Arrio y al verse despojado el poeta acudió al César implorándole la devolución de lo suyo. Octavio, haciendo honor a la fama de Virgilio, ordenó se le restituyera, pero la soldadesca, insolentada, volvió a apoderarse de la finca de Virgilio y éste viose no solamente despojado de nuevo de ella, sino que estuvo a punto de perecer víctima de los soldados rapaces, teniendo que pasar a nado el río Mincio para salvar su vida. Apeló una vez más al Emperador y Augusto no sólo le devolvió sus tierras, sino que lo distinguió con su admiración y su amistad.’

Pero Virgilio no olvidó el dolor de los demás. En sus églogas resuenan los lamentos de aquellos que sufrieron como él y que no tuvieron la suerte de encontrar justicia. Y los ecos de su égloga aún resuenan. Pasan el mar. Llegan a América. Cuando bajan del Norte o de Matagalpa o de Chontales, humildes campesinos a denunciar abusos y despojos, cuando bajan los Catalino Flores, a quien la injusticia llevó a la rebeldía; cuando bajan los Leoncio García a solicitar amparo; o los Aráuz de Mancera (que nunca



regresaron); o los Maldonado de la comarca de Castilla cuyo despojo clama al cielo; o las mujeres mártires de Cuá; o las viudas de Julián Ramos y de Pedro Granados, con sus rebozos negros denunciando el crimen en los juzgados, la égloga de Virgilio puede responderles:—Allí donde el poder se basa en las bayonetas, las tierras del indefenso campesino irán cayendo en manos de quienes tiene las armas, en manos de los soldados y de los partidarios armados del César.

Recuerda esta tumba. Aquí yace un campesino cuya tierra la salvaron sus poemas. ¿Cuántos—en cambio—no tuvieron tierra ni siquiera para su tumba? ¿Cuántos—como canta su égloga—fueron a morir exiliados a la caliente África, o a la lejana Escitia, o acabaron miserables en los suburbios de Roma?

*‘en quo discordia civis  
produxit míseros...!’*

*¡Mira a qué miseria nos  
condujo el estar desunidos!*

# Capri

## EL AISLAMIENTO DEL TIRANO

A una hora de Nápoles en barco—un cómodo y veloz deslizador para doscientos pasajeros que despertó mi envidia de navegante lacustre—queda la isla de Capri, una de las más altas y bellas del Tirreno: parece que el mar se pone de puntillas para levantar la bandeja de esta escarpada y blanca roca, de quince kilómetros de circuito, coronada de frutas, olivos, mirtos, rosales, vides, villas, ruinas y palacios, y dos pueblos—Capri y Anacapri—a los que no se llega sino que se trepa para hacerle honor al nombre de Capri que viene de cabro.

Desde arriba uno se siente dueño del mundo y sus rutas, asociado al Olimpo de los dioses que incubaron las civilizaciones. Abajo uno se cree abordando las riberas de un planeta caído. Los escarpados farallones de 200, 300 y hasta 800 pies de altura, abren, con frecuencia—a nivel del mar—oquedades y misteriosas grutas donde las aguas adquieren los colores más increíbles y fascinantes. Son famosas, desde los tiempos fenicios y griegos, la Gruta Azul, la Gruta Roja, la Gruta Blanca y la Gruta Verde, criaderos de ninfas, reales y mitológicas, donde el agua es ópalo de fondo blanco y reflejos rojos y verdes, o zafiro de un azul fluorescente como si el agua cubriera la luna, o turquesa, o jade. Las aguas que bañan a esa linda noruega en bikini son las mismas que hicieron nacer, de la poesía y del mar a Anfitrite, a Deianira, a Dioné o a Eudora. Apolodoro habla de cuarenta y cinco nereidas. Yo, en estos tiempos de turismo, hubiera podido pasar el día sin



acabar de contarlas. Cerca de la Gruta Azul el guía nos señala unas rocas, el 'Scoglio delle Sirene.' Aquí, donde yo voy Ulises tuvo que taparse los oídos y amarrarse al mástil para no ser atrapado por el mágico canto. Estoy seguro que si mostrara una fotografía a colores de esas rocas y de sus costas llenas de muchachas de trenzas doradas y de flores de bugambilia prendidas de los farallones, nadie dudaría de la tentación de Odiseo.

Atracamos en el puertecito de Marina Grande y ascendimos por un funicular a Capri. El pueblo, con sus complicadas callejuelas de sintaxis medioeval, su torre, su gran reloj, sus infinitas tiendas, puestos de souvenirs y restaurantes, invita a beber un vaso del delicioso vino 'Capri,' seco y de finísimo aroma, y a comer un pulpo arrancado del tridente de Neptuno.

Pero hay que salir del centro del pueblo—demasiado atiborrado de turistas—y perderse en el laberinto de caminos emparrados, bordeados de naranjales, de enredaderas, de pequeñas villas y de increíbles paisajes. En cada recodo del desigual terreno se abren abismos desde cuyos balcones se dominan castillos, palacios, ruinas imperiales y al fondo, omnipresente y sonoro, el azul inefable del Mediterráneo.

De pronto miro en la tierra, a mi lado, una sombra. Vuelvo los ojos y me encuentro con la estatua de mármol de un alto y orgulloso romano, cuya mano erguida todavía empuña una inexistente espada rota. Me acerco. Es la estatua del emperador Tiberio.

Dominado por la belleza del paisaje había olvidado que este paraíso fue el nido de una de las águilas más sanguinarias y repelentes de la historia del mundo. Había olvidado que Capri, a pesar de su esplendor casi divino, fue uno de los lugares malditos desde donde se dictaron para todo el imperio romano las órdenes más crueles y los ultrajes más degradantes para la dignidad humana. Miro la estatua: un guerrero de estructura potente, pero el rostro, debajo de una frente abombada—que quizás acusa degeneración—el diseño triangular de la cara con su aguda barbilla, sus ojos inquisitivos y miopes, y su boca recogida

y desdeñosa, parece la fusión del gavilán y del lobo. Este hombre hizo temblar al mundo. Este hombre fue al comienzo un buen gobernante y un gran administrador. Fue un técnico excelente con un alma perversa, hasta un día en que esa alma enconada lo dominó enteramente y se le salió la fiera, devorando todas sus anteriores y vacilantes virtudes. Lo extraño es que ese período final y brutal de Tiberio coincide con su llegada a Capri, donde se encerró para gobernar al mundo durante sus últimos once años de vida. ¿Cómo pudo inspirarle tanta maldad y crueldad este lugar de belleza y de contemplación, de brisas musicales y de azules casi angélicos?

Toda isla produce dos movimientos opuestos en el espíritu del hombre: la sugerencia de ilimitadas posibilidades (el mar por todas partes llamando a la aventura y a la expansión de las potencias del alma) o la opresión o claustrofobia de quien siente al mar o a las aguas como paredes de una prisión. Para unos, como Ulises, como Colón (como Cifar) las islas son puntos de partida, invitación para extraverterse, por la osadía o el sueño, en grandes empresas. Para otros, las islas aíslan, introvierten, agudizan la soledad o la misantropía.

Pero lo grave de Tiberio—dice Gregorio Marañón—es que buscó deliberadamente una isla para cultivar su resentimiento y su misantropía. Capri es como el mito del aislamiento del tirano. Toda tiranía, indefectiblemente, se construye una isla (una isla rodeada de serviles y de espadas, una isla separada del mundo por la adulación y el miedo); y una vez en su isla, alejado y temeroso de su pueblo, el tirano se precipita, de crueldad en crueldad y de arbitrariedad en arbitrariedad, hasta su final.

Tiberio, en el comienzo de su carrera, demostró virtudes prometedoras: rechazó los honores, fue un hombre sobrio, sencillo, disciplinado y demócrata. Pero recibió tales muestras de servilismo—incluso del mismo Senado Romano—, conoció tales bajezas de adulación, que su natural desdeñoso no supo superar el asco y educar a sus colaboradores, sino que dio rienda suelta a



su misantropía (los serviles, ¡qué culpables son de la perversión de los tiranos!). Por otra parte, el buen administrador tenía un alma resentida y criminal. Tiberio no concibió otra forma de garantizarse el poder que matando a todo posible competidor. Sus venganzas hicieron historia. Y el pueblo reaccionó. Las virtudes burocráticas nunca son populares y el emperador tenía dos defectos para despertar el odio de Roma: su desdén y su crueldad. Aquella montaña de ilustres cadáveres subleva el alma popular. Los muertos o prisioneros son políticos notables, o hijos de caudillos amados, o generales llenos de méritos. Las sublevaciones son reprimidas con exagerada crueldad. El odio popular crece. El emperador ya no se deja ver del pueblo. Se rodea de una guardia impenetrable. Cuando recorre calles o caminos, la guardia que lo precede arroja a golpes a todo viandante, prohibiéndose incluso que se le vuelva a ver de lejos. A los actos públicos ya no asiste y cuando lo hace es blindado de espadas y de escudos. El pueblo capta el miedo del tirano y aumenta su odio: las paredes amanecen llenas de injurias contra el emperador. Sus estatuas aparecen manchadas o mutiladas. Entonces se retira a Capri.

El reinado de Tiberio desde Capri fue el período más siniestro que conoció Roma. El alma de Tiberio para gobernar desde lejos fue la delación. Por una ley concedía al delator una parte de los bienes del acusado si resultaba culpable. ‘El resentido en el poder —observa Marañón—recurre enseguida a sus hermanos de resentimiento, que son los delatores.’ Y Tácito escribe: ‘Jamás como entonces reinó la consternación y el sobresalto en Roma. Se temblaba aun estando entre los parientes más próximos. Nadie se atrevía a hablar. Todo oído era sospechoso.’ En efecto: ‘las paredes oyen cuando la justicia calla.’

El instrumento de Tiberio en Roma para este gobierno del terror fue su valido Sejano, su ministro de gobernación y de crueldad. Pero un día le llegó a Capri una carta delatando una oscura conspiración de Sejano. Tiberio le ordenó presentarse al Senado para recibir los máximos honores. Sejano, vestido de

gala, llegó glorioso a la Asamblea y allí un pretoriano de Capri entregó al Senado el pliego lacrado de la petición del emperador. El hipócrita pliego que comenzaba exaltando los méritos de Sejano, terminaba enumerando sus crímenes y pidiendo su condena de muerte. El Senado, que odiaba al Ministro, lo condenó por unanimidad. Conforme la cruel costumbre, la condena recayó sobre toda su familia. Su esposa y su tierno hijo varón fueron pasados a cuchillo.

Cuando le llegó su turno a su pequeña hija mujer, se tropezó con la vieja ley romana que prohibía ejecutar como criminales a las vírgenes. Entonces un decurión, 'por órdenes superiores,' violó a la niña para inmediatamente después ahorcarla. Este acto tremendo e inhumano ha quedado para siempre grabado en sangre en las páginas de la historia, como la expresión más horrenda pero más clara de lo que significa la legalidad para las tiranías. Regístrense todas las 'legalidades' de las tiranías y siempre se encontrará que, para cumplir con la ley, se viola la ley. Que para cumplir con la constitución se viola la constitución. Que para 'garantizar' los derechos humanos, se violan los derechos humanos. 'Los tiranos—dice Monstesquieu—conservan las leyes, pero las vacían de su alma.'

La muerte de Sejano no mejoró la situación, sino que la agravó, porque Tiberio aumentó su suspicacia y su rencor. Lleno de pústulas que afeaban su rostro vivía encerrado en su inasequible palacio en el paraje más alto de Capri, ordenando ejecuciones tras ejecuciones. En la lejana Roma el pueblo clamaba inútilmente contra el monstruo. Hasta que un día llegó la ansiada noticia: el emperador había muerto. Entonces el pueblo, ebrio de alegría, se echó a la calle, cuenta Suetonio, gritando: ¡Tiberio, al Tiber!. (¡Triste explosión de venganza!—arrojar el cadáver odiado a las aguas del río—¡triste solución de un reino de servilismo y de terror!. Mientras el pueblo enronquecía contra el tirano muerto, en las grietas del palacio de los Césares salía del nido una nueva serpiente: el asqueroso Calígula!)





Cuenta una historia que, ya en sus últimos años, Tiberio llamó a cuentas a Capri a uno de esos procónsules que los imperios envían a explotar a las lejanas provincias. El procónsul Poncio Pilatos, mientras se justificaba de varias acusaciones, contó a Tiberio que había hecho crucificar a un galileo que se decía Hijo de Dios.—‘¿Se amotinó el pueblo?’ preguntó el siempre temeroso Tiberio.—‘No,’ contestó Pilatos. ‘Pero lo extraño es que sus discípulos y seguidores aseguran hasta en el martirio, que ese hombre resucitó.’

Añade la tradición que Tiberio, que estaba muy enfermo y con el horror a la muerte, se interesó hasta la obsesión por la noticia del resucitado. Mandó a buscar y perseguir cristianos y los hizo llegar a Capri para arrancarles, a tortura, el secreto de aquella resurrección. No pudo hallarlo. ¡Nadie estuvo más cerca, ni más lejos, de la resurrección! ¡Él fue el emperador bajo cuyo dominio murió Cristo! ¡Él protagonizó el reinado del crimen y del odio cuando a su lado se abría el reino del Amor!



# Roma

## O EL LUGAR COMÚN

### I

Cada viajero lleva una Roma, 'su' Roma dentro y quiere re-vivirla o desplegarla como calco sobre esta enorme Roma real, relicario de tres o cuatro mil años de historia. La abuela de Gertrud von Le Fort (en *El Velo de Verónica*) consideraba que Roma era la Roma del Foro—cuyo plano tiene la belleza difícil de la sintaxis latina—y la del Panteón, donde reposa Rafael junto al rey Vittorio Enmanuel I y, afuera, ronronean perezosos entre las ruinas los gatos romanos. Es la Roma-abuela. Mi amigo Luis Alberto Cabrales subiría—¡estoy seguro!—con la misma agilidad de hace 25 años, las empinadas escalas del Monte Palatino cuyas ruinas todavía emanan la poderosa majestad cesárea en que imantó su romanticismo imperial Mussolini. Y esa sería 'su' Roma.

Pero está también la Roma medieval, borrascosa y feudal, tan picasseana a veces en los frescos románicos, como auroral y reconstituyente en Santa María de Trastévere. O la Roma Renacentista; pocos son los que se detienen a ver cómo lo que se mueve en Roma, lo que danza en su gran masa arquitectónica, es obra de esa Roma renacentista. Se pudiera escribir un tratado o un ballet sobre el movimiento barroco que imprimió en la serenidad de Roma, ese extraordinario bailarín de las piedras que fue Bernini. Movimiento muy romano, pero revolucionario dentro de lo romano: como si la arquitectura y la

escultura romanas—tan majestuosamente quietas—se llenaran de pronto de música y comenzaran una solemne danza religiosa y vital. Ritmo de ‘Dóminus vobiscum’—de brazos que se abren en el saludo pontifical—tiene la colosal Plaza de San Pedro del Vaticano con las hileras de columnas en curva de Bernini.

Danza de oración y de incienso son las inmensas columnas de bronce del ‘baldachino’ del Altar Mayor de San Pedro, danzas escultóricas son las fuentes de Trevi donde las blancas estatuas—que creían haber alcanzado su reposo en lo clásico—cobran de pronto vida y danzan junto al agua... O la Roma de los peregrinos, la que nació sobre la Colina de los Vaticanos o Vaticana y que hoy—en el naufragio del mundo—es la única Colina de la Esperanza. Y está la Roma que traen ‘dentro’ tantos turistas. La Roma de la ‘dolce vita’ de Vía Véneto. (En sus rugientes o silenciosos ‘jaguares’ y ‘Roll-Royces,’ lánguidos peinados espléndidamente despeinados y ojos inmensos enmarcados de azul dejan ráfagas de esos seres de la actual mitología: las estrellas: luces fugaces en un cielo raso e incandescente que en Roma tienen los mejores rostros del mundo: Mónica Vitti, Antonella Lualdi, Elsa Martinelli...)

¿Cuál es tu Roma?—Escoge y excava en los siglos: Si quieres las lecciones del Orden Monárquico llega hasta los Tarquinos e interrógalos en el Templo de Júpiter Capitolino. Si quieres el Orden Republicano invoca a los Escipiones en sus tumbas—allí están—o háblales en el Templo de los Dios-curi o en la Basílica Emilia cuyas ruinas contestan al apagarse el sol. Si quieres el Orden Cesáreo pregunta por el Divino Julio en su Templo o en los trágicos escalones donde se cumplieron los Idus de Marzo. O si quieres el Orden Imperial, sube al Palatino y mira todo lo que hizo Augusto, aquel que dijo de Roma: ‘He recibido una ciudad de ladrillos y la dejo de mármol.’ O si quieres la Aventura o la Rebeldía, levántate con los Plebeyos contra los Patricios en el Aventino, o insurge con los Esclavos y con



Espartaco, o toma tu arma con los republicanos contra el dictador, o únete a esa fabulosa fila del espíritu y de la libertad que va a luchar contra el Estado deificado en los mártires cristianos. Si eres militarista allí tienes a los pretorianos. Y si eres demócrata allí tiene a los Cónsules. Mommsen escribió: *'todo lo que no está en la historia de Roma, es utopía.'*

### EL LUGAR COMÚN

Todo lo que se puede decir de Roma, ya está dicho, porque Roma es el más respetable, sugerente, consagrado e inagotable 'lugar común' del mundo. 'Todos los caminos llevan a Roma,' dice el refrán. Todas las historias llevan a esta historia. La emoción que puedo sentir yo en ella, la han sentido: si superficial, todos los miles de turistas que diariamente la visitan; si cordial y honda e incitante, todos los peregrinos que llegan a Roma; si ingeniosa, si meditativa, si filosófica, si poética ¿qué torrente de pensadores, de cultivadores de frases, de meditadores, de intuitivos poetas, no ha venido aquí y alimentado sus mentes con las sugerencias de este mismo paisaje, de estas mismas ruinas, de estos mismos capítulos imborrables de la más noble historia del hombre?

Si aguzas el oído puedes oír, sobre las lozas de sus imperiales vías, el golpe marcial de los pies legionarios, las humildes pisadas de las sandalias de los mártires, la confusa multitud plebeya, el orgulloso paso de los patricios. Y más apagadas y anteriores, debajo de las lozas, otras pisadas puedes oír, en turbas, pasando, transitando a otras Romas anteriores. A la Roma de siempre. Al lugar común. Etruscos, troyanos, albanos, sabinos, romanos, cristianos, bárbaros... cada uno pasó a 'su' Roma, como cada turista, como cada peregrino pasa hoy a 'su' Roma. Y, después de todos, rezagado en la infinita fila ¿qué puedo decir yo de 'mi' Roma?



## II

Al caer la tarde, tomo la estrecha calle del Castillo de Sant Angelo, con el deseo de entrar a la noche y a Roma a pie, despaciosamente, morosamente, porque la Urbe en ningún momento es más imperial y majestuosa que en el crepúsculo, con el manto rojo del sol que cae: rojo de Roma, cósmico, antiguo y pétreo. Pero octubre estaba demasiado luminoso y al cruzar el Puente Unberto 1 vi el Tíber, reflejando el oro otoñal, solitario y lleno de paz bucólica. Es desconcertante lo que pasa en el Tíber. Su cauce y sus riberas, entre murallas de cemento, ven correr unas aguas solitarias y melancólicas como si fuera un río de otra edad expuesto en un museo. Arriba, bordeándolo, las calles paralelas rugen de tráfico: ese tráfico romano, loco, veloz, hormigueante, como una permanente invasión de los Bárbaros sobre la capital del Imperio. Yo bajé la escalinata del puente. Quise bajar, dialogar con el sucio, olvidado dios antiguo. Toda ribera de río está llena de voces inefables. ¡Cuánto más el viejo Tíber, padre río de la historia, pastor de civilizaciones, pontífice fluvial!

Sobre una roca un pescador me ve bajar, me observa, me saluda. Tal vez se extraña de que exista otra persona en Roma amiga del abandonado dios pardo. Pero yo no pesco peces sino pensamientos. Bajando las gradas me acordé que hace una semana, regresando de la hacienda de José Coronel, se nos descompuso la lancha a motor en el Río San Juan de Nicaragua y buscando auxilio remamos, ya de noche, hasta encontrar en la solitaria ribera el ranchito de un ribereño.

Caía un aguacero caribe. Bajamos para alquilar un bote. Así conocí esa noche a Cristóbal: una especie de monje, más que monje, un eremita casado que vive en una choza de paja y varas, casi transparente, a dos o tres horas a remo de todo otro morador: rodeado por la selva, en un zancudero fabuloso con su compañera—una simpática mujer de ojos verdes y claro

color trigueño—y sus tres niños. Su trabajo es sacar adelante una pequeña milpa sembrada en un claro de la selva y pescar.

—A veces salgo con los perros a tirar. Pero poco. Siempre, sí, cae algo. Su venado. Su danta...

—¿Y no hay tobobas?—preguntó Álvaro Villa.

—¡Anoche casualmente maté una allí donde está usted!

Y seguimos dialogando. Cristóbal gentil, nos enciende su transistor: es lo único que puede ofrecernos y es lo único que lo comunica con el mundo...

En cambio, el pescador del Tíber no es tan silencioso como me pareció al comienzo. Después de algunas preguntas, sobre todo cuando supo que yo era de América—tropo lontano—se volcó en confidencias y tomó un aire crítico y harto superior para hablarme de la pobre Roma a la que estaban haciendo invivible los fabricantes de automóviles, los turistas y los concilios y sínodos—una locura del buen Papa Juan!

—¿Y usted pesca por deporte?, le pregunté yo.

—¡Por comer, por comer!—me contestó golpeándose la barriga.—Yo llevo una vida primitiva, sana... ¡Eso de allí arriba (y me señaló hacia el confuso y enloquecedor ruido de los miles de automóviles caracoleando), eso es suicidio!

Y despotricó contra el trabajo cada vez más rápido y tiránico. Contra la educación actual, contra el culto al dinero, contra el activismo—el hombre parecía un viejo modelo 'hippie,' antecesor y maldiciente, con su barba entrecana, su caña de pescador que golpeaba en el agua como acentuando se repulsa del mundo moderno y su voz melodiosa como de un tenor retirado.

Mientras trataba de entender su rápido parlamento, se me cruzaba la imagen reciente de Cristóbal, el del Río San Juan, ¡qué paralelo!. Pensaba: Dos ríos. Dos hombres en la ribera. Dos soledades. Dos vivencias. Pero ¡qué opuestos mundos y qué mentalidades antípodas!

¿Serán, en verdad, tan opuestas?

El río San Juan es todavía la naturaleza retando al hombre:

una noche en el río San Juan es un salto a la pre-historia: un volver al tiempo cuando el Tigris de Babilonia o el Nilo en Egipto —en el amanecer de la cultura—ofrecían al hombre selva, fango y fieras, y el hombre, dispuesto a ocupar la virtud de los ríos, a apoderarse de su misterio civilizador, se echa sobre ellos hasta vencerlos, domarlos, civilizarlos. El Río San Juan todavía vence al hombre. El Tíber viene de vuelta, vencido. Y sin embargo, el pescador del Tíber reniega de su victoria. ‘Hemos vencido a la naturaleza pero las armas que usamos para vencerla, la técnica, la máquina—dice el pescador—se han vuelto contra nosotros y nos están aplastando.’

Entre Cristóbal, defendiéndose de las tobobas y de los mosquitos, y el pescador romano, defendiéndose del aire irrespirable de gas quemado, de los ‘asesinos automóviles,’ de los accidentes, hay otro parentesco: los dos ellos se han apartado del mundo que llamamos civilizado. ¿Por qué Cristóbal se aleja y vive en la soledad en que vive? ¿Por pura miseria o por una vocación y gusto por la vida natural e incluso por la soledad? ¿Y el pescador romano? El pescador baja al Tíber proclamando ‘la vuelta a la naturaleza.’ Pero ¿es que se puede volver a la naturaleza? ¿Existe la marcha atrás en la historia?

Si Cristóbal se desarrolla, si logra vencer las fuerzas contrarias de la naturaleza y de la vida: si vence al río, si el San Juan se civiliza y entra a formar parte de la familia del Tíber, ¿será inevitable que cargue con la preocupación, con el hastío, con la opresión de la conciencia con que carga su cultura el pescador romano?

Algo humano está fallando.

Precisamente, en las riberas del Tíber, junto a San Pedro, otro pescador parece poner y anteponer, como ‘signos de nuestra época,’ los problemas de los dos ríos. Dice ‘Gaudium et spes’:

‘El género humano se halla hoy en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados. Pero, como ocurre en casos de crecimiento repentino, la transformación trae consigo dificultades. Mientras el hombre amplía

su poder, ese poder no pocas veces se le escapa y no consigue someterlo a su servicio. Quiere el hombre cada vez más el conocimiento de su intimidad y cada vez se siente más incierto de sí mismo. Cada vez descubre mejor las leyes de la vida social, y cada vez duda más de la orientación que debe darle. Jamás el hombre tuvo a su disposición tantas riquezas y poder económico, pero nunca tanta gente ha padecido de tanta hambre y miseria. Nunca el hombre ha tenido un sentido tan agudo de su libertad y entre tantos surgen nuevas formas de esclavitud social y síquica. Percibe con tanta viveza, como ineludible la solidaridad y se ve gravísimamente dividido en fuerzas hostiles e irreconciliables. Aumenta la comunicación de las ideas y, sin embargo, aun las palabras definidoras de los conceptos más fundamentales revisten sentidos harto diversos en las distintas ideologías. Se progresa en lo temporal, pero no se avanza paralelamente en lo espiritual...'

Son contradicciones, desafíos de la historia actual que la iglesia propone al hombre para que responda.

Yo voy caminando por las calles de Roma y me pregunto—y bien ¿cuál es la respuesta?—Arriba, sobre las cúpulas, un signo positivo parece sugerir la única contestación. El que tiene fe mirará en lo alto ese signo conciliador de oposiciones. En la cruz los extremos se tocan.

Ya es de noche. Al entrar al hotel pido la llave de mi habitación. La llave de mi soledad. La llave de uno de los reinos de este mundo. (El hombre llena de lujo sus cárceles. Pero al fin y al cabo el símbolo de un hotel es una llave). También la naturaleza, llena de lujo sus soledades. ¡Riberas lujuriosas del San Juan! ¡Vegetación de millonarios! ¡Suntuosidad agobiadora de agua y selva!

Entro a mi habitación: 315. Esta misma noche, en el lejano río, Cristóbal enciende su transistor y sueña en un futuro lejano y difícil, oyendo discursos de líderes, anuncios de productos comerciales, novelas y músicas insinuantes, campesinos que





avanzan reivindicadores sobre una 'gran Ciudad.' Entre tanto el pescador romano llega a su casa y apaga todas las radios. No quiere saber nada de toda 'esa porquería salvaje y mecánica.' Y entonces, ya en silencio, tal vez sueña en alguna época pasada, en el imperio de Roma, o en su inquieta juventud de valeses y banderas garibaldinas. ¿Es que también todos los sueños llevan a Roma?

# *Niza*

## Y UN APÓLOGO SOBRE LA BONELIA

Niza tiene dos títulos de nobleza geográfica: 'Capital de los Alpes Marítimos' y 'Capital de la Costa Azul.' Esa belleza natural esplendorosa de tierra y mar, a veces demasiado cuidada, no puede eludirse (Niza es telúricamente femenina y el sol que la ilumina es erótico), pero nunca se sabe a ciencia cierta en qué momento su encanto es auténtico y en qué momento hemos caído ya en la trampa de un sutil artificio, como el que bebe una bebida motivado por un hermoso anuncio y no sabe que su contento es el resultado de un truco psicológico publicitario. Niza es más tarjeta postal que sus tarjetas postales. Millones de turistas la usan como fondo para fotografiarse en Niza. La bella mujer que baja del lujoso sedán, oculta detrás de unas enormes gafas negras y perseguida por los fotógrafos, puede ser la protagonista del último escándalo de Onassis o una simple modelo que anuncia un traje veranero sobre el fondo del Puente de los Ángeles. Niza siempre aparece al fondo de Jacqueline, de la botellita de vermouth, del yate del magnate, de la crónica sofisticada del 'gran mundo,' de la Coca-Cola, del grito de la moda de verano, de la aventura del ejecutivo y la secretaria, del nuevo rico que estrena su balandro, de la millonaria que atrapa su conde palatino. Hay una Costa Azul que no es ella, sino el escenario de una pretensión multitudinaria, de un arribismo en todas las escalas.

Esto comenzó hace un siglo cuando los ingleses descubrieron Niza y Cannes y bajaron en bandadas precedidos por el Príncipe



de Gales. Y toda la alta burguesía de Occidente se desplazó a la Costa Azul a mirar a los monstruos sagrados. Niza es la playa de la 'belle époque': Sarah Bernhardt, el barón de Rothschild, Cleo de Mérode—la fascinante bailarina que volvió loco al Rey Leopoldo de los Belgas, a quien apodaron Cleopoldo—; Isidora Duncan con su chal rojo (el chal que la ahorcó cuando viajaba en un auto de carrera al enredarse en los radios de una rueda), Bonnard con sus pinceles, Lord Brogham, Serpoller (el Fangio de entonces) alcanzando los 120 kilómetros por hora, Catulle Méndez con su impresionante señora, los héroes del abuelo Rubén y sus marquesas Eulalias; la historia de Niza pudiera ser un tomo más de la obra de Marcel Proust. Un poeta: Stephen Liégeard, del cual ahora nadie se acuerda, escribía entonces un poema de 40 mil versos que tituló 'La Côte d'Azur.' El título del poema pegó fuego. Desde entonces tomaron estas playas el nombre, que hubiera firmado Rubén, de Costa Azul.

Pero detrás del azul de mar, añil y salino, había otro azul pálido de tuberculosis. Todos los tísicos adinerados bajaban de Europa al sol de Niza, buscando sin saber la muerte. Allí está el cementerio protestante con miles de jóvenes ingleses, o el ortodoxo con miles de tumbas de aristócratas rusos. Los hoteleros torcían el gesto ante la palidez de una dama de las camelias. Si no tenía un título o una gruesa libreta de cheques le negaban registro. ¿Morir en Niza?—Resulta absurdo hablar de Thánatos en el reino de Eros. Aquí no se viene a descender a la tumba—que es el igualamiento más indecente—sino a ascender escalas. Aquí, en tiempos de títulos, nació el 'snob.' (En los pasaportes al humilde cualquiera, en el renglón 'Título,' se le ponía 'Sans noblece'—sin nobleza—. Con el uso y la prisa los aduaneros inventaron la abreviatura 'S. Nob' y dentro de la abreviatura el ambiente vertió el concepto: el que busca nobleza, o distinción, o cultura, o el que lo aparenta). Era la era, que todavía no termina, de las 'cenicientas' que aportaban dólares y los barones, duques o condes que aportaban títulos. Miss Isabel Singer (5 millones de

dólares) con el duque Jean Elei Octaver Descases. Miss Ann Gold (12 millones de dólares) con el conde Boni de Castellane. Miss Amie Cutting (millón y medio) con el barón de la Vrillère, etcétera. Casar a veces se escribe con ‘z.’

Recorro la Avenue de la Gare, la Plaza Massena, cruzo sus impecables jardines (¿quién como Francia para el arte de la jardinería?), bajo el Puente de los Ángeles, el paseo de los ingleses —los grandes jets parecen descender en el mar— y recuerdo a Jean Cocteau: ‘Niza anticuada’ (con sus balcones con aire de peinetones ‘art nouveau,’ o de miriñaques de los trajes de nuestras abuelas), ‘ciudad de cuento, de carnaval, de yeso y oro, ciudad que se cruza como en sueños, que sorprende con su lujo sórdido y con sus plazas rojas, con sus arriates, sus estatuas en pie sobre una pierna en los ángulos de los tejados, sus coches de alquiler con toldos, su decoración de comedia italiana.’ Y en alguna mesa del Boulevard Víctor Hugo, su fisonomía coroneliana (sigo recordando a Cocteau) más que acompañar observará a la bella Otero—la bailarina andaluza que llegó a querida del Zar en la ‘belle époque’—: ‘Yo vi a la Otero y no era moco de pavo. Gorgueras, corsés de ballena, faja, pasamanerías, cinturones de avispa, pecheras de perlas, broqueles de plumas, una especie de guerrero erizado de plumas, de largas pestañas, escarabajo sagrado que enjanzaban y acorazaban desde temprano de la mañana robustas camaristas; tiesa, tan incapaz de salir como una perla de su ostra. La idea de desnudar a una dama así, era una empresa difícil, costosa, que era preciso prever por adelantado como una mudanza.’

CAMBIO. Las bellas Otero de hoy no lucen trajes sino cuerpos. La ‘belle époque’ ha reducido sus trajes. Pero con corsé o sin corsé prosigue el culto a los monstruos sagrados. Centenares fotografían el yate de Onasis. A la salida de la ópera pacientes turistas hacen cola para ver (y fotografiar) a la Cardot. En un café de la Gare una gringuita salta excitada y derrama su Coca-Cola porque confundió a un viejo calvo, ojos de rana, con Picasso (que ya es difunto). ¿Dónde está Niza?

La desbordante Otero que estoy ahora mirando en la playa no lleva nada (incluso el bikini es difícil percibirlo entre los pliegues de su monumental naturaleza). Llegó del frío danés y su inmensa talla, sobre la cual se posa, como rara ave, una cabellera anaranjada, parece fascinar a su pequeño y desmedrado amante, semicalvo pero lascivamente activo a su alrededor. ¡Tanta belleza que se ve en las playas—desnudos recubiertos otra vez de óleos, como las fenicias (que dicen fundaron Niza) o como las romanas; tanta pareja cargando sus baterías de energía solar; tanta banda de muchachos con el inevitable escapulario de sus Kodaks... y yo, impenitente, vuelvo otra vez a mirar al pequeño amante adherido a su gran Venus como si en la desproporción encontrara el símbolo de algo que flota en el ambiente pero que aún no logro expresar. Me refiero al hombre que se empequeñece para fabricar una ‘grandeza’ falsa, una diosa monstruo. La gran mujer del Apocalipsis, la gran Prostituta ¿no es la que el hombre, empequeñecido, crea por su propia aberración?. La dama del ‘pretencioso’—dinero o posición, poder o lujo ostentoso—¿no es, al cabo del ridículo, esa ‘gigantona’ que en la tradición leonesa sale a recordarnos con su baile el eterno peligro de volvernos enanos ante la ‘Gran Babilonia’?

Es Jean Rostand, el famoso biólogo francés, quien me de la clave. Dice: “Baudelaire, en uno de sus poemas, sueña con vivir ‘junto a una joven gigante’. El macho de la bonelia, un gusano marino de la familia de los geririos, (que habita en las rocas de estas costas mediterráneas) ha realizado con creces semejante sueño. La bonelia femenina se asemeja, tanto por sus aspectos como por sus dimensiones, a una voluminosa ciruela verde, dotada de una trompa bifurcada y retráctil que cuando está tendida alcanza un metro de longitud. El macho, en cambio, es un gusanito pestañoso cuyas dimensiones no exceden de unos pocos milímetros: junto a su hembra, no es más que una pulga con relación al hombre. Su organización, rudimentaria a más no poder, se reduce casi exclusivamente al aparato genital; ni siquiera



tiene tubo digestivo. Un grado tal de degeneración sólo es compatible con una vida estrictamente parasitaria; y, en efecto, el macho de la bonelia pasa toda su existencia en el útero de su opulenta compañera donde se nutre por imbibición, de los jugos circundantes.”

En la naturaleza se da mucho el caso del macho que ese enaniza al especializarse exclusivamente en la función sexual. La bonelia pareciera alertar al hombre con su tragedia de gusano. Porque hay (y aquí abunda) el género ‘bonelia’ en el hombre que se reduce a macho (y el ‘machismo’ es el complejo de quien se siente demasiado pequeño porque ha hecho demasiada grande su obsesión femenina); es el hombre que enaniza todas sus facultades para convertirse exclusivamente en aparato genital; en el hombrecito que cada día disminuye una pulgada de su estatura espiritual dentro del gran útero de nuestra civilización de consumo donde todo se le ofrece a través del sexo, desde la cerveza—que ‘es su victoria’—hasta la tela de su traje que tiene la virtud de rendir a la inmensa mujer, a la ‘joven gigante’ de su obsesión.

Pero también existe la bonelia de la riqueza. El hombre exclusivamente dedicado a producir. La reducción del hombre a la sola función genital del dinero. ‘Grandes’ banqueros, ‘grandes’ financistas—sacados del ambiente de publicidad donde su enanismo parece grande—se disminuyen como el macho de la bonelia y no son capaces de segregar una idea y ni siquiera tienen aparato digestivo porque se lo han atrofiado y toda su estatura cabe en el útero de la gran caja de hierro donde habitan.

Y también el ejemplar gusano abunda en la política. Tantos votos ciertos obtiene un dictador, cuantas bonelias hay en sus dominios. (¡Dichosamente en Nicaragua abundó la abstención!). Porque el servilismo atrofia todas las otras facultades para reducir al hombre a la sola sumisión. ‘Un grado tal de degeneración—dice Rostand—sólo es compatible con una vida estrictamente parasitaria.’ Y en efecto, nuestra política es el gran útero donde esos piojos, voluntariamente empequeñecidos, ‘se nutren por

imbibición de los jugos circundantes.’

...Pero tiremos al mar el gusano y abandonemos los tristes pensamientos que provoca. El hombrecito de la gran danesa se aleja con ella de la mano. Parece un alpinista del amor. El sol de Niza, al atardecer, es la luz más pura de lo que los portugueses llaman ‘saudade.’ Un grupo de muchachas que se esfuerza en arrastrar a la costa un pequeño balandro. Sus risas se enredan en las olas. Cruzo bajo las palmeras de la Promenade des Anglais y en la conversación va naciendo otra Niza, esplendor del Mediterráneo, joven en su antigüedad, sugerente de inquietantes anhelos y como el verso de Alfonso:

*Siento bullir locos pretextos  
que estando aquí ¡de allá me llaman!*

# *Der Rhein*

(EL RIN)

*a los hermanos Coronel-Kautz*

## I

En los peldaños del San Gotardo en los Alpes Suizos—en ese ‘lugar donde secretamente se forjaron muchas cosas / para los hombres decisivos,’ según el verso de Hölderlin—nace el Rin. Un beso del Sol y la Nieve le ha dado vida. Pequeño, lo alzaría en un vaso, como un brindis, en este momento inicial de su ríografía. ¿A quién dedicaría el enigma de su puro brotar?

En Schwenninger, desde la gasolinera, vi detrás de una ventana de cortinas azules a una mujer llorando inclinada sobre una mesa. No sé—¿quién podrá saber?—si esas lágrimas son el principio del largo río de un drama. En Managua, lejana ahora como esa estrella fría sobre el cielo alemán, un joven no podía hablarme, emocionado, al entregarme sus primeros versos. No sé si mañana—¿quién podrá saberlo?—sus poemas correrán de boca en boca en el río avasallador de incontables multitudes. Y vi también en Bad Nevenahr, cerca del Rin, a una pensativa mujer embarazada, que parecía leer sobre la hierba, pero el viento pasaba las páginas del libro bajo su distraída ternura. Y no sé—¿quién podrá saberlo?—si el hijo que esperaba trazará mañana con su mano el cauce de la historia. ¡Misterio de lo inicial! ¡Misterio de lo pequeño! ¿Quién puede saber la medida de lo pequeño aquí,





junto a la primera lágrima, junto a la primera sílaba, junto al primer vagido del Rin?

## II

Cerca de Schaffhausen oí de nuevo su torrente. Turbio, de tempestuosa melena salía del Lago de Costanza—su corazón azul—para ser suizo por última vez. Bajo el puente donde se leía, como en un zoológico, su nombre en gótico, ‘Der Rhein,’ me pareció oír recitado por sus aguas violentas el famoso verso de Eliot: *‘No sé mucho de dioses / pero creo que el río es un fuerte dios pardo / adusto, indómito, intratable.’* Ya no era el niño de rubia rebeldía que cantó Hölderlin, rompiendo rocas y negándose a aceptar los pañales de los montes alpinos, sino el impetuoso y juvenil semidios lanzándose sobre Europa a trazar el eje de su historia.

La carretera no es precisamente la vía para perseguir y percibir la gigantesca y caprichosa biografía de un río. Cuando volaba sobre el verde-oscuro bolsón del Wüttemberg, me distraía mirando los esfuerzos de la línea blanca de la carretera por acoplarse al ritmo del aleonado Rin, fiera milenaria de los bosques negros, que pasaba amotinando infinitos ríos y riachuelos en anárquicos zig-zags. La carretera—cauce de la vida técnica—sólo se atiene a su especialización que es: llegar. El río, cauce de la vida natural, va construyendo su propio curso con las circunstancias; tuerce imprevistamente o imprevistamente se empeña en derribar un monte y pasa y *‘fecunda nuevos campos / y funda ciudades y en ellas / alimenta a sus hijos,’* dice el poeta.

(La mayor parte de nuestros grandes ríos nicaragüenses todavía no fundan ciudades. Son monstruos salvajes. ¿Hemos pensado, visitando las humildes vertientes del gran Yaré o Coco, qué mensaje futuro suenan sus aguas? Todo río es un doble fluir: vida e historia. El majestuoso Coco, todavía analfabeto, es, hasta hoy, solamente sangre vital que fluye. Vida elemental. Su única misión hasta ahora es marcar con su diadema, en la frente patria,

el límite norte del país. Pero mañana, cuando este país alcance su plenitud ¿será su oficio fundar ciudades y civilización? Cuando el Rin tenía la edad del Yaré (a 450 años de comenzar su nacionalidad) ¿cómo era? ¿qué historia bordeaba sus aguas bárbaras? Ya en las vertientes del Coco, en el Chipote, vimos levantarse la figura estelar de un héroe: Sandino. A tal héroe, tal río. ¿Y mañana?)

### III

Pero volvamos al Rin. El automóvil no advierte la historia. No advierte, a la sombra de los abetos oscuros, propicia a la evocación, la imagen de una nave libúrnica de ligeros remos, donde los legionarios romanos vigilan el Limes, la frontera, que está moldeando el alma rebelde y romántica de los germanos. El automóvil lleva demasiada prisa para subir sobre esas ruinas, donde brotan lirios blancos, de una fortaleza del tiempo de Trajano. Es el Rin romano haciendo historia; desembarcando las armas del Imperio en *Maguntiacum*—que se convertirá en la ciudad de Maguncia—, o en la *Colonia Agrippinensis*—que será la ciudad de Colonia o Köln—; o en *Confluentes*, que será Coblenza, etc. Es el Rin moldeando en romano el alma germana; sembrando la semilla, preparando su entrada a la Historia Universal. Unos siglos después, sobre este injerto, sobre esta fusión de la rebelde libertad nórdica con la severa norma romana, surgirá el Emperador de la Barba Florida y fundará—sobre el eje del Rin—el nuevo ‘Sacro Romano Imperio de Occidente.’

Detengámonos aquí en Ingelheim—cerca de Maguncia—y pidámosle al poeta palaciego Argelberto que nos permita agregarnos a los cien invitados del Emperador Carlomagno y bajar al balneario del río—donde los cortesanos nadan y ríen, o hacen malabarismos de juegos de palabras en un toscó latín, o le lanzan piropos en acrósticos a las damas que ríen y contestan bajo una pérgola engalanada de cortinajes amarillos. Una voz

canta: *'Stetit puella / rufa túnica / si quis eam te igit / túnica crepuit / jeia!'* — *'Estaba una muchacha / con túnica roja / cuando alguien la toca / la túnica cruje / jeia!...'* Los cisnes se espantan con tantos rudos caballeros. Alcuino de York, llegado desde Inglaterra, hábil en matemáticas y en hacer ovillejos propone un acertijo al Obispo que bebe, en copa de plata, agua mineral. Menalcas, el cocinero, grita confianzudamente que se enfría la comida. Everardo, el mayordomo, está listo con el manto de lino para secar al corpulento Emperador. Lo vemos salir del Rin chorreando agua de sus rojos bigotes, recio de cuerpo, atlético a pesar de los años y el brazo de cazador y de guerrero poderosamente musculoso. Allí están los infantes Carlos y Ludovico. Y las hijas que se acercan para besarle. 'Berta trae rosas; Crotida, violetas; Gisela, lirios; Rotruda, manzanas; Hiltruda trae el pan en un cestillo de mimbre; Teodrata el vino en ánfora de oro.' Les ruegan que dancen. Y al final el poeta Argelberto recita un poema: *Ad Carolum Regem'* donde habla del nacimiento de una nueva Roma...

Es la crónica de aquella época carolingia. Hombre toscos y sencillos pero con un alto propósito europeo de integración. La nueva Roma ya no tiene por eje, como la antigua, al mar Mediterráneo (conquistado por los musulmanes) sino el gran río: Der Rhein. Es el nuevo imperio en que se equilibran los dos genios de Occidente: el Nórdico y el Latino, el cual dará lugar a un primitivo, casi rústico pero vasto 'renacimiento,' que será la base de la cultura medioeval 'enorme y delicada.'

(Pienso ahora en el otro río, en el río del Sur, protagonista de nuestra historia, padre río Desaguadero, entrada y corredor de Europa hasta la entraña indígena de Nicaragua. Río San Juan. ¿Qué renacimiento futuro está allí, condicionando a esas aguas silenciosas que unen el corazón del país con el Atlántico? Ningún Emperador de Barba Florida se baña en sus riberas selváticas, aunque algunos poetas cruzan y cruzan sus aguas interrogando al Destino. Ese Castillo mudo y vetusto ¿es símbolo de algo? Ese Castillo que significó el primer capítulo de una historia que convirtió a Nicaragua en centro geográfico de América ¿tendrá

en el porvenir una proyección nueva? Porque hace tiempo que el río cerró sus puertas y que el país le dio la espalda al llamado del mar. ¿Cuál será el futuro de una tierra a la que se le dio un inmenso Lago y un río para convertirse en puerto del istmo? ¿Vendrán hombres con alta mentalidad integradora que rescaten ese destino, o nos hundiremos para siempre en un provincianismo cerrado, sometido y tributario, servil de los imperios extranjeros?)

## IV

Pero volvamos al Rin. Allí están las siete colinas que rodean a Bonn—la capital suplente—. Subamos a una de ellas, entremos al Castillo de Godesburgo, ahora un romántico restaurante y hotel, donde Beethoven convirtió estas aguas en un río orquestal de inefables melodías. Beethoven es el Rin hecho música. Desde esta altura—en el dulce crepúsculo—ves hacia el sur un Rin romántico pasando entre castillos; cada castillo una leyenda, cada leyenda un coro de romances, lieds y poemas entre viñedos, abetos, hayas, hadas, enanos, caballeros hechizados, muchachas rubias en las ventanas. Este es el Rin lírico. No sabes si estás aquí o allá, en el tiempo de los trovadores o de los ejecutivos. Aquí el Rin se ha convertido en un río de vino. En sus aguas doradas y embriagadoras de romanticismo se alza la imponente roca de Lorelei; la linda muchacha hechicera a quien el rey manda, en castigo recluir en un convento. El rey no sabía que ella buscaba por la magia recuperar a su amado: un joven guerrero que partió para siempre a la guerra. Ya la llevan presa tres caballeros. Ya les suplica ella, con sus verdes ojos llenos de llanto (¿quién se niega?), que la dejan mirar por última vez en la lejanía del río si viene el amado. Ya mira. Ya grita de alegría porque lo ve en las aguas. Ya se lanza desde roca al río y desaparece. Todavía el eco repite: ¡Lorelei! ¡Lorelei! ¡Lorelei!



Pasemos—siguiendo hacia el norte—la última y legendaria colina—el Dranchenfels—donde Sigfrido mató al dragón que guardaba el tesoro de los nibelungos: ahora se abre ante nuestra vista la gran llanura llena de fábricas, minas, represas, ferrocarriles, autopistas, barcos, lanchones sobre el río, carbón, humo, sirenas —no las románticas del Rin que aquí murieron, sino las estridentes de la industria—y los hormigueros de vehículos... ¡Oh, riberas de la Renania del Norte, chimeneas y muelles de Düsseldorf, malecones, puentes, aguas sucias del Bajo Rin! Sigfrido luchando con dragones de acero, la historia (siglos de historia) desembocando en el monstruoso y devorador s. xx! ¿Será inevitable, en el camino que llaman del desarrollo, desembocar en estas aguas contaminadas y en esta fiebre fabril? ¿No tiene otra salida el mundo que quemar sus paisajes, envenenar sus aguas, hundirse el hombre en un insaciable producir y oír, como canto de sus ríos, no el trino del ave, no el salto del pez en el silencio meditabundo de las aguas, sino la estridente sirena o el rechinante rugido metálico de los motores? ¿Será este final del Rin el final obligado de nuestros ríos, será esta actividad devastadora la que le espera al Coco y al San Juan como meta de lo que llamamos Progreso? ¿O inventará el hombre un reino nuevo, un reino donde sea posible la leyenda, el árbol, el agua pura, el amor enamorado, el ocio para crear, el cielo limpio y—más allá de su azul—una Esperanza trascendente?

## *Hannover*

### LAS MANOS Y LA CABEZA

Dirección: Hannover. Velocidad: 120-130 kilómetros por hora. Está bien. Admiramos las autopistas ('autobahn') alemanas. Cuatro anchas carreteras: dos de ida y dos de vuelta; ocho rutas sin restricción de velocidad, señales perfectas, imposibilidad de colisión salvo una mala maniobra o un timonel que se duerma. Porque esto es viajar en un avión que nunca levanta vuelo, y si lo levanta es hacia la muerte. El paisaje sólo se puede retener como una síntesis; se te hace un mapa en la retina, se te hace total. Y el detalle, que es el gozo, lo dejas para el fin de semana. Esta es la vida de nuestra civilización actual: el variado país de Westfalia no tiene tiempo de enseñarte su variedad tentadora y desconcertante. Pero en la gasolinera te ofrecen su mapa y las lindas fotos de los lugares por los cuales tú ahora solamente puedes suspirar. Te invitan a un fin de semana para apreciar, vivir, sacarle su esencia al detalle. Ahora la 'autobahn' te exige rapidez, totalidad superficial. No te empeñes en jugar este extraño ajedrez de paz rural y locura febril, bosques o valles y luego grandes industrias, campos y fábricas. No, no te empeñes en querer detener en tus ojos esas bellas casas entramadas, con grandes vigas talladas y de color sobre sus blancas y ventrudas paredes, esas casas de los cuentos de Grim, esos pueblitos y escenarios rurales donde sucedieron las imaginarias aventuras de una Bella Durmiente, o de una Caperucita Roja—los hermanos rubios del Tío Coyote y del Tío Conejo, o del latino y ladino Pedro Urdemales, estampas de tus

primeras expediciones al mundo de las letras. Tu niñez está a muchos kilómetros de tu meta y esa no es ahora tu meta. No hay tiempo para la niñez. Espera el fin de semana. No te entretengas en mirar los prados húmedos rodeados de grandes bosques, ni mires los ciervos en libertad, ni los primitivos bisontes de Europa. Si tu niñez está tan velozmente lejos ¿cómo quieres sumergirte en la prehistoria y meditar sobre esos bisontes de paleolítica figura pero de cansada y casi comprensiva mirada de boxeador retirado?

—Ya volverás. Hoy ‘vas.’ Y el verbo ir no tiene tiempo de tener tiempo en nuestra edad. Tu historiador te quisiera hacer gritar: ‘¡Por favor: disminuya la velocidad!’ Atravesamos el gran bosque de Teutoburgo donde fueron derrotadas las legiones imperiales de Roma por el temible Guerusco. ¿No ves la batalla a la sombra de los abetos; no sospechas, detrás de cada oscuro tronco, en el verde y húmedo y confuso escenario selvático, a un feroz guerrero rubio? No. No veo. Volveré con mi libro. Con mi auto. Con mi cesto y un vaso de cerveza, un fin de semana, a revivir la batalla.

Ahora vamos a Hannover.

Cinco, diez, veinte mil industriales en Mercedes Benz, cinco, diez, veinte mil obreros, artesanos, comerciantes, en Taunus, Opel, Volkswagen, no pueden permitirse tu suspiro histórico. Sus pies sobre los aceleradores no pueden bajar la presión. Tienes tus minutos contados, tus kilómetros contados. En cada trébol de la inmensa autopista entran ríos tributarios de automóviles.

Hannover. Hannover. Hannover. Los grandes rótulos azules de las señales de tráfico te ordenan que disminuyas lentamente, gradualmente—120-100-80—tu velocidad. Flechas que guían. Flechas para el rugiente rebaño motorizado. Policías que colocan sus brazos enguantados en blanco, con la misma fría, impasible, ordenada, decisión de las flechas.

Hannover. Has llegado a Hannover. Calle Vahrenwalder. Georgstrasse. Marienstrasse. Sigue la caravana. Ahora la velocidad sufre la embolia. Veinte mil autos están entrando a la vasta plaza de estacionamiento. Grandes globos y gigantescas figuras

de caucho avisando productos o firmas industriales alemanas, se mueven en el aire con lentitud de monstruos antidiluvianos. Suenan campanillas de los vendedores de helados y chocolates. Ronroneo de preguntas infinitas. Mapas de la gran exposición: Messe. MESSE. MESSE. Y tú con tu dedo y él con el suyo buscando el 'stand' de las industrias ópticas: varios pisos, salones de mil metros o más, aparatos de fotografía, cámaras, lentes, máquinas. Stand de las industrias de la madera. De las industrias eléctricas. De las siderúrgicas. Telefunken. Siemens. Hoechst. Durkoop. Máquinas para plásticos. Máquinas para textiles. Transportes. Ferrocarriles. Inmensos gigantes de la Krupp. Motores de Mercedes-Benz. Relojes. Productos de fundición. Máquinas. MÁQUINAS...

Con el mapa en la mano tú recorres este rugiente y fabuloso museo de la inventiva y de la actividad febril y fabril del pueblo más industrial de Europa: en un solo piso centenares de máquinas están trabajando, cada una significa un invento nuevo, una modalidad, una conquista de economía y eficacia en un solo orden: trabajar la madera. En otro piso recorres lo inimaginable en inventos de la industria textil. En otro edificio, centenares de marcas fotográficas, accesorios, cinematógrafo, televisores, radios. Decenas de máquinas para todo uso en oficina: máquinas para abrir cartas de correo, para sellarlas, para archivarlas. Una emisora minúscula que el enfermo traga y mide y registra los ácidos de los jugos gástricos. Otro piso. Otro pabellón. Baja. Sube. Entra a otro enorme stand: una industria de productos químicos completa la ves aquí trabajando, pero en miniatura. No necesita un solo obrero. Es absolutamente automática. El producto es transportado por pequeños trenes eléctricos. Entra a la fábrica, es beneficiado, pasa por todos los trámites, sacado, metido y vuelto a sacar por manos plásticas, por grúas, por imanes, por aparatos de succión y al final de la gran labor mágica, otros trenes eléctricos la reciben, cargan y parten. Si aquello es admirable, esto en miniatura, en juguete, es fascina-





dor. Miles de ojos se pegan al ventanal de vidrio siguiendo cada movimiento del gran prodigio autómatas. Y en cada lugar, en cada 'stand' yo miro la atención, el arrobamiento, la contemplación del alemán cuando las máquinas funcionan: mística de la máquina. Aquí parece que cada alemán ha inventado una máquina o ha traído un invento para el gran museo: Vulcano es una marca de industria del acero. Venus, una marca de portabustos. Hércules golpea con sus gigantescos martillos 'Destron-motoren.' 7 mil voltios arroja Júpiter. No verás las estatuas en noble mármol, pero sí los dioses de prepotente acero. Olimpo del Ruhr. Mitología de dinamos y grúas. Cada alemán ha tenido un hijo con la divinidad moderna. Elektro-Maschinen. Todo esto tiene que servir para algo más. Tú te embobas, te solazas con esa máquina, tan inteligente como una fea secretaria que te hace cálculos electrónicamente; te contesta; te libera del error; te rodea de números ciertos que tú conviertes en dinero, en comodidad burguesa, en seguridad financiera.

Pero ella quiere liberarte. Ella—la máquina—te ofrece el ocio y tú lo rechazas. Te dice: 'Yo soy la técnica, tu esclava.' Pero tú olvidas que eres el señor. El hombre. Der Herr.

—A usted no le gustará esto—me dice el Técnico.

—Estoy cansado, le digo.

(¡Oh, Dios! La guía de esta inmensa Feria tiene el grueso de cinco guías de teléfono. Misericordiosamente la obsequian con un valijín plástico para cargarla. La tiraría en cualquier parte pero mi cicerone, el Técnico, tiene cara de pocos amigos). Porque en verdad estoy cansado; la velocidad y el número me cansan, le digo. Pero esto es hermoso e infernal. Esto debe de llevar a algo o estamos locos.

—Este es un callejón sin salida—me contesta mi intérprete, un joven Poeta de Munich, estudiante de Humanidades.

Pero el Técnico—un erguido y dinámico hamburgués que trabaja en Leverkusen bajo el disco solar babilónico de la Bayer—le mira de reojo, hace un gesto burlón y desenvaina su espada:

—No leo poesías; no conozco mayor cosa de ‘ellos’ (señala al Poeta), de ‘ustedes’ (y me mira). Pero cuando me llega alguna opinión literaria sobre el mundo, casi siempre es un disparate.

—¡Son mentes bárbaras!—interrumpe mi intérprete, el Poeta—. Si yo le pregunto quién es Shakespeare, sabe quién es como puede saberlo un diccionario. Pero si le presento a cualquier hombre y le digo que es poeta, se ruboriza como si le presentara una puta. En las computadoras no entran poemas.

—¡Oh!—dice el Técnico flemáticamente—los novelistas viven bañándose en el agua sucia de los casos patológicos más perversos; los poetas, quejándose de la civilización. ¡Yo no he leído a Ezra Pound, pero usted tampoco sabe un centavo de termodinámica! ¡Vamos! ¡Es más importante encontrar una buena aleación para el casquete de un Sputnik, que gruñir contra las máquinas mirando una florecilla campestre!

—Pero, ¿quién gruñe contra las máquinas?—exclama indignado el Poeta—¿quién es el sacrílego que intenta violar a esas diosas? Ustedes están sumergidos en su especialización y no ven más allá de la última vuelta del tornillo que aprietan. Nosotros vemos la vida. Vemos al hombre, que es importante. ¡Estupendo un Sputnik! Quasimodo ya escribió un pobre verso entusiasta sobre ese nuevo juego infantil de los científicos. Ahora debemos estar pendientes, mirando embobados en el cielo, el certamen de los astronautas; y olvidar el hambre del Tercer Mundo, la explotación, el problema de la libertad, la agresión imperialista, el miedo que corroe a toda nuestra civilización... ¡Esos problemas no cuentan! ¡Son gruñidos literarios!

—Convengamos, para no ser melodramáticos—dijo el Técnico con sorna—que los ‘humanistas’ desconfían de nosotros.

—Convengamos en que ustedes los técnicos nos ignoran y que ignorarnos es ignorancia.

—¿Es posible—pregunta el Técnico con irónica humildad—que un científico pierda su tiempo, que apenas le cabe para su especialización, leyendo literatura?

—De alguna manera debe salvarse ese abismo—digo yo tímidamente. (Pasa un pequeño tranvía lleno de concurrentes a la Feria y nos separa. Mi voz se pierde en el bullicio).

—Venga conmigo—me toma del brazo mi intérprete aprovechándose de la confusión y a pasos rápidos me lleva a un bar. Nuestro guía, de lejos observa (seguramente contento) la deserción de las ovejas negras del grupo. Pronto nos encontramos bebiendo una reconfortante cerveza.

Comentamos el belicoso diálogo con el Técnico cuando me saluda, dentro de un gabán prestado a una novela del s. XIX, mi viejo amigo el Profesor X, filósofo. Lo invitamos. El Poeta todavía no ha echado tierra sobre su encuentro con el Técnico y vuelve a plantear el tema del antagonismo entre el hombre-creador y el hombre-inventor. El Filósofo oye, bebe, sonrío. Luego habla. Mansamente fluyen sus conceptos, mientras afuera, en el inmenso panal de la feria, ronronean infinitas avispas mecánicas. He aquí, si mal no recuerdo, sus palabras:

*‘Considero que la técnica debe sujetarse al hombre. Que la mano debe sujetarse a la cabeza. Voy a explicarme: el hombre aparece sobre la tierra en posición erguida. Para los evolucionistas el hecho de adoptar la posición vertical es lo que marca el comienzo del hombre. La necesidad de saber—o el fuego de espíritu que enciende en idea el acto de mirar—hizo al hombre levantar la frente. Pero ese mismo movimiento producido por la mente—el acto de erguirse—deja también libres las manos (ya no tiene el hombre que andar sobre ellas como los otros mamíferos) y entonces las manos-objetos, luego fabrican instrumentos que facilitan la vida y que libertan cada vez más a la mente de las necesidades animales. La cabeza libera a las manos. A su vez las manos van a ser usadas para liberar a la cabeza, para darle libertad a la inteligencia.’*

Según las teorías científicas más valederas, todas las especies animales se han ido transformando conforme sus órganos se han ido adaptando instrumentalmente a las nuevas necesidades. En la evolución de las especies, el animal, para subsistir, amolda sus órganos al nuevo medio que le toca vivir, y, poco a poco

(a través de milenios) va transformándose hasta convertirse todo él o parte de él en el nuevo instrumento que necesita para subsistir.

Así, por ejemplo, un topo es un ser que convierte todo su cuerpo en instrumento excavador. Un caballo es un ser que ha evolucionado conformando todo su cuerpo para correr. El delfín es la conversión de todo un cuerpo en instrumento integral de natación. Un pájaro es un 'cuerpo-instrumento' volador.

Con el hombre sucede algo enteramente distinto. En vez de convertir su cuerpo en un instrumento de subsistencia, crea, como cosa exterior, los instrumentos que necesita para subsistir. En vez de hacerse topo, construye la piqueta o el hacha para excavar. En vez de esclavizar todo su cuerpo, como el caballo, a la velocidad, inventa la rueda; en vez de hacerse delfín, construye la nave.

¡Sólo el hombre es capaz de fabricar instrumentos sin encarnarse en ellos! Por eso es el único animal que se libera de las inflexibles leyes de la evolución biológica. No necesita someterse a la materia, no necesita transformarse morfológicamente para subsistir y progresar; puede variar indefinidamente según sea el ambiente que afronta, aguzando su inteligencia cada vez más y adquiriendo para ella cada vez mayor libertad... La cabeza dijo ¡alto! a la zoología. Y la mano cumplió sus órdenes: fabricó instrumentos.

Así el hombre, sin medios defensivos, sin colmillos, sin cuernos, sin garras, sin caparazón, sin escamas, tiene la mano, que más que instrumento universal, es inventora de instrumentos: hace oficios, toca, avisa, defiende y finalmente, con la mímica, habla, se une al habla, a la lengua, que es la otra gran creación del hombre. A medida que la mano trabaja, el cerebro se libera.

Junto a los primeros restos humanos encontramos ya los primeros restos de toscos utensilios; las primeras huellas de la mano. Pero también, sin la mente ¿qué es la mano? Garra, casco, torpe aprehensión de mono a lo sumo. La mente en la mano es la mano milagrosa del pianista, la del pintor, la del escritor,

la del escultor... alma en los dedos, exteriorización activa del cerebro. Siempre la mano—el homo faber—ha recibido sus poderes de la cabeza—del homo sapiens—y este nexo jerárquico ha sido el fundamento de toda gran cultura humana... ¿No nos lo revela, desde nuestros orígenes, Prometeo? La mente ve el fuego en la naturaleza, lo observa, lo estudia. Luego, la mano lo produce. Y esta portentosa invención—la invención humana por excelencia—al aplicarse a la cocción de los alimentos, ha tenido repercusiones en el cerebro, porque con esto disminuyeron los músculos masticadores, facilitando la actividad frontal: el cerebro ganó desarrollo y el hombre inteligencia.

Pero hay un hecho más, en que la mano, al servicio de la mente, abre a la genética humana un ámbito de delicada y maravillosa sublimación. Es cuando la mano inventa la caricia. *'El antepasado antropoide peleaba y robaba a su hembra sin consultarla y en la manera más coercitiva posible.'* Eso dice Hoenigsberb, en sus *Reflexiones sobre la evolución del hombre*. Sólo el individuo brutal era el que dejaba progenie. Pero ganó el cerebro, actuó la mente y entonces el hombre—el homo sapiens—usó la persuasión para atraer a su hembra. En la lucha de los sexos, la mano, en vez de usar la fuerza, aprendió a acariciar. El amor escribió así su primera página romántica y el hombre intelectual—el débil ante la fuerza bruta—podía ya dejar progenie. Las características de fuerza física dejaban de ser selectivamente importantes. El intelectual, el artista, el poeta, el contemplativo, podían ser más persuasivos—la caricia ganaba la partida al golpe—y por este motivo la futura progenie iría creciendo en herencia de inteligencia e inventando, al mismo tiempo, ambientes cada vez más propicios para que el inteligente, aunque fuera físicamente débil, prevaleciera y se transmitiera.

Y el circuito sigue. Después de los primeros utensilios la mano inventa el arma para cazar de lejos—que le ahorra energías—o los receptáculos de barro o madera que le permiten conservar y no desperdiciar sus recolecciones; o construye; o teje. Toda esta

actividad manual conquista libertad a la cabeza, le proporciona ocio, tiempo para pensar, para crear, para ascender a la sabiduría. Así comienzan las civilizaciones y las culturas. Babilonia, Egipto, Teotihuacan... Manos libres para mentes libres. La técnica al servicio del desarrollo espiritual.

Pero...

Tanto ayer como hoy, llegan momentos críticos en que el equilibrio se rompe. No siempre el hombre mantiene este balance inicial que le permitió salir airoso en sus primeros pasos. La técnica se enamora de sí misma, la mano se independiza de la responsabilidad y de las normas que la cabeza—a la luz del espíritu—le señala, y precipita a la humanidad a esclavitudes y catástrofes.

‘Dijéronse unos a otros: *‘Vamos a hacer ladrillos y cocerlos al fuego,’* y luego agregaron: *‘Vamos a edificarnos una ciudad y una torre, cuya cúspide toque los cielos y nos haga famosos.’* En el misterioso relato de la Biblia (GÉNESIS 11, 1-9), la mano que edifica con orgullo provoca la confusión de las lenguas. Las manos se unen, pero pecan contra el espíritu y surge Babel, o la dispersión. La mano de Babel, la mano de las Pirámides, ¿será la misma mano capitalista que hizo la máquina de la Era Industrial? ¿Cuánta esclavitud en vez de libertad trajo al hombre la invención de ese instrumento—la máquina—que por su propia esencia debería de haber sido, desde el primer momento, dador de ocio, de abundancia y libertad? ¿Cuánto ha costado y cuesta aún que se someta al hombre y lo humanice, en vez de favorecer la explotación, el egoísmo y la deshumanización? Y la mano que hizo la atómica, la que nos tiene al borde del aniquilamiento, ¿podremos sujetarla en su orgullosa rebeldía?

Hay mil rebeldías que tratan de romper el equilibrio. El problema está en restablecerlo salvando la fundamental valoración humana: restablecer una y otra vez el balance de técnica y espíritu, de inventiva y creación, de acción y contemplación, de civilización y cultura...

Y que el fuego que roba la mano de Prometeo no sea infierno nuclear para el hombre, sino una vez más, conquista para la libertad de su espíritu...>

Mi amigo el Filósofo sonrió como un violinista que ha arrancado a su instrumento la última nota. El Poeta, con el ingenuo y generoso entusiasmo de su raza, combinó su aplauso con un llamado al mesero y pidió una nueva ronda de cervezas. Levantó el vaso:—‘¡Profit!’—dijo sonriente. Afuera millones de manos seguían levantando la altísima torre de nuestro tiempo...

## *Bonn*

### MEDITACIÓN SOBRE GIGANTES Y ENANOS

Mientras volábamos de Berlín a Bonn, en una de esas conversaciones que se entablan como juegos de naipes en los viajes, alguien dijo que cada nación tiene un pecado predominante. Y se armó el juego. Un periodista opinó que el pecado de España era la envidia. Un profesor de lenguas, que el de Francia era la vanidad. Un novelista, que el de Alemania era el orgullo (el novelista era alemán).

—¿Cómo se manifiesta el orgullo alemán?, le pregunté yo.

—Creando gigantes. Y agregó: todos los pueblos sufren o caen en la tentación de crear gigantes, pero Alemania, embriagada por el orgullo, quiso construir el más grande y poderoso. Un gigante que durara mil años.

—Cristo, asumiendo la humilde estatura del hombre ya nos había delicadamente prevenido: ‘Cada día tiene su propio afán’ —dijo el Profesor. El imperio del hombre es un día. ¡Levantarse erguido y perfecto un día, ya es una buena empresa!

Me gustó el pensamiento del profesor (después averigüé que era Doctor en Teología). La única aspirable grandeza es solamente cotidiana.

—En cambio, dijo el novelista: el orgullo habla de siglos. Y el orgullo alemán habló de milenios.

En toda Alemania pero más en Berlín se ven las huellas de las pesadas botas del gigante de mil leguas.

Bonn apareció en el horizonte, junto al Rin. La luz de la



tarde daba un tono campesino y dulcemente milleriano a la patria de Beethoven, con sus siete colinas agrarias, y luego la ciudad, discreta, nada capital a pesar de las mil ventanas del Palacio del Príncipe Elector—hoy universidad—y de sus precipitadas construcciones burocráticas. En el recodo del río, la Colegiata disparó sus flechas góticas y el avión—como herido por ellas—tocó tierra. Me pareció entonces que el viaje de Berlín a Bonn era como un camino de contrición humana, del milenio a lo cotidiano, de la medida del gigante a la medida del hombre.

Influido por la frase del novelista, todo el camino del aeropuerto al hotel se me imaginó como el recorrido penitencial del Gigante derrotado. La dolorosa recuperación de su estatura, pero recordé la 'Carta sobre los Gigantes' que me dirigió una vez Thomas Merton. Y las interrogaciones comenzaron a asediarme:—Hombre del Tercer Mundo, gato escaldado: ¿todavía crees en los viajes a Canosa? ¿No es Berlín—cortado en dos por un muro, dividido en una irreconciliable y feroz hostilidad, tanto más profunda cuanto más fraterna—la imagen misma de los gigantes gemelos, Gog y Magog, que devoran nuestro tiempo según Merton?

'Gog representa el amor al Poder, Magog está absorbido por el culto al Dinero'—escribe Merton; sus ídolos difieren, y aunque se ven las caras con gestos agresivos, su locura es la misma: son en verdad las dos caras de Jano mirando hacia el interior y dividiéndose con furor crítico el envilecido Santuario del hombre deshumanizado.

A un lado reina Gog, al otro lado Magog. Un muro los separa. En Berlín se miran y simultáneamente se dan la espalda las dos mitades siamesas del mundo que vivimos. A uno y otro lado la misma pero otra lengua. A un lado la lengua de la Libertad, desde sus raíces más profundamente humanas hasta sus falsificaciones más perversas: la lengua de los mejores momentos de Occidente, pero también la de Nixon, la de la CIA, la de Batista, la de Somoza. Del otro lado la lengua de la Justicia, el clamor más hondo de la conciencia humana—la lengua de los revoluciona-



rios humanistas, la lengua sagrada de los pobres, de los oprimidos, de los que 'dan hambre y sed'—, pero también la de sus falsificadores monstruosos y criminales como Stalin y sus infinitos imitadores que hacen un guiñapo de la dignidad humana en nombre del Estado o del Partido o de las Grandes Palabras.

Diariamente hay hombres en el mundo entero que saltan el muro simbólico, ilusionados, creyendo encontrar al otro lado lo que les falta: los unos porque conocieron que la justicia sin libertad no es justicia; los otros porque experimentaron que la libertad sin justicia no es libertad. Diariamente hay hombres que salen del Castillo de Kafka para caer en el Proceso de Kafka, o viceversa. ¿Dónde está la Ciudad Nueva, el Tercer Berlín que buscan—en su contradicción—esos que saltan el muro? ¿Quién construirá la 'Nueva Ciudad' habitable?

Asediado por las interrogaciones recorro Bonn. En algunas bocacalles veo el Rin: es como oír a retazos una sinfonía de Beethoven. Entre el ruido y el ajeteo de los dinámicos alemanes—con su dura lengua erizada de consonantes—la orilla del Rin es una intermitente invitación a un paisaje de árboles, reposo y agua. Música. Pero también tienen música—un poco marcial—estas esbeltas germanas que pasan, se detienen y pasan ante las estridentes vitrinas. Yo, como el borracho ante la cantina, también me detengo, pero es el escaparate de una librería el que me atrae. Alemania es uno de los países con más alto índice de producción editorial. No recuerdo, salvo Estados Unidos, otro lugar donde los títulos de libros se abalancen en tal multitud sobre el anonadado escritor, haciéndole sentir su infinita pequeñez ante el universo de lo escrito. Pienso lo que significó para este pueblo—cuyo pensamiento venía rigiendo el pensamiento del mundo desde el siglo pasado—la bárbara censura de Hitler. Autores de lengua alemana como Thomas Mann, Herman Hesse, Gertrud von Le Fort, Herman Broch, Franz Werfel, Franz Kafka, etc., autores que habían producido toda una revolución y enriquecido con sus aportes la literatura del mundo, práctica-



mente eran desconocidos en Alemania y leerlos era un privilegio y un grave peligro. Al terminar la guerra, en el momento caótico y miserable de levantarse de las cenizas, el alemán se encontraba, en relación con el resto del mundo, en la trágica condición de un retraso de muchos años con respecto a sus propios autores. Ya Kafka había producido toda una época literaria cuando la Alemania de post-guerra vino a descubrirlo y a encontrar, para su sorpresa, que lo que Kafka había escrito era la profecía de la atroz y deprimente historia que acababa de sufrir.

La censura de Hitler, sin embargo, no se diferencia sino en eficacia, de la que brota por todas partes, como cizaña propia, del poder moderno. La primera víctima de toda tiranía es el libro. La segunda su autor. ¡Nunca en tantos regímenes se persiguieron tantos poetas como en el s. xx!

Siento una mano en mi espalda que me saluda. Atraído por la misma caza, mi amigo el novelista está allí, a mi lado, hablándome mientras sus ojos saltan de título en título.

—Creo que ya debe estar cansado del s. xx—me dice. Lo invito a visitar el s. xii.

Le acepté. Cualquier lector puede seguirnos buscando en cualquier enciclopedia una fotografía de la Colegiata de Bonn e imaginando la luz pastoral de un sol de mayo sobre sus piedras morenas y rosáceas. Entramos a la basílica.

—En este lugar, me explica mi amigo, sacrificaron a los santos mártires Casio y Florencio, militares cristianos de la Legión Tebana. La primera iglesia la construyó Santa Elena. Destruída por los Normandos, el viejo Carlo Magno la reedificó. De la obra del Emperador queda aún la cripta. Luego, en el s. xi, se levantó ampliada la Basílica actual y en el siglo siguiente se construyeron las naves laterales y el claustro. Sobre el charco de sangre de un mártir, piedras de doce siglos.

Vuelve a mi memoria un verso de Claudel, traducido por mí en los ardores de mi juventud: *'La sangre injustamente derramada tarda en penetrar en la tierra... / Es necesaria la maceración de todo el*

*invierno y el pensamiento de tres estaciones / para que el grano largamente meditado germine y crezca y dé el testimonio de la espiga, promesa de una céntuple cosecha.* ¿Sabe nunca el homicida la semilla que siembra el derramar una sangre? ¿Cuántos Sandinos han nacido de aquella nocturna y trágica vertiente de 1934?

Recorremos las penumbrosas arcadas del claustro. Me detengo ante un capitel románico donde la figura de un enano puja pero sostiene, con un gesto agrio, el peso cansador del arco de piedra.

—Quizás ese hombrecito contrahecho fue en su tiempo el símbolo clandestino de una opresión, comento.

—¿Ha leído usted *El Tambor de Hojalata* (la novela de Günther Grass)?—me pregunta sorpresivamente el novelista.

—No. No ha llegado a mis manos.

—Léala. Es un fracaso pero es la novela más cercana a la creación de un mito que se ha escrito sobre el drama alemán del nazismo.

Pareció ruborizarse de su afirmación y dubitar, pero, acto seguido, señalándome el capitel románico, comenzó a hablar y, a medida que hablaba, a apasionarse:

—*El Tambor de Hojalata* es la historia de un enano voluntario, llamado Oscar. Un niño clarividente, una especie monstruosa de niño prodigio, hijo de una familia de la pequeña burguesía, que está siempre poniendo oído a las conversaciones y a las cosas de los grandes y así averigua que su madre vive de un comercio bastante vergonzoso; que su padre no es su padre sino probablemente otro, y deprimido por las dudas y por las orgías de la madre, un día en que le oye decir a ella: ‘Cuando Oscar crezca será el que va a dirigir este negocio,’ resuelve no crecer nunca más y se tira escaleras abajo para detener su crecimiento con un golpe que lo deja enano. La novela son las memorias de este enano, escritas en una clínica; las memorias de un ser que no quiere vivir la vida que teme, pero que es un clarividente ‘outsider,’ un siniestro y casi demoníaco ser mágico, dotado de raras facultades: hacer sentir a los otros lo que él quiere, despertar sus

recuerdos tocando el tambor y romper los vidrios de las ventanas con su vozarrón imponente. No es un niño sino un hombre que no ha querido crecer. No vive la vida con su propia responsabilidad, sino que entra y sale de ella como un ser que puede asumir las inmunidades de la fantasía dentro de la realidad. El enano odia al mundo que ha permitido surgir a un Hitler y formarse su fétido ambiente familiar, lo odia y lo ataca, pero pronto advertimos que en sus espeluznantes aventuras Oscar no trata de superar el mal, sino de disminuir todo lo humano al nivel de su bajeza enana. Oscar encarna a toda esa sociedad que, por mezquinos intereses, por miedo y por histeria colectiva, se vio arrastrada a la siniestra aventura nazi, y luego, agobiada por el resultado, se acobarda, se niega a crecer, es decir, a crear con autenticidad humana su historia..

Un caso de enanez como la bonelia de Rostand, pienso yo. ¡Oscars! Mientras salimos del claustro al esplendor de la mañana, mi amigo, aferrado a su tema prosigue la crítica de *El Tambor de Hojalata* (un fracaso como novela, una excesiva urdimbre de planos metafóricos...) mientras mi memoria cinematográficamente me proyecta oscars, los oscars de nuestra empresa privada (y oigo sus tamborcitos de hojalata), los oscars de nuestra acobardada clase media, los líderes-oscars con su vozarrón que rompe vidrios de ventanas pero venales y sumisos, oscars de sotana, excelencias, títulos de Harvard, cuellos blancos, oscars-honoris-causa. Oscars hasta en la sopa.

—Quién hace a quién—pregunto yo. ¿Son los enanos voluntarios los que fabrican gigantes, o son los gigantes, con su peso opresor, los que impiden y enanizan a hombres y pueblos?

—¿Y por qué no ambas cosas—me responde el novelista—. Gulliver fue a la isla de los enanos y lo consideraron gigante. Pero luego fue a la isla de los gigantes y lo consideraron enano. Cuando el hombre se rebaja, fabrica tiranos (la altura del tirano es proporcional a la bajeza del enano) pero también..

—Sí, claro—le interrumpo. El reverso lo conocemos en carne

viva los habitantes de los países pequeños. Las potencias y los imperios aplastan con sus patas de paquidermos a los pueblos y culturas vecinas.

—Es lo que llaman ‘zonas de influencia’...

—Pero los paquidermos no sólo devoran nuestras materias primas, nuestros salarios y nuestros derechos humanos, destruyen nuestra naturaleza y la envenenan con su polución, sino que nos impiden la historia. En nuestro tiempo, para los pueblos que no son potencias, cada día es más heroico tener historia. Se le impide al hombre su más alta empresa como ser social que es crear o participar en la creación de su propio destino.

Mi amigo mira distraídamente desde la ventanilla del automóvil la silueta en verde del monte Drachenfels al otro lado del Rin. De pronto se vuelve a mí y me dice como quien ha llegado a una irrefutable conclusión:

—La verdadera división del mundo no es entre Comunismo y Capitalismo, sino entre quienes hacen la historia para su provecho y consumo, y entre quienes sólo la viven o perciben como horror.

La frase del novelista abre un agujero, un hoyo negro y abismal. La No-historia. La destructora y profunda huella de los gigantes en la tierra del hombre. La im-potencia, cuyo residuo es el miedo. *‘¿Y si un día—se preguntaba el poeta español Félix Grande—todos los aterrorizados del mundo asumiesen el miedo y se resolviesen contra las fuentes de ese miedo?’*

Yo creo que la salvación vendrá de los marginados de la Historia. En ese margen todavía se da y se mueve, adiestrado por el horror, el hombre con minúscula. El simple hombre. El único que puede devolverle al mundo sus medidas humanas. En todos sus ‘génesis’ el hombre recuerda haber comenzado a ser hombre después de una era de gigantes. Después de haber vencido a los gigantes. *‘En aquellos días había gigantes sobre la tierra,’* dice el GÉNESIS 6,4 de la Biblia. Son los ‘Tzocuillicxegue’ de la primera edad o del primer sol (sol del agua) de la cosmogonía náhuatl.

Es el Ti'amata del génesis mesopotámico. Es el inmenso Muchukunda de los hindúes. O los gigantes Ferianos de los irlandeses. O Vucub Caquis (el siete guacamayos) del Popol-Vuh. En el folklore de todos los pueblos perdura la memoria mítica de las trampas que el hombre urdió para vencer a los gigantes: las de Ulises urdemales con el Cíclope—el recurso de escamotear el 'nombre,' el 'me llamo Nadie' (Outis) con que engaña a Polifemo y que Karl August Horst comenta: '*Frente a la fuerza hay sólo una posibilidad de conservar intacta la dignidad humana y es considerarse frente a ella como Nadie*'; las de Pulgarcito con el Ogro y sus siete hijas; las de David que se niega a revestirse de la armadura del Rey (del Poder) y vence a Goliat con el guijarro y la honda del pastor...

—A usted como novelista—le digo a mi amigo—seguramente le interesará saber que en nuestra literatura se está librando una singular batalla quijotesca contra los gigantes. En la narrativa hispanoamericana se ha producido una línea de novela de política-ficción contra el Dictador, contra el Tirano como monstruo-símbolo de la desmesura del Poder. La inició el español Valle Inclán, un gran creador de esperpentos que tuvo el genio—en su *Tirano Banderas*—de captar el elemento de ridículo en que se mueven los mecanismos del 'mando' político-militar hispanoamericano y de encontrar la lengua ultrabarroca propia de esa aberración. Ese hallazgo de los elementos caricaturescos de nuestro 'gigantismo criollo' franqueó la puerta a una serie de incursiones de la narrativa contra la Autoridad-Ogro (la novela como exorcismo del monstruo): *El Señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias (de Guatemala), *El Recurso del Método* de Alejo Carpentier (de Cuba), *El Otoño del Patriarca* de Gabriel García Márquez (de Colombia), *Yo, el Supremo* de Augusto Roa Bastos (de Paraguay), *Maten al León* de Jorge Ibarguengoitia (de México), *El Secuestro del General* de Demetrio Aguilera Malta (de Ecuador)... etc. No sé, no tengo idea qué resultado puede tener en una sociedad política esta saturación literaria de anti-gigantismo a base de sátira.

El automóvil frenó. Habíamos llegado al Pressclub de Bonn donde nos esperaban para un almuerzo. Mientras subíamos la gradería del portal, el novelista alemán me dijo:

—Don Quijote tiene que convencer a Sancho de que los molinos de viento son verdaderos y perversos gigantes.





# Mallorca

(ZAPATERA EN EL MEDITERRÁNEO)

*'La quinta isla poblada se llama  
Chomité-Tenamitl: los españoles  
la pusieron nombre,  
la isla del Çapatero.'*

TORQUEMADA—Monarquía India

De regreso de Mallorca me fui a la popa del barco para ver alejarse la isla bajo la bella luna del Mediterráneo. Estuve en Palma visitando a unos amigos y recorriendo la ciudad, inmensamente crecida, multiplicada en hoteles, muelles, quintas y barrios residenciales por el desbordado turismo que llena el aire de aviones, el mar de barcos y las calles de rostros y lenguas de todos los puntos de Europa. A pesar de esa invasión siempre es posible encontrar en cualquier lugar un paisaje abierto donde el mar mete su mano azul y nos hace señas como desde el fondo de los siglos. Uno comprende por qué escribió aquí Rubén su poema *¡Eheu!:* *'Aquí, junto al mar latino / digo la verdad: / Siento en roca, aceite y vino, / yo mi antigüedad.'*

Fui de nuevo a Valldemosa con su cartuja y sus olivos milenarios. Ya murió doña Pilar de Sureda—su hermosa casa, el antiguo palacio del rey don Sancho, pertenece a otra familia—¡fue una desilusión!. Todavía conservo la estampa o recordatorio del fallecimiento de don Juan, revestido con el hábito de cartujo. 'Ese mismo hábito—me dijo doña Pilar—fue el que usó Rubén,



prestado por mi marido, cuando lo retrataron en la cartuja a donde le gustaba retirarse a escribir' para:

*'Sentir la unción de la divina mano,  
ver florecer de eterna luz mi anhelo  
y oír como un Pitágoras cristiano  
la música teológica del cielo.'*

El período mallorquín de Rubén fue uno de los más fecundos en auto-investigación interior del poeta. Descubre su antigüedad clásica en ¡*Eheu!* Descubre su romanticismo esencial en 'La canción de los Pinos' de la isla ('Románticos somos... ¿quién que es no es romántico?'). Escribe su novela inconclusa *La Isla de Oro* que es un intento de confesión autobiográfica. Escribe su *Epístola a la señora de Lugones* el más completo autorretrato poético de Rubén y su poema *La Cartuja*, confesión de su fe. ¡Es interesante observar lo que pudo una isla, con sus delgados brazos de soledad ciñéndole el corazón, en la poesía de Rubén! '*Mucho mar hay en Rubén Darío,*'—dijo Juan Ramón Jiménez: '*Su misma técnica era marina. Modelaba el verso con plástica de ola... todos sus mares, atlánticos, pacíficos, mediterráneos, eran uno: Mar de Citera.*'

Años antes de Rubén—en pleno Romanticismo—en esa misma cartuja abandonada estuvo Federico Chopin, ya condenado a muerte por la tisis, acompañado por su desconcertante y peligrosa amante George Sand. Su piano quedó allí, en la celda monástica que hoy visitan rebaños de turistas; costó mucho llevarlo, en aquel tiempo, hasta la empinada Valldemosa. Y allí quedó guardando en su teclado los últimos preludios del pálido y genial polaco. Una tarde—cuenta George Sand—lo encontró componiendo en el piano un Preludio bañado en llanto. Al verla gritó enloquecido: '*¡Estás muerta, ya lo sabía!*' Al volver en sí le confesó que había escrito su composición creyéndola muerta a ella y sabiéndose muerto él, ahogado en un lago.

¡Pobre, afiebrado poeta! Una noche, no tan bella para él, por



esta misma ruta que yo llevo, regresó Chopin a Barcelona en un viaje infernal a bordo de un barco lleno de cerdos. Los gruñidos y el espantoso hedor de la piara, descompusieron al músico: tuvo una hemorragia y al llegar a Barcelona se encontró a dos dedos de la muerte. Conozco esos viajes. He oído esos gruñidos y percibido esos olores en las chopas de las lanchas de nuestro Gran Lago. Posiblemente también los conoció Ulises.

Fui también a Manacor, atravesando en diagonal la isla—62 kilómetros de féculas tierras de labrantía, olivares, higuerales, molinos—y luego a la cercana playa de Porto Cristo—uno de los lugares más azules del Mediterráneo—en cuya vecindad están las famosas Cuevas del Drach (del Dragón), especie de descenso al surrealismo de la naturaleza; kilómetros de galerías subterráneas construidas por el mar—fabuloso arquitecto—con sus fascinantes palacios, lagos encantados, grutas mágicas, estatuas alucinantes de estalactitas y estalagmitas que sumergen al visitante en un mundo irreal y onírico. Toda cueva es un descenso al origen. La noche—donde se sueña—es una caverna.

La primera vez que descendí a un subterráneo fue en Zapatera. ¿Tendría yo veinte años?. Nunca había puesto pie en la misteriosa isla. Había leído a Squier y quise dar fe del sitio donde descubrió para su sorpresa el lugar, hasta entonces desconocido donde una cultura también desconocida había adorado a sus dioses y rendido culto a sus muertos en un sitio alto y agreste rodeado de olas y de horizontes lacustres. Allí, a pocos pasos del lugar donde evidentemente se levantó aquel misterioso centro ceremonial se abría un pozo, no muy profundo, que era la boca de un largo subterráneo horizontal.

¿Hacia dónde llevaba? Bajé con un isleño—mi compadre Agustín Mora—; avancé, ¿cuántos metros? Pero el impotente foco de carburo que llevaba, y el pequeño machete de mi compañero no me parecieron suficiente respaldo en aquellas tinieblas. Pensé en una posible serpiente. Pensé en algo que ahora puede provocar una sonrisa pero que entonces era un

personaje numeroso y temible en Zapatera: el tigre. Y me volví, Don Rodrigo Lanuza, dueño de ese lugar (la península de Sonzapote) cegó después el pozo, porque cayeron allí y se quebraron unos terneros, pero dejó una seña que aún subsiste. Ese subterráneo y dos profundas galerías más que todavía existen en ese sitio ¿serían caminos secretos de los sacerdotes de aquellos ritos? No sé. Pero no olvido la sensación de ingreso al misterio de lo ‘primigenio’ de entrada al vientre del mundo, de aquel mi primer contacto con la oscuridad ancestral de las cavernas; sensación que volví a sentir hace pocos días en las Catacumbas de Roma (¿no es en las catacumbas donde—como semilla ‘enterrada’—se sembró y nació el Cristianismo?), y una vez más al bajar, en Mallorca, a las Cuevas del Drach, la historia humana ¿no comienza en las cavernas? y el hombre mismo ¿no comienza en el vientre?

He recordado Zapatera y en el horizonte la lejana masa negra de Mallorca, la luna que ríela sobre las aguas tranquilas y el chapoteo de las olas, avivan más el recuerdo. Comparo la veloz comodidad del barco en que navego con aquellas lanchas atestadas de gente, animales, trastes (como la navegación del pobre Chopin) y la paciente o salvaje adaptación del nicaragüense a toda incomodidad, durmiendo a plan—en el piso del barco—, o tronchados sobre los sacos de cereales, o más pintorescamente en hamacas, docenas de hamacas entrecruzadas, balanceándose como redes con un gran pez dentro.

¿Y si fuera distinto? ¿Y si este hermoso barco no atravesara esta agua sino aquellas, y nos llevara esta noche a la silenciosa isla sagrada y nos espera la magia de sus centros ceremoniales restablecidos, la bahía, la estrella de Quetzalcóatl multiplicada en los muelles, el collar de sus islas con sus cavernas (donde el abandono y el olvido van erosionando los viejos petroglifos), la prodigiosa cumbre de su cerro desde donde se domina el Lago en uno de los más bellos paisajes del mundo? ¿Y si los nicaragüenses hubieran reconstruido—como los mexicanos reconstru-

yeron Teotihuacan o los guatemaltecos están reconstruyendo Tikal—el más importante centro religioso de los habitantes de los lagos? Todavía Carl Bovallius, el arqueólogo sueco—¡siempre el ojo extranjero descubriéndonos lo nuestro!—vio aquella imponente y original pirámide truncada que partía del agua: ¡estupenda invención de los hijos del Cocibolca! ‘Inmediatamente al borde de la playa—escribe—se alzaba un alto edificio cónico de piedra de 30 a 40 metros de alto. Estaba hecho de enormes bloques de piedra sin cortar, colocados los unos encima de los otros en orden bastante regular. El diámetro de la base era de unos cuarenta metros. La cima estaba truncada y parecía formar un plano de 6 a 8 metros de diámetro. Semejaba una torre y había sido, probablemente, un lugar de sacrificios, con un altar en la cumbre, o bien un templo parecido a los Uzmil y Tikal.’

Las piedras de esta original pirámide casi todas han caído por obra de la vegetación y de los temblores. Los ídolos y estatuas del adoratorio fueron llevados, en su mayoría, por los jesuitas al Colegio Centro América y hoy una buena parte se guardan en el Instituto Nacional de Granada o en casas particulares. Los ciento y más de montículos de la ciudadela religiosa han sido saqueados o la naturaleza ha acabado piadosamente ocultándolos. Yo recuerdo haber abierto con el Padre Ponsol una tumba y encontrado una calavera con los dientes incrustados de jade y una tija española. Recuerdo las pescas de sábalo en Boquerón y las mojarras de lomo rojo en Las Tinajas. Las cacerías de tigre, de venado y de pavones en las faldas del cerro. La gran roca plana de El Muerto llena de inscripciones y figuras. La Punta de las Figuras con sus centenares de petroglifos. La Piedra del Águila en Tarca. Las cuevas de Jesús Grande y del Armado. La cacería de lagartos en la laguna. Aventuras. ¿Qué valor tendrían esas cosas aquí?

No se crea, sin embargo, que estoy sugiriendo un plan para desarrollar el turismo. Todavía no estoy convencido de que un pueblo deba disfrazar su miseria con un traje pintoresco para

fotografías a colores, o convertir en ‘souvenirs’ sus frustraciones. Sueño con un pueblo que ha recuperado su autodeterminación, con un pueblo que vuelve a ser protagonista de su historia y que—con ese poder creador comunal—integra a su vida su pasado. Los poetas lo hemos hecho. El indio marginado por siglos, incluso sus milenarios y casi inasequibles legados—que parecían reservados únicamente para la arqueología y sus museos—volvieron a ser vida y se injertaron fecundantes en la palabra castellana, y desde ‘Tutecotzimí’ de Rubén, hasta el *Homenaje a los Indios Americanos* de Cardenal, toda nuestra literatura ha recuperado—no para el turista, sino para la expresión de su propia y entrañable autenticidad—al indio que era ruína o escombros, o abandono como las piedras de Zapatera.

Mi imaginación lo que sueña es que también se haga historia lo que pudo hacerse poesía.



## *Madrid*

### EL FUTURO YA NO ES UN PUERTO SEGURO

Sumidos en los acontecimientos y en las circunstancias, y encerrados en el horizonte cotidiano, nos vamos acostumbrando (a pesar de la información que puede llegarnos de afuera) a 'ver' las cosas que nos rodean sin puntos de comparación, sin perspectiva, y a considerar normal lo anormal, o a creer que vamos por el camino recto por el solo hecho de que ya nos acostumbramos a caminar torcidos. Incluso algo tan espeluznante y anti-humano como el crimen, al multiplicarse en una sociedad, parece adormecer el instinto de defensa y de conservación de la vida y, paradójicamente, su mismo aumento lo convierte en costumbre. Nosotros aquí ya no nos damos cuenta —con el pavoroso avance de la delincuencia homicida— hasta qué punto hemos descendido; o bien creemos que este es un proceso de corrupción mundial y que en todas partes sucede lo mismo. Pero es un autoengaño. Nicaragua es un fenómeno alarmante y—con la colaboración de las autoridades que matan a diestra y siniestra—estamos a la cabeza en la lista de la delincuencia mundial.

Lo mismo o peor sucede con la destrucción de la naturaleza. Si la vida humana—en proceso contrario a la inflación—cada día vale menos, ¿qué puede valer un árbol o un animal? Leí esta semana en el 'Correo Económico de INDESA' un angustiado SOS sobre nuestra flora y fauna nacionales. Decía: 'Al regresar de estas cortas vacaciones de las Fiestas Patrias, muchos vienen



asombrados de los grandes cambios que se encontraron de un año para otro. Pero cambios adversos. Donde había árboles hoy no hay nada. Lo que era fresco se volvió caliente. De animales, ni hablar. Lluvias de cuando en cuando. Sequías más frecuentes y rigurosas. El contraste se acentúa cuando viajan, por no ir tan lejos, a la vecina Costa Rica. No sólo por sus atractivos y facilidades turísticas, sino que por una mayor responsabilidad ciudadana en estos asuntos.'

Fue un viaje corto y cercano el que permitió a esos nicaragüenses la perspectiva necesaria para 'ver' lo anormal de nuestra normalidad. El que nota nuestro envejecimiento no es el que nos ve diario, sino el que no nos había visto. Para mirarnos con ojos propios el mejor ejercicio es mirarnos con ojos extraños.

Uno oye, por ejemplo, que el mundo se está haciendo invivible por el aumento explosivo de la población y de la locomoción, por la contaminación del ambiente y por la destrucción de la naturaleza. Lo oye, pero como morador de un país que se siente joven, apunta la amenaza como cosa futura o como peligro para otros países industrializados y no para el nuestro.

Yo viví en México hace veinte y tantos años y todavía habité en 'la región más transparente' de la Tierra. Ahora una nube oscura hace invisible la ciudad desde el avión y con frecuencia se da el caso de peatones que sufren desmayos, envenenados por el aire engasolinado que se espesa como un río turbio en las calles principales. He estado varias veces en Roma y la majestuosa serenidad de la urbe que conocí la primera vez, ha sido irrespetada —como los gusanos pueden devorar el cadáver de un emperador— por los infinitos pequeños automóviles, motos, buses y camiones que la recorren en un irreverente hervidero de cláxones, escapes, embotellamientos y ruidos.

Pero donde más sufrí la destrucción de la imagen de la 'ciudad vivible' fue en Madrid. Siempre consideré el estilo de vida de Madrid como la más feliz unión de gran ciudad y de pequeño pueblo. En Madrid se daba y aún se da dentro de un señorío de



ciudad mayor, la vivencia de vecindario, el paseo, el encuentro, la tertulia, el saludo en la calle, la confianza ambiental que permite al desconocido ser tratado como conocido. En fin, el estilo inconfundible de una ciudad que hasta hoy se ha resistido a ser—como toda urbe moderna—una sociedad anónima. Pero esa Madrid—que en viajes anteriores yo la vi pasar por la difícil crisis de crecimiento que ha borrado el carácter a tanta urbe moderna—ya no es la misma de ayer.

Comienza a perder su ritmo como una hermosa mujer que engorda. Y con la línea y el ritmo, su carácter comienza a transformarse. Ya la polución sube el nivel de su río envenenado sobre las mesas y las sillas de las Gran Vía y de la Calle de Alcalá donde antes podía uno pasar la tarde o la noche entera en aquel aire ¡tan delgado y fino! (el aire que captó Velásquez), el aire que, según el refrán, ‘es tan sutil que mata a un hombre y no apaga una vela.’ Madrid está perdiendo su donaire. Y su pasear de gente—aquel desfile de lindas mujeres que fueron el almacigo del piropo—(otras saben llevar los trajes, pero las españolas saben llevar sus cuerpos, decía Luis Rosales), ahora es desfile de multitudes y el bosque no deja ver los árboles. Y aquella familiar sinfonía de los ruidos y voces de Madrid: la madre que grita al niño, el ciego de la Lotería, el trozo de diálogo peripatético, la frase de la tertulia cogida al vuelo, los comentarios de la banda de muchachas. ¡Las voces de Madrid apagándose en la polución acústica de los motores! Y me decían un madrileño: estamos perdiendo hasta el humor (lo decía por la cara avinagrada de un mesero ¡en Madrid! donde se daba el mejor servicio del mundo). Y yo recordé las experiencias de Calhoun. Obligaba a una gran cantidad de ratas a vivir hacinadas y se producían fenómenos de agresividad, de homosexualidad y de degeneración orgánica.

La aglomeración, la reducción de la superficie de soledad que necesita el hombre ¿a dónde lleva al mundo? ¿seremos nosotros (los de nuestra generación), nacidos en un mundo más ancho, los condenados a la angustia? ¿o es que todo hombre, al pasar



ciertos umbrales críticos que le impiden la intimidad, sufre inevitablemente tensiones que lo enferman, lo vuelven neurótico, agresivo y sujeto de degeneraciones como las ratas?

Cuando vemos que el progreso o el simple avance del tiempo, lleva a esos monstruosos problemas—callejones sin salida de la humanidad actual—comprendemos por qué, en esta segunda mitad del s. xx, ha cambiado radicalmente en el hombre su idea o concepto del futuro. Nuestros abuelos, nuestros padres y nosotros mismos en nuestra juventud creíamos en el ‘progreso’—el progreso indefinido, nos decían los darwinistas—con una visión lineal del proceso histórico avanzando siempre hacia la perfección, mejorando cada día sobre el anterior. Los antiguos habían creído que la Edad de Oro estaba en el pasado. Nuestros padres nos enseñaron a trasladarla al futuro. Rubén y Withman colocaron con sus cantos el paraíso en el futuro. Pero ‘en los últimos años, dice Octavio Paz, ha habido un cambio brusco: los hombres empiezan a ver con terror el porvenir y las que apenas ayer parecían maravillas del progreso, hoy son sus desastres. El futuro ya no es el depositario de la perfección sino del horror. Demógrafos, ecologistas, sociólogos, físicos y geneticistas denuncian la marcha hacia la perdición. Unos prevén el agotamiento de los recursos naturales, otros la contaminación del globo terrestre, otros la asfixiante superpoblación, otros la llamarada atómica.’

Y el viajero nicaragüense, al constatar en ciudades queridas y admiradas los primeros síntomas de ese cambio hacia lo peor, vuelve (engañado) sus ojos a la patria chica y (erradamente) piensa: ‘Pero nosotros todavía somos una reserva.’

El recuerdo de la infancia o de la juventud vivida en un país todavía intocado, se sobrepone a la realidad última y nos oculta, en la nostalgia, nuestra verdadera situación. Así como ha cambiado Madrid, así ha cambiado Mombacho cuyas montañas eran hace treinta años un arca de Noé—donde el caminante veía tigres, monos, pisotes, pumas, mapachines, perdices, pavos, guatusas, linceos, tigrillos, etcétera—y hoy, en un silencio mortal, no ve ni

pájaros. Y lo mismo pasa con los pinares del Norte. Lo mismo con las fecundas tierras aguacateras de Chinandega que se van, año con año, por los aires, arrastradas por las tolvaneras, prelu-diando la formación de un desierto.

En Europa, es verdad, se palpan los efectos destructivos o congestionantes del aumento de población, del crecimiento de las ciudades, de la polución, del ruido, de la infección industrial; pero también se advierte, por todos lados, la lucha activa en defensa del hombre, de la cultura y de la naturaleza. La labor que ha desarrollado—por ejemplo—España, reedificando, conservando (y adaptando para hoteles, paradores, escuelas o centros de enseñanza o de vacación) sus imponentes castillos medievales, es prodigiosa.

De la misma manera se defiende la fisonomía histórica de las ciudades (¡hay que ver Ávila, intacta como una joya entre sus murallas a pesar de su enorme crecimiento extra-muros!). En todos los caminos de España, Francia o Italia, el viajero descubre grandes parcelas de tierra, a veces verdaderos bosques, destinados a la siembra de árboles para la reforestación de los suelos. (Al atravesar Castilla, por ejemplo, el viajero se sorprende de ver, con respecto a visiones anteriores, que en vez de avanzar el desierto, los que han avanzado son los árboles). Se lucha en las ciudades para reducir el tráfico y la polución. Se multiplican los parques y las zonas verdes. Se reservan grandes zonas rurales para parques nacionales donde se conserve la flora y la fauna. Europa sufre el daño del mundo industrial y del crecimiento arrollador de su población, pero su organismo tiene vivas y activas sus defensas. En cambio nosotros nos deslizamos cada vez más rápidos en la pendiente, y no sólo no desarrollamos defensas, sino que parecemos inconscientes de la destrucción que en todos los órdenes nos socava. Se nos erosiona la moral y la naturaleza, la tierra y la honradez, pero nos dejamos ir al futuro en alas de un mito que ya no existe—creemos todavía que con sólo

avanzar en el tiempo vamos fatalmente a mejorar—creemos que mañana, por el solo hecho de ser mañana, será mejor que hoy, cuando el mundo entero nos advierte que si no se lucha a brazo partido, el futuro no trae salvación sino horror, agravamiento y multiplicación de problemas, Apocalipsis y no Paraíso.

## *El Prado*

### VIAJE A LA HISTORIA A TRAVÉS DE UN CUADRO

Usted, lector sabe o recuerda cómo Alicia, la del *País de las Maravillas*, atravesó un espejo y se metió dentro de su mundo mágico. Yo lo invito a una aventura parecida aquí, en el Museo del Prado de Madrid. Observe ese cuadro. Es una de las mejores pinturas del mundo y tiene el fascinante poder artístico de incitar o impeler al espectador a penetrar dentro de ella. La llaman 'Las Meninas' y es la obra cumbre de Diego Velázquez, pintada casi al final de su vida (en 1656 ó 1657), reinando Felipe IV. Se ha escrito mucho sobre ella. Se ha dicho que representa la ruptura definitiva con el Clasicismo del s. XVI, que inaugura un mundo nuevo de expresión plástica en el cual podemos encontrar los antecedentes incluso del 'Impresionismo' del s. XIX. Es cierto, pero Velázquez en este cuadro no sólo 'retrata' la luz, sino el aire. Usted recordará cómo producían la perspectiva, con técnicas lineales y ópticas, los pintores renacentistas anteriores a Velázquez. En este cuadro ni siquiera hay ladrillos o enlosado en el piso para lograr linealmente el efecto de alejamiento gradual del fondo. Velázquez usa el aire. Va escalonando o sincopando luces, dándoles mayor o menor enfoque a las figuras para lograr esa perspectiva aérea, mágica y vívida (que en el Museo del Prado acentúan poniendo un gran espejo frente al cuadro) y que, desde un principio rompe o borra la frontera entre el espectador y el interior del cuadro. Velázquez inaugura aquí 'la relatividad de las formas.' Los cuerpos y las cosas no tienen ya ese valor absoluto,

geométrico y compacto, que amaba el Renacimiento, sino otro relativo a su medio, es decir, 'a las circunstancias de atmósfera y de luz que los envuelven, los forman o deforman.' Pero ¿qué es lo que pintó o lo que está pintando Velázquez?

Velázquez nos introduce a una habitación del Palacio Real. En esa habitación nos encontramos con un grupo compuesto por la Infanta Margarita (al centro con falda de crinolina) y a un lado y otro de ella vemos a dos damitas de la Corte, una de las cuales le ofrece agua en una bandeja y ambas le hacen una reverencia palatina. Luego, hacia la derecha, vemos a una enana y a un enanito que pone el pie sobre un perro; son bufones de la princesa. Luego atrás de los enanos, vemos a dos personajes que conversan, y más atrás a un noble caballero que abre una puerta al fondo. A la izquierda aparece el propio Velázquez pintando un cuadro del cual sólo se ve el reverso del bastidor. Es decir, el grupo de 'Las Meninas' está a la orilla del cuadro, pero no es el cuadro. Y Velázquez, aunque está dentro del cuadro pintando un cuadro, su 'otro' verdadero lugar es afuera del cuadro. Velázquez pintó 'Las Meninas' colocado exactamente donde estoy yo y donde está usted. Lo primero que pasa ante el cuadro 'Las Meninas' es que pintor y espectador se identifican. Pero, además, se identifican, se funden, los dos tiempos: el de Velázquez que ya pintó el cuadro y el del espectador que sigue viendo pintar a Velázquez.

Esto significa que Velázquez, como el mágico espejo de Alicia, ha volteado al revés la realidad. Velázquez nos pinta, no un cuadro, sino la pintura de una pintura. La materia de su gran cuadro es el pintar; y esto quiere decir que plantea, dentro de la pintura, la crítica de la pintura, adelantándose así—en la pintura—a lo que haría la novela, varios siglos después (ya en nuestro tiempo): que fue convertir en novela el arte mismo de novelar; o la poesía que, desde Hölderlin, comienza a hacer poesía de la poesía; o el teatro que, con Pirandello, mete al espectador en escena y son los personajes los que buscan un



autor. En 'Las Meninas' hay un último personaje invisible, a quien está mirando Velázquez: es el espectador. Soy yo, o usted. Estamos ya dentro del cuadro.

Pero el 'juego' de Velázquez no termina ahí. Fíjese usted que en la pared del fondo, junto a la puerta que está abriendo un caballero, Velázquez colocó un espejo y en ese espejo se refleja una pareja formada por el Rey Felipe IV y la Reina Mariana de Austria. Según la perspectiva del cuadro, ese espejo lo que refleja es una parte del lienzo que está pintando Velázquez y que nosotros no podemos ver. El pintor nos dice, de ese modo indirecto, que está pintando a los reyes, pero de un modo aún más sutil e irónico nos hace ver que esos reyes—que son, no lo olvidemos, los reyes más poderosos de su tiempo—están fuera de la realidad (de la realidad del cuadro), que ocupan inauditamente un segundo lugar y se hallan, como Alicia, metidos en el mundo inverso e irreal de un espejo. El pintor oficial del Rey, el pintor cortesano de la Corte más formalista de la Europa de entonces, al pintar su mejor cuadro—que es casi como su testamento—no es la Corte el tema formal de su pintura, sino una clara oposición al formalismo. Velázquez introduce veladamente la crítica como elemento pictórico. Ahora diríamos que 'Las Meninas' es una pintura de protesta: protesta artística contra unas formas que se han hipertrofiado convirtiéndose en formalismo, y protesta política contra la decadencia de una Monarquía que se ha vuelto cortesana.

Ese Rey que vemos borrosamente en el espejo ya no es como los anteriores. Ese rey reina pero ya no gobierna. Quienes gobiernan son los favoritos, los 'validos,' los palaciegos. En el caso de Felipe IV el valido es el Conde-Duque de Olivares, déspota centralizador que perdió en veinte años de gobierno todo lo que España podía perder y que provocó, con sus exacciones fiscales y medidas dictatoriales, la sublevación de Cataluña, de Aragón, de Sicilia, de Nápoles y el alzamiento y la pérdida de Portugal. En el reinado de Felipe IV es el momento en que España—a pesar

de su inmenso imperio, o por eso mismo—siente ‘el cansancio de mandar.’ Los que mandan parecen perder la visión de altura y la responsabilidad, y, como dice Ortega y Gasset ‘sólo ansían los goces cortesanos, la existencia alucinada y alucinante de espaldas a toda realidad.’ El reinado de Felipe IV—agrega Ortega— ‘significa el estreno’ de una vida de Corte estable, palaciega, adscrita definitivamente a una ciudad. La Villa de Madrid, una inmensa aldea manchega, transustanciada en Corte, va a contribuir muy grave y concretamente a la destrucción del imperio español. ¿Por qué? Por lo pronto, por la delicia que fue esos años la vida de Madrid, estrenando la primera vida de Ciudad-Corte que había habido en España.’ El cuadro de Velázquez nos abre la entrada a esa Corte, a ese momento en que se introduce en España ese sutil pero fatal cambio de espíritu en el arte de gobernar; cuando en vez del bien común, comienza a buscarse, exclusivamente, el provecho propio. Por eso ‘Las Meninas’ introducen al espectador dentro de Palacio: para que sus ojos críticos vean la realidad y la irrealidad en que España agoniza, mientras sus reyes están prisioneros en un espejo. En esa sombría habitación se consume España. Ahí no cabe un imperio. Ahí se asfixia. Es el mismo doloroso testimonio de su amigo Quevedo en aquel soneto: ‘Miré los muros de la Patria mía/si un tiempo fuertes, ya desmoronados...’

Pero el cuadro nos lleva más adentro, más lejos. Por las puertas de ese Palacio entramos a todos los Palacios Virreinales y Casas de Gobierno de nuestra América, donde también se ha filtrado esa misma mentalidad cortesana que va a adormecer las prodigiosas energías desarrolladas en los siglos anteriores, y, lo que es peor, a sembrar unas semillas políticas y socioeconómicas catastróficas para nuestro porvenir. El poder, la riqueza, el fausto—incluso el esplendor cultural que ofrece una constelación de figuras como Velázquez, Murillo, Zurbarán, Quevedo, Caro, Calderón de la Barca, etc.—mantiene encendida en Madrid una luz que atrae y fomenta la imitación en todo el imperio; pero lo





que ahora se quema para producir esa luz es el mismo imperio.

En efecto: la Monarquía hasta ese momento había sido el gran freno de las tendencias feudalistas en América y con sus Leyes de Indias y con sus medidas contra la formación acumulativa de grandes propiedades, iba cubriendo el abismo social abierto por las Encomiendas y preparando la estructuración de una sociedad más integrada y justa. Comenzaban a brotar, con vida propia, las comunidades indígenas. Comenzaban a sistematizarse unos grupos sociales que, de haberse desarrollado, hubieran producido una fuerte clase media. Comenzaba, incluso, a germinar un sentido político americano. Pero en ese momento crucial y decisivo, la Monarquía se encerró en una Corte y dejó que los validos y favoritos sustituyeran la visión imperial por la miope y sórdida visión colonialista. Los validos y su burocracia cortesana—interesados únicamente en recaudar tributos y obtener ingresos fiscales y, por supuesto, ventajas personales—descubren que una buena fuente de entradas es la venta de tierras en América, con lo cual fomentan latifundismo agrario y enriquecimiento cada vez mayor de los ricos que son los que ofrecen mejor precio por ellas. Descubren que otra buena fuente de ingresos es vender los cargos públicos, con lo cual se comienza a formar una plutocracia parásita, ajena a América (los cargos los compran sobre todo los españoles con relaciones cortesanas) que excluye al nativo y será la raíz de las futuras oligarquías. Descubren que otra buena fuente de entradas es vender títulos de nobleza y de hidalguía, con lo cual se suscita un ‘clasismo’ basado exclusivamente en la riqueza y se desata un ansia colectiva por los privilegios que pervierte la valoración social del trabajo y adormece por siglos el desarrollo de una clase media. Comienza lo que Sánchez Barba llama ‘la cortesianización de costumbres.’ Comienza a asociarse la idea de gobierno con la idea de privilegio, o peor aún, comienza a crearse una capa social con sentido de casta que se receta para ella un régimen de excepción y se monta sobre el resto de la población que es la obligada a cumplir

la ley, a trabajar para ella y a pagar los impuestos. Semilla cortesana que va a arraigar en América como una cizaña, entumiendo nuestro desarrollo y dejándonos como herencia esa teoría incesante de dictadores y oligarcas que no son hijos de la España fundadora—como se ha dicho—, sino fruto de su decadencia. No mal de raíz, sino pecado contra la raíz. Si el caballero que abre la puerta del fondo del cuadro de Velázquez hablara, sus palabras pudieran ser las del verso desconsolado de Rubén a los Cisnes: ‘Ya no brillan las glorias de las antiguas hoces/ni hay Rodrigos, ni Jaimes, ni hay Alfonsos, ni Nuños...’

Pensemos, como moraleja, antes de salirnos del maravilloso sortilegio del cuadro de Velázquez, cómo puede una mala política de la cabeza sembrar tanto daño en todo un cuerpo, llámese ese cuerpo Imperio o Nación. Las consecuencias de una irresponsabilidad en el Gobierno a veces duran siglos y cierran miles de posibilidades o arrojan a la decadencia, por generaciones, a todo un pueblo. (¿Cuál será el precio que pagará Nicaragua por sostener con su miseria a una corte de privilegiados y a un rey encerrado en una vitrina?). Pero pensemos, también, con optimismo, que los pueblos pueden enderezar sus sendas: ya se oye en toda América el rumor creciente de unas multitudes que se ponen de pie. ‘Es, como decía la Pastoral de nuestros Obispos, el grito incoercible de un pueblo que toma conciencia de su situación y busca cómo romper los moldes que lo aprisionan.’



## *Itálica famosa*

Después de experimentar un terremoto no quedan muchos deseos de dialogar con ruinas. Huérfanos de pasado, más bien nos sentimos necesitados de ver y tocar lo que perdura: las piedras vivas que han desafiado al tiempo, el arte vivo a través de las edades, la arquitectura erguida en su antigüedad: la cúpula del Panteón de Roma con sus dos mil años de solidez, la Torre de Pisa que se inclina y no cae, las flechas de las catedrales góticas que siguen ascendiendo a la eternidad. La convivencia con el escombros da sed de pasado—que es, en realidad, una sed de futuro—porque así como el hombre necesita recordar que es polvo para no perder sus medidas en el orgullo, así también necesita completar y compensar esta visión real de su finitud, con el pensamiento de su trascendencia, de su victoria sobre la muerte y de su fecundidad en la historia, y esta visión sólo la consigue cuando tiene un pasado antes sus ojos. Un fragmento de Homero, una Venus mutilada, bastan para recobrar la dimensión humana: somos polvo, pero polvo fecundo. *‘Polvo serán, mas polvo enamorado,’*—dirá Quevedo—. *‘Ceniza que se hace polen,’*—dirá Novalis.

Huyendo de escombros, tuve sin embargo que afrontar—confieso que por gusto, por voluntad de cultura—dos encuentros con la destrucción, uno en Itálica, junto a Sevilla, otro en Pompeya, la hermana mayor de Managua, víctima del Vesubio. Buscaba en esas ruinas ilustres, relaciones y respuestas que le dieran idioma de historia al hosco silencio de nuestra capital devastada.

A Itálica llegué una tarde de mayo, de sol andaluz y de anacró-

nicos vientos fríos que parecían anidar en los mármoles rotos. Fue Carlos Molina Argüello—nuestro sabio investigador de la historia nicaragüense en el Archivo de Indias—mi guía y compañero por la ciudad en ruinas, aunque la curiosidad y la invitación a visitarla se la debo a un poema que aprendí de memoria, como muchos de mi tiempo en las bancas del colegio:

*'Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora  
campos de soledad, mustio collado,  
fueron un tiempo Itálica famosa  
Aquí de Cipión, la vencedora  
colonia fue. Por tierra derribado  
yace el temido honor de la espantosa  
muralla. Y lastimosa  
reliquia es, solamente  
de su invencible gente.  
Sólo quedan memorias funerales  
donde erraron ya sombras de alto ejemplo  
Este llano fue playas, allí fue templo  
De todo apenas quedan las señales.  
Las torres que desprecio al aire fueron,  
a su gran pesadumbre se rindieron...'*

El poema, como la ciudad, está hecho con los nobles vestigios del latín, con neoclásicos trozos de mármol extraídos de la arqueología de nuestra lengua. ¡Nunca una sintaxis reflejó mejor unas ruinas! Tal vez su autor, el andaluz Rodrigo Caro, pensó en su tiempo (1595) que ese metro y ese retorcimiento arcaizante de la sintaxis española, era la forma más elegante y clásica que podía adoptar el canto castellano, pero la paradoja de su éxito se debió a lo contrario: ¡a que cantó unas ruinas con las ruinas de un lenguaje!

La destrucción de Itálica significó el final del Imperio romano, y el poema de Caro fue el primer anuncio del crepúsculo del Barroco: con él comenzó esa 'lirica de las ruinas' que recorrió



la poesía hispana y que encontramos en Quevedo (*Buscas a Roma en Roma, oh, peregrino...*), en Esquilache (*Dichosa soledad, noble silencio...*), en los Arengsolas (*Imagen espantosa de la muerte...*), poesía-espejo de la decadencia española y de la agonía de su imperio. ¿Cuántas veces el hombre, creyendo inaugurar, cancela una edad, una etapa, un período de su historia? ¿Cuántas veces el político, en su ceguera, cree que abre un tiempo nuevo y sólo escribe su lápida final?

Repitiendo los versos de Caro recorro las ruinas. '*Aquí de Cipión, la vencedora colonia fue,*'—dice el poeta. Itálica fue fundada por Pubilo Cornelio Escipión, en la Segunda Guerra Púnica, 206 años antes de Cristo, después de vencer a los cartagineses. La levantó como un baluarte, cerca del río Guadalquivir, y fue así, la primera fundación romana fuera del territorio italiano.

En poco tiempo la fundación militar se convierte en ciudad y centro de romanización de toda Andalucía. Su prestigio crece, a través de los siglos, cuando la fortuna quiso que en ella naciera el primer emperador no italiano que tuvo Roma: Trajano. Italicense también fue el siguiente emperador: Adriano, el que construyó este fastuoso anfiteatro en cuyas graderías ruinosas converso con Carlos Molina.

*'Aquí nació aquel rayo de la guerra  
 Gran padre de la patria, honor de España  
 Pío, felice, triunfador Trajano,  
 Ante quien muda se postró la tierra...  
 Aquí de Elio Adriano  
 De Teodosio divino  
 De Silio peregrino,  
 Rodaron de marfil y oro las cunas.  
 Aquí, ya de laurel, ya de jazmines  
 Coronados los vieron los jardines  
 Que ahora son zarzales y lagunas.  
 La casa para el César fabricada*

*¡Ay! yace de lagartos vil morada:  
Casas, jardines, Césares murieron,  
Y aún las piedras que de ellos se escribieron...'*

Aquí—en Itálica—fue el hombre, transformando la historia, quien dio fin a la ciudad. En cambio, en Nicaragua, fue la naturaleza, destruyendo la obra del hombre, la que acabó con Managua. La causa de las ruinas es distinta. Las de Itálica nos hablan de un imperio que decae y sucumbe ante el empuje de fuerzas nuevas y bárbaras. Invaden a España los Godos, se enraízan en ella y levantan un reino que durará siglos. La ciudad románica de Itálica pierde sentido en esa nueva historia, mientras su vecina cercana, Sevilla, comienza a erguirse llena de futuro. Itálica sucumbe pero romaniza y civiliza a los rubios invasores. Es la semilla que cae en tierra para producir nuevo fruto. En el caso de Managua, por el contrario, la ruina no da lugar a un espíritu nuevo, sino que engendra otra vez lo viejo. La ciudad cae, pero no sus defectos y vicios. Por eso el diálogo de ruina a ruina es dispar y doloroso.

Mientras en las nobles ruinas de Itálica se advierte el proceso ascendente de una ciudad que creció, avanzó, expandió sus ideales y luego, como a todo lo humano, le llegó su decadencia y su muerte; en nuestra pobre Managua lo que cualquier historiador advierte es un tiempo detenido, antes y después de la destrucción. Hace poco lo comprobé. Buscando un viejo escrito tuve que revisar, año tras año, las colecciones de periódicos de Managua. A medida que avanzaba en el tiempo iba sintiendo una desoladora depresión. En cuarenta años nuestra política no registra más que una agotadora repetición de la misma elemental lucha por los más elementales derecho humanos. ¡Nunca nada más!. Nunca un paso más arriba que haga suponer que el derecho a vivir y a convivir se da por supuesto. Siempre las mismas demandas. Siempre los mismos abusos. Hábeas corpus para prisiones sin causa legal. Procesos políticos para opositores.



Reformas constitucionales para evadir el precepto de la alternabilidad. Fraudes. Protestas. Los mismos recursos. Las mismas represiones. Las mismas declaraciones hipócritas: siempre legal el de arriba, siempre ilegal el de abajo. Y los mismos discursos. Uno, diez, cien, doscientos: la misma cosa. El tiempo se ha convertido en losa y la losa cubre una política-cadáver. De pronto un terremoto raja la losa. Se filtra el hedor a podrido. Una pellada de cemento cubre la hendidura y el sepulcro queda de nuevo cerrado. ‘Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora, campos de soledad, mustio collado,’ así fueron ayer, así siempre. Aquí la historia, estancada, no circula en las venas escleróticas de una dinastía.

Pero hay un momento—una zona de escombros—en que ambas ciudades en ruinas pueden dialogar. En los últimos tiempos de Itálica, sus piedras resonaron el paso de un militarismo cada vez más opresivo. Desde la ciudad lejana llegan cartas al degenerado emperador de entonces: ‘Estamos atrozmente oprimidos y explotados por aquellos cuyo deber es proteger al pueblo... Funcionarios, soldados, magistrados de la ciudad y agentes imperiales vienen a nuestro pueblo, nos apartan de nuestro trabajo y requisan nuestros bueyes. Reclaman lo que no debemos y sufrimos injusticias y extorsiones ultrajantes’ (documento citado por R.H. Barrow en su libro *Los Romanos*).

Esta carta pudo también ser encontrada bajo los escombros del Palacio de Tiscapa. Pudo ser firmada por los campesinos de Matagalpa, de Jinotega o por los marginados de nuestros suburbios. Con una diferencia: el pueblo romano conoció el esplendor de un imperio; en cambio, nosotros, ¿qué?

# Toledo

## ‘EL ENTIERRO DEL CONDE DE ORGAZ’

### LA ESPADA

Toledo se deja coger entero por la mirada como el puño de una espada. Ayuda la mano líquida del Río Tajo que la ciñe. Ayuda también el desolado y cegador paisaje que aprieta su cintura de castillo y hace saltar, estocando el azul, sus torres y atalayas. ¡En ninguna otra ciudad del mundo tanta historia ocupa tan poco lugar! Sus cuatro puertas, sus intrigadas callejuelas nos conducen—como galerías de la mina del tiempo—no sólo a lugares, sino a remotas épocas y fechas. Nuestro pasado—porque también aquí comienza América—cree tocar fondo en la época griega cuando Toledo era Ptolietron (decían que fundada por Hércules), pero arrancas unas piedras más y llegas a los tiempos bíblicos en que Toledo era Toledotk para los judíos exilados a Iberia en la época de Nabucodonosor. En algún alcázar o templo, alguna piedra nos habla luego de la Toledo romana, que Marco Fulvio dos siglos antes de Cristo, eligió para capital de Carpetania. Entonces comienza su historia escrita y con ella la historia de sus espadas. Apenas sabemos algo de la ciudad y ya el poeta latino Gracio Falisco, en su ‘Cinegética,’ elogia las espadas toledanas como las mejores del mundo. Pensar cuánta hazaña, cuánto crimen, cuánta historia va a ser escrita por esas espadas: desde Roma hasta los godos que en Toledo coronan su reino y luego con Recaredo lo cristianizan; desde los godos hasta el dominio



musulmán (aquí en Toledo, junto al río está el baño de la bella Florinda, la cava, donde

*'Holgaba el rey Rodrigo  
con la hermosa Cava en la ribera...'*

y por forzador de doncellas pierde el reino en manos del Califa Tarik); y luego, desde los musulmanes hasta el Cid que conquista Valencia y Alfonso VI que reconquista Toledo hasta San Fernando, conquistador de Sevilla, y desde el rey-santo hasta Isabel, conquistadora de Granada, y desde Granada hasta América. Siempre la espada toledana sumando y restando historia; espadas que hablaron griego, hebreo, latín, árabe y castellano, para recibir luego nombres indios en las batallas de América: espadas que fueron un día instrumento de paz al servicio de la justicia y otro día cuerpos del delito al servicio de la opresión y el crimen: aquí en Toledo se templaron los aceros que ganaron para España la victoria de las Navas de Tolosa, o los que hicieron respetar los admirables fueros democráticos en tiempos de Alfonso VI; pero también toledanas fueron las armas de las inicuas matanzas cuando la sublevación de aquella noble figura de romance Don Álvaro de Lina, o las que cortaron las cabezas libertarias de los Comuneros de Castilla en tiempos de Carlos V. Son las mismas espadas que yo—americano, hijo de padres que las usaron para conquistar y, de padres que sucumbieron a su conquista—estoy viendo forjar aquí, en el barrio de los Armeros, y oyendo el mismo golpe ya milenar del martillo sobre el metal al rojo, ruido que hoy sólo anuncia una artesanía, pero que ayer significó para tantos, tantas veces, el sonido de la estúpida aventura de la guerra.

## EL CRISOL

Pero Toledo no es sólo espada y alcázar de guerreros. Fue también, y sobre todo, el más formidable crisol de razas y culturas en convivencia que tuvo España. La perspectiva del tiempo nos hace creer, con frecuencia, que todo el período de dominio árabe y luego de reconquista española fue una guerra a muerte entre musulmanes y cristianos. Pero no fue así. Ya desde los primeros siglos de conquista musulmana se formaron los grupos 'mozárabes' (gentes hispanas que vivieron bajo el dominio y a la usanza mora, pero fieles a su fe cristiana), como siglos más tarde se formarían los 'mudéjar,' que eran los mahometanos moros que se quedaron viviendo entre los vencedores cristianos sin mudar de religión pero como vasallos de los reyes españoles. Mozárabe y mudéjar y castellana es Toledo. No sólo guerra sino diálogo. El romancero está lleno de moras que enamoran a cristianos y viceversa. Amores morenaron la raza. Y cuenta Fernando Quiñones, en su poemario *Ben Jaqan* (de lo mejor que se ha escrito en la España de hoy) que la abuela del gran Abderraman III resulta ser la princesa Iñiga, y que Almazor 'casa a la chica del Navarro, de Sancho, y llama Sanchol al chicuelo' y cuenta de las monedas que acuñan los reyes de Castilla en las dos lenguas, y de las casullas combinando el estandarte moro con el Cordero Pascual. Aunque luego termina:

—*Figúrate, van a hablarle a cuantos nazcan  
de un abismo, unas hordas, una guerra  
de siete siglos sin  
cuartel, sin alvexiés, sin  
amor. Ya verás!*

Porque es verdad que estallaban represalias y matanzas, pero lo normal fue la convivencia y el cruce. Dice un historiador: 'Dentro de los muros de Toledo (en tiempos de Alfonso VI que ganó



la ciudad para España) habitaban juntos el vencido y resignado musulmán, el judío—eterno chivo expiatorio—, el mozárabe ennoblecido por su antiguo origen, el orgulloso castellano, el extranjero recompensado por sus hazañas—la mayoría francos—etcétera, y esta multiplicidad de razas y diversidad de cultos se regía, para convivir, por una admirable y complicada diversidad de legislaciones, fueros y gobiernos peculiares, con tribunales privativos y magistrados elegidos por cada grupo racial o cultural o religioso.’

En este crisol se fraguó un pueblo abierto, de corazón ecuménico, que hizo posible la conquista de América y la singularidad mestiza de su colonización. Fue la semilla de la futura América: ‘cuna de la raza cósmica’ como la llama el mexicano José Vasconcelos: *‘continente de la raza final hecha con el tesoro de todas las anteriores.’*

### EL HIMNO

Cuando se entra a la gigantesca Catedral de Toledo, uno comprende, en la lección de sus piedras, esta original capacidad de apertura y fusión que marca la historia de la ciudad y que es la esencia misma de lo hispánico, aunque tantas veces España y también nosotros, sus vástagos, la hayamos traicionado y torcido, edificando imperialismos de diversas formas y colonialismos de diversos contenidos. La enorme fábrica de la Catedral constituye, dentro de su imponente unidad, un verdadero museo de arquitectura de todos los órdenes, y de arte en todas sus manifestaciones: desde el severo gótico de sus naves ojivales del s. XIII, a la riqueza del gótico del s. XIV del pilar del Crucero, desde el mozárabe de la Capilla de Cisneros, al mudéjar de la Sala Capitular, desde el plateresco de la Capilla de los reyes, al excepcional barroco del llamado ‘Transparente’ que es una cascada de luz y de formas volátiles irrumpiendo en las penumbras medioevales. Y así rejas y estatuas, retablos, sepulcros y pinturas, uniéndose a la arquitectura, forman—variado y único—un himno



gigante que asciende los cincuenta metros de altura de sus naves, o los ochenta de su torre, o escapa en luz hecho oración a través de sus setecientos cincuenta vitrales.

### LA PROFECÍA

Piedras que se elevan en himno. Esa imagen de la catedral es también la otra dimensión de Toledo, llamada 'la ciudad mística,' cuyo paisaje tanto recuerda al de Jerusalén. Quien mejor ha expresado esa apasionante dimensión de Toledo es Domenicos Theotocopoulos, el pintor cretense llamado El Greco, que encontró en esta ciudad—y la nutrió de su ambiente y paisaje—la paleta que hizo posible en pintura (¡caso único!) la desmaterialización de la materia, o al revés: la pintura de lo sobrenatural. Piénsese en su cuadro 'El Expolio,' en su Cristo rodeado de un bullicio agresivo. 'Su túnica roja lo envuelve y realza solitario y eminente como una Hostia de Sangre, y sobre esta túnica se levanta la cabeza más arrobada de divinidad que ha podido concebir un pintor.' Recuérdese su cuadro 'Pentecostés,' donde según Maurice Barrés, se agrupan 'seres vivientes, retorcidos, fundidos, volatizados por las más prodigiosas de las emociones. Y el cuadro es, hecha sensible, la verdad de una religión.' Pero, como metáfora de Toledo, como expresión de 'lo hispánico,' en su última y suprema dimensión, contémplese 'El Entierro del Señor de Orgaz.'

Así como los admirables mayas se volvieron astrónomos y estrelleros porque, rodeados de altísima selva, sólo podían sus ojos escapar mirando al cielo; así Toledo, entre muros guerreros y eclesiales, y rodeada como dice Ortega y Gasset: '*de un árido y terrible paisaje tibetano,*' '*la ciudad sólo tiene escape hacia el firmamento.*' Esa omni-presencia de lo sobrenatural en lo natural, ese enlace de lo visible con lo invisible (reto del Misterio al artista a través de todas las edades), lo expresó genialmente El Greco en el cuadro del Entierro, una de las maravillas de la pintura universal.



Fusionando toledanamente dos estilos en dos planos, representa abajo un grupo de caballeros y de religiosos que entierran a un guerrero. El panel de rostros (como una franja horizontal y cinematográfica de la vida humana), la expresión de esos rostros, la dignidad y la paz del rostro del muerto, es el más alto logro de la expresión realista. Pero surgiendo de las miradas de esos hombres (y, hasta se pudiera decir, de sus pensamientos) se eleva hacia arriba otro plano de figuras de una vehemencia y de un fuego interno que las hace salirse de sí mismas y moverse en una espiral ascendente de ritmos que tenemos que llamar angélicos, porque cuerpos y mantos, aires y nubes, están tratados con el más excelso suprarrealismo alcanzando por la pintura. Ahí lo que vemos son espíritus. Pintura de éxtasis. Allí El Greco logra con sus pinceles lo que sólo ha logrado San Juan de la Cruz en poesía.

Algunos críticos han incomprendido y repudiado esta aparente contradicción de estilos de los dos planos. Barrés es uno de los que rechaza esa fusión que llama 'inconexa'. Es el rechazo del que no conoce la vía. (¿Cuántas veces ha sido rechazado el cielo en nombre de la tierra y la tierra en nombre del cielo?). Pero El Greco no sólo ha descubierto en Toledo la técnica pictórica para 'ver' y hacernos ver la presencia de lo sobrenatural, sino que, como cristiano, sabe y ejercita la otra técnica para contactar con lo Divino que es la oración. La oración es el camino de penetración a lo sobrenatural (y viceversa: *'La desintegración de nuestro mundo es la corrupción de un cuerpo muerto que ha perdido su vida de oración'*—dice Merton). En este cuadro inmenso, lo que liga cielo y tierra, es la oración que se abre en las miradas y los labios de los hombres del plano de abajo y por ella se hacen presentes las visiones encendidas del plano de arriba. Abajo la fe se hace esperanza junto a la muerte. Arriba esta esperanza se transforma en resurrección.

El 'Entierro' es una profecía. Es el anuncio de que es posible la unidad de los dos planos que parecieron separarse—en guerra

abierta o fría—en nuestra época: Materialismo y Espiritualismo. Fijémonos que es un guerrero el que va a ser sepultado. Este es el entierro de la espada. El Cielo se abre cuando ‘la edad del hierro,’ como diría Virgilio, da paso a la edad del Amor. Pero El Greco añade: la religión no es escape. No es opio. Es realista abajo. Es liberación. Es humanismo. Humanismo que alcanza su plenitud en la resurrección.



## Zalamea

(PARÉNTESIS PARA UN JUEZ)

Bajando a Huelva, unas leguas antes de llegar a Valverde, el automóvil pasa rápido junto a un poblado: un nombre, una flecha. Apenas puedo leer el nombre de la pequeña ciudad y contemplar unas casas, una iglesia—que pudieran estar enclavadas en el paisaje nicaragüense—uno labriegos arando. Pregunto: ‘¿Zalamea?’—y el chofer, con una tremenda zeta que corrige mi tropical seseo, contesta: ‘Zalamea la Real.’

—La tierra de Pedro Crespo—digo yo. (El chofer mira hacia atrás como buscando a ese raro personaje que no está en su recuerdo, pero, temeroso de que se me ocurra detenerme, acelera la velocidad). La aldea se aleja.

La miro reducirse como si regresara apresuradamente al pasado después de estar por un instante al alcance de la mano en el presente. Ya es otra vez lejanía. Otra vez recuerdo. Ya es otra vez la Zalamea del s. xvii, cuando un poeta tomó de ella un trozo de su historia perdida y lo elevó a categoría universal. En esta aldea sentó cátedra de justicia para siempre un rústico labrador y convirtió en universidad este pueblito ignorado. Porque universidad es un grado de enseñanza—es dar al hombre la ciencia de ser humano—y el solo fallo de un juez, si alcanza estas dimensiones, puede ser más universidad que toda una larga carrera de estudios.

Soldados del Tercio—el ejército más poderoso y prestigiado del mundo en ese entonces—acampan junto al pueblito de Zalamea.

Son los tiempos de Felipe II y de la guerra con Portugal. El ejército se detiene allí para esperar la llegada del Rey. El General Lope de Figueroa se hospeda en el pueblo con sus oficiales. Uno de éstos, el Capitán Álvaro de Ataide—arbitrario y aventurero, típico hombre de armas a quien se le suben los hierros a la cabeza—descubre en la noche, en una ventana, a una linda muchacha aldeana, Isabel, hija del labrador Pedro Crespo. Prendado de ella trata de enamorarla pero la joven lo desecha. Entonces planea con sus ayudantes—un sargento y dos soldados—raptarla y hacerla suya a la fuerza. Una noche, cuando Pedro Crespo y su familia gozan del fresco de la huerta, el Capitán y sus compinches caen sobre ellos, amarran a un árbol a Pedro Crespo, hieren al hermano y el Capitán Ataide logra su propósito infame abusando de Isabel. Es la historia de siempre.

Isabel, deshonrada, se escapa, vuelve donde el padre, lo desamarran y quiere contarle su desgracia. 'Detente, Isabel, detente!', grita Pedro Crespo. 'No prosigas, que hay desdichas que para contarlas, no es menester referirlas.'

Pedro Crespo el labrador sabe quién es él, un indefenso labriego víctima de la prepotencia militar. Su primera reacción es pedir al Capitán, con lágrimas en los ojos que repare la deshonra de su hija casándose como ella. El Capitán se ríe en las barbas del adolorido padre y lo desprecia.

Pero por la anunciada llegada del rey, que tiene conmovido al pueblo, se ha reunido el Consejo Municipal, y sin saber la tragedia de Pedro Crespo el Consejo lo elige Alcalde. Llega el Consejo con los aldeanos, le hacen entrega de la vara y Pedro Crespo pasa a ser Alcalde y Juez de Zalamea.

Revestido de autoridad y acompañado por el Cabildo, vuelve sobre sus pasos y entra nuevamente a la casa donde se hospeda el Capitán Álvaro Ataide. Se abre la puerta y el Alcalde ordena a los labradores prender al Capitán y sus compinches. Se ha planteado el litigio militar-civil. El Capitán alega su fuero militar. Pide respeto. Y Crespo—la voz del pueblo—responde irónico:





*'Eso / está muy puesto en razón. / Con respeto le llevad / a las casas del Consejo / y con respeto / un par de grillos le echad /... Con respeto, a todos tres / les tomen la confesión / y aquí, para entre los dos, / si hallo harto paño, en efecto / con muchísimo respeto / os he de ahorcar, juro a Dios!'*

La noticia del osado juez y alcalde, que se ha atrevido a levantarle proceso a un Capitán de los Tercios llega a oídos del General Lope de Figueroa. El alto militar, indignado busca en la aldea al Alcalde y lo increpa ordenándole entregue al Capitán o llama a sus escuadrones para que a balazos lo rescate. El Alcalde, con mucha calma, le narra el delito de Ataide y le dice que no le puede entregar porque se le está haciendo un proceso. El General, fuera de sí, ordena a un oficial que llame al ejército.

En plena pugna entra el Rey. Le informan. Pregunta. ¿Quién es el Alcalde? Y Crespo responde: Yo.

¿Y qué disculpa me dais?—dice el Rey.

Y Crespo contesta:—Este proceso, en que bien probado el delito está, el reo es digno de muerte por forzar en des poblado a una doncella y no quererse casar con ella, habiéndole su padre rogádole por la paz.

Esta bien sentenciado, dice el Rey, pero entregad al reo a la justicia militar para que lo ejecute.

Ya fue ejecutado, dice el Alcalde. Abre una puerta y aparece ahorcado en la plaza el Capitán Ataide.

Parece que va a estallar la tempestad. Pero el Rey se vuelve a su General y le dice:

*—Don Lope, aquesto ya es hecho.  
Bien dada la muerte está  
que errar lo menos no importa  
si acertó lo principal.*

Y volviéndose a Pedro Crespo, exclama:

*—Vos, por alcalde perpetuo  
de aquesta villa os quedad.*

...Y lo fue perpetuamente hasta hoy en su cátedra de Justicia. A los militares de todos los tiempos les enseñó—desde su humilde cátedra de la alcaldía de Zalamea—que para el abuso de autoridad o para el atropello de los derechos humanos (y entre esos derechos el más alto es el honor de la mujer) no hay fueros. Lo civil, que al fin y al cabo es la civilización, no puede subsistir si prevalece como arbitrariedad la fuerza armada. La espada puede ser necesaria, pero sin hacer peso en la sensible balanza de la Justicia.

La figura del Rey que es en la obra de Calderón de la Barca la última instancia de la Justicia, se coloca sobre las partes en conflicto, premia al buen juez y casi sin palabras soluciona el litigio haciendo ver que no hay más que una sola Justicia: la que castiga el mal y premia el bien. La cúpula de lo nacional cobija a pueblo y milicia con un solo Derecho, y ante ese Derecho todos somos iguales.

*A usted, Juez Vargas Sandino, que repitió  
—salvadas distancias y circunstancias—  
la lección de rectitud de Pedro Crespo,  
le dedico, con mi agradecimiento de  
nicaragüense, la parábola de este escrito.*



# Segovia

## CUNA DE PIEDRA DE LA POLÍTICA NICARAGÜENSE

*a Francisco Bravo:*

*Saludé en tu nombre—al pie de su estatua—a tu pariente o a la mejor  
antecesor, Juan Bravo, el héroe segoviano de los Comuneros de Castilla.*

Ciudad ayer revoltosa, bélica, conquistadora—Segovia es hoy recuerdo: un navío de piedra dorada (cuya proa fuera su imponente Alcázar) surcando mansamente la llanura castellana. Segovia pertenece hoy a la constelación que nuestra civilización llama de 'las ciudades muertas' (como Brujas de Flandes o Venecia de Italia) aunque si vamos a ser honrados con la significación de las palabras, son estas ciudades románticas las pocas vivas o vivibles que van quedando en el mundo contaminado y febril del urbanismo contemporáneo. Segovia se reconoce desde lejos por tres monumentales rasgos de su fisonomía: el Alcázar, la Catedral y el Acueducto. Los tres están concebidos y realizados a escala magna—a escala imperial—y quienes idearon sus dimensiones o vivieron su momento histórico o recibieron la influencia dinámica de su grandiosidad, tienen que haber sido—como lo fueron—hombres de exuberante y avasalladora personalidad. (Cuando uno conoce en París las reformas y construcciones urbanísticas realizadas bajo Napoleón—la dimensión de lo imperial en calles y monumentos—comprende que esas medidas traducen la ambición del conquistador de Europa. Así estas piedras segovianas). El acueducto romano—gigantesca caballería



de piedra que avanza en el movimiento de sus arcos—es el más grande y majestuoso acueducto de Europa. Es la arquitectura prepotente del dominio romano con sus 170 arcos hasta de 30 metros de altura, contruidos piedra sobre piedra sin argamasa alguna. ¿Puede no despertar osadías y empresas desorbitadas este reto de la piedra que es como una marcha legionaria sobre el mundo? ¿Y la grandiosa catedral de piedras doradas, que no avanza sobre el horizonte como el Acueducto, sino que dispara al cielo la mole de su torre de 88 metros? ¿Y la inmensa capa gótica de su ábside heptagonal, una de las más bellas y monumentales cosas que pudo inventar la arquitectura?

Pero el edificio de más imponente fábrica es el Alcázar. Levantado sobre los abismos de una inmensa roca cortada a pique en la juntura de dos ríos, yergue su triple escalada de muros y todavía tiene ánimo para levantar, doblando su altura, una enorme aunque airoso torre central, la llamada Torre de Juan II. ¿Qué se pretendía al construir este coloso? ¿Educar la mirada para ver el mundo a ojo de águila? El pueblo que construyó en toda Castilla estos nidos de águila, ¿qué podía empollar sino la futura hazaña del descubrimiento y la conquista de un Nuevo Mundo? Aquí hicieron armas contra el Moro los Alfonsos. Aquí reunió sus cortes el Rey Sabio. Aquí se refugió Enrique de Trastámara huyendo de Pedro el Cruel. (Aquí en este balcón sobre el abismo se soltó, por un movimiento imprevisto de los brazos de su aya, el infante Pedro y cayó desde esta altura mareante. Su aya, desesperada, se arrojó detrás, despeñándose). Aquí escribió Jorge Manrique, huésped de los reyes, sus coplas. Aquí está el amplio y hermoso salón mudéjar donde, por muchos años, fraguó la unidad de España, Isabel la Católica. Pero... oigo pasos altaneros y conocidos. Estas baldosas—¡cuántas veces!—las cruzó un gallardo pero fiero guerrero segoviano a quien decían El Galán, y otros, por su valor en los torneos, el Gran Justador. Su padre había sido alcaide de este Alcázar. En la guerra de Orán, a las órdenes del Cardenal Cisneros, había tomado, al frente



de catorce cristianos, la fortaleza de Bujía defendida por una multitud. Tenía fama de ser el hombre más alto de su época. Su biógrafo lo llama: 'tan magnífico como desalmado caballero.' Cosa no extraña, pues, según el cronista, su familia ha producido 'infinidad de hombres enérgicos ya ambiciosos, cuyas hazañas y cuyos desmanes llenan las páginas de su historia.'

Estoy hablando de Pedrarias Dávila, el segoviano que llevó a un remoto y pequeño país de América toda la altivez, la prepotencia, el vuelo de ambición y la férrea voluntad de este Alcázar.

Bajemos a la ciudad. Recorrer las calles de Segovia, ver sus casonas y sus torres, leer sus nombres, visitar sus archivos es enhebrar la aguja con los primeros hilos de la historia patria. Para nuestro mal y para nuestro bien, esta ciudad es la cuna de la política nicaragüense. Aquí está la torre de los Arias Dávila —¡no un palacio o una casona sino una torre!—; torre cuyo peso aplastante sintieron en nuestras tierras dos hidalgos fundadores, el grande y claro Núñez de Balboa y el grande aunque turbio Hernández de Córdoba. Aquí está la casa de Isabel de Bobadilla, su mujer. A tal señor, tal señora: cuenta un historiador que su madre, doña Beatriz, al verse presionada por el Rey para casarse con quien no quería, le enseñó a la reina un puñal desnudo y le dijo que con él quitaría la vida al Maestre de Calatrava con quien pretendían casarla. Aquí está la casona de los Contreras. Aquí vivió el yerno de Pedrarias, Rodrigo, su sucesor en la Gobernación de Nicaragua... (Los vecinos de Granada escribían al Rey quejándose—¿sería en 1544 o en 1974?—de que el viejo Pedrarias ejercía en la provincia 'absoluto imperio' y acusándolo de pretender mantener 'a perpetuidad su ambición,' atribuyéndole, además, propósitos de 'transmitir su poder a sus descendientes'). Pocas veces se organizó en la fundación de América una armada más numerosa, escogida y flamante que la de Pedrarias. Veinticinco naves con gentes seleccionadas por el propio Rey —desde los hidalgos y aristócratas hasta los labradores y artesanos distinguidos—y entre esos dos mil pasajeros, ¿cuántos segovia-

nos pasaron a Nicaragua?, ¿cuántos al servicio del férreo Gobernador? Los documentos citan damas, niños y hasta 'esclavas blancas' al servicio de doña Isabel. (Ella dijo: 'Amado esposo: me parece que nos unimos desde jóvenes con el yugo marital para vivir juntos, no separados. Ningún género de peligro o muerte puede sobrevenirme que no sea para mí más llevadero que el vivir separada de ti por tan inmensa distancia. Escoge una de dos cosas: o me cortas el cuello con la espada o consientes en que te acompañe.' Y así con tal resolución, fue la Bobadilla una de las primeras mujeres españolas que sentó sus reales en América).

Todo este injerto de aventura, de voluntades indomables, de ambiciones sin límite, de sangres bulliciosas y alzadas, quedó en Nicaragua. Y quedó la huella, el surco abierto en nuestra política por esos dos primeros gobernadores que de aquí—de Segovia—salieron: el 'magnífico y desalmado' Pedrarias y el discutido Don Rodrigo de Contreras, cuya consorte doña María de Peñalosa, hija de Pedrarias y mujer de armas, fue la fundadora de la sociedad nicaragüense a la sombra inquietante del Momotombo.

El Doctor Carlos Cuadra Pasos, mi padre, en una conferencia que fue publicada bajo el título: *Dos hombres, dos historias*, establece un paralelo, a la manera de Plutarco, entre dos gobernantes liberales de la misma época, el uno costarricense: Don Ricardo Jiménez, y el otro nicaragüense: el General José Santos Zelaya. Cuadra Pasos hacía ver que ambos pueblos, el tico y el nica, descendían de iguales vertientes étnicas (incluso muchos pobladores nicaragüenses integraron las fuerzas que conquistaron y poblaron Costa Rica). Sin embargo, al comparar a ambos gobernantes, los dos convencidos liberales, mientras el uno (don Ricardo) tiene fe en las instituciones libres y cree el mejor método para establecerlas el practicarlas desde el poder; el otro (Zelaya) cree también en las mismas instituciones, pero para implantarlas usa el método impositivo y dictatorial (y mata en germen lo mismo que siembra). Don Ricardo cumple con la ley. Zelaya reforma las leyes que no quiere cumplir. El uno es paternalista,

pero respetuoso demócrata. El otro es paternalista autócrata de puño cerrado y absoluto. El uno dedica su energía republicana a desarrollar en diálogo una república libre. El otro, dictador, quiere extender su poder a toda Centro América y promueve revoluciones y quita y pone presidentes.

Cuadra Pasos busca el origen de este actuar político tan diferente y cree encontrar el cabo al hilo en los orígenes. Quien fundó Costa Rica y su política fue un letrado militar, sereno, suave, humanista: Vásquez de Coronado. Quien fundó la nicaragüense fue el dominante Pedrarias quien pidió como gracia al Rey que en los primeros cuatro años de su gobernación no viniera a tierra nicaragüense ni letrado, ni abogado. (Y cuenta Oviedo que cuando Pedrarias, antes de llegar a tierra, ejecutó ahorcado a un pobre marinero por una mala contestación: 'Sospecharon todos que el gobernador que llevábamos había de ser muy riguroso y hacer cosas de hecho, sin atender derechos').

'Sin atender derechos' se forjó nuestra política. De entonces para acá nuestra historia está poblada de Pedrarias de todos los apellidos. Es una 'constante' contra la cual lucha el nicaragüense en una secular oposición que ha ido forjando un carácter. Yo no me desanimo al revisar esta lucha. También la libertad ha dado sus figuras heroicas. No nacen Estradas, Andrés Castros y Sandinos donde no se enfrentan voluntades recias. Somos un pueblo en que se fusionan, desconcertantemente, la risa y el ceño adusto. (Lagos y volcanes). Un pueblo indo-andaluz, riante y burlesco, con una política castellana, severa y sin humor. Pueblo de contradicciones en el cual, hasta ahora, han predominado los Pedrarias de mentalidad egoísta y explotadora, cuyo puño se cierra solamente para provecho propio. Pero en la calistenia de la lucha ¡ya produciremos un Pedrarias El Bueno que abra su puño para abarcar y unir a su comunidad marginada!

¡Ya produciremos—si no cejamos en la lucha—un alcázar segoviano (¿no fue segoviano el alcázar de Sandino?) sobre cuyas altas torres de libertad ondee la bandera de la Justicia!

<i>Presentación</i>	<i>xi</i>
<i>Prólogo</i>	<i>xiii</i>

## **El Nicaragüense**

<i>Advertencia</i>	<i>3</i>
Los Hijos de Septiembre	<i>5</i>
Imaginación y sobriedad	<i>9</i>
El traje, los aperos y la carreta	<i>13</i>
El habla, la risa y la burla del nicaragüense	<i>17</i>
Cuando los dioses ordenaron partir	<i>21</i>
El barco del santo	<i>26</i>
El extra-vertido	<i>29</i>
El Robinsón	<i>32</i>
¿Cuál es nuestro Ulises? ¿Cuál es nuestra aventura?	<i>39</i>
Inestabilidad de las ciudades nicaragüenses	<i>43</i>
Oriente y Occidente León, Granada y el Sol	<i>51</i>
El grito del nicaragüense y otras señales	<i>54</i>
El Volcán y el Santo	<i>57</i>
Un viejo río de milenios	<i>60</i>
La imagen de Cristo en el nicaragüense	<i>63</i>
La vivandera	<i>67</i>
La tabla en el naufragio	<i>71</i>
La leche y la lengua	<i>74</i>
El indio que llevamos adentro	<i>77</i>
El desarrollo de nuestra conciencia de nacionalidad	<i>83</i>



Las tres etapas del patriotismo nicaragüense	92
Reflexiones sobre la Independencia	98
El santo y seña de los Héroeos	102
Un rancho que edificó el olvido	104
El pan del corazón	108
Calor y destino	111
Población y tiempos	115
Burbuja y soberanía	120
Homero y el Gran Lago	125
En la muerte de un marinero de nuestra Mar Dulce	133
Medio Real, estudio de un 'Tipo' nicaragüense descrito por Squier	138
Nuestro obsceno símbolo del engaño	142
Los juegos del nicaragüense	145
Vos la andás	151
El charral	153

### ***América o el Tercer Hombre***

<i>Nota</i>	161
América o el Purgatorio	163
La América de los poetas	193
La utopía americana	197
América o el Tercer Hombre	201

## Otro Rapto de Europa

<i>Dedicatoria</i>	218
<i>Advertencia</i>	219
Venecia y sus corceles	221
San Marino: 'in picolezza, libertá'	227
Florenca-una entrevista con Venus	233
Pompeya-la hermana de Managua	241
La tumba de Virgilio	248
Capri-el aislamiento del tirano	253
Roma o el lugar común	259
Niza y un Apólogo sobre la Bonelia	267
Der Rhein (El Rin)	273
Hannover-las manos y la cabeza	279
Bonn-meditación sobre Gigantes y Enanos	289
Mallorca (Zapatera en el Mediterráneo)	298
Madrid-el futuro ya no es un puerto seguro	304
El Prado-viaje a la historia a través de un cuadro	310
Itálica famosa	316
Toledo-'El entierro del Conde de Orgaz'	321
Zalamea (paréntesis para un juez)	328
Segovia-cuna de piedra de la política nicaragüense	332

## OBRAS PUBLICADAS

### SERIE ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS

- 1 **Nicaragua Antiquities** ED. BILINGÜE  
Carl Bovallius  
*Traducción de Luciano Cuadra*
- 2 **Investigaciones Arqueológicas en Nicaragua** ED. BILINGÜE  
J.F. Bransford  
*Traducción de Orlando Cuadra Downing*
- 3 **Cerámica de Costa Rica y Nicaragua** VOL. I  
Samuel K. Lothrop  
*Traducción de Gonzalo Meneses Ocón*
- 4 **Cerámica de Costa Rica y Nicaragua** VOL. II  
Samuel K. Lothrop  
*Traducción de Gonzalo Meneses Ocón*
- 5 **Quetzalcóatl**  
César Sáenz

### SERIE FUENTES HISTÓRICAS

- 1 **Diario de John Hill Wheeler**  
*Traducción de Orlando Cuadra Downing*
- 2 **Documentos Diplomáticos de William Carey Jones**  
*Traducción de Orlando Cuadra Downing*
- 3 **Documentos Diplomáticos para servir a la Historia de Nicaragua**  
José de Marcoleta
- 4 **Historial de El Realejo**  
Manuel Rubio Sánchez *Notas de Eduardo Pérez Valle*
- 5 **Testimonio de Joseph N. Scott 1853–1858**  
*Introducción, traducción y notas de Alejandro Bolaños Geyer*
- 6A **La Guerra en Nicaragua según Frank Leslie's Illustrated Newspaper** ED. BILINGÜE  
*Selección, introducción y notas de Alejandro Bolaños Geyer*  
*Traducción de Orlando Cuadra Downing*
- 6B **La Guerra en Nicaragua según Harper's Weekly Journal of Civilization** ED. BILINGÜE  
*Selección, introducción y notas de Alejandro Bolaños Geyer*  
*Traducción de Orlando Cuadra Downing*
- 7 **El Desaguadero de la Mar Dulce**  
Eduardo Pérez Valle

## COLECCIÓN CULTURAL DE CENTRO AMÉRICA

- 8 **Los conflictos internacionales de Nicaragua**  
Luis Pasos Argüello

### SERIE LITERARIA

- 1 **Pequeñeces... Cuiscomeñas de Antón Colorado**  
Enrique Guzmán  
*Introducción y notas de Franco Cerruti*
- 2 **Versos y Versiones Nobles y Sentimentales**  
Salomón de la Selva
- 3 **La Dionisiada** *Novela*  
Salomón de la Selva
- 4 **Las Gacetillas 1878-1894**  
Enrique Guzmán  
*Introducción y notas de Franco Cerruti*
- 5 **Dos Románticos Nicaragüenses: Carmen Díaz y Antonio Aragón**  
*Introducción y notas de Franco Cerruti*
- 6 **Obras en Verso**  
Lino Argüello (Lino de Luna)  
*Introducción y notas de Franco Cerruti*
- 7 **Escritos Biográficos**  
Enrique Guzmán  
*Introducción y notas de Franco Cerruti*
- 8 **Los Editoriales de La Prensa 1878**  
Enrique Guzmán  
*Introducción y notas de Franco Cerruti*
- 9 **Poemas Modernistas de Nicaragua 1880-1972**  
*Introducción, selección y notas de Julio Valle Castillo*
- 10A **Darío por Darío: Antología Poética de Rubén Darío**  
*Introducción de Pablo Antonio Cuadra*
- 10B **Cartas desconocidas de Rubén Darío**  
*compiladores: José Jirón Terán y Jorge Eduardo Arellano*
- 11 **El Movimiento de Vanguardia de Nicaragua**  
-Análisis y antología  
*Pedro Xavier Solís*
- 12 **Literatura Centroamericana**  
-Diccionario de autores centroamericanos  
*Jorge Eduardo Arellano*

## OBRAS PUBLICADAS

### SERIE HISTÓRICA

- 1 **Filibusteros y Financieros**  
William O. Scroggs  
*Traducción de Luciano Cuadra*
- 2 **Los Alemanes en Nicaragua**  
Götz Freiherr von Houwald  
*Traducción de Resi de Pereira*
- 3 **Historia de Nicaragua**  
José Dolores Gámez
- 4 **La Guerra en Nicaragua**  
William Walker  
*Traducción de Fabio Carnevallini*
- 5 **Obras Históricas Completas**  
Jerónimo Pérez
- 6 **Cuarenta Años (1838–1878) de Historia de Nicaragua**  
Francisco Ortega Arancibia
- 7 **Historia Moderna de Nicaragua**  
–Complemento a mi Historia  
José Dolores Gámez
- 8 **La Ruta de Nicaragua**  
David I. Folkman Jr.  
*Traducción de Luciano Cuadra*
- 9 **Hernández de Córdoba, Capitán de Conquista en Nicaragua**  
Carlos Meléndez
- 10 **Historia de Nicaragua** TOMO I  
Tomás Ayón
- 11 **Historia de Nicaragua** TOMO II  
Tomás Ayón
- 12 **Historia de Nicaragua** TOMO III  
Tomás Ayón
- 13 **Reflexiones sobre la Historia de Nicaragua**  
José Coronel Urtecho
- 14 **Colón y la Costa Caribe de Centroamérica**  
Jaime Incer Barquero y otros autores

## COLECCIÓN CULTURAL DE CENTRO AMÉRICA

- 15 **Un Atlas Histórico de Nicaragua**  
**-Nicaragua, an Historical Atlas** ED. BILINGÜE  
Francisco Xavier Aguirre Sacasa

### SERIE CRONISTAS

- 1 **Nicaragua en los Cronistas de Indias, siglo XVI**  
*Introducción y notas de Jorge Eduardo Arellano*
- 2 **Nicaragua en los Cronistas de Indias, siglo XVII**  
*Introducción y notas de Jorge Eduardo Arellano*
- 3 **Nicaragua en los Cronistas de Indias: Oviedo**  
*Introducción y notas de Eduardo Pérez Valle*
- 4 **Centroamérica en los Cronistas de Indias: Oviedo** TOMO I  
*Introducción y notas de Eduardo Pérez Valle*
- 5 **Centroamérica en los Cronistas de Indias: Oviedo** TOMO II  
*Introducción y notas de Eduardo Pérez Valle*
- 6 **Descubrimiento, Conquista y Exploración de Nicaragua**  
*Crónicas de fuentes originales, seleccionadas y comentadas por Jaime Incer Barquero*
- 7 **Piratas y Aventureros en las Costas de Nicaragua**  
*Crónicas de fuentes originales seleccionadas y comentadas por Jaime Incer Barquero*

### SERIE CIENCIAS HUMANAS

- 1 **Ensayos Nicaragüenses**  
Francisco Pérez Estrada
- 2 **Obras de Don Pío Bolaños** VOL. I  
*Introducción y notas de Franco Cerruti*
- 3 **Obras de Don Pío Bolaños** VOL. II  
*Introducción y notas de Franco Cerruti*
- 4 **Romances y Corridos Nicaragüenses**  
Ernesto Mejía Sánchez
- 5 **Obras** VOL. I  
Carlos Cuadra Pasos
- 6 **Obras** VOL. II  
Carlos Cuadra Pasos

## OBRAS PUBLICADAS

- 7 **Memorial de mi vida**  
Fray Blas Hurtado y Plaza  
*Estudio preliminar y notas de Carlos Molina Argüello*
- 8 **Relación Verdadera de la Reducción de los Indios Infieles de la Provincia de la Tagütsgalpa, llamados Xicaques**  
Fray Fernando Espino  
*Introducción y notas de Jorge Eduardo Arellano*
- 9 **Muestrario del Folklore Nicaragüense**  
Pablo Antonio Cuadra, Francisco Pérez Estrada
- 10 **Nicaragua: Investigación Económica y Financiera (1928)**  
W.W. Cumberland  
*Traducción de Gonzalo Meneses Ocón*
- 11 **El Sendero Incierto – The Uncertain Path** ED. BILINGÜE  
Luis Poma  
*Traducción de Armando Arlas, prólogo de Ricardo Poma*

### SERIE GEOGRAFÍA Y NATURALEZA

- 1 **Notas Geográficas y Económicas sobre la República de Nicaragua**  
Pablo Lévy  
*Introducción y notas de Jaime Incer Barquero*
- 2 **Memorias de Arrecife Tortuga**  
Bernard Nietschmann  
*Traducción de Gonzalo Meneses Ocón*
- 3 **Peces nicaragüenses de agua dulce**  
Jaime Villa

### SERIE VIAJEROS

- 1 **Viaje por Centroamérica**  
Carl Bovallius  
*Traducción del sueco por el Dr. Camilo Vijil Tardón*
- 2 **Siete Años de Viaje en Centro América, Norte de México y Lejano Oeste de los Estados Unidos**  
Julius Froebel  
*Traducción de Luciano Cuadra*
- 3 **Piratas en Centroamérica, siglo xvii**  
John Esquemeling, William Dampier  
*Traducción de Luciano Cuadra*
- 4 **El Naturalista en Nicaragua**  
Thomas Belt  
*Traducción y notas de Jaime Incer Barquero*

## COLECCIÓN CULTURAL DE CENTRO AMÉRICA

### SERIE COSTA ATLÁNTICA

- 1 **Narración de los Viajes y Excursiones en la Costa Oriental y en el Interior de Centroamérica, 1827**  
Orlando W. Roberts  
*Traducción de Orlando Cuadra Downing*

### SERIE BIOGRAFÍAS

- 1 **Larreynaga: su Tiempo y su Obra**  
Eduardo Pérez Valle

### SERIE TEXTOS

- 1 **Declaraciones sobre Principios de Contabilidad generalmente aceptados en Nicaragua**  
Colegio de Contadores Públicos de Nicaragua

### SERIE MÚSICA GRABADA EN DISCO

- 1 **Nicaragua: Música y Canto** BALD 00-010  
CON COMENTARIOS GRABADOS  
Salvador Cardenal Argüello
- 2 **Nicaragua: Música y Canto** BALD 011-019  
SIN COMENTARIOS GRABADOS, CON FOLLETO IMPRESO BILINGÜE  
Salvador Cardenal Argüello

### SERIE EDUCACIÓN

- 1 **La Poesía de Rubén Darío**  
José Francisco Terán

### SERIE TESIS DOCTORALES

- 1 **La República Conservadora de Nicaragua, 1858-1893**  
Arturo Cruz S.  
*Traducción de Luis Delgadillo, prólogo de Sergio Ramírez*

### SERIE PABLO ANTONIO CUADRA

- 1 **Poesía I**  
*Compilación y prólogo de Pedro Xavier Solís*
- 2 **Poesía II**  
*Compilación de Pedro Xavier Solís, prólogo de Dr. Jaime Incer Barquero*
- 3 **Ensayos I**  
*Compilación de Pedro Xavier Solís, prólogo de Alejandro Serrano Caldera*



## OBRAS PUBLICADAS

### 4 Ensayos II

*Compilación de Pedro Xavier Solís, prólogo de S.E.R. Cardenal Miguel Obando Bravo*

### SERIE ETNOLOGÍA

#### 1 **Mayangna – Apuntes sobre la historia de los indígenas Sumu en Centroamérica**

Götz Freiherr von Houwald

*Traducción de Edgard Arturo Castro Frenzel, edición de Carlos Alemán Ocampo y Ralph A. Buss*





**SERIE PABLO ANTONIO CUADRA ~ ENSAYOS I**  
*Pablo Antonio Cuadra*

**DISEÑO**

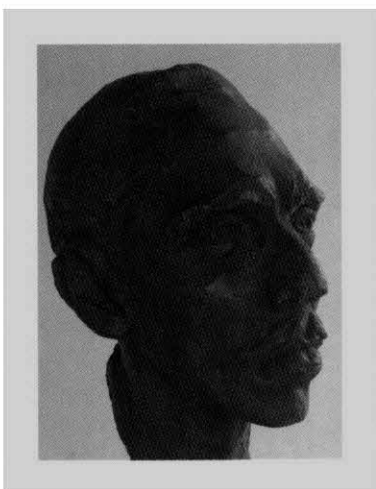
inFORMA (Managua, Nicaragua)  
informa@ideay.net.ni

**TIPOGRAFÍA**

**textos** ITC Legacy Serif Book®  
Esselte Letraset Charlotte  
**encabezados** ITC Legacy Serif Book®  
Adobe® Briem Akademi MM®  
Adobe® Briem Script MM®

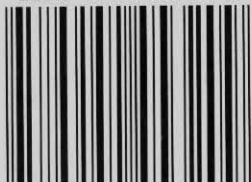
Noviembre 2003

## **Pablo Antonio Cuadra (1912–2002)**



**"Pablo Antonio es un pensador fundamental en la historia de nuestro país, un paradigma de coherencia entre el hombre, el poeta y el pensador... es, él solo, sin lugar a duda, toda una época, una especie de hombre símbolo y un referente inexcusable en la historia de la cultura nacional". *Alejandro Serrano Caldera.***

ISBN 99924-53-20-6



9 789992 453209